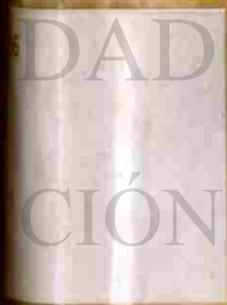


JUAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEV  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC



Set - June

Part 2 of 3

BX1756

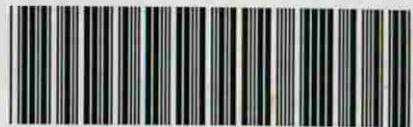
.F6

S4

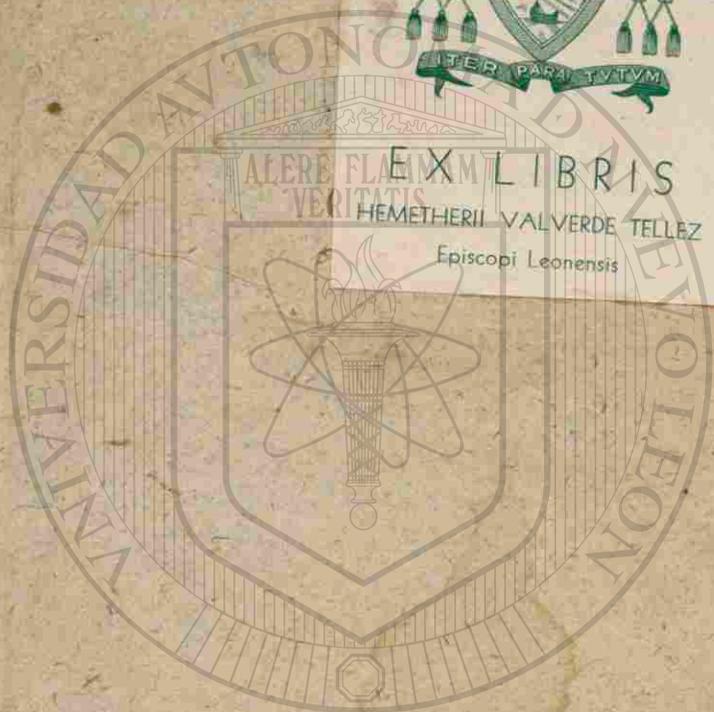
v.2

c.1

000 595

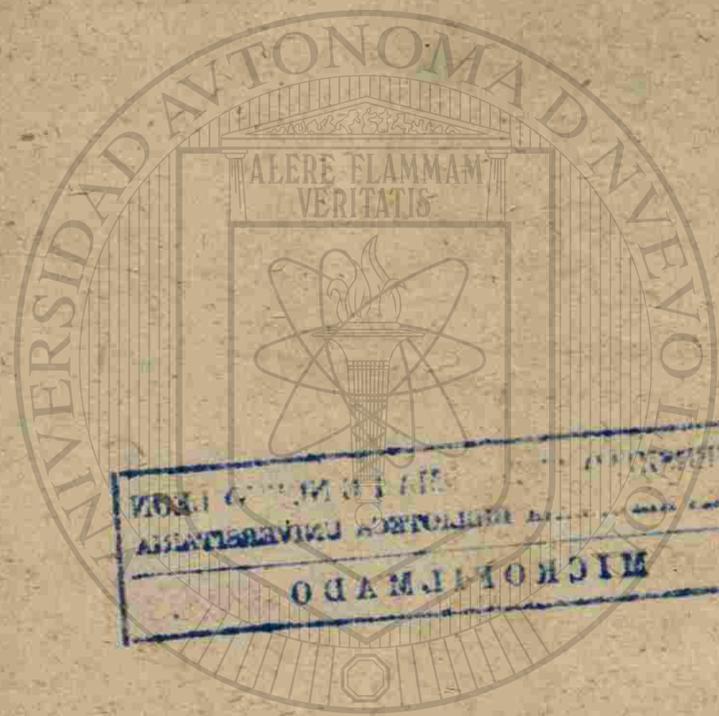


1080026373



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CALZADA NACIONAL BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
Roll 45 MICROFILMADO 25/2/83

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# SERMONES

DEL IL.<sup>MO</sup> SEÑOR

DON ESPIRITU FLECHIER,

OBISPO DE NIMES,

Traducidos del Francés al Español

P O R

Don Juan de Arribas y Soria, Profesor  
de Theología en la Universidad de Alcalá,  
y Opositor á la Cathedra de Lengua Griega  
en los Reales Estudios de San Isidro.

TOMO SEGUNDO

DE LOS

PANEGTRICOS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.

En la Oficina de la Viuda de Manuel Fernandez.  
Año de 1774.

Se hallará en Casa de Manuel de Godos, Mercader de  
Libros, en las Gradas de San Phelipe el Real.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Telloz

BX1756  
.P6  
54  
V.2

# SERMONES

DEL II.º SEÑOR

DON ESPRITU ELICHI

OBISPO DE NIMES

Traducidos del Francés al Español

P O R

Don Juan de Arce y Soria, Profesor de Theologia en la Universidad de Alcalá, y Opositor á la Catedra de Lengua Griega en los Reales Estudios de San Isidro.

TOMO SEGUNDO

DE LOS

PANEGYRICOS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

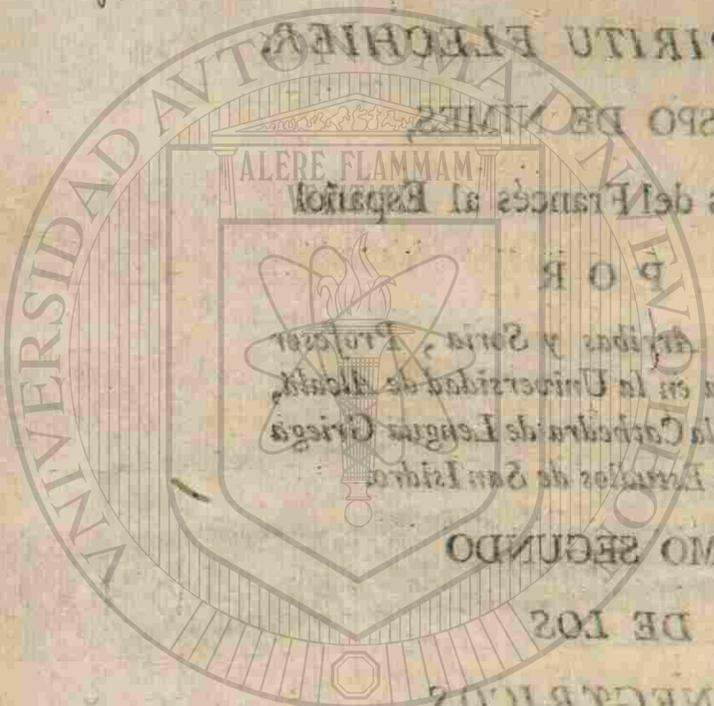
MADRID

En la Oficina de Manuel Fernandez,

Año de 1774.

Se halla en Casa de Manuel de Godoy, Mercader de

Madrid en las Casas de San Felipe el Real.



# TABLA

## DE LOS PANEGYRICOS

contenidos en este segundo

Tomo.

Panegyrico de S.Luis Rey de Francia,	pag.1.
Panegyrico de San Bernardo Abad,	28.
Panegyrico de San Francisco de Paula,	52.
Panegyrico de Santo Thomàs Apostol,	80.
Panegyrico de San Ignacio de Loyola,	100.
Panegyrico de Santa Theresa de Jesus,	128.
Panegyrico de San Carlos Borromeo,	154.
Panegyrico de San Francisco Xavier,	188.
Panegyrico de San Phelipe Neri,	215.
Panegyrico de Santo Thomàs Arzobispo de Cantorberi,	241.
Panegyrico de San Francisco de Sales,	262.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS ER-

003595

# ERRATAS.

Página.	Línea.	Errata.	Corrección.
2	20	va ense	valense.
20	31	a	al
72	ultima	stuctus	stuctus.
75	ultima	in	está de mas.
149	10	levarrar	levantar.
163	9	a abanzas	alabanzas.
Alli	25	g avar	gravar.
164	11	encargado	cargado.
229	ultima	fortis	fertis.



## PANEGYRICO DE SAN LUIS REY DE FRANCIA,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de S. Luis, en la Isla de nuestra Señora,  
en París, el día 25. de Agosto  
de 1681.

*Sicut divisiones aquarum, ita cor Regis in manu Do-  
mini; quocumque voluerit, inclinabit illud.*

El corazon de los Reyes está en las manos del Señor,  
como el curso de las aguas, que las guía por donde  
quiere. *En el Libro de los Proverbios, cap. 21. v. 1.*



Quando el corazon de los Reyes está  
puesto en sus manos, y Dios por un  
juicio secreto de su providencia, ó de  
su justicia, los abandona á sí mismos:  
Ay! y como embriagados de su propia  
grandeza, olvidan á aquel, que los ha  
hecho grandes! En este estado no tie-  
nen otra ley, ni otra regla de sus voluntades, que su  
mis-

# ERRATAS.

Página.	Línea.	Errata.	Corrección.
2	20	va ense	valense.
20	31	a	al
72	ultima	stuctus	stuctus.
75	ultima	in	está de mas.
149	10	levarrar	levantar.
163	9	a abanzas	alabanzas.
Alli	25	g avar	gravar.
164	11	encargado	cargado.
229	ultima	fortis	fertis.



## PANEGYRICO DE SAN LUIS REY DE FRANCIA,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de S. Luis, en la Isla de nuestra Señora,  
en París, el día 25. de Agosto  
de 1681.

*Sicut divisiones aquarum, ita cor Regis in manu Do-  
mini; quocumque voluerit, inclinabit illud.*

El corazon de los Reyes está en las manos del Señor,  
como el curso de las aguas, que las guía por donde  
quiere. *En el Libro de los Proverbios, cap. 21. v. 1.*



Quando el corazon de los Reyes está  
puesto en sus manos, y Dios por un  
juicio secreto de su providencia, ó de  
su justicia, los abandona á sí mismos:  
Ay! y como embriagados de su propia  
grandeza, olvidan á aquel, que los ha  
hecho grandes! En este estado no tie-  
nen otra ley, ni otra regla de sus voluntades, que su  
mis-

misma voluntad, todo quanto lisongea sus deseos, les parece permitido; el orgullo de la vida, las pompas del Mundo, y los placeres de los sentidos ocupan to los sus pensamientos, y es difícil, que no caygan en los desordenes frequentes, é inevitables á una condicion elevada; pero peligrosa, donde las pasiones son continuamente excitadas por los objetos, mantenidas por las ocasiones, y donde la inclinacion al pecado se halla protegida de la facilidad de cometerle; y fortificada por la impunidad, despues de haverle cometido.

Quando el corazon de los Reyes está puesto en las manos de los hombres. ¡Ay de mí! y como todo conspira, al parecer, á pervertirlos. La adulacion los corrompe; la politica los engaña; el mal consejo los preocupa; dejanse llevar del mal exemplo, y los distrahe la diversidad de los negocios. Sorprehendese su credulidad, y se les engaña con cautela, bajo las apariencias de buena fé: Excitase su ambicion con intereses fingidos; se les conservan, y mantienen sus defectos con complacencias afectadas: Va ense de mil rodeos, y astucias ingeniosas, para abultar ciertos principios de virtud, que nada tienen de grande, ni de sólido: Tienen siempre velos dispuestos para enubrirles la verdad, temiendo, que si la vén, ó se enamoren de ella, ó les desagrade: En fin, todo quanto vén, y todo quanto oyen, son otros tantos cebos, y atractivos, que se preparan á su vanidad, ú otros tantos lazos, que se arman á su inocencia.

Pero quando el corazon de los Reyes está en las manos de Dios, y él por su misericordia los buelve á su religion, y á su justicia, dandoles unas inclinaciones bienhechoras, y liberales, el Señor se sirve de ellos, como de un noble, y glorioso instrumento, para ostentar su admirable poder, para hacer temibles sus juicios, para hacer observar su santa Ley, para derramar sus misericordias, para representar su santidad, y para reynar por ellos sobre el espíritu, y sobre el corazon de los demás hom-

hombres. Tal fue el grande San Luis, cuya memoria celebra oy dia la Iglesia: Previnole Dios de aquellas bendiciones de dulzura, por las quales, como que se apresura, digamoslo asi, para tomar posesion de sus escogidos. Dióle uno de aquellos genios, ó dichosos naturales, que han sido formados para la virtud, y que parecen ser la virtud misma. Dispuso el Señor, que una santa educacion hiciese fructificar desde su infancia aquellas primeras semillas de piedad, que havia derramado en su alma, y ora reynase en una gloriosa paz, ora emprendiese grandes guerras, ó ya tuviese que sufrir grandes tribulaciones, Dios fue quien le santificó en su Gloria, quien le sostuvo en sus trabajos, y quien le coronó en su paciencia.

Si yo, Señores, no tuviese que hablaros mas, que de la grandeza de un Rey, me valdria de las reglas de aquel ambicioso arte, que enseña á los hombres á alabar hombres: Pero puesto en el empeño de hablaros de las grandezas de un Santo, no debo tomar quanto diga, sino del seno de la verdad, y de las luces del espíritu divino, á quien invoco por intercesion de la Virgen.

## AVE MARIA.

LA santificacion de los hombres, de qualquier estado, y condicion que sean, siempre es obra de la mano de Dios, y un efecto de su omnipotencia. El hace detener el curso de sus inclinaciones naturales, reprimir sus movimientos contrarios á la Ley, y á la disciplina, inspirar los nuevos deseos, y nuevos afectos, y hacer en ellos mudanzas, y reboluciones, que solo á su gracia pertenece el hacerlas. Pero quando quiere asegurarse del corazon de los Reyes, y de los Grandes del Mundo, y formar en ellos una santidad sincera, y constante, esta ya es obra de su mano derecha. (a) Porque es preciso, que obre

(a) *Hæc mutatio doctera excelsi.* Psalm. 76. v. 11.

#### 4 PANEGYRICO DE SAN LUIS

obre con toda la fuerza de su gracia, que venza aquella fatal oposicion, que hay entre la grandeza, y la piedad, que contenga todo el peso de la concupiscencia, que de sí misma se deja caer sobre ellos; y que trastornando todos los obstaculos, que les pone el Mundo, los desprenda de sí mismos, haciendoles mudar, á lo menos interiormente, de condicion, y de naturalezas.

Pero hay tambien tres defectos, que son muy ordinarios en su estado, es á saber: Un amor propio, que los inclina á su Gloria, á su interés, y á su placer, y que para todo lo demás los hace indiferentes: una imaginada independencia, que les persuade á que todo quanto se les antoja, les es permitido: Un espíritu del Mundo, al qual están tan apegados por tantas partes, que los hace caer en la irreligion, ó por lo menos en la tibieza. Mas yo Señores, solo pretendo mostraros, que Dios por su gracia, y misericordia libró á San Luis de estas tres suertes de corrupcion, dandole lo

*Division.* { 1. Un corazon tierno para con su Pueblo,  
2. Un corazon moderado para sí mismo, y  
3. Un corazon sumiso, y fervoroso para Dios.

Ved aqui tres reflexiones, que dividiran este discurso, y que serán el objeto de vuestra atencion.

#### PARTE PRIMERA.

Si la santa Escritura nos enseña, que toda alma debe estar sujeta á las potestades, tambien nos enseña, que toda potestad debe velar sobre las almas, que están á su cargo. La providencia de Dios es quien ha establecido este orden, y estas obligaciones reciprocas en la sociedad de los hombres. Pues si hay Reyes en el Mundo, no es para dar á los Pueblos una vana idea de grandeza, y un espectáculo de magnificencia mundana; no están pue los para recibir como Idolos el incienso, y los votos de sus Vasallos

en

#### REY DE FRANCIA.

5

en una ociosidad soberbia, ni tampoco para mantener su orgullo, ó sus inquietudes, por la ambicion de tenerlo todo, ó por la licencia de hacerlo todo. No quiera Dios, que un Rey sabio, que un Rey Christiano se proponga unos fines tan poco naturales, y tan poco christianos. La Dignidad Real segun S. Pablo, no es solamente una dignidad, que eleva á un hombre sobre los otros, es tambien un ministerio de Religion para con Dios, de justicia para con los Pueblos, de caridad para con los miserables, de severidad para con los males, y de ternura para con los buenos. (a) Vé aqui los principios, sobre que fundó San Luis la gloria, y la santidad de su Reyno.

Sintió el peso de su corona desde el momento, que la ciñó. Reconoció la dificultad del trabajo, y pidió, como Salomon, la sabiduria, para trabajar con ella. (b) Las primeras verdades, que aprendió, fueron, lo que le debia á Dios, como hombre, y lo que le debia á su Pueblo, como Rey. Los primeros pensamientos, que tuvo, fueron hacer feliz á su Reyno, y hacerse Santo á sí mismo. Fueron sus primeras acciones, acciones de clemencia, y de justicia, y comenzó á reynar, sacrificando su reposo, y exponiendo su propia vida, por dar fin á las Guerras Civiles.

¿Y os pintaré yo aqui la triste imagen de una menor edad, y de una turbulenta regencia? Os representaré aquella fatal division, que la envidia, y el deseo de mandar suscitaron en los primeros años de su Reynado? Vieronse Principes armados bajo el ordinario pretexto del bien público; el Inglés, introducido hasta en el seno de

(a) *Dei enim Minister est in bonum: vindex in iram ei, qui male agit.* Rom. 13. v. 4.

(b) *Mitte illam de caelis sanctis tuis. & á sede magnitudinis tuae, ut tecum sit, & tecum laboret.* Sap. 9. v. 10.

6 PANEGYRICO DE SAN LUIS

de la Francia, la autoridad del Rey violada; oprimidos los buenos Vasallos, y este Reyno tan floreciente á pique de llegar á ser la presa de los enemigos estraños, y domesticos: ¡O qué desolacion, Señores! Pero Luis, sin consultar la carne, ni la sangre, sin escusarse con sus pocos años, sin temer las incomodidades de las estaciones, ni los peligros de la guerra, sale á campaña, implora el socorro del Dios de los Exercitos, va á buscar sus enemigos, y á combatirlos; pero me engaño, vá á aliviar á sus Vasallos, y á restituirles la paz con la victoria de una batalla.

Alli fue donde, asistido del socorro del Cielo, y movido, mas de la justicia de su causa, que de sus propios intereses, llevando el terror á las tierras, y á las tropas estrangeras, hizo ver, que la verdadera piedad no se opone al verdadero valor, y que las victorias mas dificiles no son sino las primeras pruebas del valor de aquellos, á quienes Dios mismo instruyó para la guerra. Entonces fue quando se vió suplir con su virtud la desigualdad del numero, sostener él solo el peso del Exercito, defender el Puente de Taillebourg con una constancia mas maravillosa, que aquella, de que tanto se jacta la antigua Roma, y executar acciones, que se podrian acusar de temeridad, si el espíritu de Dios no elevase algunas veces sobre las reglas de una virtud, y de una prudencia comun aquellas grandes almas, que destina, para combatir el orgullo, y la rebelion de los hombres.

Pero no fueron, ni la ansia de vencer, ni el deseo de vengarse quienes excitaron este nuevo valor; fueron sí el deseo de la paz, y el de la seguridad pública. De este modo, el fin de la rebelion fue el arrepentimiento, y no la ruína de los rebeldes. No derribó aquellas cabezas orgullosas, contentóse con haverlas humillado; dióles su amistad, luego que los bolvió á poner en orden, y dixerase que Dios le havia preparado estas guerras, y que le havia puesto las armas en la mano, para darle la gloria de vencer,

REY DE FRANCIA.

7  
cer, y el placer de perdonar. Jamás se firmó armisticio de mas buena fé. Despues de haverles salvado la vida, no se la hizo molesta, y enfadosa con tibiezas, y continuas desconfianzas; mirólos siempre como amigos adquiridos, no como enemigos reconciliados, y empleandolos en sus santas expediciones; no les pidió otra satisfaccion, por haver sido contrarios á su patria, sino ir á combatir con él por la fé, y por la Religion.

¿Dónde se hallan oy dia estos corazones sencillos, y magnanimos? ¿Los hubo jamás tan puntosos, ni tan delicados? De todo se ofenden, y jamás quieren, que su ofensa se quede sin castigo. Ya casi no hay reconciliaciones, que no sean fingidas, y disimuladas. Quitase el aparato exterior, pero la llaga queda en lo interior: Creense en seguridad, con tal que se salven las apariencias. Amad á vuestros enemigos; (a) haced bien á los que os aborrecen; este, os dirán, es un consejo de perfeccion, y no un precepto de necesidad. Cada uno se cree ser el desgraciado, y el ofendido: El odio se reprime, pero no se pierde. Aun quando se protesta, que no se quiere mal á su hermano, entonces mismo se le hace, se le procura, y aun se le oprime, si se puede, diciendole siempre, que como cristiano, se le perdona. Pero no asi perdonó San Luis, por grande que fuese, y por grande que fue la injuria. No obstante, no creais, que su clemencia tuviese nada debil, y despreciable; supo contener á los Grandes en su obligacion; pero esto mas fue por su bondad, que por su poder; antes por la veneracion, que tuvieron á su virtud, que por el temor de sus armas; y si tuvo bastante dulzura para perdonar la injuria, que le havian hecho, tampoco careció jamás de fuerza, y autoridad, para impedir, que la hiciesen á sus Vasallos.

Des-

(a) Diligite inimicos vestros; benefacite his, qui oderunt vos. Matth. 5. v. 44. Luc. 6. v. 27.

8 PANEGYRICO DE SAN LUIS

Después que Dios le dió tan feliz suceso en esta primera guerra, se aplicó San Luis enteramente à arreglar sus estados. Una de las mas esenciales, y de las mas nobles funciones de los Soberanos es hacer justicia á los Pueblos. Nada pedia á Dios el Real Profeta con mayor instancia, que su juicio. Salomon no le pedia, sino una docilidad de corazon, y un justo discernimiento, para conocer el bien, y el mal, y para juzgar su Pueblo segun este conocimiento. (a) Y San Luis hizo á esta accion una de las principales ocupaciones de su Reynado. El oía, él examinaba por sí mismo con su equidad los Pleytos de su Pueblo. La entrada de su Palacio de Louvre estaba abierta à todos quantos recurrían á su proteccion. No se veían al rededor de él terribles cuerpos de Guardias, puestos en fila, para aterrar á los tímidos, ó para desechar à los importunos: No era preciso ganarle por presentes, ó hablarle por medio de las súplicas de Ugieres interesados, ó inexorables, ni havia barrera alguna entre el Rey, y los Vasallos, que el menor de ellos no la pudiese pasar. No se esperaba, qual seria su suerte en aquellas soberbias puertas, que de quando en quando se abren un poco, para echar, no para recibir, à los que se presentan: No havia necesidad de otra recomendacion, que la justicia, y era suficiente motivo, para ser introducido á este Principe, el tener necesidad de su proteccion.

Qué complacencia no siento yo en representarme á este buen Rey, como la historia lo representa en el Monte de Vicenna bajo de aquellos arboles, que ha respetado el tiempo, parandose en el medio de sus inocentes diversiones, para oír las quejas, y para recibir los memoriales de

(a) *Dabis seruo tuo cor docile, ut populum tuum judicare possit, & discernere inter bonum, & malum. 3. Reg. 3. v. 9.*

REY DE FRANCIA. 9

de sus Vasallos, grandes, y pequeños, ricos, y pobres, todos se llegaban à él indiferentemente en el tiempo mas agradable de su paseo. En él no havia diferencia entre sus horas de descanso, y sus horas de ocupacion. A todas partes donde iba, le seguia su tribunal. Bajo de un dosel de ramas, y de hojas, y sobre un trono de cespèd, como bajo del dorado techo de su Palacio, y sobre su trono, ó solio Real de su justicia, sin pasion, sin favor, sin acepcion de la calidad de la persona, ni de la fortuna, hacia sin dilacion sus justicias, y daba sus oraculos con autoridad, con equidad, y con ternura: Rey, Juez, y Padre á un mismo tiempo.

¿Y qué Magistrado interrumpirá oy dia sus diversiones, aún quando se tratase, no digo yo del reposo, sino del honor, y aún quiza tambien de la vida de un miserable? Los tiempos de placer se sorben à los de la obligacion. La Magistratura ordinariamente no es sino un titulo de ociosidad, que no se toma sino por el honor, y que no se exerce, sino por bien parecer. Los que parecen mas prudentes, gustan de estar poco ocupados en las cargas de su empleo, pero no quieren incomodarse: El pedirles justicia una vez que han resuelto divertirse, es no poder vivir, y hacerles una grande injuria. Sus Gabinetes son impenetrables: ellos mismos tienen sus tiempos, en que se hacen inaccesibles, y en que solo el nombre de negocios los escandaliza. Sus diversiones son como la parte sagrada de su vida, á que nadie se atreve á tocar, y gustan mas de apurar la paciencia de un desgraciado, y arriesgar una causa bien puesta, que cercenar algunos momentos de sueño, interrumpir una partida de juego, ó una conversacion inutil, por no decir otra cosa peor.

Pero no asi San Luis, que jamás huía del trabajo, y por cansado que estuviere de la multitud de sus negocios, el poder ser util al Pueblo, le servia de descanso. Mas aún quando él se creyese deudor á todos, y que continuamente dixese con el Apostol: Soy deudor à toda el

Mundo. (a) Juzgó no obstante, que aún estaba mas obligado á tener cuidado de los pobres. En medio de tener puestos Jueces de una probidad reconocida, y de una reputacion irreprehensible, se reservó el juicio de los negocios de los pobres, como á funcion muy favorecida suya. (b) Sabia, que la justicia no siempre está tan bien encubierta, que no llegue á divisar las personas, que la buscan; que el que se vé sin credito, se halla facilmente sin proteccion, y que un pobre, que solicita, casi siempre es importuno. La misma experiencia nos lo está demonstrando: Por buenas que sean sus razones, se enfadan de oírlas, y si no se les despide con dureza, á lo menos se les habla con altivez, y con imperio; y aún quando se les hace justicia, ordinariamente se les hace de mala gracia. Luis quiso impedir esta corrupcion, ó prevenir este peligro, encargándose él mismo de esta parte de la justicia, y les dió dos veces á la semana largas, y faciles Audiencias, en que templando el resplandor de la Dignidad Real, por un ayre de bondad, y sencillez christiana, les quitaba el temor, que imprime la Magestad, y la timidez, que la pobreza causa por sí misma.

Alli era donde, como un Padre comun, sostenia al debil contra el Poderoso, y castigaba la injusticia, por qualquier autoridad que se viese apoyada. Alli era donde disipaba con la luz de su entendimiento lo que la malicia, ó la calumnia havia procurado embrollar. Alli era donde, *sentado sobre el trono de su juicio, disipaba solo con su vista las nubes, que se levantaban en aquella Region inferior de su Reyno.* (a) Alli era, en fin, don-

(a) *Omnibus debitor sum.* Rom. 1. v. 14.

(b) *Judicare populum tuum in justitia, & pauperes tuos in judicio.* Psalm. 71. v. 2.

(c) *Rex, qui sedet in solio judicij, dissipat omne malum intuitu suo.* Prov. 20. v. 8.

donde él pronun ciaba sentencias de misericordia, y entrando á juicio entre sí mismo, y su Pueblo, cedia de sus derechos, renunciaba sus propios intereses, y daba aquellos grandes exemplos de equidad, y desinterés, que sus sucesores se glorían de seguir.

Para satisfacer este amor paternal, fue para lo que conservó la paz con sus vecinos, y la mantuvo entre sus Vasallos. Havia aprendido aquellas grandes maximas, que los Reyes deben amar la paz por inclinacion, y hacer la guerra por necesidad; que su verdadera grandeza no consiste en levantar Exercitos, y que la tranquilidad pública bien mantenida vale mas, que aquellas victorias, que cuestan por lo comun tanta sangre, y tantas lagrimas. Este mismo espiritu fue el que le hizo, que se contentase con la renta de su Real Hacienda, y con algunos tributos, casi voluntarios. No quiso tener parte en los bienes, y la fortuna de los pobres; para ser buen cortesano, no fue preciso que estudiase los medios de llenar el Erario del Principe. No creyó, que para tener Vasallos obedientes fuese necesario hacerlos miserables: y aunque tampoco haya havido jamás Rey mas noble, ni mas magnifico, ¿no supo tambien arreglar sus gastos, de manera, que hiciesen honor á su dignidad, y no fuesen gravosos á nadie? Quando caminaba por sus Provincias, no dejaba detras de sí hombres justificados, y fieles, para examinar, y reparar largamente los daños, que la tumultuosa marcha de una grande, y numerosa Corte causa algunas veces al público, y á los particulares? De este modo disponia sus viages, segun las disposiciones de su bondad, y de su justicia, y atravesaba su País, no como un torrente que lo asola, y arruina, sino como un lento, y apacible rio, que derrama por todas partes la riqueza, y la abundancia. Estando yá proximo á partirse para la guerra santa, ¿No hizo publicar como estaba pronto á satisfacer antes de su partida á los que se creyesen con algun motivo de quejarse de su justicia? ¿Y qué cosa encargó mas cuidado-

samente á sus sucesores, que el amor, y la piedad para con los Pueblos?

Pero veamos el fondo de este piadoso, y compasivo corazon en una triste situacion de su Reynado. Permitió Dios, para castigar los pecados de su Pueblo, ó para exercitar la caridad del Rey, que la peste, y la hambre asolasen á un tiempo este gran Reyno. Esparcieronse por todas partes estas dos calamidades: La tierra no producía sus frutos, el ayre no tenia sino malignas influencias, faltaba la vida á los unos, la muerte sorprendia á los otros, no parecia sino que los elementos se havian conjurado contra los hombres, que se veían reducidos á la triste necesidad de perecer, ó por la ira del Cielo, ó por la esterilidad de la tierra. Entonces fue, quando este santo Rey hizo ostentacion de toda su caridad, y esparció con una mano pródiga aquellos tesoros, que juntaba con tanta moderacion, y prudencia. Consideróse á sí mismo como un Padre de Familias, encargado de la vida, y de la salud de sus hijos. Embió á unos los socorros necesarios para vivir, y á otros muchos consuelos, para bien morir. Estuvo enfermo con los enfermos: A pesar de las estaciones del tiempo hizo nacer la abundancia por medio de sus cuidados. No solamente se encargó del alivio de la miseria pública, sino que tambien quiso tomar sobre sí la penitencia. Lloró secretamente; ofrecióse á Dios, y afligió su cuerpo. ¿Quántas veces humillado, bajo el saco, y el cilicio, ofreció á Dios el sacrificio, que le es mas agradable, de un corazon contrito, y humillado? ¿Quántas veces estenuado de ayunos, y de abstinencias, en las procesiones públicas dió á Dios, y á los hombres el espectáculo tan grande, y tan raro de un Rey inocente, y penitente á un mismo tiempo? ¿Quántas veces, considerando el motivo de la Divina venganza, por justo, y por santo, que él era, dixo, como un Principe peeador en otra semejante ocasion: *Yo soy el culpado, volved,*

Señor, sobre mi vuestra justa ira. (a) Y ved aquí, Señores, el corazon tierno, que Dios le havia dado para con su Pueblo: Veamos ahora á este corazon moderado, y sin pasion, que es la segunda parte de este discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Quando las pasiones se hallan juntas con el poder absoluto, ¿ó qué difícil es arreglarlas, y vencerlas! Y quánta razon tiene la santa Escritura, para compararlas en las palabras de mi texto, á ciertas aguas juntas, y congregadas, que corren con rapidéz! Los deseos de los particulares son, como arroyuelos, que corren sin ruido, que facilmente se detienen, y que además no suelen anegar, sino algunas plantas, ó algunas flores, que nacen muy cerca de sus orillas. Pero los deseos de los Soberanos son, como torrentes, á quienes no puede contener ningun dique, que siempre se ván aumentando en su curso, y que asolan toda una campaña. Tal es la condicion de los Grandes del Mundo, yá porqué obrando por grandes intereses, se dejan llevar mas vivamente de ellos; yá porque no hallando alguna resistencia en el cumplimiento de sus voluntades, se aplican á ellas con mas fuerza; yá porque en ello ordinariamente se dejan llevar de los perniciosos consejos de los que asisten á sus lados. Solo Vos, Dios mio, quando han puesto sus corazones en vuestras manos, podeis gobernarlos, y darles la inclinacion, y el movimiento, que vuestra providencia ha resuelto darles.

Esta es, Señores, la gracia, que Dios hizo á San Luis.

(a) *Ego qui peccavi, vertatur, obsecro, manus tua in me.* 1. Paralip. 21. v. 17.

Como le havia elegido , para hacer un Rey á medida de su corazon , *le quitó* , segun la expresion de la Escritura , *aquel espíritu de Principe* , (a) que inclina á dominar con orgullo , y á engrandecerse sin medida. Puso sobre todas sus pasiones el sello de su moderacion , y de su prudencia , y le dió inclinaciones contrarias á todos los vicios de su estado: Abatió su grandeza Real á la humildad christiana : Mudó la delicadeza de la Corte en una vida austera , y penitente : Sujetó al poder de la caridad , y de la justicia el poder soberano de poderlo todo. Examinemos la conducta de este Santo en todos estos estados.

Quando hablo de la humildad de San Luis , no os figureis , Señores , una humildad natural , que proviene de falta de espíritu , y de valor , que no se siente , ó que se desprecia. Fue humilde por moderacion , no por flaqueza. En él no fue esta virtud un efecto de su temperamento , fue sí un efecto de la gracia de Jesu-Christo , y si tuvo en su corazon la simplicidad de un Christiano ; tambien tuvo , quando le fue preciso , toda la Magestad , y toda la grandeza de un Rey. Y si no : ¿Qué Principe sostuvo jamás sus derechos con mayor firmeza ? ¿Qué mano , por sagrada que fuese , se atrevió á tocar á su Corona ? ¿Con qué justo , pero noble discernimiento , no supo él separar los intereses de la Religion , de los de la politica ; obedecer á las ordenes de los soberanos Pontifices , sin entrar en sus pretensiones , y sin perder el respeto de hijo , defender los derechos de Soberano ? ¿Con qué resolucion no detuvo el intrépido genio de un Emperador , que le havia amenazado de hacerle guerra ? ¿Con qué constancia de ánimo no se mostró en su prision , despues de su derrota , quando se trató del honor de la Re-

(a) *Qui aufert spiritum Principum. Psalm. 75. v. 13.*

Religion , ó de la dignidad de su persona ? El temor de los suplicios , y de una cercana muerte no fue capaz de hacerle consentir á pagar rescate por sí , ó á dar otro fiador , que su palabra. Un rayo de magestad , y de virtud , que Dios hizo , que resplandeciese sobre su rostro , contenia el furor de aquellos Barbaros ; el vencido hablaba en tono de vencedor ; y los Sarracenos admirados del asombro de su Sultán , y de la grandeza de alma de su prisionero , dudaron por algun tiempo , qual de los dos era su Señor.

No obstante , Señores , tuvo el secreto de quitarse á sí mismo una parte de su grandeza , y de hacer pequeña á sus ojos la dignidad Real , pudiendo decir con el Rey Profeta , *que no anduvo por los caminos de la grandeza*. (a) Viósele bajar su sagrada cabeza á los pies de los pobres , que se le representaban á Jesu-Christo : Emplear sus caritativas manos , para servirles en sus necesidades ; llevar por sí mismo los cuerpos muertos de sus Soldados , y doblar sus Reales hombros al peso de estas cargas de caridad , y christiana misericordia. Orgullo del Mundo , delicadeza del Mundo , temblad , y condenaos vos mismos.

No hablaré aqui de la modestia de su conversacion , y de la simplicidad de sus vestidos , que fueron como leyes eficaces contra el luxo , y el atrevimiento de los Cortesanos. No os diré que jamás permitió al pecador derramar sus perfumes sobre su cabeza , y que quiso mas ser reprehendido por la verdad , que corrompido por las alabanzas : Su historia nos provee de los mayores exemplos. Los Principes se honran con los ambiciosos titulos , y con los nombres , que toman de sus estados , ó

(a) *Neque ambulavi in magnis , neque in mirabilibus. Psalm. 130. v. 1.*

de sus victorias: Vosotros sabeis hasta donde ha hecho llegar el capricho de los hombres esta vanidad extravagante. San Luis renunció todas sus qualidades mundanas, y no quiso otro titulo que el de Luis de Poyssi, que era el Lugar donde havia sido bautizado. Nada apreciaba mas que las ventajas de su nacimiento espiritual: Toda su gloria la tomaba del Reyno Celestial, á que aspiraba, y no del Reyno, que poseía sobre la tierra; su fortuna fue ser hijo de la Iglesia, y no ser Rey de Francia: y despreciando las grandezas humanas, cuya nada conocia muy bien, olvidó lo que era por su dignidad, y no pensó sino en lo que debía ser por su Bautismo.

Mas para conocer bien su humildad, veámosle en el tiempo feliz de una prosperidad sensible, é inesperada, en que se dilata el corazon, y ordinariamente se deja ocupar de su dicha; repasad en vuestra memoria el noble designio, que concibió de ir á combatir los Infieles, llevar la cruz, y los Mysterios de Jesu-Christo á los mismos Lugares, en que tuvieron su origen. Instale su piedad, la esperanza del suceso le anima, parte con ardor, y se embarca con confianza. Hasta los vientos parece, que están de acuerdo con su zelo. El Mar baja sus olas, y lleva con respeto aquellos Navíos cargados de tanta nobleza christiana. Llega la Armada delante de Damietta, y de veinte mil Barbaros, que la defienden. Excitase el valor de los Cruzados: Luis á su frente, abrasado de una santa impaciencia, se abanza con la espada en una mano, y con el broqué en la otra, y saltando de su Navío, vá á tomar tierra por en medio de las olas, y de una espesa nube de dardos, que de toda la ribera llovían sobre él. Pasmase el enemigo, el Christiano gana terreno, las cruces se plantan sobre las murallas, rindese todo, y en solo un dia se hace dueño de una Plaza, y se abre camino para todas las otras.

¿Y qual pensais vosotros, que fue al dia siguiente el aparato de su triunfo? ¿Vá por ventura sobre un suntuo-

so carro á recibir las alabanzas, y las aclamaciones de una Armada, á quien el exemplo de su valor havia hecho victoriosa? ¿Amontona los despojos de los enemigos para erigir trofeos á su propia gloria? ¿Hace acaso ostentacion del oro, y de los diamantes? ¿Y junta por ventura á sus propias riquezas las del Tyrano, que acaba de vencer? No, no; aprended, Señores, una nueva especie de triunfo. Entra en trage de penitente, y no con el orgullo de un vencedor. Sigue con los pies descalzos el Estandarte de la Santa Cruz; y por ostentacion de su victoria, hace llevar la imagen de Jesu-Christo paciente, y humillado. Los cánticos, que se oyen, no son en honor del que ha vencido, sino en el del que ha hecho vencer. Quiere, que la Religion recoja los frutos de una guerra, que no ha emprendido sino por ella. Por lo que á sí toca, él se confunde, se humilla, y no contribuye á su triunfo mas que por el sacrificio, que en él hace de su grandeza, y de su gloria.

Pero si ha sabido vencer el orgullo, no menos ha vencido el deleyte, y se le ha visto en medio de su Corte vivir con la austeridad, y la mortificacion de un Anacoreta. La Corte es una tierra fértil en frivolas diversiones, en amores profanos, y en malos deseos. Es la parte mas desacreditada de este Mundo, que el Evangelio tantas veces ha condenado, donde las pasiones se excitan, se conservan, se comunican, y conspiran todas contra la inocencia. Es una region de tinieblas, donde la verdad se vé sofocada por la mentira, y la razon obscurecida por la vanidad, y donde desaparece la luz de la fé, como desapareció la estrella que guiaba á los Magos, sobre la Corte de Herodes. Pero Jesu-Christo no nos enseña por sí mismo que (a) es la habitacion del luxo, y la morada del

(a) *Ecce qui mollibus vestiuntur, in domibus Regum sunt.* Matth. 11. v. 8.

del deleyte? Pues San Luis la hizo un lugar de rigor, y de penitencia para sí mismo.

¿Y os diré yo, que á pesar de todos los lazos, que se armaron á su pureza, conservó su inocencia bautismal? ¿Que havia hecho, qual otro Job, un pacto con sus ojos, de no detenerlos jamás sobre un rostro que podia engañar su alma, y que una rigida, y severa virtud le hizo siempre insensible á los encantos de los deleytes prohibidos? ¿Os diré, que castigó su cuerpo, por reducirle á servidumbre, que se ciñó un cilicio, casi continuo, y que con su sangre regó muchas veces su purpura Real? ¿Faltó él por ventura á ninguna de aquellas leyes, que la Iglesia prescribe indiferentemente á todos sus hijos, y de las que los Grandes del Mundo, por la relajacion de otro, ó por su propia delicadeza se dispensan impunemente todos los dias? ¿Qué ayunos no observó él, y con una escrupulosa exactitud? ¿Qué Quaresma no continuó, aun á costa de su misma salud, por preciosa, y del todo importante, que pudiese ser al Mundo?

Ni se escusó por razon de su estado, ni por la moderacion de sus costumbres. No creyó, que pudiese dispensarse de la ley, ó que la grandeza fuese un titulo suficiente contra las reglas comunes del Evangelio. No dejó la penitencia, ó para los pecadores, que la merecen en el Mundo, ó para las gentes buenas, que la practican voluntariamente en los claustros. Su humildad le hizo llorar sus pecados, su valor le hizo emprender la obra de su salvacion. No era, ni Religioso, ni pecador: Era inocente, y era Rey: Y no obstante, practicó todas las austeridades, que practican los Religiosos, y se impuso todas las penas, que se acostumbra imponer á los penitentes.

Pero hay tambien en el corazón de los Reyes, aun los mas piadosos, cierto amor secreto ácia su grandeza, que los inclina á sostenerla, y á dilatarla, si no con injusticia, á lo menos con inquietud. Estos no sembrarán la discordia entre sus vecinos; pero sentirán una maligna

alegría, en que se susciten. No se servirán de sus ventajas para usurpar; pero harán valer todas las razones, que tuvieren para adquirir. No quebrantarán las leyes; pero las torcerán á favor de sus intereses; y á poco que se persuadan de que no ofenden á la justicia, no harán grande escrupulo en herir un poco la caridad. Mas San Luis no se dejó arrastrar de esta delicada tentacion; hizose de buena fé el arbitro de todas las diferencias de sus vecinos, y les quitó por medio de una desinteresada amistad todos los motivos, y todos los pretextos de romper la paz. Los sabios del Mundo le representarian muchas veces, pero en vano, que la habilidad no estaba en unirlos, sino en indisponerlos, y en aprovecharse de sus divisiones, que era necesario dejarlos emplear contra sí mismos las fuerzas que podian bolver contra él; que si era honradez el impedir, que se destruyesen, tambien era ventajoso dejarlos que se debilitasen. Desechó Luis esta politica, sacrificó todos sus intereses á su caridad, y como era el amor, y las delicias de su Pueblo, se hizo la admiracion de los estraños.

¿Pero, y qual fue su admiracion, quando irritada Roma contra el Imperio, le propuso ponerle sobre el trono del Emperador por un derecho, que no le pareció legitimo? ¿Con qué santa soberbia no respondió, que no le tocaba sino á Dios el disponer de los cetros, y de las coronas; que la perfeccion de un Rey consiste en gobernar bien sus estados, y no en apoderarse de los estraños, que así como el poder temporal no debia tocar al Altar; el poder espiritual no debia tocar al trono. De este modo miró siempre al Emperador como á su hermano; sujetó su ambicion á su Justicia, è hizo ver su grandeza de alma, reusando una corona tan brillante, por sagrada que fuese la mano, que se la ofrecia. ¿De dónde provenia esta conducta tan noble, tan pura, y tan desinteresada, sino de un corazón fervoroso, y zeloso por Dios? Y esta es la tercera parte de mi discurso, en la que pretendo decir grandes cosas en pocas palabras, si todavia

continuais en honrarme con algunos momentos de vuestra atencion.

### TERCERA PARTE.

**A**unque la piedad conviene à toda condicion , y suerte de personas , porque toda condicion camina à Dios , y toda persona pertenece à Dios ; no obstante , se puede decir , que quando esta se encuentra en el alma de los Soberanos , tiene grandes ventajas. Ella es mas noble , porque tiene la proporcion de hacer à Dios los mayores omenages , y de tributarle un culto mas magnifico : Es mas util , porque teniendo mayor numero de admiradores , estiene mas lejos sus buenos exemplos : Es mas segura , porque la hypocresia no tiene lugar donde no hay ni pena que temer , ni recompensa que esperar : Pero tambien es mas necesaria , porque ellos deben estar en una dependencia mayor de Dios , y estàn mas encargados de la edificacion de los Pueblos.

No esperéis , que os haga aqui una narracion puntual de sus ordinarias devociones , de aquellas horas empleadas en la leccion , y en la oracion , que son los dos , como canales , por los quales derrama Dios su luz en nuestros corazones ; de aquella atencion à la palabra de Dios , y à las conversaciones espirituales , que casi todos los dias tenia con los mas santos , y mas sabios hombres de su siglo ; de aquellos retiros interiores , que le hacian tener à Dios presente , aun en medio del tropel de sus Cortesanos , y en la opresion de los negocios ; de aquellas voluntarias mortificaciones , de las quales se havia formado como una especie de obligaciones indispensables. Yo deixo à vuestra consideracion aquel temor , y aquel horror al pecado , que las eficaces palabras de una virtuosa Reyna havian gravado en su alma desde su niñez : Aquella fé viva , y bienaventurada , que no tuvo necesidad de otro

auxilio , que de sí misma , y que se contentó con creer en Jesu-Christo , quando podia verle en la Eucharistia : Aquellas limosnas , cuya memoria pasa de generacion en generacion , hasta la consumacion de los siglos. No me detengo en todo aquello , que es comun con el resto de los demás Christianos.

Hay tambien una devocion de Principes , (dice San Agustin) diferente de la de los particulares , no en quanto al motivo , y al fin , sino en las miras , y en la execucion , por la qual emplean su poder en gloria de la Religion ; y executan acciones de piedad , que solos los Reyes pueden executar : Detener la impiedad , vencer los enemigos de Dios , consagrar grandes riquezas à la caridad , atrincherarse por virtud contra las grandes adversidades : Ved aqui el zelo , ved aqui las virtudes de nuestro Santo.

Apenas empuñó el cetro , quando arruinó la obstinada secta de los Hereges Albigenses , que tantas veces abatidos parecian quererse bolver à levantar , favorecidos de las armas del Conde Raymundo , y que del estremo de una Provincia distante amenazaban querer establecer un error en toda la Francia. Embióles Predicadores : Levantó Exercitos contra ellos , procuró atraherlos como à errantes , y fugitivos : Domóles como rebeldes , propusoles la verdad , y les hizo sentir su poder : Vióse en poco tiempo dispersa la multitud , y à su orgullosa cabeza , conducida unas veces al pie del trono , otras à los pies de los Altares , hacer abjuracion de su heregia , y padecer todo el rigor de la penitencia medio voluntaria , y medio forzada , à vista de la Iglesia , y de sus Ministros.

Despues de haver arruinado la heregia , reprimió por la severidad de sus Edictos la impiedad , el libertinage , y la blasfemia. Hasta entonces la mayor parte de los Principes havian juzgado , que no llevaban la espada , sino para defender sus intereses , ó para vengar sus propias injurias : Dejaban à Dios el cuidado de la magestad de su

nombre, y el castigo de sus ofensas: Contentabanse con tener horror á la impiedad, y no cuidaban de castigarla: Pero á mas se estendió el zelo de San Luis. No solamente sintió en su corazon el ultraje hecho al nombre de su Señor, sino que tambien empleó el hierro, y el fuego para repararle. Condenó á riguroso suplicio, y á perpetuo silencio á todas las lenguas sacrilegas. Solo sobre este asunto se hizo inflexible, é inexorable: Y aquel que perdonó la rebellion al famoso Conde de la Marcha; aquel que bolvió á embiar; pero agasajados á los asesinos, que havian venido á degollarle sobre su trono de parte de aquel formidable Tyrano, que aborrecia todas las testas coronadas, que se llamaba, y que era el asesino de todos los Principes de la tierra; aquel, digo, tan pronto á conceder gracias, y á moderar sus resentimientos; no consultó sino á su justicia, y se hizo inexorable á las lagrimas, y al arrepentimiento de un blasfemo.

Permitid, Señores, que lloré yo aqui nuestra indiferencia, y nuestra flogedad. Nosotros no tenemos mas de una tintura, y una superficie de Religion; parece que la injuria, que se hace á Dios, no toca á nosotros: Nadie se atrevé á oponerse á la impiedad, por no pasar por un critico, por un hypocrita. El zelo es una virtud, que ya no se estima; burlanse de él, como de una usanza, que solo pertenecia á la grosería de nuestros Padres, y que ya no conviene á la politica de este tiempo. Escandalizanse hasta de los menores defectos de los buenos, porque siempre se halla que oponer á la virtud, y á los malos todo se les perdona, porque no se quiere tomar interes, ni en su conversion, ni en el honor del Dios á quien ofenden. Quantas satyras se hacen todos los dias á nuestra vista contra la Religion; y nosotros, no solo no las tenemos por malas, sino que poco falta para que las tengamos por buenas, y gustosas! Quantas malas interpretaciones se dán á las cosas santas, y á la Escritura, que nosotros condenamos algunas veces, no por-

que

que ellas sean contrarias á la piedad, sino porque no son bastante agudas, é ingeniosas! Despreciase delante de nosotros el nombre del Señor, y nos quedamos frios, é insensibles. Sacerdotes del Altisimo, Ministros del Dios de Israel, vosotros rasgariais vuestras vestiduras en semejantes ocasiones, ó á lo menos dariais á entender vuestro dolor; y nosotros, Sacerdotes de Jesu Christo, Ministros de su nueva Ley, nosotros las disimulamos con un silencio criminal, y por una indigna timidez.

San Luis nos debe animar por su fervor, y por su zelo. Todo lo que pudo hacer á la Religion mas pura, mas magestuosa, y mas venerable, fue el objeto de sus cuidados, de sus liberalidades, y de su paciencia. Y si no, ¿no desterró de sus estados los espectaculos, y las Comedias, y todas aquellas artes, que ha inventado el Mundo para perder á los hombres con sus diversiones, para mantener su ociosidad, y para inspirarles por medio de la representacion de fingidas pasiones, las pasiones verdaderas? ¿No prótegió aquellas nuevas ordenes, que la providencia Divina havia suscitado para el socorro, y para la edificacion de su Iglesia? ¿No las colmó de sus beneficios? ¿No se valió de ellas, para establecer la fé en los infieles, y la piedad entre sus Pueblos? ¿Con qué cuidado, y á qué expensas no buscó los Instrumentos de la Pasion del Hijo de Dios, enriqueciendo la Francia con los despojos del Calvario, y con los mas preciosos tesoros de la Palestina?

¿En qué parte no dejó gloriosos vestigios de su magnifica, y Real piedad? Havia tambien en sus manos, y aun mucho mas en su corazon, un fondo inagotable de caridad, que bastaba para todo, y que al fin lo conseguia todo. ¿Era necesario edificar Iglesias, y Monasterios para aquellas almas santas, que por sus bendiciones reparan las maldiciones de los impíos, y la indevacion de los pecadores? ¿Convenia edificar retiros para las viudas, los huérfanos, y los ciegos? ¿Era preciso fundar Hospitales para recibir los Peregrinos, y para socorrer á los enfer-

mos?

mos? Pues todas estas necesidades las supo socorrer; y supo aliviar todas las miserias, haciendo él solo lo que muchos Reyes juntos no han podido hacer jamás. En esto fue en lo que empleó todos sus tesoros, y sus rentas. Ni por eso aumentó los impuestos públicos, ni tampoco hizo injusticia, para tener con qué proveer á su caridad; alimentó á los pobres, y á los miserables, pero no los hizo él; sus profusiones nada costaron á su Pueblo, y lo que les dió por sus limosnas, era lo que cercenaba de sus placeres. Apartense de aquí aquellos falsos caritativos, que tomando á manos llenas, y dando de quando en quando alguna parte de lo que han tomado, creen borrar sus pecados con sus pecados mismos; y hacer un sacrificio á Dios de los hurtos, que han hecho á los hombres. Averguenense aquí aquellos Ricos del Mundo, que con fundaciones, que no tienen mas fondos, que sus rapiñas, quieren engañar á la posteridad, y hacer creer, que una orgullosa avaricia es liberalidad piadosa.

¿Pero por qué pierdo yo á San Luis de vista? Voy á representarle con mucha brevedad en el verdadero estado de su gloria, no en aquellos felices tiempos, en que llevaba por todo el Oriente el honor de la Nacion, y la fortuna de sus armas: No en aquellas dos grandes batallas en que penetrando, como un prodigio de valor, por las filas de tropas infieles, obligó á sus enemigos á desear tener un Amo semejante; si no en la prueba de su mala fortuna, en la constancia, y la sumision á las ordenes de Dios, que mostró en las aflicciones de su derrota, de su prision, y de sus enfermedades. ¿Quién no diria, que el Cielo no havia de favorecer las buenas intenciones de este Principe? ¿Que el suceso de esta guerra no sería tan feliz, quanto era justo el designio de ella, y que Dios combatiría por él, como él iba á combatir por Dios? No tuvo motivo para prometerse, que al fin de los negocios se le apareceria la Cruz, como á Constantino: Se levantarian los vientos, como lo hicieron á favor de Theo-

dos; y que tendria los mismos socorros, puesto que defendia la misma causa? Pero Dios, que le preparaba otras coronas, y que pedia de él otras victorias, permitió, que fuese derrotado, y que cayese en poder de aquellos, que tantas veces havia vencido. Sabios del Mundo, que no conoceis otras felicidades, que las que son obras de la fortuna, detened vuestros pensamientos, y vuestros discursos; dejadnos juzgar por la fé de un tan funesto suceso.

¿Y qual fue entonces, Señores, su constancia: La prosperidad no le havia engreído: La adversidad no le abatió: En la derrota de su Armada, en el desfalco de sus fuerzas, en los primeros horrores de su prision, le paga á Dios el tributo de su acostumbrada oracion; sostenido por su gracia, y como rodeado de su proteccion, conserva su dignidad, aun entre las cadenas, y reyna sobre las reliquias, y sobre las ruínas de su fortuna. Los Barbaros, que le miran, están como desarmados á su presencia. Los Almirantes de Egipto, ofendidos todavia de la muerte de su General, entran en su Tienda, y su ferocidad se muda en respeto. ¿Pero, y qual fue tambien la disposicion interior de su alma? Adora la providencia de Dios, por la qual ha combatido, y por la que al presente padece: Tienese por muy feliz en estar humillado bajo la mano poderosa del Señor: Ama su cautiverio, puesto que es él quien, lo dispone: Contentase con no ser libre, pues llega á ser su prisionero; y se puede decir de él: *Que la sabiduria havia bajado con él á su calabozo, y no le abandonò en sus cadenas.* (a) Si

(a) *Descenditque cum illo in foveam, & in vinculis non dereliquit eum.* Sap. 10. v. 13. & 14. Tom. 2.

Si buelve à subir al trono , no es para descansar en él de sus pasados trabajos , sino para tomar nuevas fuerzas , para levantar nuevos Exercitos , y para pasar al Africa. Quando se le representan tantos Christianos , que gimen bajo la opresion de los Infieles , que padecen sin esperanza , y que no alcanzan á ver remedio á sus males , sino en la caridad de un Libertador , que Dios les suscitaba desde las extremidades de la tierra , le parece , que ya está oyendo desde lo interior de aquellos barbaros climas los gritos de tantos miserables. El impaciente deseo de bolver á Jesu-Christo aquellas almas , que la dureza de los Tyranos intentaba arrancarle , le anima , y le hace salir fuera de sí. Lleva el Estandarte de la Cruz sobre las murallas de Tunez , y ninguna cosa detiene su ardor , sino la voluntad de aquel , que se lo inspira.

Yo me le represento en esta segunda desgracia en medio de su Exercito , tocado de una enfermedad contagiosa , estendido en un País enemigo , y en una tierra estraña. ¡O triste , y funesto espectáculo ! ¿Dónde está aquella grandeza de la Francia ? ¿Dónde está aquella floreciente nobleza ? ¿Dónde está aquel Rey , que mandaba á tantas Legiones ? Reyna , Señores , en el Cielo ; reyna todavia en el corazon de los buenos Franceses , que imitan sus grandes exemplos.

No nos toca á nosotros (confiesolo) formar aquellos nobles , y vastos proyectos , que no convienen sino á la grandeza , y al poder Real ; pero tampoco podemos dispensarnos de imitar sus virtudes christianas. ¿Unos pecadores , como nosotros , havian de reusar el hacer penitencia , como la hizo un hombre justo ? ¿Havian de tener verguenza unos Vasallos de abatirse hasta donde un Rey se ha humillado ? ¿Havian de sentir dificultad los Christianos de aprender de un Príncipe Christiano el zelo , que deben tener por la Religion , y por la fé de Jesu-Christo ? Si el siguió las leyes de una modestia Evangelica , ¿por qué no re-

for-

formaremos nosotros nuestro luxo ? Si él ha fundado Hospitales , ¿por qué no alimentaremos nosotros algunos pobres ? Si llevó sobre su cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo , ¿por qué no sufriremos nosotros los trabajos , con que Dios nos afflige ? Conformemonos , y hagamosnos semejantes á este Santo Rey , para que practicando las mismas virtudes , lleguemos á la misma inmortalidad bienaventurada que yo os desco : En el nombre del Padre , y del Hijo , y del Espiritu Santo. Amen.

D 2

PA-

# PANEGYRICO

DE SAN BERNARDO,

PRONUNCIADO EN LA IGLESIA  
de Nevillans, en la Calle de San Hon-  
rato, el dia 20. de Agosto de 1683.

*Dedit illi scientiam Sanctorum, honestavit  
illum in laboribus, & complevit labores  
illius.*

El Señor le dió la ciencia de los Santos, lo  
sacó glorioso en sus trabajos, y lo col-  
mó de bendiciones. *En el Libro de la Sa-  
biduria, cap. 10. v. 10.*



Si no fuera licito juzgar de los Santos,  
sino como ellos han juzgado de sí  
mismos, y si no nos quedase otra  
pintura de su virtud, que la que  
ellos nos han hecho, en vano, Seño-  
res, os congregariais aqui para oír  
el elogio de San Bernardo. No ten-  
dria yo mas que deciros, sino que  
por grande que fue delante de Dios, y de los hombres,  
siempre fue pequeño á sus ojos; que mereció todas las  
alabanzas, y jamás sufrió ninguna de sí; que tuvo á

sus

sus defectos por verdaderos, y á sus virtudes por defec-  
tuosas: Que todo el Mundo le tuvo por Santo, y que  
á él solo le pareció, que no lo era.

Ninguna cosa le pareció tan poco apreciable, como  
la estimacion, que se hizo de su persona: Toda quanta glo-  
ria le resultò de parte de los hombres, le pareció vana,  
y la reputacion de su virtud sirvió de molestia á su vir-  
tud misma. No se complace en los honores; conosece  
en las humillaciones; teme siempre, que se le alabe, para  
engañarle, ó que se engañen, quando le alaban. Apela  
del favorable juicio de sus amigos al testimonio de su tí-  
mida conciencia: Cree, que los otros le alaban por con-  
jetura, ó por opinion, y que él se desacredita á sí  
por proprio, y verdadero conocimiento, y teme, que  
todo quanto bien se dice de sí, sea un lazo, que se le  
prepara á su vacilante humildad, ó una caridad, que se  
exerce con él á expensas de la verdad, y de la justicia. Es-  
tos son, Señores, sus mismos terminos, y poco falta,  
para que al recoger estas reliquias de su espiritu, que nos  
han quedado en sus obras, no suspenda yo aqui mi dis-  
curso, para reverenciar por un respetuoso silencio, lo que  
este Santo tuvo valor de ocultar por una santa modestia.

Pero la humildad no tiene ya derecho sobre las vir-  
tudes, que se han consumado: Es necesario alabar al Se-  
ñor en sus Santos, quando él mismo les ha dado, des-  
pues de su muerte, la alabanza, que les es debida. To-  
memos de encima de los Altares del todo poderoso aque-  
lla porcion de incienso, quiero decir de estimacion, y de  
elogio, que les prepara. Subamos á los Pulpitos, en don-  
de se anuncia la palabra de Dios, para animar á los fieles  
por el exemplo de aquellos, que tan sabia, y tan cons-  
tantemente lo han practicado. Temamos solamente que  
la alabanza de un Santo pierda su eficacia en la boca de un  
pecador. Virgen santa, vos le mirasteis, como á vuestro  
hijo: El os honró, como á su Madre: Vos fuisteis el ob-  
jeto de su tierna piedad, y la materia mas frequente de

sus

sus elogios. Si por sus vivas exhortaciones os atrajó tantos votos, y tantos omenages, si por vuestras poderosas intercesiones vos le haveis alcanzado tantas luces, y tantas gracias, nosotros impioramos vuestro socorro, nosotros asilo esperamos, y os decimos con el Angel:

**AVE MARIA.**

Quando Dios, para gloria suya, y para la salvacion de sus escogidos, quiere suscitar en su Iglesia, aun en los tiempos de error, y de discordia, hombres capaces de sostener su verdad, y de restablecer su disciplina, los ilustra con sus luces, á fin de que ellos mismos esten persuadidos, de lo que deben enseñar á los otros. Honralos delante de los hombres, para darles mayor autoridad, y mayor credito, quando conviene edificar, ó destruir, arraigar las buenas costumbres, ó detener los escandalos del siglo; y los recompensa por el buen exito, que dá á sus trabajos, y por las bendiciones, que derrama sobre sus palabras, y sobre sus obras. Si Dios observa de ordinario esta conducta respecto de los santos, se puede decir, que respecto de San Bernardo, la ha observado con magnificencia. Eligióle en medio de la Barbarie, y de la ignorancia, para darle la ciencia de los Santos. Lo ha elevado sobre todas las potencias del Mundo, dandole una autoridad como universal sobre todos los estados, que estaban fuera de su regla. El Señor le ha recompensado, echando la bendicion á sus trabajos, y haciendo ver sus buenas intenciones cumplidas por su gracia; para lo qual os haré ver

1. A San Bernardo lleno de la ciencia de Dios.
2. A San Bernardo revestido de la gloria, y del poder de Dios.
3. A San Bernardo acompañado de la gracia de Dios en todas sus empresas.

Este será todo el asunto de este discurso para vuestra instruccion, y para vuestra edificacion.

PRI-

**PRIMERA PARTE.**

Quando hablo de la ciencia de San Bernardo, no entendais un conjunto presuntuoso de esteriles, y vanos conocimientos, que se adquiere por el estudio, y por el trabajo, que se alimenta de curiosidad, y de orgullo, que ordinariamente cae en el error, y en la contradicion, y que (segun San Agustín) puede ser de algun adorno para el espiritu, pero de ningun socorro para el corazon. Hablo sí de una ciencia, que toma su origen de la de Dios, que mas se forma en el corazon, que en el espiritu; que se conserva por la humildad, y por la oracion, y que produce la justicia, y la caridad. La Escritura unas veces la llama *ciencia de el alma*, (a) porque hace conocer el precio, y la dignidad de ella: otras veces, *ciencia de la salvacion*, (b) porque ella descubre los medios, y la importancia: y otras, en fin, *la ciencia de los santos*, (c) porque ella enseña, como se ha de llegar á serlo.

Tal fue el don de luz, y de inteligencia, de que San Bernardo fue prevenido desde su infancia: Acostumbróle Dios, como á otro Samuél, á la revelacion de sus voluntades, y de sus Mysterios, y en el profundo silencio y santo horror de una noche consagrada al nacimiento del Salvador del Mundo, presentandosele delante de sus ojos el Verbo hecho carne, tal, como salió del seno de su Madre Virgen, y pareciendo querer nacer segunda vez para él, hizo crecer la tierna fé de este dichoso, y santo Niño, y sus primeros afectos, por la inteligencia de este Mysterio, de que estuvo penetrado toda su vida.

Su-

(a) Prov. 19. v. 2. (b) Luc. 1. v. 77. (c) Sap. 10. v. 10.

Supo tambien sacar las consecuencias de este principio, y conociendo por lo que Jesu-Christo havia hecho, para salvarle, lo que él mismo debia hacer por su salvacion, resolvió asegurarse en ella por un solemne desprecio del Mundo, cuyos peligros, y tentaciones temia. Comenzando la idea de una belleza mortal á encender en su tierno corazon un fuego fatal á su inocencia, se arroja en un estanque elado, para apagar aquella primera llama, que comenzaba á abrasarle. Entonces, reuniendo las fuerzas de una vida, casi muerta, castiga la indiscreta curiosidad de una mirada, que se le escapó, casi contra su voluntad: Entonces, bolviendo á encender su caridad en medio de las aguas, prohíbe á sus ojos el bolver á mirar, los objetos, que le pudiesen agradar. Allí es donde, sosteniendole la gracia en el desfallecimiento de la naturaleza, ahoga su concupiscencia hasta en su origen, y nos enseña á vencer la tentacion, antes que se apodere de nuestra alma. Porque nosotros caminamos sin temor, y sin precaucion, nuestras pasiones se insinúan, nosotros nos fiamos en nuestra debil razon, como si fuese capaz de contenerlas dentro de los limites, y medidas, que les competen. Ellas, á pesar nuestro, se fortifican, se esparcen, y nos sujetan. Al principio no suele ser mas, que una curiosidad sin intencion, despues viene un afecto, que parece honesto, mezclase en él alguna complacencia mundana: El espiritu se vá poco á poco inclinando; el corazon se entenece: buscansé los medios de agradar; la inquietud se deja sentir: A medida de lo que se vé el objeto, el deseo de verse, se vá aumentando, formansé en el alma ciertos deseos vagos, que al principio apenas se discernen, de aqui provienen aquellas inteligencias criminales, aquellos comercios escandalosos, aquellas continuas agitaciones, y todas las funestas consecuencias de una passion igualmente fatal, é inquieta, ora sea que se pueda salir con ella, ya sea que no se puede satisfacer.

San Bernardo convencido por sus primeras experiencias

cias de la necesidad de velar sobre la guarda de su alma, conoció, que no havia medio mas seguro, para vencer el Mundo, que huir de él. Ni la inocencia de su vida, ni la bondad de su natural, ni la santidad de su educacion, le parecieron capaces de mantenerle en sus buenos propósitos. Meditó el retiro, miró con desden las esperanzas de una fortuna risueña, y la futura felicidad, que el Mundo le prometia; y temiendo no ser engañado, quiso él mismo engañarle con su renuncia, y abandono. Aquellos, á quienes Dios llama á la Religion, de ordinario ocultan el animo, que tienen; hasta el momento, en que lo ponen en execucion; formase de su vocacion, como una especie de Mysterio; no sea que está se halle turbada por dos obstáculos, que la suelen poner: Desconfiase de sus fuerzas, y de su valor: Temese el ser enternecido por sus Padres, ó ser ganado por sus amigos: Se consulta, se prueba sin descubrirse: Eles, en fin, un secreto, que no se quiere confiar mas, que á Dios, y que se oculta cuidadosamente en su conciencia: Teniendose por demasiado feliz en desaparecerse al siglo, á su familia, y aun á sí mismo, de salvarse poco á poco en la soledad, y de comenzar á vencer al Mundo por el temor de ser vencido. Mas en la vocacion de San Bernardo hay mayor gloria; y mayor nobleza; él informa á todos sus amigos del animo, que tiene; publicalo en su familia, y no se contenta con evitar el peligro, en que se halla; quiere tambien mostrar á los otros el camino, que deben seguir, para evitarle. No solamente se retira él del Mundo, sino que quisiera, si pudiese ser, despoblarle del todo, ó á lo menos no dejar en él nada que le tocasse; y así llevándolo consigo al desierto Padres, Hermanos, Hermanas, y Amigos, por jóven que fuese, llegar á ser como la cabeza de su casa, y el Patriarca de su familia.

Pero, ¿y qué retiro eligió San Bernardo? Quando se apodera de ciertos espíritus medio convertidos no mas, un deseo de separacion, y un disgusto de las cosas del

Mundo buscan casas de comodidad, y Monasterios bien fundados, donde bajo un habito, y observancias de Religion, se pueda conservar, quanto espíritu de Mundo tienen animo de reservarse. Si han formado la idea de ser solitarios, quieren á lo menos forjarse una soledad á su antojo, renuncian las dignidades del siglo, es verdad, pero gustan de honrarse con su piedad, y para consolarse en aquello de haverse retirado de los hombres, están bien hallados, con que los mismos hombres igualmente se acerquen á ellos. Mas no así San Bernardo, que jamás tuvo semejantes consideraciones, ni respetos; él se dixo á sí mismo, lo que despues ha dicho á todos los Christianos: *Que era necesario romper enteramente, y sin detenerse, todas las cadenas, que detienen á una alma, quando Dios la llama.* (a) Y así buscó un retiro, donde pudiese olvidar al Mundo, y estar olvidado de él, y practicar la virtud, sin tener la fama de virtuoso.

Ya havia quince años, que la casa del Cister vivian en una estrecha, y severa disciplina. Un ayuno sin relajacion, un eterno silencio, una soledad impenetrable, un trabajo continuo, y una incesante contemplacion, eran las principales reglas de los que se acogian á este piadoso Instituto. Ellos eran pobres, y amaban la pobreza: El Mundo era desconocido de ellos, y ellos eran desconocidos del Mundo. Notabáse en ellos tanto el fervor de los que comenzaban, como la virtud de los perfectos; y encerrandose en el secreto de sus corazones, no buscaban en los servicios, que hacian á Dios, sino la gloria del Dios, á quien servian, ni otra alabanza de sus virtudes, que el testimonio de su conciencia. Pocas eran las gentes, que havia capaces de tan grande perfeccion; su vida

era  
 (a) *Si vis incipere, perfectè incipe.* San Bernardo.

era santa, pero parecia inimitable; y aterrando la austeridad á los que su piedad podia atraer, era de temer, que su santa disciplina se acabase con ellos, y que jamás tuviesen herederos de su pobreza, ni sucesores de su penitencia.

Pues allí fue donde San Bernardo resolvió llevar el yugo del Señor desde su tierna juventud, y morir al afecto, y á la memoria de todos los hombres. Allí fue donde se retiró, se ocultó, y como que se perdió, digamoslo así, á la manera de un vaso, (a) que ya no se hace mas caso de él, y que ya no vale para ningun uso. Aquel hombre, que havia de ser un vaso de eleccion, no solamente para restablecer, y para honrar el Orden Monastico, sino tambien para llevar su nombre delante de los Reyes, y los Pueblos de la tierra, se reputa como un siervo inutil, que no merecia, que le sufriesen en la casa del Señor; ó como un pecador, á quien la paciencia de Dios convidaba á la penitencia.

Aquella soledad fue para él, como una escuela de ciencia, y de santidad, donde, purificandose su espíritu, y separandose en cierta manera de su cuerpo, se hizo mas capaz de recibir las impresiones de la gracia. Hayas, y Encinas, Dehesas, Santos Bosques, á quienes llamó sus preceptores, y sus Maestros, decidnos, ¿quántas veces á la sombra de vuestras hojas, y ramas le visteis recibir las luces del espíritu de Dios, quando se daba á la meditacion de las cosas celestiales? ¿Quántas veces le oisteis vosotros no turbar, sino honrar vuestro silencio con algunas interrumpidas palabras, quando derramaba su alma delante de Dios, y dejaba salir mas de su corazon, que de su boca, algunos rasgos de aquellas eternas verdades, que havia de anunciar al

E 2 Mun-

(a) *Factus sum tanquam vas perditum.* Ps. 30. v. 13.

Mundo? ¿Quántas veces se retiró á vuestras mas intrincadas y remotas sendas, donde permaneció inmóvil en la contemplacion de un Mysterio, de que estaba poseído, ó de un pasage de las Escrituras, de quien buscaba con humildad, así el sentido, como la inteligencia?

Lo que á nosotros ordinariamente nos impide adelantar en el conocimiento de Dios, y de sus verdades es la grandísima libertad, que damos á nuestros sentidos. Por ellos es, por donde el espíritu se derrama, y se entrega á tantos objetos de vanidad, que le detienen, y le disipan. Por ellos es por donde pasan al alma tantas figuras, y diferentes imagenes, que la ocupan, y la inquietan; de allí proviene, que poniendo nuestra aplicacion en esta diversidad de representaciones, y de pensamientos mundanos, no somos, ni dignos, ni capaces de concebir los de Dios. Mas por lo que toca á San Bernardo; jamás hubo recogimiento mas perfecto que el suyo; apenas permitia á sus sentidos las funciones necesarias al comercio de la vida civil: Su alma atenta, y recogida en sí misma no se servia de ellas, sino para los oficios de piedad. Como no vivia mas que por el espíritu, y como todo su espíritu le tenia puesto en Dios, viendo, no veía, oyendo, no oía, y comiendo, no hallaba gusto. Toda la naturaleza havia llegado á ser para él como invisible: No solamente estaba mortificada su curiosidad, sino que tambien estaba muerta. Jamás interrumpieron el curso de su oracion aquellas impertunas distracciones, que á pesar del deseo, y de la voluntad, casi siempre divierten por necesidad la imaginacion, y la memoria. Y nos admiraremos ya de que en aquella entera aplicacion de su espíritu, amontonase aquellos tesoros de ciencia, y de sabiduria, que despues ha comunicado con tanta edificacion, y tanta eficacia?

Hay tambien esta diferencia entre la ciencia, que se adquiere por el estudio, y la que es inspirada de Dios; que la primera no tiene aquella fuerza secreta, que persuade, y que mueve la voluntad: Ella produce una vana admiracion

cion, y no una persuasion eficaz; muestra mucha doctrina, y no causa ninguna conversion. Pero la ciencia, que Dios inspira, se hace escuchar con atencion, pasa al espíritu de los que la oyen; le convierte, y reduce á creer, y casi necesariamente le obliga á asentir á la verdad. Tal fue la ciencia enteramente divina de San Bernardo. Si exorta á sus Religiosos, los penetra, los transporta, y los inflama. Si se aplica á la conversion de las gentes del Mundo, les imprime el temor de los juicios de Dios, y los atrae á la perfeccion christiana. Espada cortante de la palabra de Dios, tu llegabas hasta la separacion del alma, tu penetrabas hasta en medio de los huesos en las médulas, y en las mas secretas partes del corazón, tu separabas al Padre del Hijo, y al Hijo de el Padre, y tu rompías los lazos de la carne, y de la sangre, del amor propio, y de la naturaleza. Representaos vosotros aquel concurso de Pueblos, que venian á aprovecharse de las instrucciones de este santo hombre: Figuraos un auditorio christiano, á quien havia juntado la reputacion del Predicador, y á un Predicador, á quien el zelo de la salvacion de los hombres havia hecho salir de su claustro, para anunciarles la verdad, y predicarles la penitencia, é instruyamonos vosotros, y yo de vuestras obligaciones.

Los oyentes no iban allí para aumentar el concurso, sino para ser convencidos, y para instruirse; no para honrar al Ministro de la palabra, sino para aprovecharse de su ministerio; consideraban el Sermon como una exortacion, que debian oír con respeto, no como una simple relacion, de que debian ser Jueces: Su animo no era notar las faltas del Predicador, sino corregir sus propios defectos. No convertian aquellas asambleas de piedad, de modestia, y de silencio, en concurrencias tumultuosas de vanidad, de curiosidad, y de lisonja. No buscaban aquellas pinturas agradables de los vicios del tiempo, en que cada uno le parece ver el retrato del otro, y no el de sí mismo; donde se forma una especie de placer, aun de sus mis-

mismos pecados, por las malignas aplicaciones, que se hacen sobre el de los otros, y donde se convierten las sabias, y prudentes reprehensiones del Predicador en secretas murmuraciones, y en satyras contra el proximo: Ellos venian dociles, y se bolvan contritos, y humillados, y las lagrimas, que derramaban, eran el elogio del Sermon, que acababan de oír. Los Ricos hacian un sacrificio voluntario de sus bienes; los pobres estaban contentos con su pobreza; los Prelados dejaban la purpura, para vestirse un cilicio: Veíanse humillar bajo el yugo de la obediencia cabezas formadas, para mandar, y destinadas para ceñir las coronas. Poblábanse los claustros, y el Mundo perdía la autoridad, que tenia sobre las almas.

El Predicador por su parte era digno de su empleo: No se havia ingerido en los Ministerios Evangelicos, antes de haverse purificado en el retiro; y no se atrevia á hablar de Dios, sino despues de haverle escuchado por largo tiempo en el secreto, y en el silencio. Por grandes talentos que tuvo para hacerse estimar, predicó á Jesu-Christo, y no se predicó á sí mismo: No se propuso la predicacion, como un medio de distinguirse, ó como un animo para llegar á las dignidades de la Iglesia: No se le vió jamás solicitar á los oyentes, para que le aplaudiesen, ni afanarse, por sostener una dudosa reputacion, por medio del enredo, y de la faccion. No desmintió con sus costumbres la santidad de sus palabras, y siempre estuvo dispuesto á practicar en el retiro de su Celda, lo que acababa de enseñar á la luz, y en las Cathedras de la Iglesia. Buscó, no en sus propias invenciones, sino en las fuentes puras de las Escrituras, con que convencer, y con que mover á los pecadores. ¿Pues qué efectos tan maravillosos no debia producir en los animos una doctrina celestial en su origen, fiel en su dispensacion, ilustrada, y poderosa por la defensa de la fé, y de la verdad, quando ellas se viesén acometidas por el error, y por la mentira?

Levantaronse por aquel tiempo en la Iglesia ciertos espiritus vanos, y sutiles, que queriendo acomodar la razon humana con el Evangelio, y los Mysterios de Jesu-Christo con las reglas de Platon, y de Aristoteles, rompieron aquellos limites sagrados, que havian sido puestos por nuestros Padres, y confundieron la Philosophia, y la Religion. De alli vinieron aquellos razonamientos humanos en materias enteramente divinas, aquellas hinchazones de la ciencia tan contrarias á la simplicidad christiana, aquellas *profanas novedades* de palabras, y de sentimientos, que el Apostol manda evitar á su Discipulo. (a) Por estos metodos inusitados profanaban los Mysterios, en lugar de explicarlos; establecian para la creencia otro fundamento del que havia establecido. La luz natural, que debia estar sujeta á la fé, llegaba á ser arbitra en ella, y ya se iban formando sectas, y heregias en la Francia, si San Bernardo no huviese contenido la licencia, y la temeridad de aquellos Philosophos Theologos, por su espiritu, y por su zelo.

¿Con qué santa, y noble confianza se presentó en el Concilio de Sens, para hacerle ver á Pedro Abailardo las consecuencias, y los errores de su doctrina? Le exorta, le reduce, y le convence; opone al atrevimiento la modestia, á la novedad la fé de nuestros Padres, al espíritu del hombre la ciencia de Dios. Cede todo á sus luces, y á aquel hombre criado en las Escuelas, acostumbra á las especulaciones, y á la disputa, consumado en las ciencias humanas, que havia adquirido á fuerza de su ingenio, y de un estudio infatigable: Aquel hombre, que se creia capaz de responder á todas las dificultades, que se le opudiesen oponer; á aquel, que se jactaba de no ignorar, sino lo que el entendimiento del hombre no puede

(a) *Profanas vocum novitates debita.* 1. Timot. 6. v. 10.

saber, y de no haver pronunciado jamás aquella vergonzosa palabra: *No sé*; aquel hombre, digo, se vé confundido, pierde la razon, y la memoria, y confiesa, que no puede resistir al espíritu de San Bernardo; ó por mejor decir, al espíritu de Dios, que quando quiere, ilumina á los Santos, y ciega á los Sabios del Mundo: ¿Y no tuvo en el Concilio de Reims el mismo feliz suceso? ¿Su voz, y su pluma no fueron terribles á todas las heregias de su siglo? Los Gilbertos de Poitiers, los Arnaldos de Bressa, los Enriques de Tolosa, ¿no experimentaron el ardor de su zelo, la vehemencia de su eloquencia, y la fuerza de su doctrina? ¿Y no se podrá decir de él lo que en otra ocasion se decía de San Agustín, que no se havia resistido ninguna verdad á su penetracion, y á sus luces, ni ningun error de su tiempo á su zelo, y á su censura? Ved aquí, qual fue San Bernardo en la sublimitad de su ciencia; veamos qual fue en el honor, y en la gloria de sus trabajos.

## SEGUNDA PARTE.

**L**A vida de los Santos, segun la Escritura, es una vida de trabajos, no solamente en aquella oposicion, que forman contra sus propios deseos, y los movimientos de su concupiscencia, que es una guerra continual; sino tambien en los empeños arduos, y laboriosos, en que se hallan, quando Dios por su providencia los llama á la reforma de las costumbres de su Pueblo, ó al restablecimiento del orden, y de la paz de su Iglesia. Mas este trabajo siempre vá acompañado de grandeza, y de gloria; porque además de que el resplandor de la virtud penetra los velos con que se la oculta, y llega á ser honrada delante de los hombres por mucho cuidado, que ella tenga de ocultarse en sí misma; hay tambien (dice San Chrysostomo) en los empleos, y en los ministerios sagrados un honor, no so-

or ber

bervió, sino venerable, que no se ha hecho para alimentar el orgullo por complacencias mundanas, sino para suavizar el trabajo por las consolaciones espirituales; y para dar á la santidad el peso, y la reputacion, que ella merece.

Esta verdad se descubre en las circunstancias de la vida de San Bernardo. Jamás hubo solitario tan ocupado en los negocios publicos: Jamás hubo humilde Religioso tan honrado de las potestades del Mundo: Y jamás hubo particular tan autorizado sobre todas las condiciones del Christianismo. Pues, Señores, formad ahora vosotros en vuestra imaginacion la idea de un Santo, á quien la humildad, y la penitencia havian hecho enterrarse vivo en un Monasterio, y á quien la obediencia, y la caridad hacen volver á salir, y darse á la luz del Mundo, tan presto oculto bajo del celemin para poseer su alma en quietud, y obrar su salvacion con temblor, y temor, tan presto puesto sobre el candelero, para alumbrar á toda la casa, dandose á todos sin pararse, y sin distraerse; ocupado sin disipacion, solitario sin ociosidad; dispuesto para obrar, quando la providencia le llama para ello; hecho para la contemplacion, quando la misma providencia le detiene en ella; tan presto para el proximo; tan presto para sí mismo, y siempre para Dios; llevando el Mundo á su soledad, para ofrecerle al Señor en sus oraciones; llevando su soledad al Mundo, para mantenerse en él libre de los embarazos, y del tumulto de los negocios: Pensando en las necesidades públicas, como si huviera sido encargado de la salvacion de todas las almas; velando sobre sí, como si no tuviese que salvar mas, que la suya.

¿Qué cuidados no se tomó, para reunir los partidos, que se formaron en su tiempo, y que eran capaces de trastornar la Iglesia de Jesu-Christo, si no huviese estado fundada sobre la piedra firme, é inmovil; y si las puertas del Infierno huviesen podido prevalecer contra ella? Hablo de aquel cisma sangriento, y universal, que con-

Tom. 2.

F

sus

sus divisiones assolaba el Reyno de Dios. Véanse sobre el mismo trono un Pontifice legitimo; y un Pontifice usurpador; el uno se sostenia por la bondad de su causa; el otro por la violencia de las armas. Havianse esparcido las tinieblas sobre la tierra, el artificio ocultaba la verdad, la fuerza oprimia la justicia, los derechos estaban confundidos, las razones particulares pesaban mas, que la utilidad pública, los Principes se dejaban arrastrar de sus pareceres, ó de los de otros, y el Mundo christiano tomaba partido, segun estaba preocupado de sus pasiones, ó empeñado por sus intereses, ó aconsejado por su politica. Hay dos suertes de unidades, que mantienen la Iglesia en su grandeza; la unidad interior, que consiste en una comunión de espíritu, por la qual los fieles están unidos en los principios de una fé, y de una caridad comun, y la unidad exterior, que consiste en la union de los miembros del cuerpo mystico de Jesu-Christo bajo el gobierno, y la autoridad de una cabeza visible, por la qual reciben la direccion, y las influencias de Jesu-Christo, que es la cabeza soberana, é invisible de la Iglesia.

Rompia el cisma todos estos vinculos; la fé de los Christianos estaba vacilante, resfriada la caridad, y el gobierno dividido. Juntase un Concilio en Estámpes, y se remite à la prudencia, y á las luces de San Bernardo la decision del negocio mas importante del Mundo. Aguardan suspensos la respuesta del oraculo: Todos los votos de aquella numerosa, y sabia asamblea, se remiten al suyo, como si fuese temeridad pensar de otra manera, que él juzgaba; y para pronunciar la sentencia sobre una eleccion, que los diversos afectos, y las presunciones havian hecho dudosa, él solo es todo el conclave, él solo es todo el Concilio, y él solo representa toda la Iglesia: ¡Qué grande es vuestra gloria, Dios mio! ¡Cuán admirable sois en vuestros santos, quando os place honrarlos! A la voz de un hombre mortal la prudencia humana se contiene, las pasiones se apaciguan, espárese la paz

paz en las conciencias, resucita la Religion, caen, como por sí mismos todos los velos, que cubrian la verdad, y juntandose el rebaño reconoce al verdadero pastor, y se desecha al mercenario.

Pero si este empleo le fue honroso, tambien se puede decir, que este honor le costó bastantes trabajos. Viósele ir de Iglesia en Iglesia, de Provincia en Provincia, de Nacion en Nacion, atravesar los mas espesos bosques, y las mas asperas montañas, á peligro de caer en los lazos que se le armaban, á costa de una salud, que una excesiva penitencia tenia ya muy quebrantada, atrayendo los Pueblos à la obediencia, defendiendo delante de los Reyes, muy poco afectos, la causa de un Papa errante, y abandonado contra las lenguas eloquentes, y venales, que disfrazaban la verdad con todos los colores, que su industria podia proveer á su avaricia, hasta que habiendo reconciliado los animos, y despues de haver sofocado el cisma hasta en sus ultimas ruinas, logró colocar al legitimo sucesor de San Pedro en posesion pacifica de su silla.

No temais, Señores, que estas ocupaciones nobles, illustres, y piadosas le hiciesen perder el deseo, y el gusto á la soledad, porque no hicieron mas, que aumentarlo. Considera San Bernardo sus empleos, como un secreto juicio de Dios, que le quita la mejor parte, que havia elegido, y que le arroja como á un siervo infiel á las tinieblas exteriores. Reprehendese à sí mismo aquello de que otro se alabaria: *Ay de mí, se decia él mismo, que vida tan estravagante traygo! mi alma se confunde, y se turba, mi inquieta conciencia me hace temer: ¿A qué estado he llegado yo? Yo no me encuentro ya en mí mismo: solitario por profesion, y corriendo las Ciudades por obediencia: Religioso por el habito que traygo, y seglar por el Mundo que frequento; y no siendo enteramente, ni lo uno, ni lo otro, y llevando ambos juntos, vengo á ser como el monstruo, y el prodigio de mi siglo.*

¿Pues si hubiese salido sin mision, y por eleccion suya de su retiro, si hubiese querido (fiado de sus talentos naturales) adquirirse una reputacion, y autoridad grande en la Iglesia, si su animo hubiera sido el insinuarse en la voluntad de los Grandes, y valerse de su virtud, para satisfacer su ambicion, si hubiese pensado en establecerse en la Corte de los Reyes, con el pretexto de direccion, y conducta, y de gobernar aquellas enredadas conciencias, quizá á peligro de la suya; y en fin, si en lugar de dar buenos exemplos, hubiese tomado él mismo algunos malos habitos, y si yendo á tratar en la apariencia los negocios de Dios, se hubiese mezclado en los cuidados, y en los enredos del Mundo, qué hubiera dicho y qué hubiera pensado de sí mismo?

Su propia elevacion es quien le humilla; no hay necesidad de que Dios le dé en lo exterior un contrapeso de abatimiento, bastante ingenioso era, y bastante humilde, para hallarle en sí mismo. Este Padre nos enseña, que el honor, que Dios permite que se dé á los Santos, unas veces es la prueba, otras veces la recompensa de su humildad; la *prueba*, porque no hay virtud sólida, si no estriba sobre este fundamento; la *recompensa*, porque hay bien pocas virtudes utiles, si no están sostenidas de alguna reputacion: Y así como en las reglas de la verdad no es posible ser hombre de bien, sin ser humilde, tampoco es justo en las reglas de la equidad, ser humilde, sin ser honrado. Por esta maxima se gobernó San Bernardo. Lejos de alabarse á sí mismo, y de dar á conocer su talento, y sus luces, teme elevarse sobre su profesion, si las comunica, y cree, que no pertenece á un Religioso, como debe ser, ni á un pecador, como él es, dar instrucciones, y consejos; que su oficio es llorar, y no enseñar, y que no conviene á un penitente hacer de Doctor, y Maestro. No obstante, llega á ser el oraculo del Mundo, y todo está en silencio, todo está atento, quando él habla. Encierrase en su Celda, no queriendo ser conocido sino de Dios

Dios solo; y hace en quanto puede su soledad inaccesible á todo quanto huele á grandeza, á poder, y á orgullo del Mundo: Pero con todo eso, le buscan los Reyes con respeto en aquella pobre, y triste habitacion; y hasta el mismo Papa vá á visitarle.

¿Qué dia aquel, Señores, y quan glorioso para San Bernardo, y para sus hijos, quando el Vicario de Jesu-Christo fue en persona á ser testigo, y admirador de su vida austera, y penitente!

Una cruz de madera mal labrada, algunos granos de incienso confusamente quemados, quando pasó por medio de ellos, unos ornamentos sencillos, y sin adorno, fueron todo el aparato de esta pobre, pero religiosa fiesta. Veíanse en sus rostros un afecto sincero, una modesta alegría, y una santa simplicidad: Los Hymnos, y los canticos, entonados con gravedad, servian de aclamaciones, y de alabanzas. Ni el confuso ruido de una Corte numerosa turbó su recogimiento, ni toda la grandeza del Mundo pudo hacer jamas, que alguno de ellos levantase la vista. Los Cortesanos edificados de hallar en aquella santa casa una especie de pobreza mucho mas apreciable que sus riquezas, en medio de las austeridades de estos Santos Religiosos, percibieron la quietud de su conciencia, y no tuvieron por algun rato otra ambicion, que la de asemejarse á ellos. Pero el espectáculo, que mas movia, era la presencia de San Bernardo: Mirabase con respeto aquella virtud, que havia formado las de los otros, una humildad sin bajeza, una gravedad sin afectacion, una prudencia sencilla, y una gloria sin orgullo: Hasta el mismo Papa parecia querer poner á sus pies la Tiara que tenia en paz por él; tratábale, no como hijo, sino como bienhechor, y como Padre; y daba á su merito el mismo honor, que por la reputacion de este Santo daban los demás á su dignidad: No obstante, ni por eso llega á ser menos retirado, ni menos humilde.

¿No le dixo el Mundo, que las ocasiones eran fa-

vorables , que havia llegado el momento, en que su virtud sería coronada , que la Iglesia no podía hacerle todo el bien , que él la havia hecho á ella , que para dar mas autoridad á sus grandes talentos , era necesario revestirle de algun carácter ? No fue electo, para ocupar las sillas mas honorificas de la Francia , y de la Italia ? Pero él reusó las dignidades , y Dios le dió la autoridad, que dán las mismas dignidades : Vió sin embidia á sus Discipulos elevados á la dignidad Episcopal , y él se quedó en su claustro sin inquietud. Aunque la virtud debe ser considerada por sí misma , no obstante , para acomodarse á la humana flaqueza , ordinariamente necesita ser elevada á los tronos , á las sillas eminentes , á fin de que hable con mayor fuerza , que sea oída desde mas lejos , y para que no solamente sea mas formidable á los vicios , sino tambien mas util á la virtud. Un solitario con dificultad se hace escuchar desde su desierto , pero si deja su soledad , ya no es mas atendido : Es necesaria una apariencia de grandeza , y un derecho de superioridad publica. No obstante , hay tambien no sé que especie de poder , independiente de las dignidades , que proviene de una virtud heroyca , y que es propia de algunos Santos , cuyo ministerio debe ser corregir los abusos , y los desordenes de los hombres.

Tal fue , Señores , San Bernardo : Hizo Dios , que naciese en la edad postrera ; esto es , en los ultimos tiempos , y (digamoslo asi) en la vejez del Mundo , para renovar en él el espíritu , y la piedad de los antiguos Padres , y para destruir por él en todas las partes de la Iglesia futura (cuyo Doctór , Director , y Maestro havia de ser algun dia) la presuntuosa ignorancia de los Hereges , y la tibieza de la caridad de los hijos , y de los Ministros de la Iglesia Catholica. A este fin le dió un espíritu de doctrina , de devocion , y de gobierno universal. ¡Con qué zelo , y con qué discrecion no emprendió conservar en el vigor de la disciplina , no digo yo su orden , sino todas las

las ordenes juntas ! Porque no tenia él aquella inquieta caridad de algunos , que forman en la Iglesia un espíritu , y un cuerpo aparte , que aun despues de renunciar todas las cosas , quieren para sí un amor , y un honor particular , que miran como á estraños á todos aquellos , que no tienen por hermanos ; y que de los progresos , y del bien , que los otros hacen algunas veces , no tienen una santa emulacion , sino una embidia vil , é interesada. San Bernardo no hizo semejantes distinciones. Para él fueron igualmente estimados sus Monasterios , y los de los otros , para la edificacion , y para la salvacion ; y sus cuidados los puso en todo aquello , en que halló el interes de Jesu-Christo , y de la Iglesia , que es su Esposa.

¿Y cuál fue su solicitud para la conversion de los Pueblos ? El los atrajo por su dulzura ; los edificó con su penitencia ; los admiró con sus prodigios , y los movió con sus discursos. ¿Por qué Ciudades de Francia , de Alemania , y de Italia pasó , en donde no dejase señales , y vestigios de su piedad , de su doctrina , y de la eficacia de su palabra ? Dios en el orden comun de la providencia ha repartido sus dones para la administracion , y para el adelantamiento de su Evangelio : A unos les ha dado la virtud de los prodigios , y de los milagros , para reducir á los fieles á la creencia por aquellas extraordinarias señales de poder : A otros les ha dado la gracia de las Profecias , para excitar los pecadores á la penitencia por las amenazas , y por los presagios de lo futuro ; á muchos les ha dado los dones de la palabra , ó de la ciencia para atraer á los Christianos á las buenas costumbres , y los Hereges á la verdadera fé por las exortaciones , ó por las disputas ; pero todo esto se reunió , y se juntó en San Bernardo , Apostol , Profeta , Doctór , milagros , profecias , enseñanzas , y (lo que no es menos util para las almas) exemplos de una vida irreprehensible , edificativa , y del todo santa. ¡Pero , y cuál fue para con la

la Iglesia su zelo por la perfeccion de aquellos, que son en ella los Pastores, y los Ministros! ¿Quántas veces representó al Papa Eugenio la iniquidad de aquellas promociones, en que la ambicion, el favor, la fortuna, ó la politica hacen los Obispos por desgracia de los que los reciben, y aun mucho mas de los que los nombran? ¿Quántas veces favoreció con sus consejos, y con su fama, y reputacion á aquellos, á quienes las potestades humanas por pasiones, ó por intereses particulares quisieron turbar en las funciones de su ministerio? ¿Quántas veces indignado del luxo, y de los excesivos gastos de algunos Prelados de su tiempo les predicó aquellas grandes maximas, es á saber: Que la modestia es la virtud mas propria de su dignidad, que la veneracion de los Pueblos debe venirles de la pureza de su vida, y no de la pompa de su tren; de la inocencia de sus costumbres, y no del esplendor de su equipage; que aquellos bienes, de que son á veces malos dispensadores, son el patrimonio de Jesu-Christo, y el precio de su sangre; que sus antepasados eran pobres, pero que eran independientes; que havian sido humildes, pero que tambien se atraian el respeto de los Grandes de la tierra; que nada pretendian, pero que tambien estaban libres de esperanzas, y de temores.

Estendióse su autoridad hasta sobre los Reyes, y los Emperadores, quando la caridad le obligó á tratar con ellos los negocios mas importantes de la Christiandad. ¿Es preciso apaciguar dos potencias, á quienes los intereses del estado, y los zelos de la grandeza hacian casi irreconciliables? Pues habla Bernardo, é inspira pensamientos de paz. ¿Es necesario desarmar dos Exercitos prontos á acometerse? Pues hace que le oygan en medio del desorden, y ruido de las armas, y calma de repente el furor de estos combatientes. ¿Conviene emprender una guerra santa, para rescatar la patria de Jesu-Christo de la servidumbre de los Infeles? Pues al punto ha-

hace, que los Principes Christianos se empeñen en esta sagrada empresa, que quizá huviera sido mas feliz, si huvieran seguido los saludables consejos de este Santo hombre. ¿Es menester hacer, que florezca la justicia, la piedad, y la Religion en los Reynos? Pues enseña á los Pueblos la obediencia, inspira á los Reyes la dulzura, y la ternura para con sus Pueblos, y no teme ser censor humilde, y fiel, pero libre, y generoso, de los Señores del Mundo, quando estos mismos no están sujetos á Dios, y á su Iglesia.

Si digo, que se atrevió á levantarse hasta el mismo trono de San Pedro, para prescribir, y dar leyes á aquel soberano poder, que no las recibe sino de sí mismo, y que las dá á toda la tierra, no temais, Señores, que bajo la capa de la libertad Evangelica se haya apartado de su modestia, y que haya hecho invectivas, y satyras en lugar de avisos, y amonestaciones. Supo muy bien alabar sin bajeza, y reprehender con respeto, y él solo halló aquel justo medio, ó temperamento, que á los prudentes del siglo tanta dificultad les cuesta encontrar entre una temeraria osadia, y una vil, y floja condescendencia. Quando se les habla á los Reyes del Mundo de sus obligaciones, se les observa primero, y luego no se hace sin peligro de ser, ó demasiado atrevido, ó demasiado condescendiente: Porque la audacia les irrita, y la lisonja los corrómpe: Es necesario mostrarles la verdad sin aspereza, hallar un medio para instruirlos sin ofenderlos, lo qual no se halla en una prudencia vulgar.

Pero quando esto se dirige al Padre comun, y al Pastor general de las almas, no se puede ser demasiado circunspecto: Es necesario tocar los defectos de la persona, de suerte, que se salve el honor de la dignidad; reprehenderle como á hombre mortal, y respetarle como á Gefé de la Religion; no favorecer la ciega veneracion de aquellos que todo lo admiran, ni seguir la malignidad de los que todo lo condenan en los superiores. Es preciso ser un hombre semejante á San Bernardo, gobernado por el espiritu de

Dios, y capaz de juntar la libertad Evangelica con la humildad christiana. En efecto, dá al Papa todos los titulos de grandeza, que sugieren el uno, y el otro Testamento; pero reconoce en Eugenio fragilidades inevitables á la naturaleza. Distingue en él la plenitud de poder, de la plenitud de justicia, lo que él puede, y lo que le conviene hacer; manifiestale, como debe arreglarse, no por su voluntad, sino por su razon, y que aunque no tenga Juez, á quien se pueda apelar, y quejar de él, es necesario, que él mismo apele al tribunal de su conciencia.

Ved aqui, Señores, qual fue la autoridad de San Bernardo. ¿Y por qué no la estenderá aun sobre nosotros? ¿Los exemplos de su vida, que en otro tiempo fueron sus obligaciones, no nos dan á entender las nuestras? Yo bien sé, que no á todos toca como á él enseñar con eficacia, reprehender con fuerza, formar grandes empresas, erigir congregaciones, atraer Pueblos enteros á los caminos de la penitencia; pero á todo el Mundo le toca ser contenido en sus juicios, moderado en sus pasiones, mortificado en su vida, humilde en sus sentimientos, dulce, y caritativo en el comercio, y trato con los demás hombres. ¿No nos exorta todavía en sus obras? Aquella palabra, que movia á tantos corazones, no se ha perdido: ¿Pues por qué no ha de mover á los nuestros? Aquel estilo tan dulce, y tan persuasivo, que ha corregido tantas malas costumbres, aquella piedad tan viva, y tan tierna, que en la boca de este Santo ha hecho á tantos Religiosos, y penitentes, los sentimientos de aquella grande alma tan santamente concebidos, y tan eficazmente expresados, ¿no harán alguna impresion en nosotros? Si nos ha dejado rasgos de su divina eloquencia en sus escritos, ¿no nos ha dejado tambien una viva imagen de sus virtudes en sus Discipulos? Todavía se muestra el día de oy por ellos en medio de nosotros, y su virtud formada por la

la de su Patriarca no es una predicacion continua, y una censura muda, pero pública, de las costumbres, y de los vicios del siglo? Pues reformemonos nosotros por sus instrucciones, y por sus exemplos: De poco serviria decir, ú oír sus alabanzas, si no trabajasemos en imitar sus acciones en esta vida, y en merecer sus recompensas en la otra, que yo os desco: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

**PANEGYRICO  
DE SAN FRANCISCO  
DE PAULA,**

**PREDICADO EN LA IGLESIA**  
de los Minimos de la Plaza Real de París,  
el dia 14. de Abril de 1681.

*Qui humiliatus fuerit, erit in gloria.*

El que huviere sido humilde, se verá en la gloria. *En el Libro de Job, cap. 22. v. 29.*



Ninguna cosa hay tan conocida, y ninguna tan ignorada como Dios, decia un antiguo Padre de la Iglesia. La Escritura nos enseña unas veces, que *habita en la mansion de su gloria rodeado de luces, pero que son inaccesibles*, (a) que ofuscan en lugar de alumbrar, y que haciendonos llegar á percibir su grandeza, nos convencen de nuestra debilidad; otras veces nos asegura, que *ha fijado su morada en*

(a) *Qui lucem habitat inaccessibilem.* 1. ad Timot 6. v. 16.

*en las tinieblas*; (a) pero que estas son tinieblas mysteriosas, que realzan los objetos en lugar de disminuirlos, y que no los alejan de nuestra vista, sino para hacerlos mas venerables: Oculto en su esencia se manifiesta por sus obras. Yo no os conozco, Dios mio, y con todo eso no podré ignoraros: Ninguna cosa me puede decir lo que Vos sois, y todos me predicán que existis, Dios mio. Lo mismo sucede con algunos Santos, que son las obras de su misericordia, y de su poder. Parece que quiere reservar à sí solo todo el conocimiento de su santidad, para llevarse toda la gloria. Llamalos á la soledad, y al retiro, para hacerlos como invisibles al resto del Mundo. Produce secretamente en sus corazones las mas nobles operaciones de su gracia, y la primera virtud, que les inspira, es aquella, que ha de ocultar á todas las otras. Pero quando el Señor quiere ser glorificado en sus Santos, segun los eternos decretos de su providencia, deja correr sobre ellos algun rayo de su gloria. Por su gracia son elevados sobre las fuerzas de la naturaleza, y pasan á toda la grandeza, y á toda la sabiduría del siglo: Aquel conjunto de virtudes, que su humildad tenia secretas, rompe la obscuridad, que las ocultaba à los ojos de los hombres; y hasta el velo mismo, que cubria este celestial tesoro, llega à ser tan brillante, y tan precioso, como el tesoro mismo. Ved aqui, qual ha sido la conducta de Dios, respecto al Santo, euya memoria celebramos oy. Este hombre, oculto en su desierto, disfrazado en su virtud, como anonadado en sí mismo, llega á ser uno de los mas nobles instrumentos, de que Dios se ha servido en su Iglesia, para hacer ostentacion de su poder. Este hombre, que se havia puesto en el infimo lugar entre los demás hombres, llega à ser el Señor de los Reyes, y de las

(a) *Posuit tenebras latibulum suum.* Ps. 17. v. 12.

las potestades de la tierra. Este hombre, que conservó hasta su extrema ancianidad la inocencia, y la dichosa simplicidad de los niños, enseñó la sabiduría à los prudentes, y à los políticos del siglo: Y así que San Francisco de Paula fue

1. Grande en su humildad,
2. Grande en su elevacion,

Serán las dos partes de este discurso, si el espíritu de Dios, que hace à los humildes, y que eleva à los que lo son, nos favorece con su gracia, por la intercesion de aquella, que fue la mas humilde, y la mas honrada de todas las mugeres, quando el Angel la dixo:

### AVE MARIA.

### PRIMERA PARTE.

**E**S la humildad una virtud, que propriamente parece, que conviene à los pecadores, que se reconocen, y que movidos del deseo de su salvacion, entran por los caminos de la penitencia. Hay una verdad, que los descubre à ellos mismos, y que los confunde: Una justicia interior, que los reprehende, y que los condena. Su conciencia los affige, el peso de sus pecados los abate, y el primer efecto de la gracia de Jesu-Christo es hacerles conocer, quan indignos se havian hecho. No obstante, se puede decir, que la humildad propriamente es la virtud de los Santos; porque hallandose mas convencidos de sus flaquezas, mas ilustrados de las luces de Dios, mas persuadidos de su grandeza, mas obligados de sus beneficios, y mas rendidos à sus voluntades, le dan tambien mas honor, y se desprenden mas de sí mismos. De aqui se infieren aquellas consecuencias, que los Padres de la Iglesia tan continuamente han sacado, es à saber: Que quanto mas se acerca el hombre à Dios, tanto es mas hu-

humilde; que el fundamento de la humildad es el conocimiento de sí mismo; que la medida del proprio conocimiento es el conocimiento de Dios, que tanto mas se adelanta en la justicia, y en la caridad, quanto mas se perfecciona en la humildad christiana: Y que nadie es santo, sino à proporcion de lo humilde.

Este es el fundamento, sobre que establezco las pruebas de la santidad de Francisco de Paula. Su espíritu, su corazon, sus acciones, su nombre, su orden, todo respira humildad; por ella fue por quien vivió, y para ella fue, para lo que havia nacido. La providencia de Dios, que siempre vela sobre sus escogidos, y que echa el fundamento de sus virtudes, dispuso, que este Santo naciese de una Madre humillada por una larga esterilidad, y que le obtuviese por los votos, y oraciones, que hizo al Patriarca San Francisco de Asis, modelo de una vida humilde, y anonadada, para que por medio de las influencias, é impresiones, que recibiria de estos dos astros (digamoslo así) que presidirian à su nacimiento, fuese como fruto, y obra de la humildad, aquel, que algun dia havia de dar tan grandes exemplos de ella à toda la Iglesia.

Perfeccionóse tanto mas en esta virtud, quanto no halló en los principios de su vida aquellos impedimentos, que ordinariamente ponen los Padres apasionados, y las Madres ambiciosas de las fortunas de sus hijos. Bien lo sabeis, Señores; pues apenas han nacido los hijos, quando los acostumbra al orgullo, y à la delicadeza: Crianlos sin principio alguno practico de Religion: En lugar de fomentar en ellos el espíritu de Dios, se les desea, y aun se les inspira el espíritu del Mundo: Apenas acaban de renunciar las pompas del siglo en el Bautismo, quando se les muestra, y aun se les enseña à amarlas: Prometieron seguir el Evangelio, y se les sujetó à la costumbre. De este modo, apoderandose la vanidad de estas almas todavia tiernas, digamoslo así, de-  
jan

jan de ser fieles, á medida que van llegando á tener mas razon; y pierden la inocencia Bautismal, casi apenas la han recibido. Pero Francisco fue formado bajo una disciplina mas christiana: Destinólo la Madre de este nuevo Samuel á la piedad desde su nacimiento: Quiso que la casa de Dios viniese á ser la suya: Luego que fue capaz de conocer la virtud, le embió á practicarla entre santos, y humildes Religiosos, para que la humildad llegase á ser en él como natural: Privóse voluntariamente del consuelo de ver un hijo, que havia deseado para Dios mas que para sí, temiendo, que el contagio del siglo manchase en alguna manera la pureza de su inocencia.

Para favorecer la primera, y tierna humildad de este Niño, permitió Dios, que fuese criado, no en la ciencia que inflama, sino en la caridad que edifica. Haviendo llenado las discordias civiles de confusion todas las partes de la Sicilia, y hallandose las Universidades, ó disipadas, ó inaccesibles para él, Dios le sirvió de Maestro en el retiro, y en el silencio, y le enseñó aquella ciencia de los Santos, que forma los verdaderos humildes. Jamás hubo Discipulo, ni mas docil, ni mas atento. Trabajaba en purificar su corazon, y no en pulir su ingenio; empleaba en la oracion aquel tiempo, que se consume en los estudios humanos, estudios, que son diversion seria de una edad inutil, y ordinario fundamento del orgullo, y de la ambicion, de los que se dedican á ellos; estudios, que las mas veces no sirven, sino de hacer gemir una corta, y debil razon bajo el peso de las dificultades, que se encuentran en ellos; estudios, que no refiriendose, ni á la gloria de Dios, ni al servicio de la Iglesia, no hacen sino confundir la verdad por medio de inventadas sutilezas, y alimentar en el espiritu una vana complacencia de sí mismo.

Y así, no se propuso por exemplo á los que se havian servido de su ciencia, como de un medio para adquirir una grande reputacion, ó para darse á conocer en el Mundo; no quiso aguardar á ver las consecuencias que

trac-

traeria consigo el hacerse habil en un tiempo, en que estando las letras poco cultivadas, y los ingenios comunmente groseros, era facil distinguirse, en un País, donde la fortuna se antepone al merito, y sola la fama de tenerlo, eleva algunas veces á las primeras dignidades de la Iglesia. El solamente buscó modelos de humildad, y no de grandeza, y de gloria. Este fue el motivo, que le hizo resolverse á que le llevasen á Asis, y á Monte-Casino, para venerar en ellos los Fundadores de las dos mas célebres Ordenes de la Iglesia. Allí, caminando con respeto por las huellas de estos santos hombres, recogia las reliquias de su espiritu, que tenia animo de renovar en sí mismo. Allí era, donde bebiendo en las fuentes de la disciplina Monastica las reglas del fervor, y de la penitencia christiana, no solamente aprendia á llegar á ser santo, sino tambien á dejar algun dia una numerosa posteridad de Santos. Allí fue, donde postrado sobre los sepulcros de aquellos hombres, que se havian enterrado vivos en las soledades, se confirmó en el designio de morir enteramente al Mundo, y de vivir una vida oculta con Dios, y con Jesu-Christo, segun la expresion del Apostol.

Una de las verdades, que el espiritu de Dios nos enseña, y que nosotros experimentamos demasiado en nosotros mismos, es, que nada hay tan funesto á la piedad, como el comercio, y el contagio del Mundo. Caminase en él por el camino ancho, cuyo fin es la perdicion; el vicio se halla en él autorizado por el exemplo, y por la costumbre: La practica de la ley de Dios se vé interrumpida por muchos pecados mayores, ó menores, segun la concupiscencia domina, y segun se disminuye la caridad. En él no puede el corazon librarse de ciertos intereses, y de ciertas pasiones secretas, que le apartan de la perfeccion. Es preciso salir de este Egipto, para ir á sacrificar á Dios en el desierto, y dejar el Mundo; si no se puede en quanto al lugar, y la habitacion, á lo menos

Tom. 2.

H

en

en quanto al espíritu, y en quanto al afecto del corazón, haciendo en él todos los dias nuevos progresos en la fé, y en la piedad. Pero como se hallan á cada momento dificultades insuperables, y como es preciso hacer una continua resistencia á sus pasiones, á sus malos hábitos, y costumbres, es mas seguro dejarle enteramente de una vez, que vencerle tantas veces.

Esta fue la resolución que tomó San Francisco de Paula, dejando al Mundo antes de haverle conocido. Adelantóse en la perfeccion sin impedimento alguno: Retiróse á los desiertos de la Calabria, para ocultarse á los ojos de los hombres, y no tener otro testigo de sus buenas obras, que aquel que debia darle la recompensa. Quiso tener el merito de la virtud, sin tener la fama de ella, y creyó que su felicidad era ser amado de Dios, y su seguridad ser desconocido de los hombres. En ninguna cosa trabajó mas, que en practicar la humildad, en aconsejar la humildad, y en fundar un Orden, y una disciplina de humildad.

¿Y qué fundamento quiso poner á un Instituto, tan santo en sus principios, tan edificativo en sus practicas, tan Evangelico en sus fines, sino la humildad? Asi como los nombres incluyen la esencia de las cosas, y como los ordenes son las obras de las manos de sus Fundadores, las expresiones de sus virtudes, y el carácter de su espíritu, quiso que el nombre de sus Discipulos les representase su principal obligacion, y su principal virtud. Como la vanidad busca los titulos mas ilustres para distinguirse en las familias, la humildad le hizo imaginar el menor de todos, para que se diferenciase la suya. Impusole la ley de una perpetua abstinencia, para mantenerla en la penitencia, compañera inseparable de la humildad Evangelica. Muy bien sabemos, quan formidable es á la delicadeza de los hombres mundanos aquel tiempo, que la Iglesia destina á la mortificacion de los sentidos, y á la austeridad del ayuno. Sientese mucho, que

llegue, preparanse para él con muchos excesos, pasase con mucha congoja, buscansse muchos pretextos, para dispensarse de él, y muchos lenitivos, para hacerle mas tolerable, aguardase el fin con mucha impaciencia: Salese de él con mucha alegría; buscansse con mucho cuidado los medios de repararse, y de rehacerse; tanto se amotinan la carne, y la sangre contra esta practica de Religion, y de penitencia.

Quiso este Santo Patriarca, que sus hijos pasasen toda su vida, como la Iglesia hace que vosotros paseis una de las menores porciones del año. Propusoles la caridad como el alma de este piadoso Instituto. Para esto recibió del Cielo aquel glorioso Estandarte, que fue como el escudo de sus armas, y su titulo de nobleza, como la señal de las heroicas acciones, que havia executado, y que debia executar; y en fin, como una viva exortacion á sus descendientes del zelo, y del amor que debian tener por Dios, y por su Iglesia. Pero quiso tambien, que la humildad fuese la guarda fiel de las otras virtudes, y la qualidad esencial de su Religion. En otro tiempo decia Gedeon estas palabras: (a) *Mi familia es la mas humilde en Manassés, y yo soy el menor en la casa de mi Padre.* Nuestro Santo tenia el mismo language: *Mi Orden*, decia, *debe ser la mas humilde de todas las Ordenes de la Iglesia, y es necesario que yo sea el mas humilde individuo de mi Orden.*

En efecto; ¿con qué alegría servia él en los mas bajos ministerios de la Religion á todos aquellos, de quienes era Padre, y Maestro, tanto por la superioridad de su virtud, como por la preeminencia de su dignidad! ¿Con qué humilde sentimiento de sí mismo reusó el recibir los

(a) *Familia mea infima est in Manasse; & ego minimus in domo Patris mei.* Judic. 6. v. 15.

sagrados Ordenes, que el soberano Pontifice quiso conferirle por la imposicion de sus sagradas manos. ¿Quién havria, que mejor mereciese entrar en el Sacerdocio de Jesu-Christo, que aquel, que por su vida, y por sus costumbres se havia hecho semejante á Jesu-Christo? ¿Le faltaria alguna qualidad necesaria á los que se obligan á servir en el ministerio de los Altares? ¿No tenia él aquella viva fé, de la qual habla Jesu-Christo, capaz de transportar los montes de una parte á otra? ¿No estaba abrasado del fuego de aquella caridad poderosa, que despende el corazon del Mundo, y de todo quanto le toca, y hace, que no se ame sino á Dios, ó por Dios? Si es necesario ser pobre, para imitar á este soberano Pontifice, que se despoja de todo en la Eucharistia, Francisco no tenia mas que raices para alimentarse, y un cilicio para cubrirse; si es menester ser puro de espiritu, y de cuerpo, para ofrecer aquel Cordero sin mancha, la soledad, adonde se havia retirado desde sus mas tiernos años, podia responder de su integridad, y de su inocencia.

Si es necesario ser desinteresado, quando se ha elegido á Dios por su herencia, ¿se sirvió acaso Francisco del poder, y valimiento, que tuvo sobre el espiritu de los Principes? ¿Aceptó las liberalidades, y los presentes, que le ofrecieron? ¿Se formó algun merito delante de Dios, en procurar á sus Religiosos las comodidades? ¿Tuvo por ventura aquel zelo ardiente, y fogoso, que se vé muy frequentemente aun en las casas mas reformadas, donde los particulares, por un deseo aseglarado de parecer habiles, ó por la vanidad de hacerse utiles, y necesarios á sus hermanos, procuran aumentar la Comunidad, y contentan muchas veces su propio deseo bajo el titulo de la conveniencia comun? ¿Qué es lo que se podia desear en él? ¿La penitencia? Desde los dias de San Juan Bautista no se havia visto una austeridad de vida mas admirable. ¿La ciencia? En la oracion, y en el retiro havia bebido conocimientos mas puros, y mas nobles, que los que se

ad-

adquieren por el estudio. Y en fin, ¿qué hombre hubo jamás tan bien dispuesto, para sacrificar el cuerpo, y la sangre de Jesu-Christo, como aquel, que le havia hecho un sacrificio de todos los momentos de su vida? ¿Qué boca era mas capaz de consagrarle, que aquella, que jamás se havia abierto, sino para anunciar su verdad, ó para alabar su misericordia?

No obstante, un hombre tan santo, á quien Jesu-Christo, por boca de su Vicario, daba señales de una vocacion indubitable, se tiene por indigno de este excelente, pero tremendo ministerio. ¡Ah! ¿Y qué pueden pensar los que ahogando todos los sentimientos de la fé, y de la piedad christiana, usurpan el Sacerdocio de Jesu-Christo, sin que este Señor los llame á él, y se cargan inconsideradamente con un peso, que los oprime, y los abruma? ¿Qué dirán aquellos, que se arrojan á la Iglesia, sin haver expiado sus pecados pasados por medio de una sincera penitencia, y que despues de haver vivido una vida profana en el Mundo, aun queren vivir una vida sacrilega á los pies de los Altares? ¿Qué dirán aquellos, que no miran al Sacerdocio, sino como un paso, ó escalon para las Dignidades Ecclesiasticas, y que hacen servir de instrumento á su ambicion los mas santos Mysterios de la Religion, y hasta el sacrificio de Jesu-Christo mismo? Admiren, pues, la humildad de Francisco de Paula, y giman su orgullo delante de Dios, y delante de los hombres.

Pero la virtud de este Santo aun fue mas admirable, quando se halló fuera de su centro, quando la providencia de Dios le sacó de la obscuridad de su vida oculta, para hacerle visible en las partes mas ilustres del Mundo; quiero decir, en las Cortes de los Principes: Quando yo me le represento sentado al lado del soberano Pontifice, que recibe sus consejos, como oraculos; quando me figuro al mayor Rey de la tierra puesto á sus pies, implorando humildemente su socorro, y honrandole como al

ar-

arbitro de su vida, ó de su muerte; quando me represento no solamente á los Pueblos, sino á los Grandes del Mundo, corriendo á porfia por tener parte en sus bendiciones, y en sus oraciones, me digo yo á mí mismo; ¡qué delicada es esta atencion! ¡y qué grande, y rara es una virtud, como la humildad, quando es honrada! El contenerse en los limites de una justa moderacion, y estrecharse en sí mismo, no es muy difícil, quando uno se vé reducido á las tinieblas de una vida obscura: Resistese facilmente al orgullo, quando no se está en una gran reputacion, ó no se tiene un merito grande. Cuestale á qualquiera algun pudor creerse á sí mismo, por buena opinion, que uno tenga de sí, quando él solo se estima y aplaude, y quando no hay otro aprobante, ni otro lisonjero, que uno mismo. Pero quando uno se vé honrado, y quando vé que hace ruido en el Mundo, quando se grangea el elogio, y la admiracion por sus talentos, ó por sus virtudes extraordinarias: ¡Oh! y quan peligroso es, que se deje llevar del parecer del publico, que llegue á alabarse, y admirarse un poco á sí mismo, á pesar de toda su moderacion, y que se mezcle algun grano de su proprio incienso entre aquel, que se recibe de los otros! Nuestro Santo evitó bien este peligro: Juzgóse por su conocimiento, y no por su reputacion, y no olvidó lo que era delante de Dios, por glorioso que fuese delante de los hombres.

Y en efecto, ¡huvo jamás vida mas llena de maravillas, que la suya? Haviasele ya visto caminar sobre las aguas, como sobre un sólido, y duro marmol, y pasar con confianza sobre su capa aquel estrecho, que separa la Italia de la Sicilia, por medio de Scylas, y de Caribdis, lugares desacreditados por tantos naufragios. Haviase dejado ver elevado en el ardor de su oracion, y levantado de la tierra en un cuerpo terreno, y mortal, á vista de los Reyes, y de las Reyas, testigos de un tan santo, y tan admirable espectáculo. Haviasele visto tan-

tas

tas veces arrancar de las manos de la muerte la presa, que ya tenia casi robada. Permitid, Señores, que llame yo aqui á juicio, aunque de paso, aquellos hombres de una creencia mal contentadiza, que segun las palabras de un Apostol, *blasfeman de todo lo que ignoran*; (a) y que poniendo al poder de Dios los mismos limites, que Dios ha puesto á su conocimiento, se complacen en rechazar los milagros mas bien establecidos, ó por un falso honor de no querer ser engañados, ni engañar, ó porque están resueltos á no creer sino lo que han visto con sus mismos ojos.

Yo confieso, que hay una superficial simplicidad que lo cree todo, que lo asegura todo, que se complace en dar á la mentira cierta forma de verdad, quando puede cubrirla con algun pretexto de Religion; y una credulidad popular, que introduce falsos milagros; asi como la vana sutileza de los Sabios, y la ciega sabiduria de los libertinos no quieren reconocer los verdaderos; pero tambien sé, que Dios tiene sus siervos escogidos, á quienes comunica mas abundantemente su sabiduria, y su poder; que el brazo del Señor no está encogido; que en todo tiempo tendrá cuidado de su Iglesia, y que siendo casi siempre una misma la necesidad de los milagros, no es increíble, que haga algunos en estos ultimos tiempos, como los hacia en los primeros siglos. Su verdad, que ha dicho; *que los que creyesen en él, barian mayores prodigios, que él*; (b) dura todavia, y mientras huviere Santos en la Iglesia, se verán en ella milagros que excederán la comprehension de los Espiritus debiles, y que confirmarán en los sentimientos puros de la Religion, á los que tuvieren el corazon sumiso al Evangelio.

(a) *Quaecumque quidem ignorant, blasphemant.*  
Epist. Judæ, v. 10.

(b) Joan. 14. v. 12.

Pero el mayor milagro, que ha hecho este grande hombre, es no haver sido deslumbrado de la gloria, que sus milagros le havian adquirido. Anonadabase á sí mismo, quando todo el Universo le aplaudia. Mas cuidado tenia el Santo en ocultar sus buenas obras, que nosotros tenemos en ocultar las malas. Pudierase haver dicho, que tenia verguenza, y se conocia indigno de servir de instrumento al poder de Dios en sus obras milagrosas, unas veces atribuyendolas á la virtud de algunas yerbas, que de intento cultivaba él mismo, otras dando unos cirios, ó velas benditas para hacer, que el honor de aquellos grandes sucesos recayese sobre las bendiciones de la Iglesia: De este modo le ocultaba su humildad todas las virtudes, y todas las luces en que estaba rebosando. La gracia, que le hacia parecer grande á los ojos de los otros, le hacia esconderse á sí mismo; y se vió cumplir en su persona el deseo de los mayores siervos de Dios, es á saber, no pecar, y contemplarse como pecadores; y ser Santos sin dar á entender, que lo eran, pero esta humildad fue la causa de su elevacion, y de su gloria: Que es mi segunda parte.

### SEGUNDA PARTE.

EL modo ordinario de portarse Dios con los Santos, es elevarlos á medida de lo que se humillan. Asi como sabe confundir el orgullo de los pecadores, sabe tambien honrar la humildad de los justos; ya sea para dar mas credito, y autoridad á la virtud, que de sí misma parece enferma, y hacerla mas venerable á los ojos de los hombres: Ya sea para hacer resplandecer su providencia por aquellos medios desconocidos, pero infalibles, que tiene de sacar, quando quiere, la luz de las tinieblas, y la gloria del fondo de los abatimientos; ya para hacer ver á los que le siguen, y aun á los que se apartan de él, que

nada se pierde en servirle, y que se hallan en el Mundo los mismos bienes, y aun aquellas mismas ventajas, que se sacrifican por él. Como quiera que sea, la Escritura santa nos enseña unas veces, que la gloria es la herencia del humilde de corazon: (a) otras: que la humildad es un presagio cierto, y una señal infalible de la gloria: (b) Y en fin, otras: Que la elevacion es una consecuencia necesaria, y la natural recompensa de aquel que se buviere humillado. (c) Esto es del modo, que por el temperamento de su adorable sabiduria, mantiene Dios, y gobierna sus escogidos. El los humilla por el temor de ser oprimidos del peso de la gloria, que les prepara; elevalos, porque no se rindan demasiado al conocimiento, que les dá de sus flaquezas, y de sus miserias: Haceles conocer claramente, que nada pueden por sí mismos, y por su gracia les hace experimentar, que todo lo pueden en aquel que los sostiene, y los fortifica.

Pero este orden, Señores, de equidad, y de justicia; esta compensacion de grandeza, y de abatimiento, jamás se mostró mejor, que en la vida del humilde, del pobre, y con todo eso del grande, y del illustre Francisco de Paula. Sacóle Dios (digamoslo asi) de la nada de su humildad, para revestirlo de su poder, y de su sabiduria, y para formar en él uno de aquellos hombres singulares, de quienes se complace formar de quando en quando un espectáculo á su Iglesia por las grandes virtudes, que la gracia produce en ellos, y por las obras maravillosas que su poder executa por su ministerio, á fin de excitar el fervor de los buenos por el exemplo vivo de una piedad extraordinaria, y confirmar la fé de los pecadores por la

(a) *Humilem spiritu suscipiet gloria.* Prov. 29. v. 23.

(b) *Gloriam precedit humilitas.* Prov. 15. v. 33.

(c) *Qui se humiliat, exaltabitur.* Luc. 18. v. 14.

vista de unos prodigios, que exceden las fuerzas de la naturaleza. Examinad sino conmigo las gracias, que Dios hizo por él, y las que á él le havia hecho. Considerad quanto ha bajado, mirando donde ha subido, y juzgad de la profundidad de su humildad por el grado de honor, á que Dios le ha elevado.

De aqui adelante ya no tengo que hacer sino recorrer todo este vasto Universo, y descubriros de una vez toda la faz de la naturaleza. Parecia, que Dios le havia hecho Señor, y dueño de ella. Porque: ¿Hay necesidad de confirmar la verdad? ¿Es necesario instruir, socorrer, ó ayudar al proximo? Pues todo cede á su fé: Su caridad no tiene limites: Los elementos, para obedecerle, rompen sus leyes, y pierden sus mas naturales qualidades: Los astros detienen su curso, y contienen sus malignas influencias: Los vientos reprimen su fuerza fatal, y se apaciguan: El Mar quebranta sus espumosas olas, y se calma: La tierra esfuerza las estaciones, y llega á ser fertil en todo tiempo: Salen fuentes de agua viva de las venas de un duro peñasco á la voz de este Moysés: El fuego aparta sus llamas, y las amortigua, quando este Angel del Señor se acerca á un horno: El Cielo se abre, ó se cierra, detiene, ó embia sus lluvias, segun lo pide este Elias: Las montañas se estremecen, y aquellas masas, ó moles sin arrimo, y sin apoyo quedan suspensas en el ayre, en virtud de la fé de este Taumaturgo: Las criaturas mas insensibles se detienen, ó se mueven al arbitrio de un hombre mortal, y toda la naturaleza pasmada, atenta, y obediente reconoce en él el poder de su Criador, y respeta su santidad, y su inocencia.

No creais, Señores, que me abandono á mi propria imaginacion, ni tomo por fundamento de este discurso una tradicion supersticiosa, queriendo tener suspensos vuestros animos con la magnifica relacion de estos admirables sucesos; hablo sobre testimonios ciertos, sobre la fé de la misma Iglesia, y quiero merecer vuestra

aten-

atencion, mas por la verdad, que por la grandeza de lo que digo; Dios es el dueño de sus favores, y de sus gracias. ¿Y por qué no hemos de creer, que haya hecho servir una parte de sus criaturas para gloria de aquel, que no se servia de ellas, sino para ocultarse, para confundirse, y para anonadarse delante del Dios que las ha criado?

Pero aun sería poco haver tenido este imperio sobre los elementos, si no lo huviera exercitado tambien sobre los mismos hombres, por aquella gracia de curar las enfermedades, que le hacia el objeto de la veneracion, y del amor de los Pueblos: Porque hay dos suertes de milagros, (segun lo observa San Cyrilo Alexandrino) los del poder, y los de la caridad. Los primeros ordinariamente se hacen para mover, ó para convencer el espiritu de quien los vé; y así, por lo comun, no producen sino la admiracion, y el temor; mas los segundos, como sean obrados para el alivio, y para el socorro de los miserables, mueven el corazon, y añaden al pasmo, y á la admiracion, el amor, y el reconocimiento. Aquellos asustan, y alejan las gentes, (digamoslo así) estos consuelan, y atraen. Muestra Jesu-Christo su poder por aquella milagrosa pesca, que su Evangelio nos representa: Y el mas alentado de sus Apostoles exclama de esta manera: (a) *Salid, Señores, de junto á mí, y no habiteis con un pecador como yo.* Echa los demonios de los cuerpos, y todo un Pueblo aturdido de semejante poder, que podia protegerlos, pero que tambien los podia perder, le suplica, (c) *que se retire de su comarca.* Propone el mayor de todos sus milagros, á saber, el San-

ti-

(a) Luc. 5. v. 8.

(b) *Rogabant ut transiret á finibus eorum.* Matth. 8. v. 34.

tísimo Sacramento de su cuerpo, y de su sangre: Y sus Discipulos se quedan sorprendidos, y le abandonan; pero sana á los leprosos, á los ciegos, y á los paralíticos: (a) Y una gran multitud de Pueblo le sigue, viendo los milagros, que hacia con los enfermos; para enseñarnos (añade este Santo Padre) que la verdadera gloria entre los hombres consiste en ser poderosos, y en ser utiles; y que no pueden dejar de ser honrados, quando obligan por el interés, y por el favor, y quando despues de haverse hecho considerables por su virtud, saben hacerse agradables por sus beneficios.

Tal fue este santo hombre en el curso de su vida mortal. Viósele en su desierto servir como de refugio comun á todos los desgraciados, reparar en los unos los accidentes de la fortuna, y en los otros las enfermedades de la naturaleza: Viósele atravesar toda la Sicilia, dejando por todas partes vestigios de una caridad benéfica: Allí hace revivir á un Niño moribundo, y lo restituye á los votos de una llorosa Madre. Aquí buelve á dar vigor á los cuerpos languidos, y consumidos con calenturas continuas, é inveteradas: Allí cura llagas, en que habiendose apurado todo el arte, no se havia podido conocer, sino que eran incurables: Aquí hace bolver á cerrar los sepulcros, y dar la vida á los que iban á ser colocados en ellos. Todo, en fin, cede á la eficacia de su voz: Pero él no se detiene en la salud del cuerpo, trabaja tambien en la del alma. Destruye en los mismos sujetos, así las enfermedades, que los afligen, como los vicios, que los corrompen. A todas partes donde llega su caridad, inspira la penitencia, y cura por medio de sus saludables instrucciones la avaricia, la

(a) Sequebatur eum multitudo magna, quia videbant signa, que faciebat super his, qui infirmabantur. Joan. 6. v. 2.

ambicion, la ira, y la ceguedad, enfermedades tan universales, y tan peligrosas, como todas las corporales. Que no pueda yo representaros aqui á este hombre sencillo, y sin estudio alguno con sola la autoridad, que le daba su virtud, y solo con la eloquencia, que el Espiritu Santo le inspiraba, mudando enteramente con sus discursos eficaces, y persuasivos, las costumbres de toda una Provincia, á quien el desorden de los Principes, y la licencia de las guerras pasadas havian pervertido! Que no pueda yo hacerose ver en medio de los mas célebres Doctores, explicando los mysterios mas profundos de la Theología, y mostrando, quan superiores son las luces, y conocimientos, que se sacan de una humilde, y fervorosa oracion, á las que se adquieren por el trabajo, y por la fuerza del ingenio! Que no pueda yo representarosle, exponiendo á sus discipulos los sentimientos de su espíritu, y de su corazon, segun las reglas de su Instituto, y confirmando con su exemplo lo que en otro tiempo decia un padre de la Iglesia: Que no toca hablar dignamente de las maximas Evangelicas, sino á aquellos, que las aman, y las practican! Pero no nos detengamos en estos talentos, aunque gloriosos, que havia recibido para la instruccion, y para el alivio de los Pueblos; pasemos á aquellos illustres pasages de su vida, en que elevandole la Divina Providencia sobre todas las grandezas de la tierra, pareció constituirle protector, y no sé si me atrevá á decir, el arbitro de la salud de los Reyes, y de los Reynos. Y si no, traed á la memoria el peligro, que en su tiempo corrió la Italia de caer en las manos del Impio Mahomet, y de sus tropas Infieles. (a) Este Principe, que á un gran poder juntaba una desmesurada ambicion, y que por sus vicios, y por sus virtudes se havia hecho el

(a) Mahomet 2.

terror de la tierra, despues de haver conquistado el Imperio de los Griegos, se propuso acabar con el de los Romanos; y creyò, que para destruir la Religion de Jesu-Christo era preciso ir á sofocarla hasta en su origen. Por grande, que fuese la empresa, le pareció infalible, si la podia hacer en secreto. Y así, ocultando su designio con la fé de los tratados, y con apariencias de paz, amenazando á sus vecinos, para que descuidasen los mas distantes, no dudaba de la conquista de la Italia, si pudiese apoderarse de alguna Plaza en la Sicilia. Pero ¡qué adorables son los juicios de Dios! y como sabe muy bien, quando le place confundir por raros, y debiles medios el orgullo, y la falsa prudencia de los hombres!

Francisco, aquel hombre oculto en los Montes, y entre los peñascos, sin alguna experiencia en los negocios, atento à sí mismo, y sin saber, lo que pasaba al rededor de él; penetra el secreto de este barbaro politico, y descubre en su Desierto lo que se proyecta en el Asia. *Gracias os doy, Padre mio, porque haveis ocultado estas cosas à los Sabios, y à los prudentes, y las haveis revelado à los Parvulos,* (a) decia en otro tiempo Jesu-Christo. Lo mismo podiamos nosotros decir ahora en favor de nuestro Santo, inflamado del zelo de la Religion, y del amor de la patria. El interrumpe el curso de su contemplacion, exorta á los Principes á la defensa, à los Obispos á la Oracion, y á los Pueblos à la penitencia; y él mismo redobla en sí sus austeridades para aplacar la ira del Cielo. Pero, ó fuese, que Dios havia cegado estos Principes, y sus consejos, para hacer ver que él es el Señor de los sucesos; ó bien, que quisiere castigar

(a) *Confiteor tibi, Pater, quia abscondisti haec à sapientibus, & prudentibus, & revelasti ea parvulis.*  
Matth. 13. v. 35.

los pecados de los Pueblos, y atraerlos á sí, dejándolos llegar primero hasta hallar casi con su ruina; ó ya que tuviese animo de ensalzar la gloria de su Siervo, aun por la misma poca fé, que se daría á sus palabras, el Señor permitió, que sus avisos, y sus profecias se tuviesen por visiones de un Ermitaño contemplativo, ó por importunas amonestaciones de un hombre extravagante; hasta que el suceso hubiese justificado la verdad de la profecia, y la repentina invasion de los Turcos, comenzando por la toma de una de las mayores Plazas de la Sicilia, hubiese arrojado en todo el Mundo christiano el terror, y el espanto.

¡Oh! y qual fue entonces el espectáculo de aquella desventurada Provincia! Aquellos, que debian derramar su sangre por los Altares, y por la Patria, pensaban en la huida, y no en la defensa. Los Sacerdotes se preparaban para ser sacrificados á Jesu-Christo, y para servirle de victimas, acaso al ir à ofrecer su sacrificio. Los Pueblos, desesperando libertarse, ó del filo de la espada, ó de las cadenas de los Infieles, no aguardaban mas, que la muerte, ò la servidumbre. Creíase ya ver los Templos mudados en Mezquitas, enarbolada la media Luna, en donde la Cruz de Jesu-Christo era adorada, y la Capital del Christianismo iba á serlo de la grandeza, y del poder de los Infieles. En vano imploraba el Papa el socorro de los Reyes, y de los Principes de la Europa. El Tyrano entretanto, para aprovecharse de sus ventajas, cubria la Mar de velas, hacia marchar sus veteranas Tropas, endurecidas bajo del hierro, y del azero, y acostumbres á la carnizería, y se disponia á venir en persona à su frente à extinguir la Iglesia, y el Imperio todo de una vez, y añadir à la muerte de tantos Reyes la del Soberano Pontifice de Jesu-Christo.

*Tu llegarás allà, sobervia, y formidable Potencia, pero allí quebrarás, como el Mar, tus orgullosas*

ras olas (a) contra un atomo, y un grano de arena. No será, ni el numero de nuestros Soldados, ni la prudencia de nuestros Capitanes, ni los esfuerzos, ni los consejos de los Principes confederados, quienes transtornarán tus designios; será si la oracion de un pobre Hermitaño. En efecto, encierrase este por ocho dias enteros en su Celdilla, para orar en secreto al Padre Celestial: Sale de ella como otro Moysès, para anunciar á Israèl la muerte de Pharaon, y la redencion de su Pueblo. Esfuerza el valor de los Soldados, à quienes el temor havia esparrado con la desesperacion de los negocios publicos, y dando al General, que los mandaba, unos Cirios benditos por prenda segura de la derrota de los enemigos, alcanza la mas bella, y la mas importante victoria, que los Christianos jamás havian alcanzado sobre los Infieles.

¡O quanta verdad es lo que la Escritura nos enseña, que la oracion de un hombre justo es poderosa para alcanzar las misericordias de Dios! Pero con todo, no se hace en ello reflexion. ¿Quantas guerras hay gloriosamente sostenidas; quantas paces felizmente terminadas, cuyo buen exito se atribuye, ó à la fuerza, ó à la prudencia de la carne; pero cuyo honor, acaso solamente es debido à la oracion de un Solitario, que levantaba los ojos, y las manos al Cielo, mientras Israèl combatia en las campañas? ¿Quantas saludes hay preciosas al universo, que se creen conservadas por el vigor del temperamento, ó restablecidas por el socorro del arte, ó de la naturaleza; y son el fruto de las oraciones, y de las lagrimas de un hombre bueno, que ora en secreto al Padre Celestial? ¡Ah! Señores, quando se vé la inundacion de

pa-

(a) *Usque huc venies, & hic confringes tumores fluctus tuos. Job 38. v. II.*

pasiones, y de pecados, que reynan oy dia en el Christianismo, tanta corrupcion en las costumbres, tanta relaxacion en la disciplina, tanta iniquidad en los juicios, tantas infidelidades en los Matrimonios, tantas profanaciones en las Iglesias, tanta hypocresía en el uso de los Sacramentos; quan facil es inferir, que entre este tropel de pecadores, que provocan las iras del Cielo, havrá tambien algunos justos ocultos, que la detengan! Tienese alguna dificultad, y trabajo en reconocer en semejantes ocasiones el dedo de Dios, y antes se quieren atribuir, estas prosperidades publicas, ó particulares à una impotente sabiduria, de que se glorían los hombres, ò à no sè que fortuna, de que su vanidad se forma un idolo, que al poder de aquel, que lo vé todo, que lo regla todo à favor de los que le aman, y le sirven. De este modo tuvo nuestro Francisco la gloria de ser el Libertador, y el Angel visible de la Italia.

Pero si tuvo la dicha de proteger los estados Christianos, tambien tuvo el valor de anunciar las verdades à los Reyes, que los gobernaban. Aquí es, Señores, donde mas necesito de aquella favorable atencion, con que me honrais. Una de las mayores maravillas (dice San Bernardo) que Dios obra en sus Santos, es hacerlos à un mismo tiempo humildes, y magnanimos; pero con una humildad sin vileza, y una magnanimidad sin orgullo: Humildad noble, que les hace confiar tanto mas en el poder de Dios en las cosas mas arduas, quanto menos presumen de sus proprias fuerzas; magnanimidad modesta, que les inspira tanto mayor temor, y reconocimiento para con Dios, quanto mayor gracia han recibido. Asi se forma en su corazon aquel justo temperamento de prudencia, y de valor; respetan à los hombres: pero no pueden respetar sus errores; su animo no es ofender à los Grandes del Mundo: pero temen ofender su conciencia, disimulandoles, ò disfrazandoles sus pecados. Se humillan siempre; pero no humillan jamás la Justicia; el

credito de la verdad es mas poderoso para ellos, que el credito de la costumbre; y resueltos à separarse del siglo por una santa singularidad, antes que conformarse con él por medio de una sociedad ilícita, como ellos por sí mismos se sujetan à la Ley de Dios, quisieran tambien atraher, y reducir á todos los pecadores, que se apartan de ella, sin tener respeto, ni à su calidad, ni à su nacimiento.

Este fue el espíritu, con que Francisco de Paula entró en las Cortes de los Reyes, para anunciar en ellas la verdad, que la adulacion de sus vasallos, y sus propias pasiones, les ocultan de ordinario. Y si no ¿no se atrevió á reprehender al Rey de Napoles las miserias de los Pueblos, que gemian con el peso de los excesivos tributos que les imponia? ¿No le dixo con un zelo discreto, pero generoso, que se havia enriquezido con la hacienda de otros? ¿Que no debía considerarse como Señor de sus tesoros, para disponer de ellos à su antojo, sino como dispensador, para emplearlos en la salud publica? ¿Que havia sido constituido Ministro de Dios para hacer felices á sus Pueblos, y no para hacerlos miserables, consumiendo en luxo, y en exceso los subsidios, sacados del trabajo, y de la sustancia de los pobres? ¿No hizo destilar sangre de una moneda, que rompió à su presencia, para convencerle por el milagro, ya que no pudiese convencerle por sus amonestaciones, y para inspirarle la compasion por medio de aquella prueba sensible de la miseria, y de la calamidad publica; y para hacerle conocer su violencia, y su inhumanidad, mostrandole sobre este insensible metal una imagen convincente de la llaga, que hacia en el corazon de los Pueblos? ¿Pero, y qual fue su firmeza, quando despues de haver probado à enseñar à vivir á un Rey de Napoles, vino á enseñar á morir bien á un Rey de Francia?

Ya sabeis, Señores, que hablo de Luis undecimo. Este Principe, impenetrable en sus designios, implacable

ble en sus iras; siempre sospechoso, temeroso siempre; acostumbraado à armar lazos, y à temerlos para sí tambien; hecho odioso à los otros, y aun á sí mismo, llevaba amargamente en un triste retiro las miserables reliquias de una vida empleada en turbar á otros, y en inquietarse á sí. Pero Dios, que castiga muchas veces los pecadores con sus propios pecados, le entregó en manos de sus melancolias, y de sus sospechas; y haciendo de sus pasiones mismas la materia de sus suplicios, permitió, que fuese atormentado por sus propias desconfianzas, y que despues de haverse hecho temible al mundo, temiese él á todo el Mundo tambien. Tenia la muerte sin cesar delante de sus ojos, no para prepararse, sino para defenderse de ella. Por habil, que fuese en el arte de fingir, no pudo disimular esta flaqueza: Y asi, movido mas del deseo de conservar su autoridad, que de la aprehension de perder su alma, emprendiendo peregrinaciones, mas por timidez, que por penitencia, buscando como libertarse de sus temores, y como calmar su inquieta conciencia, por medio de devociones superficiodas, y haciendose como una especie de muralla contra la muerte de las imagenes, y de las reliquias de aquellos mismos Santos, que tan sabiamente la estuvieron aguardando, ó tan generosamente la han padecido, buscaba en vano todos los socorros imaginables; y no pudiendo prometerse nada, ni del arte, ni de la naturaleza, se lisongeaba, en fin, con la esperanza de una cura milagrosa.

¡O muerte! quan amarga es tu memoria para los que viven en la abundancia, y en las grandezas de este mundo! (a) Entonces fue quando este Principe, des-  
pues

(a) *O mors, quam amara est memoria tua homini in pacem habenti in substantiis suis. Eccli. 41. v. 1.*

pues de haver invocado todos los Santos del Cielo, recurrió á los de la tierra; y dando todo quanto tenia por su vida, como habla la Escritura, embió Embajadores hasta lo interior de las Montañas de Calabria, para obligar á Francisco, á que viniese á hacer un milagro en favor suyo, y á prolongarle su vida. Un hombre menos sólido, y constante hubiera creído, que era necesario apresurarse á recibir un honor, que se hacia á su reputacion, y á su virtud: Huviera considerado á la Francia, como un teatro proprio, para manifestar la gloria de Dios, y por accidente la suya propria: Huviera inclinado al Rey á la justicia, y á la piedad, pero tambien huviera procurado ganar sus voluntades, y sus gracias; se huviera valido de aquella ocasion, para acreditar su nuevo Instituto, y atraer la proteccion, y las liberalidades del Principe, dandole esperanza de una larga vida; y haciendo los negocios de Dios, y de su Religion, no huviera descuidado de hacer el suyo proprio.

Hay ciertos intereses delicados, y ciertas ambiciones espirituales, que los devotos imperfectos saben muy bien acomodar con la virtud. Sus intenciones no siempre son tan puras, que no éntre en ellas un poco de razon de estado, y de consideracion humana; y en aquello, que parece, que hacen por Dios solo, no dejan de dar alguna satisfaccion á su amor proprio: Pero Francisco no se mueve por ninguno de estos motivos. Ni las fatigas de una larga penitencia, ni el deseo de estender su Orden, todavia en sus niñezes, ni el placer de verse buscado por el mayor Rey de la tierra; ni la gloria de ir á anunciar á los Grandes del Mundo las verdades que el Mundo no les enseña, ni la esperanza de tener un gran Rey por admirador de su virtud; nada le deslumbra, nada le admira: No sale él sin mision. Es preciso, que el Soberano Pontifice se lo mande, y que defienda todas sus virtudes por medio de la obediencia.

Pe-

Pero, ¿y conservará en esta ocasion una tan santa indiferencia? ¿Quando vea la primer cabeza del Mundo, humillarse delante de sí, no será enternecido? ¿No aprenderá en la Corte á lo menos un poco de complacencia? ¿Havrá venido de tan lejos para desconsolar á un Rey, que confia de su poder, y de su virtud? ¿Y si no puede curarle por un milagro, á lo menos no procurará consolarle con alguna esperanza? Esparcense al rededor de los tronos ciertos terrores, que impiden el hablar á los Reyes con libertad. El respeto, que imprime su Magestad, cierra la boca á los que se le acercan; y la delicadeza, que muestran en tantas ocasiones, es una barrera invencible, que ponen entre ellos, y la verdad. Como los que los rodean no se aficionan á ellos ordinariamente, sino por los intereses de fortuna, unos temen afligirlos, otros procuran complacerlos, y hasta los hombres mas de bien se quejan muchas veces, y no pueden, ó no se atreven á asistirlos. ¡O qué peligroso es, y quan difícil, que no lleguen á conocer en quanto peligro se hallan, y que no mueren, como han vivido entre el tropel de sus aduladores, sin haver pensado en su salvacion, y sin haver conocido la verdad!

Mas Francisco como amigo fiel, y como Propheta desinteresado, *le anuncia su muerte, y no su salud.* (a) Sin admirarse de aquella Magestad tan fiera, sin valerse de aquellos rodeos, de que comunmente se sirven los hombres, para hacer mas tolerable una funesta noticia, sin temer la colera de un Rey, cuya disimulacion havia hecho casi necesaria la adulacion de los cortesanos, y á quien la pasion, que tenia de vivir, haria tener por intratable á qualquiera, que se atreviese á

(a) *Quia morieris tu, & non vives.* Isai. 38.  
V. I.

á advertirle su muerte: Francisco, digo, le avisa, no solamente, que es mortal, sino tambien que se muere, y que se muere sin remedio. Imprimele por medio de sus exortaciones, y de sus palabras un temor saludable de los juicios de Dios, y un deseo eficaz de su salvacion. Hizole oír la verdad, que jamás havia oído, ni casi entendido; mas poderoso por haver aquietao las agitaciones de su alma, que si le huviera curado las enfermedades de su cuerpo, y mas dichoso, por haverle puesto en estado de recibir la misericordia de Dios, que si le huviera puesto en estado de conservar mas largo tiempo su autoridad entre los hombres.

Plugiera al Cielo, que en esta ceguedad tan deplorable, en que vivimos al presente, tuviese cada uno de nosotros un Propheta, que le advirtiese las necesidades de su alma! que le dixese á este: Restituye esa hacienda mal adquirida, y repara tus injusticias; á aquel: Baja de ese puesto, que ocupas indignamente, y no vivas en un ministerio, en que te has ingerido, sin vocacion, y de que no eres capaz; á unos, reformad ese tren, que arruina vuestras casas; á otros, rompéd esas cadenas, que os aprisionan en la iniquidad. ¿Pero este Santo no nos habla aun con su vida, y con sus exemplos? ¿Su austeridad no condena nuestras sensualidades, y nuestras delicadezas? ¿Su humildad no nos reprehende tacitamente nuestro luxo, y nuestras vanidades? ¿Su sencillez, y su inocencia no destruye nuestras astucias, y nuestras sutilezas, para dispensarnos de la Ley de Dios? ¿Su perseverancia no averguenza nuestras desigualdades, y nuestras inconstancias?

¿Es posible, que hemos de dejar á sus hijos la entera sucesion, y herencia de sus virtudes; y mientras ellos se aplican á todas sus obligaciones, y fieles en su vocacion, exactos en las observancias de su disciplina,

ciplina, continuos en la Oracion, y en la Meditacion son perpetuos imitadores de su Padre, nos hemos de contentar nosotros con ser unos simples admiradores? Imitemos nosotros tambien sus virtudes, para alcanzar como él las recompensas eternas. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PANEGYRICO  
DE SANTO THOMAS  
APOSTOL,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de Santo Thomás de Louvre en París  
el año de 1675.

*Thomas, unus ex duodecim, non erat cum eis  
quando venit Jesus.*

Thomás, uno de los doce Apostoles, no es-  
taba con ellos, quando Jesus se les apa-  
reció. Estas palabras son tomadas del  
*Evangelio de San Juan cap. 20. v. 24.*



Quando yo me pongo á examinar sobre  
este texto del Evangelio, el estado  
de Santo Thomás Apostol, de quien  
he de hablaros oy dia, me le repre-  
sentó como un hombre, à quien Jesu-  
Christo havia elegido por sí mismo,  
para estender por el Mundo la luz  
de sus primeras verdades, y los primeros ardores del  
Divino amor, que venia à establecer en él. Está puesto  
en el numero de los Apostoles destinados á ser los mi-  
nistros

nistros de su palabra, los testigos de sus acciones, los depositarios de su espíritu, los compañeros de sus trabajos, y los interpretes de sus voluntades, y de sus Mysterios: *Thomas, unus ex duodecim.* (a) Pero quando veo, que se separa de sus hermanos, enfadado de sus caritativas reprehensiones, teniendo su fé sincera por una debil credulidad, y llevando consigo á una soledad afectada sus caprichos, y sus errores, negando obstinadamente la resurreccion de su Maestro, y tratando de ilusion, y de engaño, la mas importante verdad de la Religion, le hallo pecador, y no le reconozco por Apostol: *Non erat cum eis.* (b)

A la verdad, yo no descubro en él señal alguna de aquel espíritu Apostolico: Sus luces están eclypsadas, resfriada su caridad, su fé, no solamente vacilante, sino casi apagada. No obstante, el Evangelio en terminos formales le conserva todavia su dignidad, y su clase: *Thomas, unus ex duodecim.* Yo tiemblo, y me consuelo à un mismo tiempo: Aquí hallo principios de humillacion, y motivos de confianza: Veo, que un Apostol llega à ser infiel; veo, que un infiel todavia es Apostol, y que, aun quando dice, *yo no lo creeré*, no pierde, ni su vocacion, ni su carácter.

Pero si estoy sorprendido de su poca fé, tambien admiro la misericordia de Jesu-Christo. Parece, no haver guardado las cicatrices de sus llagas, sino para avivar la casi muerta fé de Santo Thomás. Humillase por una dulce condescendencia, à los indiscretos, é injuriosos deseos de este incredulo, y mostrandole sus manos, sus pies, y su costado, le dá á él, y á toda la Iglesia en su persona, pruebas sensibles de su resurreccion. Lo qual me dá motivo, para haceros ver el día de oy,  
Di-

(a) Joan. 20. (b) Ibid.  
Tom. 2. L

Division. *I. Las flaquezas de Santo Thomàs.*  
*II. Las misericordias de Jesu-Christo.*

La conducta del Discipulo en su incredulidad, y la conducta del Maestro en la conversion del Discipulo.

Estas serán las dos partes de este discurso, despues que huvieremos implorado el socorro del Espiritu Santo, por la intercesion de Maria Santisima.

AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Extraño modo es de alabar á los Santos, formar su elogio de los mismos pecados, que cometieron. Parece, que no havia de ser permitido tomar de sus acciones, sino las que pudiesen servirnos de exemplo; y que se debian olvidar sus flaquezas, quando despues han llegado á la santidad. Porque ¿á qué proposito mezclar sombras, que disminuyen el resplandor de estos brillantes astros? ¿Por qué se han de renovar aquellas llagas, que la gracia de Jesu-Christo tenia ya cerradas? ¿Y por qué se han de vituperar en este mundo aquellas almas puras, y santas, á quienes Dios ha elogiado, y que alaban á Dios en la eternidad? Pero ¿y por qué hemos de ocultar tampoco á los ojos de los fieles, las representaciones de la misericordia del Señor? ¿Por qué no hemos de decir, que los Santos han sido pecadores, para hacer ver, que es la gracia de Jesu-Christo, la que los ha santificado? ¿Y por qué no hemos de descubrir las cicatrices de sus llagas, para honrar al soberano medico, que las ha curado?

No temamos pues, Señores, el confesar, que Santo Thomàs fue pecador. No disimulemos su caída, por el temor de ofender la bondad de aquel, que se dignó levantarle. Duda este Discipulo de la verdad de los misterios de su Maestro, y le hiere (digamoslo asi) en la par-

parte mas sensible, y delicada; quiero decir, en su resurreccion, de donde se toma la prueba mas esencial de su divinidad. Tres cosas, segun San Pablo en su Epistola à los Romanos, han hecho conocer, que Jesu-Christo era Dios, *su poder, su santidad, y su resurreccion.* (a) Ha mostrado su *poder*, por los milagros, que ha obrado: Ha hecho conocer su *santidad*, por las virtudes, que ha practicado: y ha hecho manifestar su gloria, y su magestad por medio de su *resurreccion*; pero no obstante, con esta diferencia; que su poder estuvo oculto bajo los velos de nuestras miserias; su santidad ha estado encubierta bajo las apariencias del pecado: mas su divinidad se manifestó enteramente en su resurreccion; y saliendo del sepulcro del todo glorioso, é immortal, dió el mayor golpe de su poder, y la mayor prueba de su santidad, y puso el mas sólido fundamento de su Religion. Porque si no hay resurreccion, no hay tampoco immortalidad, si no hay immortalidad, no hay justicia, si no hay justicia, no hay providencia, y si no hay providencia, destruis la divinidad. Jesu-Christo, pues, acababa de confirmar todas estas verdades por su resurreccion; su grandeza, porque resucitó por su propria virtud, su justicia, pues que su gloria es una recompensa de sus trabajos; su providencia, porque nos prepara una immortalidad bienaventurada, y nos asegura nuestra resurreccion por la suya. De este modo parece, que havia reducido todo el Evangelio, (b) *y todo el testimonio de sus Apostoles*

(a) *Quia predestinatus est Filius Dei in virtute, secundum spiritum sanctificationis ex resurrectione mortuorum Jesu Christi. Rom. 1. v. 4.*

(b) *Testem resurrectionis ejus nobiscum fieri unum ex istis. Actor. 10. v. 22.*

à la publicacion de este solo mysterio, y que havia fundado su Mision sobre esta sola verdad. Juzgad ahora del pecado de este Apostol por todas las verdades, que ofende, y por la injuria, que hace á Jesu-Christo.

En primer lugar destruye aquella santa simplicidad de la fé, que no pide mas, que sujetarse à la autoridad, y cautivar su entendimiento, y su voluntad bajo el peso de la palabra Divina, sin querer penetrar lo profundo de los mysterios, ni introducirse en discursos vanos, y curiosos. Observa Tertuliano, que hay esta diferencia entre la Religion de los paganos, y la de los Discipulos de Jesu-Christo: Que la Religion de los Paganos no producía sino una fé tumultuosa, y no tomaba su autoridad, sino de las pompas exteriores, del aparato de los sacrificios, y de la profusion de sus inciensos. La magnificencia, el terror, y el espanto los hacían credulos; y queriendo ser sus espiritus tocados de grandes imagenes sensibles, no creían, sino lo que admiraban. Pero los Christianos obran de una manera bien diferente: No creen, por lo que admiran; admiran, por lo que creen. No buscan satisfacer su curiosidad; quieren, si, exercer su fé, dejan á los Philosophos el indagar las razones, y á las almas groseras el desear ver las verdades, que se les proponen.

Esta simplicidad está fundada sobre el respeto, que tienen à Dios, y sobre la diferencia, y sumision, que se debe tener à su palabra. Saben, que el espiritu debe estar sujeto á todo lo que el Señor dice; así como la voluntad lo debe estar à lo que manda; y que como deben reprimir sus inclinaciones, para obedecer á la Ley de Dios, deben tambien combatir sus sentimientos, y sus repugnancias, para asentir á sus verdades. No es porque la fé no tenga su razonamiento, y su prudencia; Y que aunque se eleve sobre la razon humana, no deba (como nota San Bernardo) tener su razon, sobre la qual funda la sinceridad de la doctrina, que ha recibido: Pero  
su

su razonamiento, ó su discurso no destruye su sencillez; porque lo reduce todo á este solo principio del Apostol: *To bien sè, en quien he creído.* (a) No fundo yo mi fé sobre la penetracion de mi espiritu, sino sobre la autoridad de Dios, que ni puede engañarse, ni engañarnos. La verdad, que no descubro, está encubierta en su principio. Lejos de buscarla fuera de Dios, por los debiles esfuerzos de mi entendimiento, la adoro en el Seno de Dios, donde subsiste, aunque allí esté oculta, è invisible á los ojos de los hombres.

¡O qué distante estaba Santo Thomàs de esta santa simplicidad de la fé! Quiere, que Jesu-Christo se le aparezca; y que por glorioso, que se halle ya, muestre todavia las señales de su pasion: (b) Desconfia de sus hermanos: ¿Qué digo yo? Desconfia de sí mismo, y del Hijo de Dios; no quiere creer mas, que à sus ojos, y aun de sus mismos ojos desconfia: teme todavia, no haya alguna ilusion en esta vision, y que lo que ha de ver, no sea un fantasma. Quiere emplear el sentido mas inmediato, y el mas grosero; quiere tocar á Jesu-Christo con su propria mano; quiere buscar los agujeros de los clavos, todavia impresos sobre su carne sagrada, y sondear hasta la llaga de su costado. ¿Qué molesta es la incredulidad! Quiere ver hacer milagros, que hieran la imaginacion, y los sentidos. Pero ¿qué sencilla es la fé! Y así como en la moral, una accion de Jesu-Christo, es un exemplo completo para el gobierno; una palabra de su Evangelio es una ley completa para la creencia, independiente de señales, y de milagros.

No

(a) *Scio, cui credidi.* 2. Timoth. 1. v. 12.

(b) *Nisi videro figuram clavorum, & mittam digitum meum in locum clavorum non credam.* Joan. 20. v. 25.

No obstante ¿quantos christianos hay, que creen, y no siguen su fé? Los mysterios son demasiado oscuros, y no los llegan á comprehender bastantemente; quisieran algunos, que se hiciesen milagros: Y así, si viesen abrirse un poco los Cielos, y bajar del seno de la Gloria uno de aquellos Bienaventurados Espiritus, que Dios embia para la execucion de sus ordenes, y para la salvacion de sus fieles; ¡ó quanto se alentaria su esperanza! Si saliese de lo interior del santuario una luz, que penetrase los tabernaculos, y apareciese Jesu-Christo resplandeciente en una Hostia; con quanto respeto estarian postrados á los pies de los Altares! ¡Qué zelo no tendrian contra los que profanan los lugares sagrados! Oyeseles continuamente á las gentes del Mundo, que dicen: *Para mí no sería necesario mas, que un milagro, y yo me convertiria para toda mi vida.* Estos miserablemente se engañan, y no saben, qué cosa es conversion. Imaginanse, que basta conocer, que hay un Dios, y hacerle ciertos homenages, como los Paganos hacian á sus Idolos. Su imaginacion sería movida de este espectáculo; pero aquella ligera impresion no llegaría hasta el corazon. Admirarian el poder de Dios; no adelantarian mas en su caridad; quedarian mas convencidos, pero no estarian mas convertidos; y supuesto, que ni la autoridad de las Escrituras, ni los sentimientos interiores de la conciencia, ni la predicacion del Evangelio, ni las inspiraciones del Cielo los reducian á creer, la impresion de un milagro bien presto se borraría. Sería necesario renovarla á cada accion, que hiciesen; y así el deseo de verle es un pretexto, ó una especie de alivio, que buscan á su dureza, y no un remedio, y un socorro, que desean, para perfeccionar su fé.

Pero bolvamos á la incredulidad de nuestro Apostol. No solamente renuncia la simplicidad de la fé, sino que tambien pierde la beatitud de la fé. Dios nos ha criado, para exigir de nosotros un justo reconocimiento en el culto, que nos ha mandado; y para esto fue necesario, que se diese

á

á conocer él mismo: Porque no puede ni la razon, ni la Philosophía hacernos llegar hasta un punto de conocimiento de Dios, que sea el fundamento de un culto verdadero, y legitimo. Ha sido preciso, que el mismo Dios nos haya marcado el terreno, y dado las reglas de nuestras obligaciones, y el conocimiento de su verdad. Tenia este Señor tantos caminos por donde descubrirse al entendimiento, como el entendimiento tiene funciones, y modos de conocer. Pudo muy bien servirse de la conjetura, de la persuasion, de la opinion, de la ciencia, ó de la fé. La *conjetura* es una ligera impresion del espiritu, un sentimiento de pura casualidad, una media luz, y una de las operaciones menos nobles del entendimiento. La *persuasion* es un consentimiento del espiritu, por una creencia puramente humana, que no estando sostenida sino sobre palabras fragiles, y mentirosas, tiene muy poca autoridad. La *opinion* es un conocimiento dudoso, que no existe sin alguna apariencia, y sin algun fundamento; pero que no goza de ninguna certidumbre. La *ciencia* es un conocimiento claro, y cierto, pero está sujeta al orgullo; y como participa de la evidencia, no puede tener el merito de la sumision. Restanos la *fé*, que es el mas noble de todos los conocimientos: Porque tiene la autoridad de la revelacion, las razones, y los fundamentos de la opinion, la certidumbre de la ciencia, y la gloria de rendirse, á lo que Dios dice en sus Escrituras. Ved aquí el espiritu de la fé, que hace á los creyentes bienaventurados sobre la tierra, así como la vision los hace Bienaventurados en el Cielo.

Esta es aquella *columna de nube* de que habla la Escritura, con que se obscurece el dia, y que alumbra de noche. (a)

Es-

(a) *In columna nubis per diem: in columna ignis per noctem.* Num. 14. v. 14.

Esta es aquella sagrada mezcla de tinieblas, y de luces de verdades infalibles, y de pruebas poco sensibles. Este es aquel enigma, de que habla San Pablo, que encierra, y encubre sentidos eternos, que el entendimiento humano no podría resolver. Esta es, en fin, aquella verdad, que siendo revelada constituye la alegría, y la felicidad de los Santos en el Cielo, y que estando todavía oculta, bajo de velos, y figuras, forma la esperanza, y la felicidad de los Santos sobre la tierra. Esta es la razón porque Jesu-Christo dá esta reprehension á su Apostol: *Tu has visto, tu has tocado, para creer.* Tu debes á tus ojos, y á tus manos, lo que solamente huvieras podido deber á mi palabra: Tu has asentido á una verdad visible, y palpable. Esa es una curiosidad, y no una devoción: Goza de mi paz, y de la gracia, que me he dignado concederte; pero deja las recompensas para aquellos, que han creído, lo que no han visto, y que rindiéndose á la fuerza de mi palabra, à pesar de las repugnancias de su razón, y de sus sentidos, hacen profesion pública de una verdad, que no es ciertamente ignorada, y con todo eso es incomprendible.

¿Mas hasta adonde lleva la incredulidad, y qual es su fin ordinario? No para, hasta llegar à perder todos los sentimientos de la fé, y decir: *Yo no lo creeré.* (a) Esto es, lo que observa San Chrisostomo sobre esta respuesta de Santo Thomàs. No solamente dice à los Discipulos: *Yo no os creo*; sino que los asegura, que absolutamente *no lo creerá.* No solamente recusa su testimonio, sino que tambien repugna el mysterio, y no cree la resurreccion de Jesu-Christo.

¿Qué compasion tengo de aquellos impíos, que haciendo alarde de dudarle todo, creen haver discurrido muy

(a) *Non credam.*

muy bien, quando dicen con un ayre, y gravedad de Philosophos: Nosotros todos nacemos para morir, ¿pero quién sabe, si moriremos, para resucitar? Nuestros Padres han pasado, y nosotros acabaremos como ellos, sin esperanza de volver otra vez. Hablase aun del Infierno, y del Parayso despues de tantos siglos: ¿pero ha venido alguno por ventura de allá, desde que se està hablando de ellos? Si quieren persuadirnos la resurreccion, abranse los sepulcros, y que nos la hagan predicar por hombres resucitados. Sobre esto discurren, dudan, y aun resuelven de su propia autoridad, que nada queda de nosotros despues de nuestra muerte; que el sepulcro encierra en sí los despojos de todo el hombre entero; y que el ultimo suspiro de un moribundo, asi como acaba las fuerzas del cuerpo, acaba tambien el alma.

¿Y qué les hemos de hacer? ¿Será preciso tenerles prontos algunos milagros? ¿Será necesario por ventura hacer, que salgan de lo profundo de los infiernos terribles voces, para amedrentarlos? ¿Tendremos, que ir juntando los esparcidos huesos, y sacar de la concavidad de los sepulcros almas con señales visibles de sus suplicios? No por cierto; yo no quiero mas, que representarles la resurreccion de Jesu-Christo, apoyada sobre el testimonio irresistible de un Apostol incrédulo, y terco como ellos; y si les ha quedado algun rastro de razón, verán, que los miembros de una cabeza viva deben ser vivificados algun dia; porque si no creen la resurreccion de Jesu-Christo; ¿qué milagro podrán ya llegar à creer? ¿Y tendrán dificultad en desmentir sus propios ojos, aquellos, que ahogan todos los sentimientos de la razón? Si tienen el Evangelio por fabula, tendrán tambien la aparicion de los muertos por ilusion; y entonces se puede decir de ellos, lo que Abraham decia á un réprobo, á quien se asemejan; *si no creen, ni á Moysès, ni á los*

*Prophetas, tampoco creerán ni aun á los muertos.* (a) Algun día conocerán, pero ya tarde, el error, en que han vivido, y experimentarán esta verdad, que tan difícil de creer se les hacia.

Mas no debo de advertir, que hablo con Christianos, que saben muy bien, que hay un Dios, que vela sobre sus acciones, que le conocen por el Señor de su destino, y conducta, que recibirán de la equidad de sus juicios, su felicidad, ó infelicidad eterna, y que tienen horror á la impiedad, y á los impios. Justo es tener esta indignacion por el pecado; pero los Apostoles nos enseñan, que es necesario tener alguna compasion del pecador. Si ven alguno de sus hermanos, que se levanta contra la verdad, que se burla de sus testimonios, que escandaliza á la primitiva Iglesia; no le echan de su compañía, no fulminan contra él anathemas, no le exasperan con reprehensiones amargas, ni con indiscretas correcciones: Pasan ligeramente la vista sobre los defectos de los otros, y se detienen sobre los suyos propios, y quejandose del miserable estado, en que se hallan, ven el peligro, á que ellos tambien están expuestos; si Dios no los contiene por su gracia.

No puedo menos de quejarme aqui de la injusticia de aquellos, que haciendo una profesion exterior de virtud, se escandalizan de todo, hacen grandes exclamaciones á solo el nombre de un pecado grosero, apartanse de los pecadores por menosprecio, y por orgullo, insultando su flaqueza; y mientras tanto se complacen dentro de sí mismos, y se dan á sí testimonios de buena conciencia, di-

(a) *si Moysem, & Prophetas non audiunt, neque si quis ex mortuis resurrexerit, credent.* Luc. 16. v. 31.

diciendo sin cesar en su corazon: *Yo no soy como aquel; yo no soy como aquella.* Hay, pues, en nosotros no sé qué especie de malignidad, que nos inclina á mirar los defectos ajenos, y nos hace apartar los ojos de los nuestros. Examinase por menor la conciencia ajena, y se abogan los remordimientos de la suya propia. Formaseles siempre á los otros la causa, y para sí mismo siempre hay perdon. Al contrario Jesu-Christo; no abandona su Apostol; buscale para atraerle á sí, y viene para curarle su debilidad, y flaqueza; y conociendo hasta donde llegaba su dureza, le reduce á la fé de sus Mysterios, por medio de su presencia visible, y por los movimientos invisibles de su gracia, que es la *segunda parte.*

## SEGUNDA PARTE.

**P**areceme, Señores, que admirados de la flaqueza, y de la incredulidad de Santo Thomás, me preguntais al instante: ¿Por qué abandonó Jesu-Christo á sus Apostoles, á su poca fé, y á sus propios sentidos? ¿Por qué no los hizo luego Santos? ¿Por qué dejó por tan largo tiempo imperfecta su vocacion? ¿Por qué permitió defectos en aquellos hombres escogidos, á quienes honraba con su amistad? ¿Por qué no destruyó por sí mismo en sus discipulos todos aquellos sentimientos indignos de su Maestro, y contrarios á su doctrina? Milagro, que sería de muy poco lustre, á la verdad, pero mas necesario, y mas util, que otros muchos.

La Santa Escritura, y los Padres nos dan muchas razones de este gobierno, y conducta de Jesu-Christo. La primera es, que quiso, que los que eligió por una gracia particular, fuesen tan humildes de corazon, como havian sido elevados por su eleccion; y enseñarles, no solamente por sus palabras, sino tambien por su propia experiencia, aquellas primeras maximas del Christia-

nismo; es á saber: Que no conviene fiar en su propia virtud, no habiendo alguno capaz de cumplir toda justicia: Que es necesario velar, y orar sin intermision; que asi como no se puede comenzar sin el Señor, tampoco se puede adelantar, ni perfeccionarse sin su gracia; de suerte: que es necesario vivir con confianza, pero con temor entre su misericordia, y sus juicios, para que aquellos, á quienes permite, que caygan, reconozcan su fragilidad, y los que sostiene, ó buelve á levantar, alaben su bondad; y los unos sean humillados por sus caídas, y los otros estén instruídos, y admirados.

La segunda razon es, para enseñar á los pecadores, que quieran entrar en los caminos de la penitencia, que saquen de estos exemplos, no una injusta presuncion, sino una tímida confianza; y que animen su fé por medio de las preocupaciones de los otros, no relajandose con la esperanza de no ser castigados, ó de que seguramente se convertirán; sino trabajando en bolverse á levantar por medio del conocimiento de la misericordia de Dios.

La tercera razon, porque algunas veces ha permitido, que aquellos, que havia elegido para Pastores de su Iglesia, hayan caido en pecado; es á fin de que la memoria de su caída les inspirase dulzura, y compasion para con aquellos, que algun dia havian de ser sus subditos; para que aprendiesen á usar con los otros la gracia, de que ellos mismos necesitaron; y para que usando de una sabia, y prudente condescendencia, pero sin ofender las reglas de la justicia, conduxesen á los débiles por los caminos de la caridad, y se guardasen muy bien de romper el puente de la misericordia de Dios, por donde ellos pasaron, (por valermé de las palabras de San Agustín.)

Pero Jesu-Christo, aun quiso sacar otra ventaja de la incredulidad de Santo Thomás; y fue el establecimiento de la fé de su resurreccion. La ciega providencia de los hombres usa mal de casi todos los bienes: Ella buelve la

la Religion en hypocresía; la ciencia en curiosidad; la humildad en orgullo; la esperanza en presuncion, transformando los vicios en virtudes, y las virtudes en vicios, reduce á sus malos fines aun las cosas mas santas. Mas la providencia de Dios es al contrario, saca bienes de todos los males, refiriendolos á la execucion de sus designios; y convirtiendo por caminos secretos la malicia de los hombres, por ella establece algunas veces sus verdades, y sus mysterios. Esto es lo que hizo decir á San Gregorio, que la incredulidad de Santo Thomás havia sido mas util á la Iglesia, que la fé de los demás Apostoles.

Pero no escudriñemos mas las intenciones de Jesu-Christo; admiremos su caridad para con este extraviado discipulo. No le abandona el Señor en su flaqueza; antes le busca con cuidado; presentase á los otros, para disponer este á la fé por medio de sus testimonios; aparezesele á él mismo, para atraerle amorosamente: y vencerle con sus propios ojos, á fin de enseñarnos, que es necesario guiar, è ir delante de los pecadores; y que no hay otro verdadero Pontifice, que aquel que sabe compadecerse de las enfermedades. Corrigelo con dulzura, y le perdona liberalmente; cuida de su fama, y reputacion, y le reprehende en casa á *puertas cerradas*. (a) Como su falta no era conocida sino de los Apostoles, no le habla de ella mas que *en su presencia*. (b) Y no es por largos discursos; por amargas quejas, ó por asperas reprehensiones, por donde lo reduce á la sumision: *solas tres palabras de exortacion, mas que de reprehension*. (c) buelven á encender en el corazon de Thomás la fé, y

- (a) *Fanis clausis.*  
 (b) *Stetit in medio.*  
 (c) *Noli esse incredulus.*

la caridad casi apagada. Pastores indiscretos, que os dejais llevar, mas de vuestro dictamen, y de vuestro humor, que de vuestro zelo; que para ostentar vuestra autoridad haceis asperas, y publicas vuestras reprehensiones; que multiplicais palabras, para abultar los defectos de otros; y que ayRANDOOS contra los pecadores, ofendeis muchas veces, no solo la caridad, sino aun la justicia, y mereceis la correccion, aun mejor, que aquellos, á quienes la estais haciendo; aprended de Jesu-Christo à ser mansos, y humildes de corazon.

Para condescender con los caprichosos descos de este Apostol, le muestra sus llagas, y le abre sus entrañas de misericordia. *Mira*, le dice, *mis manos, y mis pies; y advierte las cicatrizes de los clavos*; (a) como si dixese: Estas son las señales de mis tormentos, y estos serán los motivos de tu conversion. Yo he recibido estas llagas en mi cuerpo mortal por todos los hombres; pero las guardè por tí en mi cuerpo impassible: En mi muerte han servido de remedio al mundo; en mi resurreccion curan tu infidelidad: En el tiempo de mis tormentos, y pasion fueron el precio de la redencion universal; en el tiempo de mi immortalidad, y de mi gloria serán el precio de tu eterna salud. Entonces le manda meter su mano en su costado, y en su corazon, santuario de la Divinidad, puerta franca de la misericordia, horno del Divino Amor. Del mismo lugar de donde han salido los Sacramentos, los bienes espirituales, y las riquezas de la gracia de Jesu-Christo, salieron el amor, la fé, y el zelo de Santo Thomàs.

¿Y quales fueron en esta ocasion los movimientos de su alma? Abre la gracia los ojos del alma de este incredulo; reconoce su orgullo, su irreverencia, y su

obs-

(a) Joan. 20. v. 27.

obstinacion; y con una voz interrumpida cien veces de suspiros; prorrumpe en aquellas medias palabras, que su corazon herido de su arrepentimiento, y de su dolor, ahoga casi enteramente en su boca: ¡Señor mio, y Dios mio! Vé entonces claramente por la fé las causas secretas de su salvacion; los motivos de la caridad, y amor de Dios en la reconciliacion de los hombres; las dimensiones de su misericordia, que acaba de experimentar; las disposiciones de su gracia, que ha sentido en sí mismo; y tocado de los sentimientos de un profundo reconocimiento exclama: ¡Señor mio, y Dios mio! Repasa en su memoria todas las acciones, todas las palabras de Jesu-Christo, y todas las gracias, que ha recibido de él, y son otras tantas llamaradas, que purifican su corazon de su ingratitude, y de su tibieza; y abrasandolo en el amor de la verdad, sacan de él aquella confesion tierna, y fervorosa: ¡Señor mio, y Dios mio! Como si hubiese dicho; yo no tengo otro Maestro, ni otro dueño, que á vos; yo me desprecio à mí mismo con mi propia sangre; no mas luces, que las vuestras; no mas palabras, que para dár testimonio de la verdad, y condenar mi infidelidad pasada; no mas trabajar, que en anunciar por todas partes esta fé, que he violado; no mas deseos, que agradaros, despues de haveros tan cobardemente ofendido, ¡Señor mio, y Dios mio!

El es el primero, que confiesa absolutamente à Jesu-Christo Dios en el Evangelio; porque los demás le reconocieron por Hijo de Dios. (a) *Tu eres Christo Hijo de Dios vivo*, fue la confesion de San Pedro. (b) *Tu eres*

(a) Matth. 16. v. 16.

(b) Joan. 1. v. 49.

eres el Hijo de Dios, dixo Natanaél. (a) Yo siempre he creído, que vos sois Christo, Hijo de Dios vivo, es el modo de hablar de aquella santa Huespeda de Jesu-Christo. (b) Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios, exclamó el Centurion. Estas son confesiones sacadas por consecuencia; porque el Hijo natural de Dios, debe ser Dios. Pero Santo Thomás le confiesa expresamente. (c) Ha visto, y ha creído, unico, y singular entre los fieles, y el mas creible de todos los creyentes. El puede probar la fé de la resurreccion del Hijo de Dios, como San Juan puede probar la de su Pasion. (d) Juntó la vision á la creencia, el consuelo de la vista al merito de la sumision; las evidencias de los ojos á las obscuridades de la fé, y fortificado por medio de esta doble confianza, conoció, y creyó su Señor, y su Dios.

Yá me parece que le estoy viendo, despues de haver recibido el Espiritu Santo, correr con fervor hasta las extremidades del mundo, instruir los Parthos, los Medos, y los Indios, sin temer las prisiones, ni la muerte misma. Los naufragios, las trayciones, las calumnias, la oposicion de las Leyes, y de los Magistrados, la contradicion de los Pueblos, nada le espanta. En todas partes predica, lo que ha negado; y por todas partes dice, como otro Apostol, al pie de la letra: *Nosotros testificamos lo que hemos visto con nuestros mismos ojos, y lo que hemos tocado con nues-*

(a) Joan. 11. v. 27.

(b) Matth. 27. v. 54.

(c) Deus meus.

(d) Et qui vidit, testimonium perhibuit. Joan. 19. v. 35.

tras manos. (a) No tendria yo suficiente motivo, para decir con San Chrysoftomo: ¿Y por qué ha de ser su pecado tan conocido, y tan sabido de nosotros, y sus virtudes tan ignoradas? Pero asi se complace algunas veces la providencia de Dios en ocultar las acciones de los Santos; ya porque quiere reservar á sí solo la gloria de sus buenas obras, cuyo principio ha sido él mismo, y conservar en su seno á los que ha elegido, para que sean suyos eternamente; Ya sea para enseñarnos, que nada hay sólido en la reputacion de los hombres, y que sola la verdad de Dios, y el juicio, que hace de nosotros, son los que permanecen para siempre.

¡Que no pueda yo descubriros todos los mysterios de su vida penitente, y laboriosa! ¡Que no pueda correr el velo, que cubre tan grandes exemplos, y mostraros tantos Idolos derribados por un impulso de fervor, y de zelo! ¡Tantos idolatras ganados por acciones de una dulzura, y de una paciencia Evangelica! ¡Tantos milagros obrados para confirmar la fé, que predicaba á los Pueblos! ¡Tantas Iglesias, fundadas por sus instrucciones, y por sus cuidados, y una infinidad de almas convertidas á Dios por su ministerio! Pero tantas, y tan santas acciones se ocultaron en Dios, y no se han escrito sino en el libro de la vida. Mas todavía nos quedan bastantes, si queremos pensar en nuestra conversion: sigamos el exemplo de su fé, ya que quizá no hayamos hecho sino seguir su ceguedad.

¿Quereis vosotros ser justificados como él? pues sabed, que es necesario vivir (como él, y como to-

(a) Joan. 1. cap. 1. v. 1.  
Tom. 2. N

todos los Justos) segun la fé, siguiendo aquella sentencia de San Pablo; *el Justo vive por la fé*: (a) Pero qué es vivir segun la fé? Es pensar, como la fé nos ordena: Es juzgar las cosas grandes, ó pequeñas; utiles, ó inútiles, justas, ó injustas, no segun nuestros caprichos, nuestros deseos, y nuestras inclinaciones humanas, y corrompidas; sino segun las reglas de la palabra de Dios, y segun las Leyes del Evangelio. Es arreglar nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestras alegrías, nuestras tristezas, nuestras amistades, nuestros odios, no segun el depravado gusto de nuestro corrompido corazon, sino segun las luces de Dios, y de su verdad, que debe alumbrar nuestros pensamientos, formar todos nuestros designios, animar todos nuestros deseos, y dirigir todas nuestras empresas.

Pero direis vosotros; los objetos visibles nos atrastran, el mundo sofoca nuestra Religion; nosotros casi no podemos creer nada; renunciaremos todos nuestros placeres, si Dios nos dá la fé, como la deseamos: Y yo os digo, que bien presto tendreis la fé, tal como la deseais, si renunciáis vuestros placeres. Dejad esos vanos entretenimientos, que se apoderan de vuestro espíritu, y Dios os lo llenará de las luces de su conocimiento. ¿Quereis sanar de vuestra infidelidad? pues comenzad á domar las pasiones, que la causan. Vosotros conocéis vuestra impotencia, y no pensáis en vuestras obligaciones; comenzad á creer por el corazon, y bien presto creereis por el espíritu. Pero Dios no ha dejado de excitaros ya bastante, si vosotros no os hu-

(a) *Justus ex fide vivit.* Rom. 1. v. 17.

huvierais detenido por vuestra delicadeza, y cobardia. Reconoced vuestra ingratitud; acudid á Jesu-Christo, como al autor de vuestra eterna salud, y al consumidor de vuestra fé; y haced por vuestra fidelidad, y por vuestro zelo en su servicio, que se digne ser vuestra recompensa en el Cielo, adonde os lleven el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

# PANEGYRICO DE SAN IGNACIO

DE LOYOLA,

PREDICADO EN SAN LUIS,  
Iglesia, que fue de Padres Jesuitas, en  
presencia de la Reyna, el dia 31.  
de Julio de 1679.

*Fuit magnus secundum nomen suum, maxi-  
mus in salutem electorum Dei, expugnare  
insurgentes hostes.*

Fue grande segun el nombre, que tenia, muy  
grande por la salvacion de los escogidos de  
Dios, y capaz de vencer quantos enemigos  
se levantasen contra él. *En el libro del Ecle-  
siastico cap. 46. v. 1. y 2.*

## SEÑORA.



ESTOS son los elogios, que Dios hace en  
sus escrituras de aquel valiente, y  
diestro Capitan, que hizo caer al rui-  
do de sus terribes trompetas los mu-  
ros de la orgullosa Jerico; que paró  
al Sol en su carrera, para que fuese  
testigo, y admirador de su victoria; y que contra to-  
dos

dos los esfuerzos de tantas enemigas potencias, condu-  
xo à Israel hasta la posesion de su herencia: Y estas  
son las alabanzas, que en otro tiempo aplicaba un Sobere-  
rano Pontifice á San Ignacio, quien abrasado de deseo de  
estender el Reyno de Jesu-Christo, y triunfando del Mun-  
do, y del Infierno, conduxo los escogidos al goze, y  
posesion de su eterna salud; y cuyos hijos, bajo el  
nombre, y los auspicios de Jesu-Christo, van à llevar las  
luces de la fé al uno, y otro Emispherio.

Este es, Señora, el Santo, cuyo elogio pretendo ha-  
cer oy dia. La España le vió nacer en el Reynado de  
vuestros Padres: Crióle la Francia, en que reynais: po-  
seele yá el Cielo, à que aspirais; y el espiritu de  
Dios, que le santificó por la pobreza, y por la humilla-  
cion, es el mismo, que à Vos os santifica por la gran-  
deza, y por las riquezas. La gloria de un augusto na-  
cimiento, el esplendor de una brillante corona, no me-  
nos atraen sobre V. M. los ojos, y la veneracion de  
los Pueblos, que las edificativas practicas de una cons-  
tante, y sólida piedad. Elevada al trono, y casi siem-  
pre postrada delante de los Altares, haceis á Jesu-Christo,  
á quien adorais, los mayores homenajes, y dais á  
los hombres, que os admiran, los mas grandes exemplos.  
La grandeza, que ordinariamente sobre mantener el  
fualto, dà mas libertad á las pasiones, no os sirve,  
sino para dár mas extension à la virtud, y mas honor à  
la Religion. Apenas son bastantes los dias enteros al  
fervor de vuestras oraciones; y ocupada siempre del  
deseo de ser humilde, y fiel christiana, casi no teneis  
tiempo de pensar, en que sois Reyna. En estos Sagra-  
dos Templos, en donde habitais mas de ordinario, que en  
vuestros Palacios; ¡què gracias no atracéis sobre vos!  
¡Y què prosperidades no alcanzareis para este Reyno!  
Tantas lagrimas como haveis derramado á los pies de  
los Altares, han hecho crecer esos laureles tan verdes,  
y frescos, con que Dios ha coronado al Rey, vuestro

esposo. Vos preparabais por vuestras oraciones las victorias, que él alcanzaba por su valor, y por su prudencia; y echando el Cielo su bendición, à un mismo tiempo à vuestros deseos, y à sus designios, apenas haviais acabado de hacer vuestros votos, quando yà os veíais obligada á darle las gracias.

Y puesto que me hallo en el empeño de hablaros oy de las virtudes, y de la gloria de San Ignacio; lo que pretendo, Señores, es, haceros ver,

*I. Qual fue su fervor en su penitencia.*

*II. Qual fue su zelo por la salvacion del proximo.*

*III. Qual fue su valor para resistir á los enemigos de la Iglesia.*

Pidamos al Espiritu de Dios, que anime nuestro discurso, y que nos haga llegar por su gracia á aquellos acrecentamientos de virtudes, que observamos en este Santo. Vamos, pues, á la Santísima Virgen, diciendola:

AVE MARIA.

### PRIMERA PARTE.

#### SEÑORA.

Aunque en todas las conversiones de los pecadores se manifieste la grandeza de parte de Dios, porque estas son obras de su Bondad, y efectos de su Poder; aunque lleguen tambien à ser grandes los hombres, porque llegan á ser amigos de Dios, y se levantan por su gracia sobre todas sus inclinaciones naturales: Con todo eso, Señores, hay almas elegidas, á quienes separa Dios con mayor magnificencia de la corrupcion del mundo; ya sea porque quiere establecer en ellas un fondo mayor de santidad; ya porque las ha destinado à ministerios mas nobles, y las colma de mayores bienes,

por-

porque quiere sacar de ellas mas gloria: O ya sea, en fin, que quiere ponerlos como modelos de perfeccion en algun Orden de su Iglesia. Con estos fines fue la Providencia de Dios, llamando á Ignacio del servicio de los Reyes de la tierra al servicio de Jesu-Christo, y le hizo ver desde los principios, de quanta consecuencia havia de ser su conversion. No os referiré, como en un porfiado combate, tocado mas de la mano de Dios, que herido por las armas de los enemigos, fue derribado, y abatido, para que se reconociese, y se bolviese á levantar, qual otro San Pablo; que fue curado de su herida mortal por mano misma del Principe de los Apostoles, y que consagrandose à Dios en el ardor de su oracion, la tierra tembló, el Cielo se abrió, la casa se commovió hasta los fundamentos, y Dios por señalés tan milagrosas mostró, quan agradable le era su sacrificio. Yo no quiero detenerme sino en el modo de portarse el Santo en el exercicio de la penitencia; que emprendió con prudencia, y que sufrió con valor constante.

No hablo aqui de la prudencia de aquellos penitentes irresolutos, que se ensayan, que se prueban, que se preguntan sin cesar á sí mismos, y se dicen: *¿Si podré yo? ¿Si no podré? ¿Si será tiempo? ¿Si no será tiempo?* y por una circunspeccion, que la carne, y la sangre les inspiran, temiendo siempre exceder sobre lo que pueden sus fuerzas; se quedan muy inferiores á sus obligaciones. Hablo, sí, de aquellos penitentes, que entran en el camino de la eterna salud, con una madura deliberacion, sin arrojarse à él por un precipitado fervor; que buscan la verdad, para seguirla; y que previniendo las dificultades, para vencerlas; examinan su conversion, no para diferirla por respetos humanos, sino para asegurarla por medio de serias, y santas reflexiones. De este modo se empeñó San Ignacio en la penitencia. No tuvieron parte en su conversion, ni la ligereza, ni el capricho. Probóse à sí mismo, valióse de todos los socorros, que se pue-

pueden sacar de la razon, y de un buen discurso natural, para desimpresionarse de las preocupaciones, que inspira el mundo á los que le siguen.

¡Que no pueda yo expresar aqui los impulsos de aquel corazon, á quien la gracia havia comenzado á mover! Quando despues de la toma de una plaza, que havia él defendido á costa de su sangre, recobrandose de una herida mortal, que havia recibido, y hallandose en lugar de los Romances, y las Historias fabulosas, que pedia, la historia de Jesu-Christo, y la de los Santos, comenzó ya á leer con gusto, lo que empezó por diversion! Que no pueda yo deciros, con qué atencion, considerando la vida austera, y laboriosa de aquellos antiguos Anacoretas, reflexionando despues sobre sí mismo, espantado de su valor, y aturdido de su propia cobardía, se decia á sí mismo con admiracion, y en tono de reprehension: *¿Pues no eran ellos de la misma naturaleza, que yo? ¿No soy yo de la misma naturaleza que ellos? ¿Pues por qué no he de hacer yo todo quanto ellos hicieron?* ¡Que no pueda yo haceros ver con qué prudencia, y sabiduria, comparando el espíritu del Mundo con el de Dios, distinguiendo las propiedades del uno, y del otro, llegó á conocer, y á sentir, que este mundo puede encantarnos, pero no puede satisfacernos, y que solo Dios debe ser el objeto de nuestros deseos, y nuestro amor!

Despues de las primeras agitaciones de su espíritu, y de los primeros movimientos de su corazon, ilustrado con las luces del Cielo, y fortalecido con una virtud del todo divina, trabajó en su conversion, no como nosotros por alguna reforma exterior, por algunas tibias oraciones, por algun retiro de conveniencia, y por algunos aparentes ejercicios de una piedad superficial; caminó en derechura hasta llegar á la mudanza del corazon, y hasta el entero trastornamiento de sus dominantes pasiones; entró á juicio consigo mismo, vió su corazon

lle-

lleno del espíritu del mundo, de las locas ideas de una falsa gloria, y de una vana ambicion: Empezó con valor ahogar en sí mismo todos los movimientos del orgullo, y del amor propio. A este hombre, que por conservar todo su aseo, su buen ayre, y su gallardia havia sufrido las mayores mortificaciones, se le vió ceñir su cuerpo con una cadena de hierro, no tener mas vestido, que un silicio, cubrirse de un paño burdo; y haciendose despreciable en toda su persona, ocultar bajo un ayre rustico, y de unas groserías afectadas aquel ayre noble, y grande, que se dejaba conocer en su rostro: A este hombre, que por su altivez natural queria elevarse sobre todos los otros, y hacerse independiente, se le vió mendigar su sustento de puerta en puerta, servir á los enfermos en los Hospitales, y sufrir, sin quejarse, las sátiras, y los ultrages de los libertinos: A este hombre, que tenia una pasion tan grande de aventajarse á todos, se le vió trastornar en un momento todos aquellos grandes proyectos de fortuna, y no reconocer otra cosa por grande sino el desprecio de las grandezas humanas, su vida toda fue una larga, y severa penitencia. Ayunar todos los dias rigurosamente, emplear siete horas en la oracion, castigar asperamente su cuerpo tres veces al dia, no dár apenas sino alguna hora de sueño interrumpido á la necesidad de la naturaleza; ved aqui, qual fue el fervor, y la austeridad de Ignacio.

No obstante, Señores, no os figureis una penitencia sin consolacion, y sin dulzuras interiores. Dios derramaba sus unciones, y sus gracias sobre sus cruces; y la caridad, que lo sufre todo, endulzaba todos sus trabajos. ¡Quién pudiera descubrirnos aqui los mas ocultos sentimientos de su corazon, y correr el velo, que cubria este santuario! Veriais la tranquilidad de su alma, la pureza de su conciencia, lo profundo de su humildad, la sinceridad de su penitencia, y el ardor de su caridad.

¡Quantas veces, elevandose sobre sí mismo, exclamó diciendo: *Ab Señor! ¡si los hombres os llegasen à conocer! Quantas veces, movido del dolor de los pecados, que havia cometido, y excitandose al reconocimiento por las gracias, que havia recibido, decia: ¡Y hay mayor prueba, que yo, de la miseria del hombre? ¡Ni hay mayor prueba, que yo, de la misericordia de Dios? Quantas veces, exhalando en suspiros el fuego del amor divino, que le arrobaba; Señor, bolvia à decir, yo no pido mas gracia, que amaros, ni otra recompensa, que amaros mas, y mas. Ved aqui qual era el motivo de su penitencia. Yà no le movian sus propios intereses; y en las austeridades de su vida, en lugar de pensar en satisfacer las penas, que havia merecido, no pensaba sino en reparar la injuria, que havia hecho à la Magestad Divina.*

Sobre este principio de la caridad, y de la mayor gloria de Dios empezó à formar Ignacio aquella santa vida. Si recibe sensibles consolaciones, su alegría aumenta su fervor: Si se halla en las arideces, y en las sequedades de espíritu, su temor redobla su exactitud: Si se oculta à los ojos de los hombres, es, para darse enteramente à Dios: Si se manifiesta por sus buenas obras, es, para que sea glorificado el Padre Celestial, que està en los Cielos: Si emprende un largo, y penoso viaje à la tierra Santa, es, para besar las huellas, y pisadas de Jesu-Christo, para renacer con èl en su pesebre de Belen, para sepultarse con èl en su sepulcro, para morir de amor al pie de su Cruz. Y asi, nada le pareció difícil, con tal que pudiese adelantar la gloria de Dios.

Esta es la razon, porque queriendo consagrarse al ministerio Evangelico, y obligar por voto à sus compañeros, à que le siguiesen en un tan glorioso designio, entre tantos lugares de piedad como consagran esta Corte, eligió la Capilla de Montmartre, para echar los pri-

primeros cimientos de un Orden, que havia de ser tan util, y con todo eso tan perseguida, sobre el sepulcro, y digamoslo asi à la vista del primer Martyr, y del primer Apostol de la Francia. Sabemos nosotros por San Cyrilo Alexandrino, que en aquellos felices siglos del fervor, y de la disciplina de los christianos, era costumbre instruir à los Cathecumenos en los Cementerios de los Martyres, para que oyendo lo que deseaban saber, viesesen al mismo tiempo à qué debian estar expuestos, antes de obligarse à ello. Representaos conmigo à uno de aquellos sabios Cathequistas. Este decia à sus Discipulos, que Jesu-Christo havia muerto por los hombres, y les mostraba al mismo tiempo, que tambien havia hombres, que havian muerto por Jesu-Christo.

Enseñabales, que Jesu-Christo havia llevado su Cruz, y les mostraba por los exemplos, que cada uno para salvarse debia llevar la suya. Movia sus animos tanto por la grandeza de los mysterios, como por el espectáculo de los Martyres, para que aprendiendo por una parte lo que era necesario creer acerca de Jesu-Christo, y por otra lo que era necesario sufrir por èl, fuese ilustrado su entendimiento con las luces de la fé, que se les havia explicado; y su valor fuese animado de las imagenes de constancia, que se les acababa de presentar.

Tal fue la funcion, y el empleo de San Ignacio en medio de aquel pequeño rebaño de fieles, que Dios havia elegido para resistir à la corrupcion general de estos ultimos siglos. Me parece, que estoy viendo, y que ya oygo à este nuevo Patriarca decirles con una voz firme, llena de seguridad, y confianza: Hermanos míos, nosotros meditamos una grande empresa ¿pero hay cosa alguna demasiado grande hecha por Jesu-Christo? Serémos el oprobrio del mundo, es verdad; pero tambien lo fueron los Apostoles. Pondránse muchos impedimentos à nuestro designio; pero la contradicion es el carácter

de las obras de Dios. Si el Cielo está por nosotros, ¿quién podrá dañarnos? Con tal que la fé de Jesu-Christo sea anunciada, ¿qué importa, que esto sea por medio de la reputacion, ó por la infamia de los que la predicán? Dichoso aquel de nosotros, que pudiese servir á Jesu-Christo con sus trabajos, y mucho mas dichoso aquel que entre nosotros pudiere derramar su sangre por Jesu-Christo! Al oír estas palabras, me parece, que veo aquella tropa fiel besar las reliquias del Santo Martyr, caminar con respeto sobre aquella tierra teñida todavia con su sangre, y animarse unos á otros á la paciencia. Salió, pues, de aquel sepulcro un espíritu de fortaleza, y de constancia, que los animó contra todos los temores, y peligros de este Mundo; y de esta manera aquella su Compañia, que debia crecer, como la Iglesia, por las persecuciones, y por los sufrimientos, nació en el templo, y digamoslo asi, en el sepulcro de los Martyres.

Desde entonces sus discursos no se dirigieron mas que contra la vanidad de las cosas humanas, y contra la ceguedad de los hombres del Mundo. Para él todo fue bueno, una extrema pobreza, continuas enfermedades, infidelidades de los amigos, emboscadas de los enemigos, falsas acusaciones, odios mal fundados, y prisiones injustas. Como una victima de la caridad destinada á la paciencia, sufrió por Dios, porque le amaba; siempre agitado, y siempre sumiso; siempre perseguido, y siempre tranquilo en sí mismo. Este desapego de las cosas del Mundo le havia hecho dueño absoluto de todas las potencias de su alma. En otro tiempo los Philosophos hacian consistir toda su ciencia en el conocimiento de sí mismos, y muy contentos con ver sus defectos, sin procurar corregirlos, se detenian en aquella vana especulacion, de donde no podian sacar mas, que la triste ventaja de conocerse miserables.

¿Pe-

¿Pero no se contenta la mayor parte de los christianos con tener en la imaginacion algunas débiles impresiones de una fé languida, ó muerta; como si fuese bastante, no ignorar sus obligaciones, sin cumplirlas; y saber, que hay pasiones, sin trabajar en combatir las? Mas Ignacio no puso su perfeccion solo en conocerse, sino tambien en vencerse á sí mismo. Sabia, que el Reyno de los Cielos no se dará en posesion sino á los que se hacen violencia. Repetiasse continuamente á sí mismo estas palabras, que eran como un compendio de todas sus obligaciones, y de toda su perfeccion: *Vencete valerosamente à tí mismo*. De este modo, renunciando todos los bienes de la fortuna, el amor de su Pais, y de sus parientes, todo placer sensual, toda estimacion de sí mismo, toda propria voluntad, y todo quanto puede satisfacer las pasiones de los hombres, no pensó mas, que en servir á Dios, y procurar la salvacion de las almas. Esta es mi segunda parte.

## SEGUNDA PARTE.

SI es verdad, que la salud eterna del hombre consiste en la gloria de Dios, que lo salva; y que el fin, y el fruto de los trabajos de Jesu-Christo ha sido santificar á sus escogidos por la verdad, y conducirlos por su espíritu, y por su gracia al Reyno de su Padre; ¡quan culpables son aquellos, que ocultandose dentro de sí mismos, y prefiriendo á un trabajo útil, y provechoso un retiro muy apacible, retienen para sí los dones, que han recibido para los otros, y con el pretexto de pensar en su propria salvacion, viven en una indiferencia criminal, y delincente en quanto á la de sus hermanos! Pero, y quanta gloria merecen aquellos, que juntando el ardor de su zelo al de la ciencia, y de la sabiduria, constituyen su perfeccion en perfeccionar á los otros; y ganando almas para Jesu-Christo, trabajan en salvar la suya. La Escritura nos

nos enseña unas veces, que estos brillarán como Astros en la eternidad; (a) Otras, que habiendo sido los Ministros de Jesu. Christo, estarán sentados con él sobre tronos, quando venga á juzgar al Mundo en su Magestad. (b)

Este es el carácter, y esta es la gloria del Santo, de quien os predico este dia. Jamás hubo corazon inflamado de caridad mas viva, mas constante, ni mas universal. Jamás se vió espíritu mas fértil en medios de atraer los hombres á Dios. ¿Quantas veces, para apaciguar las iras del Cielo, se ofreció á sufrir la pena del pecado de otros, y hacerse anathema por sus hermanos? ¿Quantas veces por sus ardientes votos, y por sus eficaces oraciones hizo llover los celestiales riegos sobre almas estériles, y secas? ¿Quantas veces, valiendose de santas astucias, como de otros tantos inocentes lazos, atraxo á corazones extraviados á los caminos de la penitencia? ¿Qué no pueda yo representarosle en el rigor del Invierno en un Estanque helado, por donde havia de pasar un pecador, á quien inutilmente havia exortado á que dejase una ocasion proxima; y de este modo dejarle asombrado con la fuerza de su palabra, y con el imprevisto espectáculo de la pena, que padecia por él! Avergonzarle del pecado, que iba á cometer, ó mostrarle la penitencia, que debia hacer! ¿Qué no pueda yo representarosle confesando sus pecados pasados, y derramando lagrimas á los pies de un Sacerdote escandaloso, para excitar en él motivos de conversion, y remordimientos en su conciencia! Echó Dios la bendicion á su designio: pasó la compuncion del penitente al Alma del Confesor: El Juez acusandose á sí mismo, bajó de su Tribunal, para ocupar el lugar del Reo; y puesto el Sacerdote á los pies del Lego, tocado del dolor de ha-

(a) Dan. 12. v. 3. (b) Matth. 19. v. 28.

haber violado la pureza de su Sacerdocio, y no atreviendose á exercer las funciones de su ministerio, se impuso á sí mismo la penitencia, que Ignacio le pedia para sí; y en lugar de decir: Yo te absuelvo; le dixo mil veces: Yo me acuso, yo me condeno.

Pero sin detenerme en estas acciones particulares; ¿Qué frutos no sacó con sus ejercicios espirituales, obra, que tantos Santos han alabado, y que ha producido tantos Santos! Allí es, donde juntado á las luces del Espíritu de Dios sus reflexiones, y sus experiencias, y descubriendo al hombre la malicia del pecado, la dignidad de su fin, y el reconocimiento, que debe á Dios, conduce á un christiano á la perfeccion de su estado por una larga serie de verdades eternas, como por otros tantos grados. Allí es, donde por medio de consideraciones capaces de convencer el espíritu, y de mover el corazon, enseña á reprimir sus pasiones, y á desprenderse de las criaturas, para unirse al Criador. Allí, en fin, es, donde reduciendo á arte, y metodo la ciencia de la salvacion, enseña á los otros á convertirse como él, y á practicar las virtudes, que él ha practicado.

El suceso ha correspondido á las intenciones, y á los deseos, que tenia de atraer á los pecadores á la penitencia: Y ya se han visto, al salir de un retiro de muchos dias, á hombres impios reparar los escandalos que havian dado, y llegar á ser los defensores de la religion, que havian menospreciado: Avarientos, que no solamente restituyeron la hacienda mal adquirida, sino que tambien se despojaron de su legitima: Sabios, que renunciaron toda la gloria del ingenio, por no saber mas, que á Jesu-Christo crucificado: Damas mundanas, unas consagrarse en los Hospitales á los mas viles ministerios de la caridad christiana; otras retirarse á las mas austeras soledades, para cubrir con un velo una belleza, de quien eran idolatras, y para expiar por medio de continuas austeridades la vanidad de su vida pasada. Pluguiera al Cielo, que

que el uso de estas meditaciones, y de estos retiros fuese el día de oy mas frecuente! Verianse menos injusticias en los juicios, menos murmuracion en las conversaciones, menos luxo en los vestidos, menos dudas en materias de fé, y menos tibieza en los exercicios de la Religion.

Pero esta no fue mas, que una primera prueba del zelo de San Ignacio. Llamado de Dios al ministerio de la predicacion, y sabiendo, que asi como la ciencia sin la caridad produce orgullo, al modo la caridad sin la ciencia suele caer algunas veces en el error, emprendió á la edad de treinta años estudiar los primeros principios de las letras humanas, y bolver á hacerse niño por Jesu Christo, y aplicar á aquellos dificultosos, y bajos conocimientos un espiritu criado antes en la ociosidad de la Corte, ó en el exercicio de las armas, y despues en la dulzura de la oracion, y en la contemplacion de las cosas celestiales. En vano trabajó el espiritu del error, para hacerle concebir á las letras humanas, como á vano entretenimiento de una inutil, y ociosa juventud; como un trabajo ingrato, que fatiga el espiritu, y el corazon; y como una triste ocupacion, que ha dado Dios á los hijos de los hombres, para castigar su curiosidad por la pena que les cuesta el satisfacerla. En vano le inspiró, que havia nacido para mayores empresas, que hurtaba á la oracion el tiempo, que empleaba en aquellos infructuosos estudios, y que despues, que Jesu-Christo le havia revelado sus verdades, no debia tener mas, que á él solo por Maestro. Descubrió Ignacio estos artificios, parandose menos en lo que hacia, que en el uso, que queria hacer de ello, esperando, que algun día cogeria con placer lo que sembraba con tanta fatiga; dividiendose entre el estudio, y la oracion, y dejando de este modo á Dios por Dios, consideraba esta penosa ocupacion, como un medio de santificarse por la paciencia, y por la humildad, y de santificar algun día al proximo, por la caridad, y por la ciencia.

No creais, Señores, que entrase algun respeto humano á la parte de esta generosa resolution. ¡O, y quan distante estaba de la vanidad de aquellos, que movidos mas de su propria reputacion, que del deseo de servir á la Iglesia, estudian por hacerse dichosos, y no para hacerse utiles; y parece que no aprenden á hablar de Dios, sino para hacer, que hablen de sí mismos! Su fin no fue otro en todo el curso de sus estudios, que el de la salvacion de las almas. Hasta en el mismo polvo de las Escuelas halló medio de satisfacer su zelo, ganando niños para Jesu-Christo. Bajo el pretexto de tomar con ellos las mismas lecciones, les daba él las mas importantes; haciendose su compañero, llegaba á ser su Maestro, en la vida espiritual; y luego que estuvo un poco adelantado, ¡qué cuidado no puso en discernir á aquellos que podian ayudarle en el cumplimiento de la obra de Dios, que meditaba en su espiritu, y que tan gloriosamente havia de executar!

Mas ¿por qué me detengo yo en estos primeros principios? Veamos quales fueron en adelante los impulsos, y movimientos de este corazon Apostolico. Dos virtudes hay (segun San Bernardo) que hacen al hombre util al proximo, es á saber: El zelo, y la prudencia; el zelo, que anima todas las virtudes christianas, y las impide hacerse delicadas, y languidas; la prudencia, que las contiene en su orden, y las impide salir fuera de sus limites. El zelo por sí solo se deja llevar á peligrosos extremos. Muchas veces exaspera al que sería necesario atraer con dulzura; hace fogosos á los que no convendria sino temprarlos, y abrasa á los que no sería necesario mas que calentar, y haciendo pesado el yugo del Señor, hacen tambien regularmente odiosa la Ley de Dios á aquellos, á quienes convendria trabajar en hacerse amable. La prudencia sola es demasiado circunspecta, y demasiado contenida: Contentase muchas veces con gemir, quando era necesario obrar con eficacia.

Mira à los ímpios con horror ; pero no los contiene con ánimo , y con valor. Lloro los desordenes de los hombres , sin oponerse à ellos , y pasando las mas veces de virtud christiana à una virtud politica , abandona la justicia de Dios , por el temor de ofender la delicadeza de los hombres. Pero estas dos virtudes unidas , las quales constituyen el temperamento de un hombre Apostolico , fueron el caracter de San Ignacio.

Inexorable al pecado , pero humano para el pecador compasivo de la miseria de los unos , por no desanimarlos , y excitando el fervor de los otros , para alentarlos à la perfeccion , *se hizo todo para todos , para ganarlos à todos.* (a) No era este Santo del numero de aquellos desapiadados directores , que nada perdonan à la fragilidad de los hombres ; que se erigen un tribunal formidable , de donde no salen sino sentencias de condenacion , y quienes por un zelo indiscreto , ó por una natural dureza , forman unas pesadas , é insoportables cargas , que ponen sobre las espaldas de los hombres , y que haciendo inutil su ministerio por temor de hacerle menos respetable , exasperan con su rigor à los pecadores , que Dios atrae à si por su gracia.

Ni tampoco era de aquellos confesores relajados , que todo lo escusan , que consienten en todo , que *siempre dicen paz , paz , aunque no haya paz* , (b) y que perdonando al pecador , y juntamente al pecado , debilitan las verdades , y se atraen las iras de Dios por ganar las benevolencias de los hombres , por una dulzura , y por una indulgencia popular. Ignacio evitó todos estos extremos. Atraía à los hombres à la disciplina , unas veces por medio de utiles condescendencias , otras por medio de unas severidades dis-

(a) 1. Cor. 9. v. 22.

(b) Jerem. 8. v. 11.

cretas ; tan presto exercia las misericordias del Señor ; tan presto exercia su justicia ; quando conducia à la fé por medio de la razon ; quando conducia à la razon por medio de la fé , y apoderandose de los corazones por la parte , que sabia les era mas sensible ; para ganarlos à Dios , se insinuaba en el espiritu de los pecadores , les hacia conocer sus males , y los hacia sufrir los remedios.

Entonces fue , quando con el designio de servir con mayor utilidad al proximo , moderó sus austeridades exteriores , y se reduxo à una vida comun. ¡O quan dificil es , Señores , una vez que se ha tomado vuelo , y se ha elevado sobre las fuerzas de la naturaleza , por una profesion publica de mortificacion , y de penitencia , el bajar à un estado , y condicion de vida ordinaria! Ciertas complacencias espirituales , que hacen , que se halle gusto en sufrir , ó en hacer grandes cosas por Dios , y muchas veces ciertos deseos imperceptibles de distinguirse por medio de las brillantes practicas de una piedad singular , hacen , que el hombre se aficiona por amor proprio à estas sensibles humillaciones. Pero nuestro Santo , que obraba por motivos mas nobles , encerró todas sus austeridades en su corazon , y para ser mas provechoso al proximo , quiso mostrarsele menos severo. Creyó , que para hacer abrazar la Cruz de Jesu-Christo , no convenia proponerla al principio tan pesada ; y que él recompensaría por el zelo de la salvacion de las almas , que redoblaba en su corazon , las mortificaciones , que cercenaba por defuera , no por una relajacion de disciplina , sino por una condescendencia de caridad.

Y así su caridad no tuvo limites. San Pablo nos enseña ; (a) que aunque no haya sino un mismo espiritu , que

(a) *Divisiones ministracionum sunt , idem autem Dominus.* 1. Cor. 12. v. 5.

que es la fuente de todas las gracias; y un mismo Dios, que lo obra en todos; con todo eso hay una *distribucion de talentos*, segun el orden de su providencia, (a) y que cada uno ha recibido una administracion particular para utilidad de la Iglesia: El uno el dón de la Sabiduria, el otro el ministerio de la palabra; uno la gracia de santidad; otro el discernimiento de espíritus. Pero Ignacio parece haver recibido juntas todas estas prerrogativas. De este modo no solamente se atiende à un medio solo de servir al proximo; abrazalos todos juntos. ¿Se ven Monasterios desarreglados? Pues él los reforma, y consagra en ellos esposas fieles à Jesu-Christo. ¿Encuentra el Clero desordenado? Pues expone à los Eclesiasticos la santidad de su estado, y de su profesion, y les muestra el exemplo de una santa vida. ¿Se ven los pobres abandonados? Encierrase en los Hospitales para asistirlos en su pobreza, y para enseñarles à sufrirla con paciencia. ¿Gimen los infelices en las prisiones? Pues entra Ignacio en ellas para hacerlos cautivos voluntarios de Jesu-Christo, y penitentes evangelicos. ¿Tienen los pueblos necesidad de ser instruidos? Pues al punto se aplica à hacerles unas platicas familiares, y excelentes catechismos.

La palabra de Dios anunciada simplemente, y sin artificio, tenia en su boca toda su fuerza, y toda su magestad; si predica contra el luxo, y la immodestia de las mugeres, se ven luego desaparecer las galas costosas en los vestidos, los adornos poco honestos, y las desnudeces indecentes; si habla contra el juego, toda una Ciudad arroja los dados, y los naypes al rio, y nadie buelve à cogerlos por mas de tres años. Extermina con un solo discurso los falsos juramentos, y las blas-

(a) *Unicuique datur manifestatio spiritus ad utilitatem.* Ibid. v. 7.

blasphemias, en un pais donde se hallaban autorizadas por el uso, y por la costumbre. ¿Qué dirè mas? Penetra las conciencias, y profetiza, quando le conviene. Sobrepaja las leyes de la naturaleza, quando tiene necesidad de milagros para apoyar la verdad, ò para confundir à los incredulos. Huviera querido poderse dividir, y hallarse en todas las partes, donde huviese almas, que ganar à Jesu-Christo; à lo menos pensó en multiplicarse fundando una Compañia de hombres Apostolicos, que debian ser sus compañeros, ó sus sucesores en las funciones de su caridad.

Aqui es, Señores, donde yo necesito de toda aquella atencion, con que me honrais, para representaros la conducta del Espiritu de Dios en el establecimiento de esta Orden, y la sabiduria de este nuevo Patriarca, que la fundò. Hacia ya mucho tiempo, que andaba considerando los conflictos, y las necesidades de la Iglesia, las relaxaciones del siglo, la corrupcion en todos los estados, y los progresos de la reciente heregia. Apenas havia quedado entre los christianos rastro de piedad, ni de disciplina: Los Pueblos vivian en una extrema ignorancia de la Ley de Dios, ó en los desordenes de una vida licenciosa: El Sacerdocio havia llegado à ser oprobrio, y no distinguiendo ya las gentes la santidad del ministerio, de la profanacion del Ministro, havian concebido un gran desprecio del estado Eclesiastico. Instaban los males, que eran executivos, y nadie aplicaba los remedios. Los Pastores, como centinelas dormidas, abandonaban sus Rebaños. Las Religiones mas antiguas, fundadas la mayor parte, sobre el retiro, y sobre el silencio, ò cargadas de Reglas, y de observancias Monasticas, no podian darse enteramente al cuidado de la salvacion de las almas. Ignacio, pues, suscitado por Dios para venir al socorro de su affligida Iglesia, forma el proyecto de un nuevo Instituto. Idea en su imaginacion una forma de vida, que fuese, no solamente santa, sino tambien util; que juntasen los

los fines con los oficios de la virtud, donde el precepto fuese absoluto, sin ser austero; donde la obediencia fuese exacta, sin ser servil; donde la pobreza fuese Evangelica, sin ser gravosa à nadie; una vida mezclada de accion, y de oracion, de tal manera ocupada, que no cayese en la disipacion; y de tal modo tranquila, que no diese en la ociosidad; que edificase al proximo por una regularidad constante, y que no le ofendiese por una violenta austeridad; una vida, en fin, que tuviese á la caridad por principio, à la humildad por fundamento, à la verdad por estudio, al Evangelio por regla, y á la mayor gloria de Dios por fin.

Eligió, para que le ayudasen en esta empresa, hombres, que fuesen capaces de estender la gloria de Dios por sus trabajos, por sus oraciones, por sus instrucciones, y por sus exemplos; prontos à sacrificar su descanso, su honor, y su misma vida por Jesu-Christo, que como aquellos Seraphines de la Escritura tuviesen alas para volar, y comunicarse al Mundo, y alas para cubrirse, y recogerse dentro de si mismos; que arreglasen sus estudios por su devocion, y que soltudiesen su devocion por sus estudios, que no tienen otro país, otro deseo, ni otro empleo, que aquel que les fuese destinado por la providencia, y por el interés de la Religion; y que no hallando nada bajo, ni penoso en los ministerios de la Iglesia, y renunciando todo quanto tiene de grande, y de magnifico en sus dignidades, no reusasen ningun trabajo en esta vida, y no aguardasen recompensa sino en la otra.

Tales fueron los fundamentos, sobre quienes se fue levantando aquella nueva Compañia. El Mundo, y el Infierno cien veces emprendieron trastornarla. El odio irreconciliable, que tienen los hombres viciosos contra los que declaran la guerra á los vicios; la flaqueza en que se cae de tener por sospechosos à todos los nuevos establecimientos, la envidia, que traen consigo los grandes sucesos, y el trabajo, que cuesta ordinariamente creer el bien-

bien, que los otros hacen; la injusticia de aquellos, que quieren hacer responsable à una comunidad de las menores indiscreciones de los particulares, la malicia de los falsos hermanos, que habiendo abandonado la disciplina, creen, que se justifican con desacreditaria: Estas fueron, como otras tantas fuentes de persecuciones, y de discordias: Pero Ignacio venció todos estos obstaculos por su constancia; edificando (digámoslo asi) este nuevo Orden, como los hijos de Israel reedificaban los muros de Jerusalem, con la esquadra en una mano, y con la espada en la otra, atento à dirigir la obra por su industria, y à defenderla por su valor, hasta que la huviese puesto en salvo por medio de la autoridad de la Iglesia, de los ataques de los envidiosos, y de los enemigos.

Entonces uniendo bajo las Leyes de una misma profesion á quantos obreros Evangelicos havia podido juntar, los repartió, y embió, segun las necesidades para glorificar al Señor, y para trabajar en la salvacion de los pueblos. ¡Y qué cuidado no tuvo en formarlos para sus empleos, y darles à cada uno de ellos, como una porcion de su espiritu, y de su zelo! ¡Con qué caridad, y amor paternal no les representò, que teniendo el honor de llevar el nombre de Jesu-Christo, debian consagrarse enteramente á su gloria! ¡Con qué fuerza no les dixo, como echando el sello á su Mision: Id, hermanos mios, id, abrasad, é inflamadlo todo de aquel fuego, que Jesu-Christo vino á traer á la tierra. Siendo èl la cabeza, y superior de todos, quiso tomarse la mejor parte de sus trabajos, ya le fuese preciso predicar el Evangelio en publico, ò dirigir las conciencias en particular, ó combatir los enemigos, que se levantaban contra la Iglesia. Este era por entonces uno de los puntos esenciales de su vocacion. Y esto es lo que yo pretendo haceros ver en esta tercera parte.

## TERCERA PARTE.

**N**unca hubo tiempo mas fatal para el Mundo christiano, que el ultimo siglo, ni jamás se vió mas dividido el Reyno de Jesu-Christo. Bien lo sabeis vosotros, Señores, y aun lo estais gimiendo el dia de oy. Levantarónse espiritus vanos, partidarios, y sediciosos, que sembrando nuevos errores; y renovando los antiguos, queriendo destruir la Iglesia, bajo el pretexto de reformarla; dividiéndose en sus opiniones, y reuniéndose en sus intereses; rompiendo todos los vinculos de la caridad, y sacudiendo el yugo de la obediencia, hicieron ver, de que no son capaces los hombres, quando Dios los castiga, y abandona á su ceguedad, y quando juntan la malicia al error, y la rebelion á la apostasia. La tradicion de la Iglesia, la santidad de los Sacramentos, y la autoridad de los Soberanos Pontifices, fueron los objetos de su division. No hubo verdad alguna, por santa, que fuese, que no se viese atacada por alguna secta; ni secta tan impia, que no hallase sus sectarios, y defensores. Dejarónse arrastrar de ellas Reynos enteros. Las tinieblas se derramaron en poco tiempo casi por todas partes; y la experiencia hizo ver palpablemente, quan facil es hacer, que se corrompan en el espiritu, aquellos, que están ya corrompidos en el corazon, y pasar de la depravacion de las costumbres á la de la creencia, y de la doctrina. Pero vos, Señor, lo haveis dicho, y vuestras palabras son infalibles, que vuestra Iglesia está fundada sobre cimientos firmes, è inalterables, y que las puertas del Infierno no prevalecerán jamás contra ella. (a)

Vues-

(a) Matth. 16. v. 18.

Vuestra misma providencia, que vela sin cesar, y que tiene otros recursos, que la providencia humana no llega á comprehender, suscitò á Ignacio, para acudir á estas urgentes necesidades, como á otro Esdras, para restablecer la Ley, y como á un nuevo Machabeo, para reparar las ruinas del Templo de Dios por su zelo, y por su valor. No creais, Señores, que fuese por un puro efecto de la casualidad, que en el mismo tiempo en que Lutherò declaraba, y sostenia abiertamente su error en la Dieta de Vormes, Ignacio se consagrara á Dios en la Iglesia de Monserrat. El uno predicaba el libertinage; el otro abrazaba la penitencia: Uno escribiendo contra los votos, y los consejos del Evangelio en su Desierto de Alstat, abria la puerta á una infinidad de Apostatas; el otro escribiendo sus ejercicios espirituales en su Cueva de Manresa, trabajaba en bolver á poblar los Ordenes antiguos, y en fundar un nuevo Orden.

No pensais, que fuese tan poco en vano, el que quando Calvino, ganando los espiritus inquietos, y ligeros en la fé, formaba por medio de secretas facciones, y mañosas artes una secta contraria á la Religion, Ignacio juntase de su parte Religiosos, que fuesen capaces de defenderla. No creais, en fin, que sucediese sin una particular disposicion del Cielo, que este nuevo Patriarca echase los primeros fundamentos á una Compania, que havia de ser tan afecta á la Santa Silla, en un tiempo en que un Rey ciego por sus pasiones, contra todas las Leyes Divinas se hizo nombrar Cabeza de la Iglesia de su Reyno. Estas oposiciones no son casualidades sin destino, y acaso fortuitos, è impensados: Los sucesos han hecho ver, que el Cielo mismo tambien tenia parte en ellos. Una mano invisible lo gobernaba todo para sus fines; y así como la naturaleza provida, y sabia hace, que nazcan contravenenos, donde ella misma produce serpientes; así tambien la Providencia Divina suscitaba defensores de su Religion, al mismo tiempo, que un juicio terrible permitia,

Tom. 2. Q que

que se levantasen contra ella enemigos para destruirla.

Desde entonces, uno de los mas santos empleos de Ignacio fue el confirmar á los Catholicos en su antigua creencia, y hacer, que conociesen la verdad los hereges declarados: ¿Quantas veces se puso, como otro Josue, á la frente de Israel, para combatir á los Amalecitas? ¿Quantas veces levantó como Moysés, los ojos, y las manos al Cielo, para hacer, que quedase la victoria de parte de la verdad, y de la justicia? ¿Quantas veces conduxo á los pies de los Altares á aquellas almas, que los havian abandonado, consagrandolas á Dios como despojos, que acababa de arrancar de las manos de la heregia? ¿Quantas veces, penetrado de un vivo dolor, al ver los progresos de aquellas perniciosas doctrinas, creyó, que no tanto eran señales de la infidelidad, y de la corrupcion de los otros, como testimonios de su poco zelo? ¿Quantas veces exortó á sus hijos á evitar las profanas novedades, á no atenerse sino á los grandes principios, á beber en las fuentes puras de las Escrituras, á no estudiar sino en Jesu-Christo, lo que han hecho profesion de enseñar á los otros; pareciendole, que su Compañia no havia de ser culpable de ningun error, ni aun siquiera hacerse sospechosa con fundamento. Nada le parecieron las acusaciones, y las calumnias, de que le cargaron los hereges: Tuvo por dichoso en que le juzgasen digno de sufrir injurias por Jesu-Christo, y entener semejantes hombres por enemigos. Citaronle delante de los tribunales, y en ellos dió á conocer su inocencia. Echaronle algunos Lobos disfrazados en Corderos, que llegasen hasta enmedio de su rebaño; pero luego descubrió sus artificios. Probaron el desacreditar con sus discursos, y con sus escritos, así su fé, como su conducta; pero nada se le dió, que le quitasen su reputacion; con tal, que él les quitase los motivos, y los medios de obscurecersela. Quiso reparar las brechas, que havian hecho á la fé, y á la disciplina, y mantener la Religion con

sup

el

el mismo ardor, que ellos mostraban para arruinarla.

Observa Tertuliano, que hay dos suertes de bondad en Dios; (a) una bondad de inclinacion, y de naturaleza, por la qual, como es el soberano bien, se comunica á sus criaturas en general, ó á cada una en particular, segun la capacidad, y la disposicion, que hay en ellas para recibir las gracias, que quiere dispensarlas; y una bondad de poder, y de emulacion, por la qual se resiste (si es licito decirlo así) contra el mal, que los hombres le hacen; y redoblando su misericordia á proporeion, que nosotros aumentamos nuestra malicia, se vale de los mismos medios, para salvarnos, que nosotros hemos seguido, para perdernos. Emprende Ignacio por medio de un noble ardor, y un santo zelo detener el curso de las heregias, que se havian estendido por toda la Europa. Los nuevos Doctores havian mirado á la autoridad de la Santa Silla, como un freno insoportable á su orgullo, para formarse á sí mismos una Mision, que no se les huviera concedido, para asegurarse por este medio de la impunidad de sus delitos; y para combatir el cuerpo mystico de Jesu-Christo por la parte mas sensible, se havian rebelado contra el Vicario de Jesu-Christo. Al contrario Ignacio, funda su Religion sobre la obediencia, y sobre la proteccion del Soberano Pontifice, para recibir mas inmediatamente las influencias de la Cabeza de la Iglesia, para consagrar sus Apostolicos trabajos por el merito de la obediencia, y para servir con mayor utilidad al Mundo Christiano á las ordenes de aquel, que conocia mejor, que todos las necesidades, que havia en él.

Una de las mas peligrosas astucias de los enemigos de Jesu-Christo fue desterrar el uso de los Sacramen-

tos,

(a) *O Deum, non natura tantum, sed etiam emulatione beneficium!* Tertul.

Q2

tos, que son como los canales, ó divinas fuentes, por donde se comunican à las almas de los fieles aquellos socorros, y aquella fuerza interior, que los sostiene en los ejercicios de una piedad humilde, y perseverante. Persuadieronse á que conseguirian facilmente el fin de sus designios, si como aquel General de los Asyrios, (a) de quien se habla en la Escritura, detenian el curso de las fuentes, y cortaban estos sagrados canales, por donde hace Dios correr abundantemente todas sus gracias en su Iglesia. Renovò Ignacio el fervor de los Christianos, haciendo á unos, que se acercasen á los Sacramentos, para levantarse de su caída; à otros, para abanzarse en los caminos de Dios; á muchos, para fortificarse en los combates de esta vida, ó para mantenerse en sus santas resoluciones; fundando siempre, con una admirable sabiduría, el uso frecuente, que él les aconsejaba, sobre las disposiciones, que antes les havia inspirado, y juzgando de las disposiciones, por el fruto, que sacaban de ellas.

Ni fue tampoco, sino por una santa emulacion, el que se encargase de la instruccion, y de la crianza de la juventud, medio de que se valia la heregía tambien, infestando las Universidades con el veneno de sus nuevas opiniones, y sorprendiendo á las almas, que por falta de precaucion, y de experiencia, recibian los principios de error, que se les inspiraban. Quiso este Santo hombre remediar tanto mal, erigiendo Collegios, que fuesen como Seminarios publicos de la Fé, y de la Religion Christiana. En ellos es, donde los niños aprenden á amar la virtud, luego que llegan á edad de poderla conocer. Allí se siembran en sus corazones

203

se-

(a) Judith 7. v. 6.

semillas de piedad, à que arreglan despues toda la série de su vida. En ellos se cultivan aquellas nuevas plantas, que llegando á crecer con las santas impresiones, que han recibido, florecen, y esparcen su buen olor en todos los Estados de la Republica. Allí se alimentan aquellas almas tiernas con la leche de una pura doctrina, y fortificandolos con las Letras, se les acostumbra insensiblemente á un alimento mas sólido, y mas fuerte. En ellos se forjan aquellas almas espirituales, que sirven despues para establecer, ó para defender la Ley de Dios; y no solamente se forman Soldados, sino tambien Capitanes de la milicia de Jesu Christo.

Si juzgais, Señores, que ya nada me resta, que decir, no conocéis la extension del corazon de Ignacio: Un Mundo solo no bastaba para su zelo; creíase llamado para todas partes, en que Jesu Christo no era conocido: ¡Qué ardiente deseo no tuvo de pasar à la Palestina, para restablecer la Religion en aquellos Lugares, en donde havia tenido su principio; y para derramar su sangre por Jesu Christo, donde Jesu Christo havia derramado por él su sangre! ¡Qué cuidado no tuvo de hacer, que se llevase la luz de la Fé à todas las tierras idolatras, luego que tuvo ocasion para ello!

Haviase descubierto poco tiempo hacia por la mediacion de un Rey poderoso, y por la feliz navegacion de un animoso Piloto, un nuevo Cielo, y una nueva tierra; quiero decir, las Indias Orientales. El oro, y la plata, que son los principales objetos de las pasiones de los hombres, les havia inspirado este temerario designio; y poco satisfecha su ambicion con las riquezas de su Pais, iban à buscar, atravesando mares, las riquezas extrangeras. Pero la providencia de Dios, que todo lo gobierna, y lo conduce todo á sus fines, abria por aquella parte nuevos caminos á sus Obreros Evangelicos; y disponia, segun sus eternos Decretos, los medios convenientes para la conversion de los Pueblos de aquel nuevo Mundo. Ig-

na-

nacio fue uno de los principales instrumentos de una tan grande obra. ¡Oh, y como hubiera querido él poder llevar por sí mismo la fé á tantas naciones idolatras! ¡Quanto hubiera deseado establecer, y estender el imperio de Jesu-Christo en aquellas regiones nuevamente descubiertas! Pero lo que él no hizo por su trabajo, lo hizo por su espíritu, y por el zelo de sus hermanos. Xavier, aquel hombre Apostolico, ó por mejor decir, aquel nuevo Apostol, emprendió aquella parte del ministerio; y separandose estos dos Santos por la gloria de Jesu-Christo, y por el honor de su Orden, el uno al Occidente, y el otro al Oriente; uno dedicado á su Mision para con los Christianos, otro llamado á la conversion de los Gentiles, llenaron todo el Universo del fruto de sus trabajos, y de la fama de su santidad.

Aquí me detengo, Señores; y haciendo á to, y reflexion sobre vosotros, y sobre mí mismo, que somos unas almas cobardes, y tibias, exclamo de esta manera: ¿Y qué hacemos nosotros por Jesu-Christo, y por la salud de tantas almas como ha rescatado? Quando decimos todos los dias: *Santificado sea el tu nombre*, ¿se comueven nuestras entrañas? ¿Nos sentimos estimulados de la caridad de Jesu-Christo? ¿Somos mas contenidos, y mas circunspectos en nuestras acciones, temiendo no servir de ocasion de caída, y de escandalo á nuestros hermanos? ¿Nos atrevemos á arriesgar una correccion fraterna, quando pueden resultar de ella fatales consecuencias contra nuestro descanso, ó contra nuestra fortuna? ¿Pensamos en qué estado se halla la Fé, y la Religion, lejos de nosotros, ó entre nosotros mismos? ¿Quién hay que quiera, no digo incomodarse, pero ni aun interesarse en el establecimiento de una Mision? ¿Quién es el que quiere privarse de tantas cosas superfluas, como ofenden la templanza, ó la modestia christiana, por concurrir á la manutencion de un ministro Evangelico? ¿Quantos Sacerdotes hay, que aunque saben, que la Iglesia tiene ne-

ce-

cesidad de obreros, y que la mies está ya pronta para segarse; con todo eso, no dejan de vivir en la ociosidad, y de gozar en reposo del patrimonio de Jesu-Christo, que han adquirido por su ambicion, y que no quieren merecer por sus servicios?

Ya casi no ha quedado mas zelo, que entre los Discipulos de San Ignacio. Quiera el Cielo, que su fervor sea siempre nuevo; que el tiempo, que todo lo corrompe, hasta la piedad, y hasta la disciplina, no disminuya un punto la suya, y que segun los deseos de su Padre, y Patriarca, los segundos sean mejores, que los primeros, y los terceros aun mas fervorosos, que los segundos! ¡Que el Señor, á quien sirven con tanto ardor, favorezca sus empresas! ¡Que los vientos, y las olas se conspiren juntas, para llevar estos hombres Evangelicos sobre los mares de los idolatras! ¡Que la sangre todavia humeando de sus nuevos Martyres, sea una semilla de Catholicos en un Reyno vecino al nuestro! Que Dios derrame sobre ellos aquellas bendiciones, que convienen al ministerio; un espíritu de fortaleza sobre aquellos que combaten por la Iglesia; un espíritu de sabiduria, y de prudencia, sobre los que instruyen, y enseñan; y para decirlo todo en una palabra, que haga, que resucite en cada uno de sus Hijos el espíritu, y el zelo de su Padre; y nos lleve á todos á la misma Gloria: En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. *Amen.*

PA-

PANEGYRICO  
DE SANTA THERESA  
DE JESUS,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
del Convento de Carmelitas el  
Grande, en París, año  
de 1679.

*Multæ filix congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.*

Muchas hijas han amontonado riquezas,  
pero tú las has sobrepujado á todas. *En  
el libro de los Proverbios, cap. 31. v. 29.*



No temáis, Señores, que quiera yo valerme de la ocasion, que me dan estas palabras de mi thema, para realzar mi asunto por medio de excesivos elogios, y que venga aqui à alabar una Virgen de Jesu-Christo, con perjuicio de todas las demás. No permita Dios, que me constituya juez de las virtudes, y del merito de los Santos: Dejo à Jesu-Christo, que los ha santificado por

su-

su gracia, el conocer las proporciones, y las medidas, y no quiero mas, que adorar el juicio, que ha hecho de ellos.

La Santa de quien os he de hablar en este dia, no necesita, que me valga yo para su elogio de aquellas odiosas comparaciones, que una preocupada devocion, y un zelo inconsiderado, é indiscreto suelen sacar algunas veces de la boca de los Predicadores. Basta, que yo nombre à *Santa Theresa*, para daros una idea grande de la virtud, y de la perfeccion Evangelica: ya la considere en aquella elevacion de oraciones, y de conocimientos, á que Dios la havia llamado: O ya la mire al frente de un nuevo pueblo, que Dios havia cometido à su conducta, y gobierno; yá sea, que la considere en aquel exceso de amor, y de caridad, de que su alma ordinariamente estuvo transportada: à mí me parece, que la veo superior á las otras.

Dejó esta Virgen los caminos llanos, y trillados de la virtud, para ir á Dios por otros caminos nuevos, y desconocidos. El dia de oy no me contento con daros alguna idea, y conocimiento de sus acciones; quiero, si puedo, descubrirros el todo de su espíritu, y de su alma; y mostraros lo que esta Santa ha conocido, lo que ha deseado, y lo que ha prometido.

Y así:

*Division.* { I. Aquellos conocimientos sublimes,  
II. Aquellos deseos heroyeos, y  
III. Aquellas promesas extraordinarias, producirán, sin duda alguna, en vosotros, motivos de veneracion ácia el objeto de mi discurso. Quiera el espíritu de Dios, que produjo tan grandes impulsos, y movimientos en el corazon de Santa Theresa, que la memoria de sus virtudes produzca en nosotros, no una admiracion esteril, sino una sincera imitacion de su santidad. Pidamosle esta gracia por la intercesion de Maria, diciendola:

AVE MARIA.

Tom. 2.

R

PRI-

## PRIMERA PARTE.

**A** Caso os admirareis, Señores, de que yo comience el elogio de Santa Theresa por la excelencia de su espíritu, y por la grandeza de sus conocimientos, y de sus luces. Parece, que la simplicidad, y sencillez ha de ser la herencia de las Virgenes christianas; que estas no deben saber mas, que las voluntades de Dios para seguir las; que les basta (segun las reglas de su estado) ser humildes, y dociles, y que acomodandose la gracia à fragilidad del sexo, y de la naturaleza, ha puesto su perfeccion en oír, y no en enseñar; en obedecer, y no en gobernar, y mandar. No obstante, tambien es verdad, que delante de Dios no hay diferencia alguna de sexo, ni de personas; y que sirviendose de los mas debiles instrumentos para confundir la fuerza, y el orgullo de los hombres, eleva (quando le place) à las almas mas sencillas hasta el seno de la sabiduria. El Evangelio nos enseña, que tambien hay Virgenes prudentes, que saben obedecer, y que son capaces de mandar; que llevan en sus manos lamparas, que arden, é iluminan; y que van delante del esposo para ser las primeras en conocerle, y para mostrarle à los que las siguen.

De este numero, Señores, fue Theresa. Haviála dado Dios un espíritu vivo, penetrante, aplicado, naturalmente inclinado à dedicarse à grandes objetos, y à formarle por grandes principios. Un juicio sólido, que no se dejaba preocupar por imaginaciones, ni deslumbrar por las apariencias; que siempre se dirigia à buenos fines, y por los medios mas justos, y mas nobles; un corazón fiel, generoso, capaz de amar mucho, è incapáz de amar mas de lo que convenia; un valor, que nada le acobardaba; quando se trataba del interés de su salvacion, ó de la gloria de Jesu-Christo. Todas estas qualidades, que la

hacian acomodada para amar la verdad, para buscarla, y para seguirla, fueron como los fundamentos de tantas luces, y de tantas virtudes, como han edificado, é ilustrado à toda la Iglesia. Como ella sabia, que el conocimiento de Dios era la perfeccion de la sabiduria, comenzó à purificar todo quanto tienen los sentidos de grosero, y de terreno, para gozar de la verdad sin disipacion. Tomò su vuelo, y se elevò de tiempo en tiempo, como se eleva el nuevo polluelo de la Aguila, para ensayarse à llegar à ver la luz en su origen; y por medio de las comunicaciones, que tuvo con Dios, se llenò de aquella *Doctrina*, que la Iglesia llama *divina*, y *celestial*. (a) Mas para proceder con orden en este discurso,

Es necesario suponer, que hay dos medios de llegar al conocimiento de Dios, que son, el estudio, y la oracion: El uno le descubre por los razonamientos del espíritu, el otro por los sentimientos del corazón. Ambos consideran un mismo objeto, y se dirigen à un mismo fin. Pero hay esta diferencia; que el estudio ordinariamente engendra la presuncion; porque hay en el espíritu cierta especie de levadura, ó fermento de orgullo, con que se infla, y se dilata por la ciencia; mas la oracion produce la caridad; porque hay en el corazón del que ora, un fondo de buena voluntad, que dispone à conocer, y amar la verdad. En el estudio, el hombre es quien adquiere; en la oracion, Dios es el que dá; y así la liberalidad de Dios es infinitamente superior à toda la industria del hombre: En el estudio se eleva uno à las cosas invisibles de Dios por medio de las visibles, y à la excelencia del Criador por la de las criaturas: Por la oracion se descende de la grandeza de Dios al desapego, y

(a) *Cœlestis ejus doctrina pabulo*. Orat. of.

desprecio de todas las cosas criadas. No fue, pues, por medio del discurso por donde Theresa llegó á aquellos sublimes conocimientos; fue sí por el camino de la caridad, y de la oracion. Como se persuadió, y creyó, que lo sabia todo, quando llegase á saber á Jesu-Christo Crucificado, su amor fue su razonamiento; y su oracion fue su estudio. Quiso este divino Salvador, por una gracia muy singular, servirle él mismo de libro. Allí fue, donde aprendiendo lo que Dios havia hecho por ella, y lo que ella debia hacer por Dios, se instruia en su religion, y en sus obligaciones. Allí era, donde contemplando el mysterio de la Encarnacion, se animaba á sí misma á anonadarse con él, á nacer, y á morir, y resucitar con él. Allí era, donde havia aprehendido á esperar en su misericordia, á temer su justicia, á reconocer sus beneficios, y á pedirle sus gracias. Por estas frequentes comunicaciones fue por donde perfeccionó su espíritu. Porque, si es preciso, que siendo Dios la soberana claridad, el alma, que se llega á él, se inflame, y se abraze de amor; cómo podrá dejar de suceder, que siendo, como es, la soberana verdad, á aquellos, que comunican intimamente con él, no alcancen á proporcion una luz mayor, y un conocimiento mas perfecto de sus verdades, y de sus mysterios?

Esto fue lo que Theresa experimentó con tanta abundancia, que confiesa ella misma, que estuvo por muchos dias toda confusa, y amedrentada. Parecía, que los libros de la eternidad se le havian abierto: Tuvo una clara inteligencia de las adorables grandezas del Verbo hecho hombre, de las inagotables riquezas de su sabiduría, de los tesoros maravillosos de su gracia, de los diferentes modos de conducir las almas, y de la impresion, que hace su espíritu sobre aquellas, que le están enteramente sujetas. De este modo la tierra havia llegado á ser para ella como un lugar de destierro; y su conver-

sacion era en el Cielo. Allí es, donde elevandose sobre todas las cosas sensibles, vá á buscar á Dios, como á fuente de toda perfeccion, y de toda belleza; le considera como al origen de todo bien, le abraza como á principio de la verdad, y de la bondad, y se abisma en la contemplacion de su inmensidad, y de su grandeza; tan presto por los raptos, los arrobos, y los extasis, en los quales quedaba su cuerpo suspenso, è immobil; tan presto por aquellas reflexiones, por las quales uniendose el espíritu á Dios, no dejaba casi ningun uso á sus sentidos.

En este estado me la represento yo bajo la imagen de aquel mystico carro, que se le apareció al Profeta Ezequiel. Hacia mover aquella machina volante un espíritu poderoso, y sutil, el ayre le abria paso con respeto por todas aquellas partes, por donde le llevaba su agitacion; y las ruedas, que parecian haverse hecho, para conducirle, ó para pararle con su peso, se elevaban con él, y seguian el impulso, y movimiento del espíritu. (a) Lo mismo sucedió á Santa Theresa en aquellas frequentes elevaciones, y en aquel impetuoso vuelo de su cuerpo; elevanse con su alma los organos, y los resortes de aquellas maravillosas ruedas, donde el espíritu hace sus operaciones; ya fuese para acompañarla, quando iba á gustar las dulzuras celestiales; ya fuese para ir delante de ella quando buelve á bajar sobre la tierra, cargada de tesoros, que saca de la contemplacion, para darse á los officios de la caridad.

Apartense de aquí aquellos hombres incredulos, que tienen por ilusion todo, quanto no se contiene en el orden comun de la gracia, que miran como imposible todo lo

(a) *Eunte spiritu, & rota pariter elevabantur.*  
Ezech. i. v. 20.

lo que parece extraordinario; y que por hacer de espíritus fuertes, y por no querer reconocer en otro lo que ellos no sienten en sí, lo gran luan todo de fantasía, y de error; y toman motivo para vituperar la flaqueza de los hombres, de aquello mismo, que debia obligarlos à alabar, y admirar el poder de Dios. Sepan, pues, que la piedad debe hacer respetar todas aquellas señales, que dá Dios de su amor; y que la caridad nos debe hacer mirar con reconocimiento, y con estimacion todas las gracias, que Dios hace à los otros. Sepan, que por evitar una ligera credulidad, caen en una incredulidad presuntuosa, y que se engañan à sí mismos por temor de ser engañados. Sepan, en fin, que la gracia divina tiene muchas formas; que su espíritu se comunica, como quiere, y quando quiere; que su poder se eleva muchas veces sobre nuestra capacidad, y sobre nuestro juicio; y que hay tambien en el arte de conocer à Dios, y de amarle, así como en todas las demás artes, ciertos secretos, que no son conocidos, sino de aquellos, que las practican, y que se aventajan en ellas.

No obstante, para no detenerme en aquellos admirables efectos de la gracia, que son tan fuertemente superiores à nosotros; tres cosas hay que hacen à un alma ilustrada; el recogimiento, la humildad, y la caridad. La primera impide las tinieblas, la segunda atrae las luces, la tercera las produce. Por estos tres medios fue por donde nuestra Santa llegó à aquellos grandes conocimientos.

Porque ¿de donde proviene, que se viva en la obscuridad; que se ore, y que no se llegue à ser, ni mas inteligente, ni mas ilustrado en las cosas de Dios? El motivo es, porque se disipa uno demasiado en el Mundo. Recogense en él todos los dias un tropel de imágenes, que se imprimen en el espíritu, y en la fantasía, y se renuevan en él à cada momento. Daseles entera libertad à nuestros sentidos, y à nuestros pensamientos:

tos: ¿y qué apariencia hay de que se pueda reducirlos, y atraerlos à Dios, quando se quiera? Dejamos à nuestro corazon, que se distraiga en mil objetos mundanos. ¿Y creerémos hallarle despues, siempre que se tenga necesidad de él en la oracion? Nosotros olvidamos à Dios por todo el espacio del dia: ¿Pues ha prometido por ventura, que vendria à presentarnos el mismo à las horas, que le hubieremos señalado? Costaríanos mucha dificultad aguardarle; como si la gracia pudiese entrar en una alma llena de deseos seculares; como si fuese posible juntar la vanidad con la verdad; las cosas eternas con las temporales; los bienes del Cielo con los de la tierra.

Pero Santa Theresa tomó bien diferentes precauciones. Ella previno todas las avenidas de su corazon, segun el precepto del Sabio; acompañó todas sus acciones de una secreta presencia de Dios. Todos los objetos, que movian su espíritu, eran para ella como otras tantas ocasiones de orar, y de honrar à Dios. Miraba atentamente à su Ley, como un Artesano mira su modelo, para imitarle; siempre ocupada, ó en servirle en sus acciones; ó en consultarle en sus designios, ó en considerarle en sus intenciones, ó en recurrir à él en sus necesidades, ó en admirarle en sus obras, ó en amarle en sus beneficios. Y nos admiraremos, de que no hallandose turbada de alguna pasion, recibiese las luces del Espíritu Santo; y que estando unicamente aplicada à conocer à Dios, se aplicase tambien Dios à dejarse conocer de ella.

No le sirvió menos su humildad para adelantarse en este conocimiento. Bien lejos de creer, que aquello fuese una recompensa de su virtud; creía, que era una señal de su flaqueza; como si Dios hubiese conocido, que tenia necesidad de aquellos socorros, para contenerla en sus obligaciones; reconocia ella, que la perfeccion no consiste en estos extraordinarios conocimientos, sino en la union de nuestras voluntades con la de Dios.

Dios. No era del numero de aquellas almas preocupadas, que por una secreta vanidad, quieren señalarse en la devocion; que toman lo que pasa en su imaginacion por verdades, que Dios las revela, porque estas gustan de hacer ver, que son favorecidas de Dios; y se forman de la misma piedad un oficio, ó profesion, en la qual quieren salir tan ayrosas, como en las otras. ¡Oh, quan lejos estuvo nuestra Santa de este orgullo! Nada temió ella tanto, como el llegar á ser el espectaculo, y admiracion de su siglo. Ingeniosa en descubrir sus defectos, y en ocultar los extraordinarios favores, con que Dios la honra, pronta á reprimir delante de los hombres las luces, que participaba de Dios, quema al primer Orden de un Confesor la explicacion, que havia hecho de los mas bellos, y de los mas dificultosos lugares de la Escritura. Da licencia á los que estaban encargados del cuidado de su conciencia, para que con libertad puedan publicar sus pecados; y no les pide el secreto, sino para sus virtudes; huviera querido no saber escribir, sino para publicar sus defectos. ¿Y será licito admirarse, si el Espiritu de Dios, que gusta de reposar sobre las almas humildes, se complació en comunicarla sus luces?

Pero principalmente la caridad fue la que produjo en ella el principio de tan sublimes conocimientos. Sabia muy bien, que hay un ojo dentro del corazon, que solo él es capaz de sufrir las luces, que vienen de lo alto; que para conocer la grandeza de Dios, segun el Apóstol, es necesario estar fundada, y arraigada en la caridad; y que así como el temor del Señor es el principio de la sabiduría, su amor es la perfeccion, y el fin. Aquí sería la ocasion, y el lugar proprio de hacerlos juzgar por el ardor de su caridad, de la excelencia de sus luces; pero yo no puedo daros otra mayor idea de esta misma caridad, que trazandoos aqui la pintura de sus deseos.

## SEGUNDA PARTE.

ENSEÑANOS San Agustín, que toda la vida de un Cristiano, no debe ser mas, que un largo, y piadoso deseo, porque reconociendo delante de Dios sus necesidades, y su impotencia, y no viendo el Soberano bien sino desde lejos, es necesario, que ensanche la capacidad de su alma, para que Dios la pueda llenar; que mire con afecto el bien, del qual todavia no puede gozar con plenitud; y que haciendo de esta vida presente, como una especie de noviciado para la futura, suspire por aquel eterno bien, y desee largo tiempo lo que ha de poseer para siempre. Ninguna cosa descubre tanto (añade el mismo Padre) el fondo del corazon, y de la conciencia de los hombres, como sus deseos; y nada hay tampoco tan natural, como el juzgar de lo que aman, por lo que desean. Veamos, pues, qual fue la perfeccion de los deseos, y por consiguiente, de la caridad de Santa Theresa.

Aquí, Señores, me remonto yo á los mas tiernos años de su vida, y á los primeros movimientos de su infancia. Maduraron á un tiempo en ella la razon, y la caridad; tuvo fervor, desde que tuvo conocimiento; fue la primera prueba, que hizo de su tierna libertad, un voluntario sacrificio de sí misma; los primeros exemplos, que siguió, fueron los de los perfectos; los primeros pasos, que dió, en los caminos de Dios, la conduxeron á la Cruz de Jesu-Christo, que es el ultimo termino; y para decirlo de una vez, su primer deseo fue el deseo de ser martyr. Creyeron algunos Doctores (y es razon creerlo así) que en aquel instante, en que la luz de la razon comienza á rayar en nuestro entendimiento, y en que se descubren las potencias de nuestra alma, estamos indispensablemente obligados á levantar nuestro corazon á Dios, á adorar aquel soberano Ser, que es el unico fin de todas nuestras acciones, y el unico objeto de todo nuestro amor; á consagrarle las primicias de nuestro espiri-

tu, y á avivar la fé de nuestro Bautismo, porque aquel tiempo es, á lo que llaman la verdadera entrada del hombre christiano á la vida, y como el nacimiento del hombre perfecto.

Cumplió Theresa con esta obligacion, y aun comenzó mas noblemente. El primer acto, que hizo, fue un acto heroyco de Religion. Enfadóse de vivir, luego que supo que se podia morir por Jesu-Christo; y comenzó á ser christiana por la consumacion de la caridad. Tocada de la gloria, y del valor de los martyres, cuyas vidas, é historias leía, emprendió el imitarlos, para alcanzar su recompensa; y sin consultar, ni la ternura de su edad, ni la dificultad de los caminos, ni la grandeza del empeño, sale de la casa de sus padres, apenas cumplió siete años, para ir valerosamente á un País estrangero, y á un Reyno infiel, á buscar aquella terrible espada, que debía sacrificarla á Jesu-Christo.

El Angel, que vela por la felicidad del Carmelo, y por la gloria de toda la Iglesia, detuvo esta inocente víctima. Aceptó el Cielo sus intenciones, pero no quiso su sacrificio: Teniala destinada para otros combates, y la preparaba otras Coronas. Aunque Dios la conservase aquella vida, y aquella sangre, que ella le ofrecia, no por eso dejaría de ser martyr. Las persecuciones, los sufrimientos, el amor mismo de Jesu Christo debian executar algun dia lo que los Tyranos no havian executado; y la experiencia la hizo conocer, que era del numero de aquellos, que por medio de continuas mortificaciones, y por una especie de martyrio, menos sangriento, pero tambien mas prolongado, se santifican por los destrozos, y castigos de su propria carne, y mueren mil veces por una. Buelta á la casa de su padre, llora su desgracia; y no hallando consuelo sino en encerrarse en unas pequeñas Hermitas, que edificaba con sus propias manos, para orar mas tranquilamente, y para huir de los ojos de los hombres, se iba acostumbriendo á aquella vida de oracion, y de retiro, á que por un instinto secreto se sentia

tia llamada, mostrando desde aquella tierna edad, por lo que ella hacia por Dios, lo que Dios obraba en ella; y haciendo ver, que toda edad es perfecta delante de él, quando se digna fortalecerla con su virtud, y prevenirla con sus gracias.

Pero ay, ¡y quan difícil es, que una alma sin experiencia se pueda escapar de tantos peligros, y de tantos lazos, como le arma el Mundo; y que las mas generosas resoluciones no se hallen interrumpidas por alguna fragilidad! Confesemoslo, Señores, y no disimulemos una falta, que Theresa tan altamente ha exagerado. Excitose en su corazon algun deseo mundano, y entibió en él el ardor de su primera caridad. El exemplo de una madre, virtuosa á la verdad, pero muy aficionada á la lectura de las Novelas, y Romances, la frecuente comunicacion de una parienta encaprichada en las vanidades, y en las locuras del siglo, y yo no sé qué humaredas, y vapores, que se levantan de los hervores de la sangre, y del calor de la juventud, todo esto conspiró á obscurecer un poco su razon, y resfriar su piedad. Ciertos deseos vagos de agradar, de ver, y de ser vista, ciertas complacencias, que el Mundo perdona, y disimula facilmente á los juvenes, y á las doncellas quando ellas tienen con que mantener su vanidad; ciertos adornos, y aseos afectados, sin otro designio, que el de satisfacer su amor proprio; ciertas lecturas gustosas, y atractivas, que arrastran el corazon por un encadenamiento de pasiones graciosamente expresadas, y que alimentan en el espiritu una vana, y frivola curiosidad; estas fueron las faltas sobre las cuales no se hace alto oy dia, ni aun se quieren examinar, y que no obstante Santa Theresa las lloró amargamente por todo el discurso de su vida, aun quando ella conociese muy bien, que no havia perdido en este estado tan peligroso, ni el temor de Dios, ni su gracia.

¿Pues qué huviera hecho, si huviese pasado su juven-

ventud, en indagar las modas, los adornos, y atavios y formarse una especie de estudio de las vanidades, y de las estravagancias del siglo? ¿Qué huviera hecho, si no huviese cesado de frequentar los espectaculos, y las diversiones del Mundo, recogiendo las pasiones de otros, y entregandose á las suyas propias? ¿Qué huviera hecho, si huviese aguardado para dejar el Mundo, à que el Mundo la huviese dejado á ella? ¿Y si no huviera tenido, que dár à Dios mas que un corazon corrompido, y las reliquias de una vida escandalosa? ¿Qué huviera hecho, si huviese abusado del entendimiento, y de la hermosura, que Dios le havia dado, y la huviese empleado en perder las almas, que Dios havia criado para su gloria? No necesitaba èl tanto, para empeñarla en una penitencia larga, y laboriosa.

Pero dispòse bien presto esta nube. Dios, que la conducia, y gobernaba, la hizo conocer, que el Mundo es un mar tempestuoso, donde los Navios pequeños, y fragiles, entre las tinieblas, y las tempestades, se sirven de escollo los unos á los otros, se rompen á un mismo tiempo, y perecen en un mismo naufragio; que es una region miserable, donde es tan general la corrupcion, que ser corrompido, y corromper á los otros (como decia aquel antiguo) es el exercicio comun, y la mutua ocupacion de los hombres, todo por la impresion, que hace un mal exemplo; á la manera que el campo mas abundante es muchas veces asolado por un repentino granizo. Convencida de estas verdades, y temerosa de estos peligros, encendió su primer deseo, y no habiendo podido dár su vida por Dios, à lo menos resolviò darle su libertad, consagrandose á èl en una profesion santa, y religiosa.

Entonces viendose honrada con la qualidad de esposa de Jesu-Christo; y hallandose ya en el camino de una perfeccion, que tanto havia deseado, diò toda la extension, que pudo, á su caridad. Todo sus sentidos,

to-

todos sus pensamientos, toda su gloria, todas sus suplicas eran de pertenecer solo à Dios, y de agradecerle. Tan presto encerrandose en sí misma, despues de haver recibido alguna gracia, juntaba todas las fuerzas de su alma, para hacerle algun grande homenaje á su bienhechor. Tan presto à la vista de una imagen de Jesu-Christo crucificado, enternecida de piedad, herida de dolor, animada del reconocimiento, abraçada de amor, y reuniendo todos estos movimientos al deseo, que tenia de agradecerle, que era como el centro de su corazon, se deramaba en lagrimas, y se anonadaba delante de su Salvador. Tan presto pidiendole su asistencia, para que ella pudiese agradecerle en toda su conducta, sintiendo en su alma un desasimiento secreto de todas las cosas criadas, y una sensible confianza, de que sus votos serian oídos, salia como fuera de sí misma, y apenas podia la debilidad de su cuerpo sufrir la alegría de su alma; su fidelidad siempre fue inalterable, los consuelos jamás afeminaron su virtud, las tribulaciones no acobardaron su valor, y en tan diferentes tiempos siempre fue igualmente sumisa, y fervorosa.

Y para comprehender bien hasta donde llegó en Theresa aquel deseo de agradar à Dios, y qual fue el fondo de su devocion, observad conmigo, que hay dos suertes de fervor; un fervor de sentimiento, y un fervor de resolution: El primero es, quando una alma llevada de las gracias sensibles, y prevenida de aquellas bendiciones de dulzura, (a) de que se habla en la Escritura, corre en los caminos de Dios *al odor de sus perfumes*, (b) como la esposa de los Cantares. La Ley llega à hacersele, no solamente facil, sino agradable: Las dificultades, que acom-

(a) *In benedictionibus dulcedinis*. Psalm. 20. v. 4.

(b) Cant. 1. v. 3.

acompañan à la virtud, se allanan quasi por sí mismas, y se la hace suave el yugo del Señor, porque el mismo Señor la sostiene. Dichosos aquellos, à quienes Dios se digna dilatar así el corazón, y darles à gustar su verdad, y su justicia! Pero también es peligroso, que la complacencia, que se siente en aquellas prosperidades espirituales, no sea demasiada; que la fidelidad, que se tiene, no sea un poco interesada; que no se ame el dón de Dios, tanto como à Dios mismo; y que el placer, que se halla en el obrar el bien, no sea una parte de la recompensa, que se ha de tener por haverlo executado.

Por el contrario, hay un fervor de resolución enteramente espiritual, que hace, que se acerque uno à Dios, aunque le parezca, que se aparta. Sientese todo el peso de la Cruz, y no se deja por eso de llevarla con paciencia. Hallanse à cada momento muchos obstaculos; pero también hay en el fondo del corazón un valor sin presunción, y una fuerza secreta, que los vence. No se tiene la ternura de la devoción, pero se siente en sí la seguridad, y firmeza. Estado mas aspero, pero mas perfecto para las almas fieles; porque son mas conformes à Jesu-Christo crucificado, por quanto por allí buelven à entrar en un conocimiento mas profundo de su nada, y de su miseria; y porque el amor nunca es mas grande, que quando estando privado de todo alimento, se alimenta en alguna manera de sí mismo, y subsiste en el fondo del corazón entre aquellas tibiezas, y aquellas obscuridades, que le rodean.

Theresa, pues, supo mantenerse en estos dos estados de fervor: ¿Qué progresos no hizo ella quando Dios la dió à gustar aquellas dulzuras, y aquellas delicias sobrenaturales, que son los efectos de su bondad, y de su amor? Ningun trabajo podia bastar à su zelo, ningun dolor podia apurar su paciencia. Su obediencia estaba expuesta à la prueba de los mas austeros preceptos. Los ejercicios mas viles de la Religion la parecían demasiado hon-

honrosos. Las gracias extraordinarias, que recibia, no hacian, sino aumentar su humildad. No temia ella ser desgraciada, sino ser ingrata. Los trabajos, que Dios la embiaba se le hacian dulces, porque satisfacía à su justicia; y los favores, que recibia, eran para ella una especie de suplicio, porque temia abusar de sus misericordias, de que se juzgaba indigna. Y así jamás pidió à Dios, que la favoreciese, sino que se dignase sufrirla, y haviendosela escapado un dia (hallandose en una grande sequedad) el pedir al Cielo, que la embiase una gora de rocío, y un poco de consolacion, se reprehendió à sí misma esta flaqueza, como poco conforme à la humildad, y à la constancia christiana.

No fue menos circunspecta, ni menos fervorosa en la tribulacion. Jamás hubo alma, que pasase por pruebas tan largas, ni tan sensibles. ¿Y podré yo representaros aquel estado, sin que os quedeis admirados? Yà no percibe aquel violento instinto, que la arrastraba con alegria à los caminos de los preceptos. Ya no siente à Jesu-Christo, que habita en ella; obscurece su espiritu una tenebrosa noche: Aquellas gracias luminosas, y sensibles, que la ilustraban, no son ya mas, que unas gracias sombrías, y sin atractivo, que la dejan en el abatimiento, y en el desmayo. ¿Quiere probar à acercarse à Dios? Pues parecela, que ciertas cadenas imperceptibles la detienen. ¿Llega à percibir su Salvador? Pues quitaselo de la vista una importuna nube. ¿Repasa en su espiritu la memoria de las gracias sensibles, que ha recibido? Pues aquella triste, y confusa imagen, que traza en sí misma, la parece un sueño; y la memoria de una pasada felicidad, no hace sino aumentarla el disgusto de haverla perdido. ¿Acude à sus Confesores? Pues halla unos directores poco espirituales, y poco sabios, que la reprehenden la esterilidad de su alma.

En esta cruel incertidumbre de si Theresa agrada à Dios: ¿Os he perdido yo, Dios mio, (le dice) y no bol-

*verè á hallaros mas? ¿Es posible, que os sentia yo en otro tiempo, y no os poseia? ¿Os poseo al presente, y no os sienta? ¿De donde proviene esta suspension de socorros, y de proteccion? ¿Consiste en vos, que os retirais de mí? ¿O es culpa mia, la que me aparta de vos? Amar á Dios, y vivir en incertidumbre de si se le agrada, (almas contemplativas, á quienes Dios conduce por los caminos del temor, y de la desconfianza de vosotras mismas, por preservaros del orgullo, y purificaros de todo amor proprio, vosotras comprehendéis lo que digo.) Contentome con decir á los que componen la mayor parte de mi auditorio, que esta es la mas aspera penitencia de los Santos.*

Pero no creais tampoco, que fue menor el fervor de nuestra Santa. Aquella aprehension, que tenia de que desagradaba á Dios, la hizo aumentar el deseo, que tenia de agradarle. La gracia estaba escondida en ella; pero no por eso estaba ociosa. Veiase privada de aquella intima presencia, que Dios hace sentir al alma, quando se comunica con abundancia: Pero esta privacion producía en ella una sed ardiente, que la hacia suspirar por la presencia de este bien, cuya idea conservaba aun muy viva, para exercitar sus deseos. ¡Con qué ansia recibia ella de quando en quando algunos rayos de luz ligeros, que á manera de relampagos la hacian llegar á percibir, que Jesu-Christo no la havia abandonado! ¡Con qué reconocimiento no abria ella su corazon, para recibir aquel rocío del Cielo, que no caía mas, que gota, á gota! ¡Con qué circunspeccion se retiraba de las criaturas, y se acogia con confianza á Dios en la simplicidad de la fe, y poe yendo su alma en paz, aun en medio de las tempestades! ¡Con qué confusion suya reconocia, que ella por si misma no era mas, que tinieblas, y pura impotencia, y que estando su suerte en las manos de Dios, de él tenia, y venia todo, quanto ella podia tener, asi de justificacion, como de luces.

Es-

Este deseo de agradar á Dios, hizo nacer en ella un vivo deseo de la salvacion de las almas. Nada demuestra tanto el amor, que se tiene á Jesu-Christo, como el zelo de atraerle los pecadores. Este zelo causa dos efectos: Interesanos por una parte en el honor, y en la gloria de el Redentor, y nos hace sentir todo lo que se opone al fruto, y á la plenitud de la Redencion; por otra, él nos inspira una generosa ternura, y compasion de los pecadores, y nos hace desear su conversion; y juntando el deseo de la gloria de Dios, y el de la salvacion de los hombres, nos hace cumplir (como observa San Agustín) los dos preceptos á un tiempo, y encierra en sí toda la perfeccion de la ley.

Dificultoso es, Señores, tener el corazon tan herido de esta santa pasion, como le tuvo Santa Theresa. De allí provenian aquellos gemidos, y aquellas lagrimas, que derramaba, á sola la simple narracion de los estragos, que causaba la recién nacida heregia en la Francia, y en la Alemania; aquellas suplicas, que hacia todos los dias á Dios, para que fortaleciese el zelo de los predicadores, y para que formase Ministros, y obreros Evangelicos; aquella tierna devocion, que tenia á todos los Santos, que han extendido el Imperio de Jesu Christo, por su doctrina, por sus trabajos, ó por sus exemplos; aquellas exortaciones eficaces, que hacia á los que en un ocioso retiro escondian los talentos, que havian recibido para sus hermanos; y aquel dolor, que sentía en verse encerrada por los respetos de su sexo, y por las reglas de su profesion, solo porque la impedia llevar por todo el Universo las verdades del Evangelio. Quantas veces, considerando los desordenes del siglo. ¡Ay Señor, exclamó diciendo; *el Mundo, y el Demonio, os roban todos los dias tantas almas, y yo no he de poder jamás ganaros una!* Quantas veces, quando se la pedia, que en sus oraciones rogase por bienes, ó prosperidades temporales, respondió con indignacion: *¿Será bueno, que quando la Iglesia se ha-*

Tom. 2.

T

lla

*lla en tan urgentes necesidades, empleemos el tiempo en hacer à Dios inútiles, y bajas oraciones?*

Mas el deseo, que tenia de padecer por Dios, era como su pasión dominante. Sabía bien, que la Cruz es el sello de la alianza, que las Virgenes han hecho con Jesu-Christo: A este Señor le pertenecen sus cuerpos por la castidad, que le han ofrecido; pero toma posesion de ellos por medio de los dolores, y de los trabajos. En esto consiste la consumacion del sacrificio. Quarenta años de enfermedades tan agudas, y tan generales, que no tuvo parte de su cuerpo, que no pagase à Dios un tributo particular de paciencia; veinte y dos años de aridez, de desamparo, y de sequedad; los ayunos, las mortificaciones, tantas, y tan excesivas austeridades, apenas pudieron saciar la ambicion de este deseo en Theresa. Estudiò siempre en aplicar las penas, con que Dios la afligia, à las faltas, por las quales se creía castigada, atribuyendo sus presentes sufrimientos à su pasada vida, mirando con horror los menores defectos, que sentia mucho mas, que sus mismos males, adoró la mano de Dios, que la castigaba; como si la hubiese puesto una corona. El perdon, que obtenia, era para ella como un nuevo vinculo, que la estrechaba con la Cruz. Despues de haver padecido por justicia, aun queria sufrir por reconocimiento: No se contentaba con haver aplacado la colera de Dios, queria tambien merecer su misericordia. Aun quando no hubiese tenido necesidad de satisfacer à Jesu-Christo, hubiera querido asemejarsele, y padecer por caridad, quando no hubiera tenido que hacerlo por obligacion. Este es el motivo, por que repetía tantas veces aquellas palabras: *O padecer, ó morir*; como si dixera, que la muerte sola era capaz de interrumpir el curso de sus mortificaciones, y de sus sufrimientos. Tal fue el ardor de sus deseos. Restame haceros ver, qual fue la grandeza de sus promesas.

TER-

## TERCERA PARTE.

**A** Primera vista parece, Señores, que no es propio de la Grandeza, y Magestad de Dios hacer promesas al hombre; porque siendo infinitamente poderoso, y por consiguiente infinitamente libre, coartaria su poder, y se daria leyes à sí mismo. Tampoco parece, que es propio de la sabiduría, y prudencia del hombre, el prometer à Dios; porque debiendoselo todo à él, y no pudiendo nada sin él; es, ó inútil el obligarse à darle lo que no se le puede reusar, ó temerario el prometerle lo que no se puede executar sin su socorro. No obstante, la Santa Escritura nos enseña, que el prometer, propriamente no pertenece sino à Dios, porque à él solo le pertenece el dar, que asi como nos aparta del mal por las amenazas de sus castigos, quiere tambien excitarnos al bien por la esperanza de sus promesas, y que en fin, es propio de su Grandeza, el hacer ver, que asi como es justo en sus juicios, y santo en sus obras, es tambien fiel en sus promesas. La misma Escritura nos enseña, que le es bueno al hombre dedicarse, y consagrarse à Dios; que el mayor homenaje, que la criatura puede hacerle, es consagrarle su libertad, y obligarse à su servicio, imponiendose una feliz necesidad de obedecerle, y de agradarle, y que esto es tanto mas perfecto, quanto mas se ama la perfeccion, y mas se obliga el hombre à buscarla, y à seguirla.

Sobre este principio caminó Santa Theresa, para unirse estrechamente à Dios por los votos, y por las promesas, que le hizo. Jamás hubo Virgen Christiana, que con tanto empeño se diese à la piedad, ni que tan fielmente cumpliese con ella. ¿Y qué os parece? ¿Comenzaré yo por aquellos votos, que son las reglas de perfeccion, que se imponen los que quieren seguir los consejos del Evangelio? ¿Pues hubo jamás mayor desapego que el suyo à to-

T 2

do

do lo que mira à los bienes del Mundo? Parecióla, que la pobreza no era entera, y perfecta, si no era extrema. La providencia de Dios la parecía, que estaba siempre demasiado pronta para socorrerla: Hacíasele gravosa la caridad de los Fieles, y muchas veces creyò tener mucho superfluo, porque nada la faltaba de lo necesario. ¡ Con qué constancia no fundó ella una parte de sus Conventos, sobre el fondo solo de la providencia! Siempre cuidó de mantener en ellos la disciplina, sin afanarse por asegurarles renta, temiendo mucho menos à la necesidad, que à la abundancia; y elevandose sobre las inquietas previsiones de lo futuro, y las casualidades, que podian suceder, las cuales hacen que se cayga en la distraccion, y en la dependiencia de el Mundo; y que muchas veces se vean los Religiosos abandonados de Dios, porque buscan con ansia los socorros, y las asistencias de los hombres. ¡ Con qué severidad no prohibió, que nada huviese en las fabricas, y edificios de su orden, que oliese à vanidad; deseando por un zelo semejante al de su Padre Elías, que el fuego del Cielo, que algun dia ha de consumir todo este vasto Universo, cayese antes sobre aquellos orgullosos edificios, para arruinarlos hasta los cimientos, y no dejase en las posesiones del Carmelo señal alguna de una grandeza, y de una magnificencia secular! ¡ Quantas veces reusó los bienes de aquellas personas vanas, é indiscretas, que empobrecen sus casas por enriquecer los Monasterios, y dando à los estraños lo que pertenece à su familia, con pretexto de caridad, invierten el orden, y todas las reglas de la justicia! ¡ Con qué confianza, y con qué alegría recibia las doncellas pobres, quando observaba en ellas un sincero deseo de servir à Dios, buscando la edificacion, no la utilidad; examinando la virtud, no los bienes, y los dotes de las que se presentaban! De este modo condenó para siempre aquellas Religiosas interesadas, que desconfiando de la bondad de Dios, hacen una especie de trafico de la Religion, reusando admitir à las Pobres, y pidiendolas muy

ricas, y acomodadas, como si fuese permitido hacer, que las unas pierdan su vocacion, y que la compren otras.

No fue menos exacta su obediencia, que su pobreza. Es defecto comun de la mayor parte de los hombres, y aun mucho mas de aquellos, que se precian de espirituales, abundar en su sentido, y atenerse demasiado à sus propias luces. Cada uno quiere ser devoto segun su humor, y su genio; gustase de caminar por aquellos caminos, que cada uno se ha formado por sí mismo. Este, que es dado à la oracion, se contenta con levantar sus manos ociosas al cielo, y tiene por distraccion à todas aquellas obras de una caridad, que le parece tumultuosa. Aquel, que se ha dedicado à la accion, y al trabajo, mira à la oracion como una diversion, ó recreo del espiritu, y una ociosidad piadosa de aquellas gentes, que no saben ser buenas sino para sí mismas. De este modo, cada uno vive satisfecho de sí mismo; y aunque el animo, que se tiene, es de hacer bien, à lo menos se reserva la libertad de elegir el bien, que ha de executarse. Por el contrario Theresa, toda su perfeccion reduxo à solo el punto de la obediencia. Buscó en su devocion, no lo que la contentaba, sino lo que se le havia impuesto.

Guióse, no por los caminos, que mas la agradaban, sino por aquellos, que Dios la havia trazado, y que sus Superiores la havian hecho conocer. ¿ Es llamada à la contemplacion? Pues toma un rápido buelo, y llega hasta perderse felizmente en el abismo de las grandezas, y de las perfecciones de Dios. ¿ La buelven à llamar de aquellas elevaciones? Pues al punto descende hasta los menores officios de una piedad comun. ¿ Conviene, que aumente sus mortificaciones? Pues redobla su valor. ¿ Es necesario moderarlas? Pues sacrifica su amor proprio. ¿ Quieren, que obre? Pues preparase para el trabajo. ¿ Gustan de que padezca, y sufra? Pues resuélvese à la paciencia. Siempre pronta à quanto se la mande; tranquila en sus ocupaciones; ocupada en su retiro; humilde en las grandes cosas; grande en las

las pequeñas; y juntando sobre todo à la pureza de sus intenciones el merito de la obediencia.

¿Y què diré yo de aquella pureza de intencion, que conservó con tanto cuidado, y tanta precaucion? Despues que se ofreció à Jesu-Christo, nada buscó mas que agradarle. Los menores apegos à las criaturas la parecieron infidelidades, dignas del mas severo castigo. Examinó hasta los mas secretos movimientos de su corazon, y ahogó en él hasta aquellos afectos, que podian parecerle mas inocentes. Tan presto declara, que no ama, ni al mundo, ni á lo que hay en él; que solo Dios es toda su felicidad, y toda su alegria; y que todo lo demás para ella es una cruz. Tan presto hace ver por las reglas de una Santa amistad, que ella misma prescribe, quan lejos està de tenerla en este mundo, sino con el fin de su salvacion, y de Dios mismo. De este modo observa las promesas, que hizo quando Jesu-Christo la eligió para sí, y quando ella eligió à Jesu-Christo para sí misma. Este es el estado de las mas santas almas. Pero esto no es bastante para Theresa; para ella no son mas, que unas obligaciones comunes; la caridad la inspira el mas heroyco, y mas noble desig- nio, que jamás se haya imaginado en la perfeccion Evan- gelica.

Obligóse, pues, por un voto, ó solemne promesa á hacer siempre lo que ella creyese ser mas perfecto, y lo mas agradable á Dios. Sabia muy bien lo que Jesu-Christo nos enseña, es à saber: Que no basta tener una justicia comun, sino que es necesario tener, una que sea abundante. Sabia tambien, que San Pablo nos exorta á dis- ponernos, y caminar con una santa emulacion à los do- nes mas sublimes. Este fue el motivo, por que se obligó á emprender con valor, no solamente lo que la Ley man- da, sino tambien todo aquello, que la caridad sugiere. Penetrada, pues, de la grandeza, y de la pureza de Dios, busca en el culto, que le da, todo lo que mas puede con- tribuir à su gloria. Los consejos, se los hace preceptos; aque-

aquellas practicas de Religion, que son tan superiores à nuestras fuerzas, llegan à ser sus obligaciones, y sus ordi- narios exercicios: Saca de las virtudes christianas todo lo mas noble, y mas perfecto, que ellas tienen: Hace, que llegue su caridad hasta la union intima con su esposo, la humildad hasta el anonadamiento de si misma, la po- breza hasta el entero despojo de los bienes, y del de- seo de poseerlos, la castidad hasta la continua crucifi- xion de su carne, y la obediencia hasta una perfec- ta renuncia de sus voluntades, y de su conocimiento.

¡Que no me sea posible representarosla tal qual era! Grande por sus acciones, mas grande por sus motivos; re- glando su valor, no por las fuerzas humanas, sino por la confianza en la proteccion divina; animandose con las di- ficultades; esperando aun contra toda esperanza; discer- niendo el bien del bien, y la virtud de la virtud, para atenerse siempre á lo mas perfecto; y buscando el distin- guirse en el servicio de Dios por los grandes impulsos, y movimientos de su corazon, y por los actos de una ca- ridad sin medida, y sin limites. No era bastante para ella el aspirar à la perfeccion; quiso tambien obligar á los otros à seguirla, comunicandoles su zelo; y con este de- signio se aplicó à establecer la reforma de su orden, y à reparar las brechas, que el tiempo havia hecho en ella.

Tal es la condicion deplorable de los hombres, aun los mas Santos, que pierden casi siempre de su primera pureza à medida de lo que se apartan de su principio. Ya sea la inestabilidad, ó natural inconstancia del espiritu hu- mano, que siempre està en movimiento, y que no puede softenerse largo tiempo, sin un grande trabajo, en el mis- mo estado de virtud; ya sea el peso de la naturaleza, que por imperceptibles relajaciones camina sin cesar al desor- den; ya sea un juicio visible de Dios, que castiga los descuidos, y las infidelidades de los particulares con el desfallecimiento de la disciplina comun; ó bien sea la

envidia de los Demonios, que gustan de turbar el reposo de aquellas casas de retiro, y de silencio, que son como asilos publicos en donde se salvan las almas elegidas, para caminar por el camino estrecho, y para separarse del contagio, y del comercio del Mundo. Como quiera que sea, el tiempo se lleva tras de sí hasta la fuerza, y el fervor de la piedad, y llegando la caridad à resfriarse en los mas Santos Institutos, y establecimientos, se forma en ellos una mezcla del Mundo, y de la Religion; de la concupiscencia, y de la caridad; de los afectos del siglo, y de las obligaciones Christianas. Demos gracias à Jesu-Christo, porque suscita de quando en quando ciertas almas generosas, que renuevan el fervor de los antiguos Institutos, y los reducen à su primera vocacion, avivando el fuego divino, que el espíritu del siglo tenia en ellos casi enteramente apagado.

Ved aqui, lo que emprendió Santa Theresa. Una obra llena de dificultades, que parecian insuperables. Aquellos que debian asistirla, la resisten: Unense contra ella las potestades temporales, y espirituales: Levantase toda la España: Desacreditanla por todas partes cartas sangrientas, y satyricas: Consideranla como una muger inquieta, y disimulada, que quiere grangearse nombre por una empresa temeraria, y abusar del Publico por apariencias de piedad. Los Politicos se imaginan, que encubre otros designios, cuyo curso es necesario detener, y la hacen un delito de estado de aquel proyecto de Religion. Los Sabios creen hacerla algo mas favor en juzgar, que está seducida por el espíritu del error, y que sin intencion de engañar à otros, sin duda alguna se engaña à sí misma. Los mas piadosos reclaman contra ella. Los Pulpitos, y las conversaciones estan llenos de estas murmuraciones.

Armase la piedad contra la piedad, y el zelo contra la inocencia. ¿Pues qué hará esta grande alma? Nada la acobarda; sufre, espera, adora los juicios de Dios, consulta

sus

sus voluntades, y aguarda los efectos de sus promesas. ¡Feliz Muger, si por sus cuidados, por sus trabajos, y por su misma muerte, puede levantar las ruinas del Carmelo, aquella Montaña tan santa en otro tiempo! ¡Dichosa si puede llegar à ser aquella piedra fundamental, sobre la qual ha de ponerse todo el peso de este nuevo edificio! ¡Feliz, si puede formar esposas fieles para Jesu-Christo, en las quales esté el Mundo crucificado, y ellas lo esten al Mundo, que caminen à paso largo por los caminos de Dios, y teniendo en nada, quanto han andado, no piensen sino en lo que les resta, que andar; que sigan por todas partes al Cordero; ora las lleve sobre el Tabor; ora las lleve sobre el Calvario; que se dispongan à la oracion por la mortificacion; y que mantengan su mortificacion con la oracion; siempre aplicadas à perfeccionarse en su vocacion; regulares por reflexion, y no por costumbre; tan fervorosas al fin, como si no hiciesen mas, que comenzar; tan firmes al principio, como si ya huviese largo tiempo, que estaban continuando; que no desprecien las cosas pequeñas, y que abracen las grandes con valor; y que haciendo todo quanto puedan, se imaginen siempre, que nada han hecho.

¡Quiera Dios, que este fervor de Theresa pase hasta su ultima posteridad! ¡Que el Carmelo, que esta Santa ha cultivado, permanezca siempre verde, y siempre florido à pesar de los Inviernos, y de los yelos de la caridad de estos ultimos siglos! ¡Que sus poderosas intercesiones, y sus exemplos todavia vivos, conserven, y mantengan lo que ha fundado por medio de sus cuidados, y de sus trabajos! Que la gloria, y las riquezas, que ha amontonado en su Casa, no salgan jamás de ella, y que su justicia permanezca hasta la consumacion de los siglos, para que Dios sea glorificado en la eternidad, adonde os conduzca el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.

PANEGYRICO  
DE SAN CARLOS  
BORROMEIO,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de Santiago, junto á la Carnecería, año  
de 1684.

*Suscitabo super oves meas pastorem unum,  
qui pascat eas.*

Yo suscitaré, para conducir mis ovejas, un  
Pastor, que las apaciente: *Dice el Profe-  
ta Ezequiel, cap. 34. v. 23.*



En este modo hablaba Dios por la boca  
de uno de sus Prophetas en un  
tiempo, en que el temor del Se-  
ñor, y el zelo de la Ley de Dios  
estaban casi enteramente borrados  
en el corazón de aquellos, á que-  
nes havia encargado la conducta  
de su Pueblo. *Ay de aquellos*

*Pastores (decia) que abandonan sus ovejas, que se  
alimentan de su leche, que se cubren, y se visten con el  
vellon de su lana, que escogen para si lo mejor, y lo  
mas*

*mas gordo, que hay en el rebaño; y que destinados á  
un ministerio publico, no buscan sino su proprio interés!  
Ay de aquellos, que no defienden á los debiles, que no  
curan, y vizman lo que se ha quebrado, que no bus-  
can las ovejas, que se han perdido, y que llegan á ser  
los tyranos de aquellos, de quienes debian ser Padres!  
Pero del medio de estas amenazas, ó anathemas se levan-  
ta una voz de dulzura, y de esperanza, que dice: Yo me  
estoy preparando un Siervo fiel, y sacaré del seno de  
mi providencia un hombre, que reformará estos abu-  
sos, y que proveerá á todas las necesidades de mi Pueblo.*

¿No os parece, Señores, que esta Prophecía se ha  
cumplido en estos ultimos tiempos, y que Dios, para  
quien todo es claro, á quien todo está presente, y que pe-  
netra la obscuridad de los siglos con un rayo de su eter-  
na luz, ha querido representarnos á este piadoso, y ca-  
ritativo Pastor, á quien destinaba para Reformador, y  
apoyo de su Iglesia? En un tiempo, en que la caridad no  
solamente de muchos, sino de todos estaba resfriada: En  
un tiempo, en que el hijo del hombre no huviera hallado  
fé en Israel: En que las obligaciones de la piedad Chris-  
tiana estaban abolidas, ó despreciadas: En que los vicios  
havian llegado á ser las costumbres de los Christianos; y  
en que afligida la Iglesia, no podia ya mas sufrir sus ma-  
les, y no se atrevia á esperar los remedios: En un tiempo,  
en que los Pueblos desfallecian por falta de instrucciones,  
y de buenos exemplos: En que los Obispos no conserva-  
ban de todas sus funciones, sino la fiereza del mando, y  
del imperio; y en que las recién nacidas heregias se justi-  
ficaban por la corrupcion del Clero, y por los desordenes  
de los Eclesiasticos, y pasaban del menosprecio de los Sa-  
cerdotes de Jesu-Christo al desprecio de su Sacerdocio.

Entonces fue, quando el Cielo hizo nacer á San Car-  
los, para bolver á encender el fuego del Santuario, para  
poner otra vez en su vigor la Ley de Dios, y para reno-  
var su alianza con su Pueblo. Dejose ver en él todo

quanto la Iglesia tiene de grande: Dignidad de Arzobispo, y de Cardenal: Autoridad del Soberano Pontífice Pio IV. su tio, empleos, comisiones, honores, y administraciones de negocios. Vióse en él todo, quanto la Iglesia tiene de Santo: Eminencia de piedad, ardor de zelo Apostolico, y austeridad de vida penitente. Espiritu Santo, que formabais en su corazon aquellos nobles movimientos de una caridad vigilante, ingeniosa, y liberal: Vos, que poniais sobre sus labios aquellas palabras de espiritu, y de vida, que llevaban à lo interior del alma sinceros deseos de conversion, y de penitencia: Vos, que ablandabais á su presencia las durezas de los corazones obstinados, y que humillabais las altiveces de los espíritus soberbios: Vos, que le inspirabais los medios, de que se sirvió, para retocar, y renovar la imagen de la disciplina Christiana semejante á la que havia sido en otro tiempo trazada por la palabra viva, y eficaz de Dios en vuestra primitiva Iglesia: Haced, que siendo yo mismo tocado, y convencido de la relacion, que estoy haciendo de tantas virtudes, excite en mis oyentes un santo fervor, que los haga llegar á imitar tan grandes exemplos. Esto es lo que os pido por la intercesion de Maria; diciendola:

AVE MARIA.

**T**ODO Sacerdote, dicen los Padres, es hecho para el Pueblo. *Todo Pontífice*, (dice el Apostol (a)) *haviendo sido tomado, y elegido de entre los hombres, está puesto para utilidad de los mismos hombres, á fin de conducirlos á Dios*, mostrandoles por sus acciones el camino de la salvacion, si se apartan de él; enseñandoles sus

(a) *Omnis namque Pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in his, que sunt ad Deum.*  
Hebr. 5. v. 1.

sus obligaciones, si las ignoran; instruyendolos en el modo de socorrer á sus hermanos, si los abandonan. Y asi es necesario, que un Pastor Evangelico tenga estas tres qualidades esenciales à su ministerio. Es á saber: *Una vida pura; una sana doctrina; y una caridad fervorosa.* Pero ¿qué Santo poseyó jamás estas qualidades con mayor lustre, y perfeccion, que San Carlos? Miróse por su elevacion, y su dignidad como el modelo de los otros: Consideróse por su dignidad, como el Doctor, y el Maestro de los ignorantes: Contemplóse por sus riquezas, como el padre de los pobres; y para reducir todo mi intento, y todo el caracter de San Carlos á pocas palabras,

Division. { I. Edificó à su Pueblo por sus exemplos,  
II. Lo reformó por su instrucciones,  
III. Lo socorrió con sus limosnas.

Ved aqui todo el plan, y el asunto de este discurso, si me honrais con vuestra atencion.

### PRIMERA PARTE.

**N**O sin razon pedia el Apostol S. Pablo en los Obispos llamados al gobierno de la Iglesia de Dios, por primera, y mas necesaria qualidad, la de *ser irreprehensibles;* (a) y los Sagrados Canones prohibian ordenar á aquellos, que por algun pecado publico, ó por un habito, y serie de mala vida havian escandalizado á sus Hermanos, por mas deseo, que tuviesen de trabajar en su salvacion, y en la conversion de los otros. Querian, que la inocencia fuese el escalon, para subir al Obispado. Temian, que la me-

(a) *Oportet ergo Episcopum irreprehensibilem esse.*  
1. Thim. 3. v. 2.

memoria, y el conocimiento de las flaquezas de los superiores disminuyese el respeto, que se debe tener à la dignidad, y à la persona. No creían, que tuviesen toda la libertad necesaria, para reprehenden à los que cayesen en los mismos defectos, que ellos havian cometido; y estaban convencidos, à que Dios no sufria cerca de sus Altares, ni vida impura, ni reputacion manchada; y que para servir dignamente à la Iglesia, era necesario, que cada uno, segun su estado la huviese antes edificado en alguna manera.

Pues esto es lo que San Carlos ha observado exactamente. La sabiduría, la modestia, y la religion parecian naturales en él. Hacer Capillas, componer Altares, cantar los Canticos del Señor, imitar las ceremonias del Santo Sacrificio de la Misa, eran las diversiones de su Niñez, y los presagios de su piedad. Fueron sus primeros proyectos, disponer asuntos de orden, y de disciplina; y muchas veces se le oyó decir en medio de los inocentes juegos de la infancia: *Mando yo; yo arreglo; yo reformo el Mundo.* ¡O quanta verdad es lo que el Sabio nos enseña, que se conocen los progresos, que ha de hacer el hombre, por las inclinaciones de su niñez! (a) Y quan facil era el conjeturar, que se formaba en él un espíritu noble, capaz de poseer algun dia aquel talento, que se le vió exercer despues, de dár Leyes, de reformar el Clero; de contener la licencia, y la iniquidad; de prescribir limites à las jurisdicciones; de ser el arbitro de los Soberanos en sus diferencias; y de establecer por todas partes la justicia, y la disciplina.

Resuélvese à servir al Altar, y se prepara para ello por medio de los Sacramentos, que son las fuentes salu-

(a) *Ex studijs suis intelligitur puer.* Prov. 20.

dables de las consolaciones de su alma; por la oracion, donde recibe las luces de la verdad; por una pureza probada con las tentaciones de la juventud, y de los primeros hervores de la sangre; por una inclinacion inviolable à las Leyes de la Iglesia; y por una caridad liberal para con los Pobres. Apenas salió de su niñez, quando por una depravada costumbre del siglo se halla cargado de una Abadía, y llega el mismo à ser Administrador de Rentas Eclesiasticas. ¡Con qué gravedad no advierte él à su padre, que no era licito emplear un bien sagrado en usos profanos! ¡Que las riquezas de la Iglesia no debian entrar en la herencia de una familia! ¡Que no era permitido levantar su casa sobre las ruinas del Santuario, y enriquecer sus hijos con los hurtos, que hacen à los pobres!

A vosotros es à quienes yo dirijo este discurso, padres ambiciosos, y avarientos, que por vuestros intereses, y por vuestros negocios procurais beneficios para vuestros hijos, quando apenas tienen uso de razon; que mirais una Abadía, no como una carga grande, sino como una fortuna domestica; que poneis la mano, y la meteis en aquel Sagrado fondo, ó deposito, de donde os parece, que podeis sacar con que mantener vuestro fausto, vuestro juego, y vuestros placeres; que haceis servir el patrimonio de Jesu-Christo à el luxo de vuestras mugeres, y de vuestras hijas orgullosas; que manteneis la ambicion, y la vanidad, y acabo los excesos de vuestros primogenitos, con los ahorros, y economías, y con los beneficios de vuestros hijos menores, y que abusais de los bienes de los pobres, hasta que vuestros hijos esten en edad de impedirlos, quizá por el abuso, que hagan ellos por sí mismos.

¡Con qué sabiduría, y prudencia no manejó San Carlos esta primera renta, que poseía! No permite, que sea confundida con la renta, y hacienda de su padre; no puede

resolverse á confiarla en manos ajenas; aunque fieles; y como ha de ser responsable á ella, quiere él mismo ser el dispensador. Pero á mas se estiende su exactitud. Considera sus obligaciones, y no cree haverse descargado de ellas, con llevar en sus vestidos algunas señales de su profesion; con rezar simplemente algunas tibias oraciones; y entrometerse despues en todas las conversaciones mundanas; y con percibir todos los años las rentas de sus beneficios. Exercitase en las virtudes, y las funciones de su orden, y obliga por sus discursos, y por sus exemplos á sus Religiosos á reformarse, y á vivir en el rigor de su instituto. Dale su virtud, á falta de su edad, toda la autoridad, que necesita para instruir, y niño como es, enseña á los viejos la perfeccion de la vida Monastica.

Tal era la disposicion de su alma, quando de repente le puso Dios á una prueba capaz de trastornar una tierna virtud, y de hacer titubear á la mas firme constancia. ¿Qué os imaginais vosotros, Señores, que sería? ¿Alguna revolucion de la fortuna? Tiene él á Dios, y ninguna accidente le puede abatir. ¿La muerte de un Padre? El Sabio en sus dolores no se aflige con exceso, como hacen los que no tienen esperanza? ¿Los tiros de una sangrienta maledicencia? Yá sabe él, que los que viven santamente en Jesu-Christo, están expuestos á este genero de persecuciones, y de sufrimientos. ¿Alguna enfermedad, que le oprime, y le tiraniza? La imagen de Jesu-Christo patente, que continuamente tiene delante de sus ojos, sostiene, y fortifica su paciencia en los mayores males. ¿Pues qual puede ser esta prueba, á la que tan difícil se le hace el resistir? La prosperidad es quien le aflige. Hallase casi á un mismo tiempo, Cardenal, Arzobispo, primer oficial de la Santa Silla, segunda cabeza del Mundo Christiano, y por decirlo todo en una palabra, sobrino de un Papa.

No es mi animo alabar aqui aquellas elecciones inspiradas por la carne, y la sangre, y no por el Padre Celestial. Bastante ha tenido, que gemir la Iglesia, bajo esta pernicio-

cosa costumbre; y bastantes Cabezas de la Iglesia se han visto cuidadosas, mas de engrandecer su familia, que de estender el Reyno de Jesu-Christo; hacer sentar á sus sobrinos á la diestra de la Santa Silla, sin examinar su vocacion, ni su merito; darles en presa las riquezas de la Iglesia, y afanarse mas por hacerlos herederos de sus bienes, y de su grandeza, que sucesores de su Sacerdocio. No tememos nosotros decir esto en tiempo de un Pontifice, (a) en quien la gracia ahoga los sentimientos de la naturaleza, que á exemplo de Jesu-Christo, no reconoce por parientes, sino á los que hacen la voluntad de su Padre; que no tiene por casa, sino á la Iglesia, que Dios le ha confiado, y que no emplea los thesoros, que Jesu-Christo le ha confiado, sino para gloria de su nombre, y para la defensa de su Imperio.

Pero por intereses de sangre, y de parentesco, que huviese podido haver en la elevacion de San Carlos, aquellas rentas, y aquellas dignidades que recibia, recaian sobre la virtud, y sobre el merito. La providencia de Dios se servía de la ambicion de los hombres, para el cumplimiento de sus designios; y aquel Joven Prelado, rectificando por su piedad, lo que havia de humano en los proyectos, y en los afectos de sus Parientes, hacía por el buen uso de las gracias, que havia recibido, que se les disimulase la precipitacion, con que se le havia colocado en ellas.

Representaos vosotros á un Joven de veinte años, en medio de las vanidades, y de las delicias; renunciandolas valerosamente en una edad, en que las pasiones se desmandan, y se excitan incesantemente por la inclinacion, junto con la facilidad de satisfacerlas; en una Corte, don-

(a) Inocencio XI.

donde se havian introducido, la pompa, la vanidad, y toda la disolucion de las Cortes seculares; en un siglo, en que el vicio havia perdido la cobardia, y la verguenza, que es natural en él; y en el que la virtud pasaba por preocupacion, y por pusilanimidad; en una fortuna, donde huviera hallado bastantes aduladores, y aprobantes de sus propios vicios; bajo el gobierno de un Papa, que le amaba tiernamente, y que ocupado todo de la gloria de su casa, pensaba mas en hacerle grande, que en hacerle santo; y no obstante, lleno del Espiritu de Dios, y fortificado por su gracia, conservar la moderacion en su juventud, la humildad en las alabanzas, la austeridad en las delicias, la piedad, y el afecto à la oracion en el embarazo de la Corte, y la confusion de los negocios, el menosprecio, y la aversion del Mundo entre todo, lo que le puede hacer agradable à los que le aman.

Dios le salva por aquellos mismos caminos, por los quales la mayor parte de los hombres se pierden. Hay virtudes tan delicadas, que no se pueden conservar, sino por las desgracias; humildades, que se perderian, si no fuesen humilladas; regularidades, que se apartarian de el camino recto, si Dios no las pusiese una como muralla, ó seto de espinas, para contenerlas en sus limites; misericordias, que se endurecerian, si no fuesen enternecidas, y ablandadas por la memoria de algunas miserias. En la adversidad el alma enteramente se reune, y se recoge dentro de sí; buscase en la piedad consuelos, que no se podrian hallar en otra parte; y se tiene recurso à Dios por necesidad, quando uno se ha disgustado del Mundo. Pero hay tambien virtudes fuertes, à quienes pone Dios en las ocasiones; que se elevan por sus mismos contrarios; que plantan la Cruz de Jesu-Christo en los lugares mismos, en que el Mundo siembra sus flores. El alma en la prosperidad se halla distraida, y disipada por los objetos; el espiritu, y el corazon ordinariamente se corrompen; y es

como un prodigio de la gracia, (a) el que se conserve en ella la sabiduria, la prudencia, y la humildad. De este modo la grandeza de este Joven Prelado no hace sino aumentar en él el ardiente deseo, que tiene de servir à la Iglesia.

Quando le llevan la nueva de la exaltacion de su Tio al Pontificado, ¿os parece, que dá señales de una vana, è indiscreta alegria? ¿Sale à recoger las aclamaciones, y las alabanzas de el Pueblo? ¿Se deja preocupar su espiritu de ideas agradables de fortuna? ¿Corre por ventura à Roma à establecerse cerca de la Santa Silla, y tomar posesion del credito, y valimiento, que debia tener? No por cierto: Retirase dentro de sí mismo; recurre à los Sacramentos; corre à echarse à los pies de Jesu-Christo humillado en la Eucaristia: Allí es, donde fortifica su espiritu contra las tentaciones del orgullo, y las adulaciones del Mundo. Allí es, donde toma fuerzas, para resistir al torrente de la costumbre: Allí es, donde recoge las gracias, que le sostienen contra el esplendor de los honores, y contra los encantos del deleyte, y de la gloria, que huvieran podido engañarle. ¿Y qual fue su desinterés, y desapego, quando por no retener nada, que oliese à Mundo, deja hasta el nombre, y armas de su casa? Armas que se han puesto sobre los frontispicios de los Palacios, que se han hecho gravar sobre los metales mas preciosos, que se han colocado hasta sobre los Altares, y sobre los tabernaculos de Dios vivo, para consagrar la vanidad, y para eternizar la memoria de los hombres. ¿Qual fue su constancia en la muerte del Conde Federico su hermano, quando brindado por todas aquellas razones, que la sangre, y la naturaleza pueden inspirar à procurar la sucesion, y gozar de

(a) *Tanquam prodigium factus sum multis, & tu adjutor fortis. Psalm. 70. v. 7.*

las esperanzas de una casa , cuya cabeza havia llegado à ser y à la que podia elevar mas por algun illustre Matrimonio, y enlace ; al punto se hizo ordenar de Sacerdote, para imponerse una dichosa necesidad de no poder pertenecer sino à Dios, y recibió por medio de sus ordenes el espiritu del Sacerdocio de Jesu-Christo, que es un espiritu de muerte, y crucifixion al Mundo.

Pero, ¿y qué reflexiones no hizo sobre las dignidades, de que se halló provisto casi contra su voluntad, y á pesar suyo? Si exerce el oficio de Penitenciario mayor, ¿juzga, que estando encargado de los pecados de otros, lo debia estar menos de los suyos propios? Antes cree, que siendo propuesto para la administracion de la Penitencia, debia comenzar á condenarse á ella á si mismo ; y que sobre aquel mismo tribunal, donde él juzgaba á los pecadores, debia ser su propio Juez. Si es Cardenal, considera esta dignidad como una obligacion, que pide tener un zelo de Apostol ; no como una ocasion de presentarse con una magnificencia de Principe. Considera en aquella Purpura, no lo que tiene de comun con la de los Reyes; y Emperadores, sino lo que tiene de particular con la de Jesu-Christo. Aquel color de sangre le advierte deber estar siempre dispuesto á morir por la causa de Dios, ó á lo menos á caminar con mayor constancia, que los demás hombres, por las sangrientas huellas de la Pasion de su Maestro. Si se ve el privado, y el valido del Padre Santo, emplea todo su credito en proteger la virtud oprimida, en poner sobre el candelero el merito desconocido, ó despreciado ; en solicitar la reforma de las costumbres, y la conclusion del Concilio de Trento, cuyas reglas, y constituciones observaba con anticipacion.

¿Quien no sabe las dificultades, y los obstaculos, que impidieron el curso del Concilio? Los intereses de los Reyes, de los Emperadores, de los Papas mismos, los artificios, y las tramas de los Hereges ; los zelos de auto-

ridad inevitables en el concurso de tantas Potencias ; la prudencia de la carne, que está opuesta á la sabiduria, y prudencia de Dios ; el temor, que tenian los Grandes de verse reducidos á la ley, y à la disciplina ; la guerra encendida entre los Principes Christianos ; todo esto havia retardado las decisiones de aquella Santa Asambléa. Pero Dios, que se sirve de los consejos de la politica, de las ambiciones, de los partidos, de las pasiones, y de los enredos, como de otros tantos resortes ocultos, y secretos, para executar los designios de su eterna providencia, permitia estas interrupciones, y estas demóras, para dirigir este Concilio, y hacer que sirviese con mayor felicidad á su fin, haciendole revivir, y como resucitar en el tiempo de San Carlos, para que el Mundo Christiano tuviese à un tiempo, asi la idéa, como la practica de la reforma.

Congregados, pues, los Padres en Trento, bajo las ordenes del Soberano Pontifice, daban reglas para bien vivir, y San Carlos en Roma, y en Milán daba exemplos de una santa vida. Mientras aquellos desde alli daban lecciones de reforma á los que querian abrazarla ; este Prelado, reformandose èl mismo, quitaba todos los pretextos á los que la reusaban : Los unos mostraban, que era justo ; y el otro hacia ver, que era posible el vivir en la severidad de las disposiciones Canonicas. El Concilio combatía la Heregía, y la depravacion de las costumbres por sus decisiones, y por sus Cánones : San Carlos la combatía por sus ayunos, por sus oraciones, y por el exemplo de una vida penitente, y austera : Haviale Dios elevado como una guía, ó señal para todos los que querian seguir la reforma de sus costumbres, y de este modo la propuso á su Pueblo por sus instrucciones.

## SEGUNDA PARTE.

ASI como la gloria, y la belleza de la Iglesia consiste en el orden, y en la disciplina de las costumbres de los fieles, así tambien la principal función de los que la gobiernan consiste en conducir á los Christianos á la observancia de la Ley de Dios, y á la práctica del Evangelio. Pero como la corrección, y la censura suponen la instrucción, y la doctrina, es necesario, que el hombre Apostolico tenga el espíritu ilustrado, y que él illustre al espíritu de los otros; que esté lleno de las verdades, que ha de anunciar, y que para destruir la impiedad, disipe antes la ignorancia.

Esta fue toda la aplicación de San Carlos. Luego que Dios le llamó al gobierno de la Diócesis de Milán, consideró bien sus obligaciones, y resolvió cumplirlas; recibió la dignidad, y no se deslumbró con su resplandor; vió el trabajo, y no se desmayó. Hacía ya mucho tiempo que aquella parte de la Italia era el teatro de una guerra sangrienta, y porfiada, entre dos Principes igualmente poderosos, y ambiciosos, que arrastraban toda la Europa á sus dos partidos, y que tan presto vencedores como vencidos, habían assolado esta desgraciada Provincia, que no solamente había sufrido todos los males, que produce la guerra, sino que también había tomado todos los vicios de las naciones, que se la hacían. Haviase derramado por ella todo quanto las armas tienen de cruel, de injusto, y de violento; y los malos exemplos de los Soldados habían llegado á ser las costumbres de los Ciudadanos. Yá no había en ella equidad en los juicios, buena fé en el comercio, fidelidad en los Matrimonios, concordia entre los habitantes, amistad entre los vecinos, respeto á las leyes, poco conocimiento de la Religión, y casi nada de práctica de piedad era lo que había.

Pa-

Para remediar tantos desordenes, era necesario un hombre de una virtud singular, de un valor invencible, de una dignidad eminente, que fuese capaz de atraer las almas al bien, por la dulzura de sus exortaciones, y de inclinarlos á él por la severidad de la censura, y por la fuerza del exemplo. Tal era San Carlos, á quien Dios había elevado á los primeros puestos de su Reyno, para que su virtud tuviese mayor esplendor, y mas eficacia para la conversión de los pecadores, y para la reforma de los fieles. Consideróse como un obrero enviado del Padre de familias, para desmontar aquella tierra inculta: Creyó que Dios le había puesto en ella, como al Profeta, para arrancar, para destruir, para disipar, para edificar, y para plantar; (a) y buscó en la raíz de los males, que veía, los remedios para curarlos.

Havia dado ocasion á estos desordenes la ausencia, y retiro de los Pastores; y así emprendió el repararlos por una exacta residencia. Las Iglesias estaban despreciadas, ó ignoradas; los Obispos de aquellos tiempos, ó hacían la corte á los Principes por ambición, ó se la hacían hacer á sí mismos por orgullo. Gozaban de un infeliz reposo en medio de la abundancia, y de las riquezas, que acompañan á su dignidad; y dejando á sus rebaños errantes, y fugitivos, al arbitrio de sus deseos, hacían de el Obispado (contra todas las reglas de la Religión) un honor sin carga, y un ministerio sin trabajo. Los Pueblos no estaban, ni instruidos, ni consolados, y yá hacía mas de quarenta años, que Milán no había visto á ninguno de sus Arzobispos. Dejemos sus cenizas en paz, y no ultrajemos su memoria. Pero por virtuosos que fuesen por otra parte, ¿de quantos pecados serian complices?

Quiere San Carlos reparar la disciplina por su vigilancia,

(a) Jerem. I. v. 10.

cia. Pero ¡ay de mi! ¿Le faltarian pretextos especiosos, y aun razonables para dispensarse de ello? ¿La costumbre no huviera por sí justificado su ausencia? ¿Su credito, y reputacion para con la Santa Silla, no parecia, no solamente util, sino tambien necesaria para el bien de toda la Iglesia universal? ¿El desorden de la disciplina de su Diocesis no le huviera suministrado bastantes negocios, que solicitar en la Corte de Roma? ¿No se necesitaba tambien en ella del exemplo de su piedad, y de su modestia en el tiempo de correccion, y de reforma? ¿El Papa no le havia suplicado infinitas veces, que le descargase de una parte del peso de los negocios, y que le ayudase à llevar la carga del Mundo Christiano? No obstante, nada le detiene, no aguarda à que un importuno remordimiento despierte, en fin, su conciencia, ó que bajando un precepto expreso del Principe à favor de la Ley de Dios, le embie contra su voluntad à su Diocesis. No, no, Señores, él sabe muy bien la indispensable obligacion de vivir en el empleo, en que la Providencia de Dios le ha colocado; sabe, que el Obispado es un oficio de solicitud, y de trabajo; sabe, que un extraño no tendrá, ni su ternura, ni sus entrañas; y que (segun San Pablo) se pueden tener muchos Maestros en Jesu-Christo, pero no muchos Padres: Y en fin, sabe la impresion, que hace sobre sus ovejas la voz del bueno, y verdadero pastor, y los frutos, que produce la palabra de Dios, quando él mismo la pone en la boca de sus Ministros Evangelicos.

*Luego que la plenitud de los tiempos se cumplió, y que llegó el orden señalado en los Decretos eternos, para obrar la salvacion de los hombres, Jesu Christo; (a) bajando del seno de su Padre, donde habitaba en sus laces eternas, vino al Mundo, para conversar con los pecadores, à quienes queria salvar, y con los enfermos*

(a) Galat. 4. v. 4. & 5.

à quienes queria curar. Carlos, à exemplo suyo, baja del Trono de su Tio (que repartia con él, no solamente los cuidados, sino tambien los honores del Pontificado) y deja, digamoslo asi, el seno de su gloria por venir à instruir, y convertir las almas, que Dios ha puesto à su direccion, y gobierno. No se contenta con embiar Obreros, vá él allà por sí mismo, à recorrer aquellos Lugares incultos, y Desiertos salvajes. ¿Qué Parroquia havia, que no huviese visitado, instruido, arreglado, y socorrido? ¿Qué peñasco tan inaccesible, adonde él no huviese subido con el sudor de su frente, y de su rostro, para llevar la semilla del Evangelio? ¿Qué valle tan profundo, adonde él no haya bajado por entre las nieves, por los torrentes, y por los precipicios, mortificado por sus ayunos, fatigado por sus predicaciones, sostenido por su caridad, y por su zelo?

Alli fue, donde abrasado del amor de Dios, armado de la espada de su palabra, hizo retirar los errores, y las profanas novedades, que iban à introducirse en su provincia. Representaos, Señores, à aquel Angel encargado de la guarda, y custodia del Parayso Terrenal, tal como nos lo describe el Espiritu de Dios, en el Libro del Genesis, con una espada de fuego, que se vibraba, y bolvía à una, y à otra parte, (a) para impedir à la culpable raza, y descendencia el entrar en aquel lugar de pureza, y de inocencia, donde el hombre havia hallado su felicidad, y donde Dios mismo tenia sus delicias. Pues de este modo apareció San Carlos sobre los confines, y limites de su Diocesis. La heregia, despues de haver asolado la Francia, y la Alemania, se esfuerza para entrar por una, y otra parte de los Alpes. No pueden aquellas

(a) *Flammeum gladium, atque versatilem.* Genes. 3. v. 24.  
Tom. 2. Y

inaccesibles Montañas detener la violencia de su curso. Todo está à favor de su designio: La ignorancia de los Sacerdotes, la groseria de los Pueblos, la malicia de los tiempos, los vestigios, que havia dejado la heregia de los vacios, con que se halla al pasar por este pais; y sobre todo, las malas costumbres; que son disposiciones para malas creencias. Introdúcese por los estrechos, ó gargantas, llega en fin hasta las cumbres de las montañas, para precipitarse despues en aquellas dichosas campiñas, donde la fé de los Bernabés, y de los Ambrosios estaba todavia en su pureza, y para ir á arruinar, si huviese podido, aquella Ciudad Santa, en que Jesu-Christo ha puesto el centro de la Religion, y el Trono de su Iglesia.

¿Y qué hace San Carlos? Toma en la mano la espada de la palabra de Dios, que es espada cortante de dos filos; armase de todo el ardor de su zelo, y defiende con una vigilancia increíble las entradas de su Diocesis. Tan presto hace retirar á aquel hombre enemigo, que viene de noche á sembrar la zizaña en el campo, que Dios le dió á cultivar: Tan presto arroja de él á aquel corrompedor, que viene à autorizar abiertamente las relaxaciones, é introducir con el error el libertinaje. Confunde unas veces à la vanidad, que quiere mostrar su espíritu en sostener una mala doctrina; otras veces contra la curiosidad, que presta el oído á peligrosas persuasiones; escribe, para refutar á los unos, y predica, para asegurar à los otros. Triunfa la fé, brama la heregia, y se le acaban (aunque rabiando) sus desgraciadas conquistas sobre los últimos terminos de su Obispado.

Ni mostró menos aplicacion en arreglar lo interior de su Diocesis, y en restablecer la disciplina. Comenzò por la instruccion, y por la reforma del Orden Eclesiastico; para renovar el rebaño, creyó, que era necesario renovar los Pastores, y realzar el honor, y las funciones del Sacerdocio. Bien sabeis vosotros, Señores, que las costumbres de los fieles ordinariamente dependen de las cos-  
tum-

tumbres de los Eclesiasticos, que los gobiernan; y que es mucha verdad, lo que decia el Propheta, que *qual es el Sacerdote, tal es el Pueblo.* (a) Como naturalmente se tiene inclinacion à obrar mal, es muy facil justificarse del mal, que se hace, por el exemplo de aquellos, que deben ser modelos de los otros. Pierdese el temor de ser reprehendidos, de los que están destinados, para corregirnos, quando caen en los mismos defectos, que nosotros; y se cree uno descargado de las obligaciones de la Religion, quando los que la predicán, y los que la enseñan, la desprecian, ó la desacreditan.

Juzgad, pues, Señores, del desorden de los Pueblos por el del Clero, en lugar de Pastores no havia casi sino mercenarios. El Sacerdocio havia llegado à ser una Dignidad mundana en los grandes, ò un oficio en los pequeños. La avaricia les parecia una loable prevencion, el juego continuo un inocente pasatiempo, la pereza un decente descanso á su profesion, el concubinato un remedio contra el adulterio: Su groseria, y rufficidad havia llegado hasta creerse dispensados de confesar sus pecados; porque oían las confesiones de los otros. No querian, ni saber la Ley de Dios, ni practicarla, y dejaban en duda à los buenos, que gemian estos desordenes, qual de los dos extremos era el mas vituperable, el desorden de las costumbres, ó la ignorancia de sus obligaciones.

Pero lo que havia mas deplorable era, que aquellos vicios eran inveterados, y que si no era permitido sufrirlos, tampoco era casi posible corregirlos, y enmendarlos. Por eso fue mayor el trabajo de San Carlos. Oíd, hermanos míos, y temblad aqui conmigo: Quando las personas consagradas á Dios han quebrantado las reglas de su profes-

(a) *Et erit sicut Populus, sic sacerdos.* Isai. 24. v. 2.

fesion, su conversion es casi imposible. Ellos están mas instruidos, y por consiguiente son mas culpables. Sus pecados son mas escandalosos, y por consiguiente mas difíciles de reparar: Havian de hacer respetar la Religion, y la desprecian, y hacen menospreciarla á otros; están mas obligados à caminar ácia Dios, y estan mas tocados de una ceguedad mayor, quando tanto se apartan de él. En efecto: ordinariamente se ve muchas veces, que las gentes mundanas por la misericordia de Dios buelven de sus desvarios; pero los malos Religiosos, y los malos Sacerdotes necesitan de un golpe de su Mano Omnipotente, para convertirse.

Y asi nada olvidò San Carlos, para reformarlos, y para instruirlos, exhortaciones, reprehensiones, predicaciones, Synodos, y Conferencias. ¡Con qué eloquencia no les mostró, que era necesario entrar en la Iglesia por medio de una vocacion divina, y no por motivos, y fines interesados! ¡Que el Sacerdocio de Jesu-Christo no es un titulo de ociosidad, sino un ministerio de cuidado, y de trabajo por el Evangelio! ¡Que para hacer venerable su dignidad á los Pueblos, la debian respetar primero ellos mismos; y que en vano emprenderian reconciliar à los otros con Dios, si ellos mismos no lo estan bien con él; y si, como son los Sacrificadores de Dios vivo, no son tambien sus víctimas!

¡Con qué fuerza no les enseña, de quanto precio, y consecuencia es la salvacion de una alma rescatada con la sangre de Jesu-Christo; qué rastra ordinariamente, trae consigo la vida escandalosa de un mal Sacerdote; de qué valor, y estimacion son los mysterios, que Dios ha puesto en sus manos, para ser los fieles dispensadores de ellos; qué cuenta havian de dár al Soberano Juez de las almas, que se les havia encargado; qual debe ser la pureza de un hombre, que toma en sus manos, que consagra, que reparte, y que recibe todos los dias el Cuerpo, y Sangre de Jesu-Christo! ¡Con qué eficacia no les

enseña, que las rentas de sus Beneficios, no están instituidas, para mantener á sus parientes, ò para engrandecer su familia; que están marcadas con el sello de la Cruz, y de la caridad de Jesu-Christo; que asi como vienen de las limosnas, se deben convertir en limosnas; que no es permitido hacer de ellas dispendios, ó adquisiciones, y emplear en usos profanos el fruto de la piedad de los fieles!

Ganalos, pues, por su dulzura, y los reduce por su paciencia. Si predica, todos sus oyentes se compunguen, y derraman lagrimas; si escribe Cartas Pastorales, se podia decir, que era la caridad, quien se las havia dictado: Si corrige, mueve los corazones sin contristarlos; ó si los contrista, es para la conversion, y la penitencia: Si castiga, se descubre por entre una severidad justa, una ternura paternal. No obstante, nada tiene de debil esta bondad; y el zelo tomó, quando fue preciso, el lugar de la paciencia. Bien lo experimentó Roma solicitando cerca de la Santa Silla, la reforma de los Grandes, y bolviendo (digamoslo asi) la espada Apostolica contra las inveteradas concupiscencias de la Corte. Vióle Milan con el rayo en la mano, quebrantar el orgullo de sus Gobernadores, quando se atrevieron á oponerse à la justicia, ò á violar los derechos de la Iglesia. ¿Quantas veces no hizo retirar de los Altares à los Sacerdotes, que escandalizaban la Iglesia de Dios, y que obstinadamente se resistian à la disciplina? ¿Quantas veces (á exemplo de Jesu-Christo) tomando el latigo en la mano echò del Templo á los que hacian de la Casa de Dios una Cueva de Ladrones, ò una casa de trafico, y comercio? (a) ¿Quantas veces encendió, y avivó el fuego de su zelo contra aquellos, que abrasandose con el fuego de sus pasiones se

atre-

---

(a) Joan. 2. v. 14. 15. & 16.

atrebian á acercarse à los Altares, y llevar delante de Dios inciensos agenos de aquel lugar, y fuegos profanos.

Pero no llega á usar de este rigor saludable, sino despues de haver agotado todas las astucias ingeniosas de la caridad. ¡Quantas lagrimas no havia él derramado, para apaciguar la ira de Dios, y para alcanzar la conversion de sus hermanos! ¡Quantas noches no havia pasado embuelto en un saco de cerdas, y en un cilicio, poniendose en el lugar del pecador, y encargandose delante de Dios de su penitencia! ¡Quantas veces havia opuesto su liberalidad á su avaricia, su moderacion à sus violencias, su pureza á sus excesos, y liviandades! ¡Quantas persecuciones, y trabajos no padeció él por la Justicia! Tienen à su exactitud por una severidad indiscreta; echanle en cara, que introduce novedades, y que impone à su Pueblo un yugo insoportable. Los Predicadores le desacreditan publicamente en los Pulpitos: Sus acusadores, para bolver por su credito, hacen censurar uno de sus concilios Provinciales; los Sacerdotes, por defender sus pretendidas inmunidades, hacen, que llueva una nube de golpes sobre una cruz, que llevan detras de él, y que le sirve de broquél, ó escudo en esta ocasion: Un Religioso, ò por mejor decir un Demonio, á vista de los Sagrados Altares en un tiempo de recogimiento, y de oracion, en su propria Capilla dispara contra aquel sagrado corazon sus homicidas, y matadoras armas. ¡Pero á donde no penetra, y á qué no se atreve la impiedad, quando se la quiere reducir à la disciplina? ¿Qué digo yo? El Angel, que velaba en su conservacion para dicha de la Iglesia, detuvo el tiro: *El fuego* (como dice la Escritura) *olvidò su fuerza, (a) y perdiò su virtud en favor de*

(a) Sap. 16. v. 18.

de este justo; y aquel terrible, y fatal plomo, sin hacer efecto, fue à caer á los pies del Santo Arzobispo.

Mas todos estos obstaculos los supera, y vence con una firmeza, y una inmutabilidad de espiritu admirable. Pudierase haver dicho, que Dios le havia hecho una columna de hierro, y una muralla de bronce, para resistir à todos aquellos, que se havian de oponer al designio, que tenia formado de restablecer la penitencia. Hace Dios, que su Iglesia tome por medio de sus cuidados nuevo semblante. Los Religiosos, que antes no tenian mas, que el hábito de la Religion, que profesaban, bolvieron à tomar el espiritu de sus primeros Padres, y Fundadores. Las Casas Religiosas, y Virgenes Christianas, que antes estaban sin clausura, y sin regularidad, llegaron à ser unos jardines cercados, y unas fuentes selladas por la guarda, y custodia del Divino Esposo. Los Sacerdotes, que havian despreciado la gracia de su vocacion, y havian servido de escandalo à sus hermanos, llegaron à ser los instrumentos de su conversion en las manos de San Carlos. Poblaronse los Seminarios de una nueva casta de obreros Evangelicos, que encendieron el fervor de la piedad en toda la extension de su Diocesis. Bolvieron á entrar las ovejas en el redil; los niños fueron ilustrados, è instruidos en las verdades Christianas, el Pueblo llegó à ser sabio, y piadoso, como el Sacerdote; el luxo fue abolido; las malas costumbres como arrancadas de raíz; la nobleza bolvió à entrar en la piedad, los subditos en la obediencia, los Superiores en la caridad, los criados en la fidelidad para con sus amos, y todo el Milanés llegó à ser una nacion santa, un Sacerdocio Real, un Pueblo de adquisicion, por los cuidados, y por los trabajos de su Arzobispo.

¿Y de qué os parece que alimenta estas almas así dispuestas? ¿Es acaso de aquellas devociones superficiales, que reprimen en lo exterior algunos ayres mundanos, pero dejan en el corazon la libertad de sus deseos? ¿Es por ventura, de aquellas sutilizadas espiritualidades, que se exal-

lan

lan en pensamientos frivolos, y en mysticas expresiones? ¿Es de aquellas doctrinas, y de aquellas tradiciones humanas, que acostumbra à escusar, y à sufrir los pecados, y no à combatirlos? No por cierto; alimentados de la antigua verdad de la Iglesia. Supo muy bien discernir, y desenredar, lo que un uso vano ha introducido entre los fieles, de lo que la doctrina pura de los Santos havia establecido en todos los siglos, y remontandose hasta aquellas primeras fuentes, que han esparcido las aguas de la verdad en el Christianismo, para hacerlas que corriesen de nuevo sobre su Pueblo, tomó por regla del gobierno de su Iglesia à la Iglesia misma, y à las santas constituciones, que ha establecido en sus antiguos concilios; y que ultimamente ha renovado en el de Trento. ¡ Con qué cuidado no las hizo executar en su Diocesis! Por ellas hizo reflorcer la penitencia: Por ellas, como que bolvió à plantar la Religion en los corazones, y bolvió à poner à los Altares en su antigua veneracion, y el Sacerdocio en su honor, y dignidad; por ellas despertó el zelo de los Pastores echados à dormir, y formò tan buenos Prelados, y tan Santos Sacerdotes, que quieren trabajar à todas horas en la viña del Señor.

Pueblos Christianos, ora sea de la Ciudad, ó de la campaña; no digais yá, que careceis, ni de instrucciones, ni de exemplos. No escuseis mas vuestra ignorancia con la de los Eclesiasticos, que os gobiernan: No tomeis ya por pretexto de vuestras durezas, à su avaricia: No busqueis mas, para autorizar vuestra desidia, à su ociosidad. San Carlos los ha corregido ya de estos defectos, acusaos à vosotros mismos de la aversion, que teneis à curaros, y de la pereza de acudir al Medico; del poco aprovechamiento que haceis del Evangelio, que se os anuncia; del poco cuidado, que teneis, de escuchar los consejos de los Ministros fieles de Jesu-Christo. San Carlos alimentó à su Pueblo con estas mismas verdades, pero aun le alimentó con sus limosnas; y esto es lo que me resta que probaros.

TER-

## TERCERA PARTE.

Ninguna cosa hay tan propria, y conveniente à los que Dios ha elevado à la dignidad de su Sacerdocio, como la misericordia, y la liberalidad para con los pobres. Ellos son Ministros de la Iglesia, y deben tomar sus costumbres, y gobernarla segun su espiritu. La Iglesia ha nacido en la pobreza de Jesu-Christo, y ella misma ha dicho por la boca de sus primeros Padres, *que no tenia oro, ni plata.* (a) Sus riquezas son su fé, su paciencia, sus Sacramentos, sus verdades, y sus esperanzas eternas. Y asi es obligacion de los Sacerdotes de Jesu-Christo, y aun mucho mas de los Obispos, hacer de los bienes espirituales, como un fondo natural de su ministerio, y mirar los bienes temporales, como un fondo extraño, y ageno, que no está en sus manos, sino para pasar de ellas à las de los pobres. Además de esto, tienen el lugar de Jesu-Christo entre los fieles, y por consiguiente deben conformarse con sus exemplos. Pues Jesu-Christo nos lo ha dado todo, y se ha dado él mismo à nosotros: Ha venido à consolar los desgraciados, à curar los enfermos, y aliviar à los pobres: Ha dado de quando en quando señales de su grandeza, pero no ha cesado de mostrar su bondad.

Aquellos, pues, que son los Gefes, y cabezas de la Religion, deben representarle, no tanto imitando su autoridad, como exerciendo sus misericordias; porque en vano se gloriarán de ser los sucesores de su poder, si no lo son de su caridad. Por otra parte, los Obispos son propriamente los Padres de los Pueblos; no solamente para instruirlos, sino tambien para alimentarlos. La Providencia

(a) *Argentum, & aurum non est mihi.* Actor. 3. v. 6.  
Tom. 2. Z.

cia Divina ha querido, que estas mismas limosnas, que se dan para rescatar los pecadores, y satisfacer por los pecados, sirvan para aliviar las miserias: Que los mismos Ministros, que le ofrecen el sacrificio, esten empleados en distribuir à los pobres las ofrendas de los fieles: Que despues de haver dispensado el Cuerpo, y Sangre de Jesu-Christo al pie de los Altares, vayan à derramar sus propios bienes à los Hospitales; y que con la misma mano, con que echan la bendicion al Pueblo, le asistan en sus necesidades, porque estos dos officios salen de un mismo fondo de caridad; y ninguna cosa dispone tanto à los hombres, à aprovecharse de los bienes espirituales, que se les presentan, como este cuidado de asistirlos en sus necesidades temporales.

Sobre estos principios de Religion fue sobre los que San Carlos emprendió asistir à los pobres. Era este Santo uno de aquellos *hombres de misericordia* (como dice la Escritura) *cuya piedad fue inagotable.* (a) Pudierase haver dicho, que Dios por sí mismo le havia enriquecido, para hacer ver, hasta donde puede llegar la liberalidad Christiana. La fortuna de sus Abuelos, la herencia de sus Padres, el favor de un Pontificado, herencias, dignidades, beneficios, Principados, grandezas del siglo, y de la Iglesia, todo se ha reunido en su persona; y con todo eso, ¿qué uso hace él de sus bienes? Entrad en su Palacio; sola su antigüedad le hace venerable, y nada vereis en él de grande, mas que la virtud del Arzobispo, que le habita. Mirad esas paredes; no es el oro, ni la plata quien las cubre, la imagen de Jesu-Christo crucificado, y las señales de su passion son las que están pintadas en ellas por todas partes, y no puede la vista emplearse en otra cosa, que en objetos de penitencia, y de devocion.

Con-

(a) Eccli. 44. v. 10.

Considerad su mesa, nada huele en ella à delicadeza, y no sufre, que se le ponga mas de aquello, que basta para el socorro de la necesidad de la naturaleza; ó para una frugal hospitalidad. Ved su tren, y no advertireis tropas de criados, ó de cortesanos, que le rodean; es la humildad, la caridad, la modestia, y un tropel de virtudes Christianas, quien le acompaña. Abrid, si quereis, sus cofres, y no hallareis en ellos, ni fondos, para proveer à su vanidad, ni ahorros, para contentar à su avaricia. ¿Pues donde esconde sus tesoros? En esos Hospitales, donde nada falta, y donde la pobreza por sus beneficios llega à hacerse opulenta: En esas casas, adonde su caridad curiosa vá à descubrir las miserias, que oculta la vergüenza: En esos Monasterios, que él ha fundado para la seguridad, y para la educacion de las doncellas Christianas; En esos refugios, donde la castidad está defendida de las tentaciones, y de la indigencia: En esos Seminarios, donde se sustentan, y à un mismo tiempo se instruyen Sacerdotes, que no eran ignorantes, sino porque tenian la desgracia de ser pobres.

Este fue el empleo, que hizo de sus riquezas. ¿Y os le representaré yo aquí, tan presto en medio de un tropel de mendigos distribuyendo el pan de la palabra de Dios con el alimento corporal, aliviando su miseria por su caridad, é inspirandoles la paciencia por medio de sus palabras? ¿Os le representaré humillado delante de los pobres, sirviendolos en sus necesidades, contolandoles en sus males, curando sus llagas, y bajandose à los ministerios mas humildes de la misericordia Christiana, sin atender à sus propias enfermedades, y à su delicadeza natural; y sin temer el poner à los pies de los pobres de Jesu-Christo aquella purpura, que apenas se humilla delante de las testas coronadas, y de las cabezas soberanas? ¿Os le representaré visitando su Diocesi, y dejando en todas partes, por donde pasaba, vestigios de sus compasiones, y de sus beneficios; dando à unos con que suplir la esterilidad de sus

Países, à otros con que reparar las desgracias de la fortuna; proveyendo para la vocacion de esta, y para el dote, y Matrimonio de aquella?

Pero no digamos cosa, que no sea muy singular en elogio de un Santo tan grande. Apartense de aqui avergonzadas aquellas personas circunspectas, y economicas, que han recibido mucho, y que dan poco; que cuentan con Dios, y con los pobres, y derraman sus consolaciones gota à gota, como dice el Propheta, y ansiosas del dia de mañana (contra las reglas del Evangelio) y temiendo siempre empobrecer, desconfian de la providencia de Dios, y no exercitan, sino con repugnancia, su misericordia. No hablamos menos con aquellos, que en el orden de una justicia comun, guardan una honesta proporcion entre sus bienes, y sus limosnas; que dan à los pobres todo quanto pueden cercenarse razonablemente à si mismos; y que queriendo cumplir con la ley de Dios, pero no aspirando à la perfeccion Evangelica, se consideran à lo menos como los primeros pobres, reservan para si aquello, que de derecho creen que les pertenece, y distribuyen en limosnas lo que sobra à sus comodidades; ò quando mas, de sus necesidades particulares.

Pero San Carlos estiende à mas su caridad. Distribuye à manos llenas, y por todas partes, y su izquierda no examina lo que hace la derecha. Le parece no haver hecho todo el bien que debe, si no hace todo el bien que puede; y la medida de su liberalidad es la de sus bienes, y de su amor paternal para con sus Pueblos. Por nada cuenta, quanto hace en la distribucion de sus riquezas; cree, que los pobres tienen necesidad de todo, y que él jamás tendrá necesidad; y no contento con ser liberal, llega à ser santamente prodigo. Veinte mil escudos dados de una vez, no era mas, que una de sus limosnas; quarenta mil escudos de oro dados en un dia, no eran mas, que una de sus buenas obras. Corre como un rio su caridad en las aflicciones comunes, y en las escaseces extraordinarias.

Es

Es una fuente, que se derrama enteramente, y que no solo riega algunas tierras estériles, y secas, sino que inunda toda la Provincia. No sabe escasear, ni repartir con economia sus bienes, quiere, que toda su Diocesis goce de ellos à un tiempo; y que todos aquellos, à quienes la Providencia Divina ha puesto à su cargo, lleguen à ser santos; y no sean infelices, ni miserables. Para esto no bastan sus beneficios, vende hasta su Patrimonio, y se despoja de su Principado de Arona.

Por lo que toca à las rentas Ecclesiasticas, ¿quien no sabe, que estos son bienes consagrados à Dios, en los quales tienen los pobres su porcion, y su herencia? No se puede disiparlos, y mal gastarlos, sin remordimiento de la conciencia: Por dureza que tengan los que las poseen, la conciencia arranca de quando en quando alguna parte à la codicia, y es necesario haver perdido, no solamente la caridad, sino tambien el pudor, para no asistir al proximo en las necesidades extremas. Mas por lo tocante al Patrimonio, este se quiere para sí; ciertos respetos de familia, ciertos instintos de amor proprio hacen, que se tenga à ello algun apego: Conservase con cuidado; aumentase con placer; defiendese con calor, quando se le quieren disputar; dae todo lo demás para restaurar, lo que se ha perdido; mirasele como al fruto del trabajo, y de la industria de sus Padres, y como un fondo de Justicia, que nada debe à la caridad.

De otra manera bien diferente piensa San Carlos: Cree, que todo le pertenece à Dios, y que no puede hacer cosa mas gloriosa en memoria de sus Padres, que ofrecer à Dios en los pobres todos los bienes, que le dejaron. Jesu Christo es su Padre, la Iglesia es su Madre, sus Pueblos son sus hijos, su Diocesis es su familia, y los pobres son sus herederos. Dales su casa, y las riquezas, que les pertenecen. La ambicion, y la vanidad han hecho, que los Reyes de la tierra diesen Ciudades, y Reynos, que havian tenido la dicha de conquistar, y que no havian

te-

tenido fuerzas para gobernarlos; y la caridad, mas generosa, obliga à San Carlos à dar un Principado: Feliz en haverle tenido por su Señor; y mucho mas feliz por haverle cedido à Jesu-Christo en sus pobres. Pero si es tan liberal de los bienes de su casa, ¿qué uso pensais vosotros, que hizo de los bienes de la Iglesia? ¿Se reservó él, por ventura, la menor parte, no digo yo para sus vanidades, para sus placeres, ó para sus comodidades; pero ni aun para sus necesidades; y no como quiera necesidades, sino para sus necesidades urgentes? ¿Juzgó acaso, que sería necesario sostener su Dignidad por el fausto, y la opulencia? ¿Distinguió en sus rentas, aunque grandes, la porcion del Obispo, y la de los pobres? Yo bien sé, que los bienes, aun los temporales, no dejan de ser necesarios, à los que están puestos en los primeros ministerios de la Iglesia, para conservar la decencia de la Dignidad; para hacer mas venerable su autoridad à los ojos de los Pueblos; para contener en las ocasiones à la insolencia, y à la impiedad; para mantener la disciplina, y el orden de la jurisdiccion espiritual. Pero, y quan dificultoso es, que con el pretexto de estas decencias, ó razones de estado no se violen las esenciales leyes del Obispado; que queriendo partir con los pobres, no se les cercene una parte de lo que les pertenece; que no se defraude à la caridad, lo que se dá à la razon, y à la costumbre; y que no se haga servir à la vanidad del Ministro, lo que no debía emplearse, sino en honor del ministerio.

Bien lejos estaba de caer en este desorden San Carlos. Temiendo no dar bastante, lo dá todo: Por el temor de no tocar, à lo que pertenece à los pobres, les dá lo que es suyo; por miedo de retener algo superfluo, hurta á su Dignidad todo aquello, que le era necesario à los ojos del Mundo; cree, que un Obispo debe hacerse venerable, no por la magnificencia de su tren, ó por el esplendor de su Dignidad; sino por el exercicio de la caridad, y por las funciones de su ministerio. Esta fue toda su gloria;

y.

y há mucho tiempo, que la Iglesia no ha visto cosa mas grande, que un Arzobispo, un Cardenal, un sobrino de un Papa de riquísimo, que era, haver llegado à ser muy pobre; no por gastos locos, y superfluos, sino por una santa profusion de todos sus bienes por Jesu-Christo, y por sus pobres.

¡O qué grande es nuestro Santo, quando despues de haver trabajado todo el dia en la viña del Señor sin descansar, *llevando el peso del dia, y del calor*, (a) apenas halla, quando buelve à su casa un pedazo de pan para reparar un poco sus fuerzas, y conservar para el dia siguiente un residuo, ó reliquia de su trabajada vida! ¿Qué grande es, quando despues de haver dado los muebles de su casa, y hasta los ornamentos del Altar; y de haverse reducido á un Roquete de tela gruesa, y à un Baculo de madera tosca, dà à la Iglesia de Jesu-Christo la alegría de bolver à ver la dichosa sencillez, y simplicidad, y la rica pobreza de sus primeros padres! ¿Qué grande se muestra, quando vende hasta su propia Cama por asistir á los enfermos, y quando despues tiene, que dormir en el suelo; tan contento por haver exercido la caridad, como por practicar la penitencia! ¿Qué grande, en fin, es San Carlos, quando salto de todo ve con gusto sumo, que es él el primer pobre de su Diocesis! Pero, ¡y quan grande no fue, quando en lo mas riguroso de una peste, que se havia encendido en la Italia, despues de haverse despojado de todo, dà todavía su vida por su Rebaño! Y quando en el ardor de su zelo exclama con el Apóstol: *No solamente queriamos comunicar el Evangelio, sino tambien dár por vosotros nuestra propia vida.* (b)

Representaos aquel desgraciado tiempo, en que los

As-

(a) Matth. 20. v. 12.

(b) *Volebamus tradere vobis non solum Evangelium Dei, sed etiam animas nostras.* 1. Thesal. 2. v. 8.

Astros despiden malignas influencias; en que el ayre, que se respira, es mortal; en que la tierra es maldita, y seca; y en que toda la naturaleza lleva consigo las señales de la ira de Dios ofendida de los pecados de los hombres. Tiempo funesto, en que se sufre, y padece sin esperanza, en que se vive sin socorro, y en que se muere sin consuelo; en que se teme, y se huye aun de los que se aman; en que el evidente peligro parece, que dispensa de la Ley de asistir à sus hermanos, y en el que por mucha piedad, que se tenga por otros, guarda una toda su caridad para si mismo. Tal era la miseria del pueblo de Milán. Gemia esta Ciudad, tan noble, y tan poblada bajo esta terrible plaga de la justicia de Dios, que le arrebató en bien poco tiempo mas de veinte mil almas. Los ricos iban à buscar su seguridad en los retiros distantes, y apartados; los pobres, que quedaban, eran consumidos por el hambre, ó arrebatados por la enfermedad, y Milán no era mas, que un Cementerio para los muertos, y un Hospital para los vivos. No estaba menos asolada la campaña; y lo que à este estado hacia mas deplorable, era la falta de socorros espirituales por todas partes. El temor de la muerte havia hecho huir dispersos à los Pastores, nadie se atrevia à oír à los penitentes, ó à llevar el pan de vida à los moribundos. No corrían menos peligro las almas, que los cuerpos; y no siendo muchos, ni excitados à su salvacion, ni estando instruidos de sus obligaciones, tocados de la enfermedad, y del pecado, abrigaban en su seno dos pestes à un tiempo, y morían con una duplicada muerte.

En esta ocasion fue, quando S. Carlos mostró su zelo, y su ternura para con su Pueblo: Comovieronle todas sus entrañas. Dice con el Apostol S. Pablo: (a) *Que él era deu-*

(a) Rom. I. v. 14.

*dor à todos, y que deseaba sacrificarse por sus hermanos.* Carne, y sangre, razon humana, persuasiones verisimiles, vosotros no tuvisteis ningun poder sobre su espíritu, ni sobre su corazon. Dícenle, que su vida es importante al Publico, y él responde, que aun le es mucho mas importante à Dios la salvacion de una alma; que aquella era una obra de perfeccion, y que está persuadido, à que su estado le obliga à ser perfecto. Replicanle, que esto es un consejo; y el respeto, y la fidelidad, que tiene à Dios, le hace querer, no solamente lo que Dios manda, sino tambien lo que aconseja. Representanle, que esta no es una obligacion de justicia; y el cree, que las obligaciones de la caridad no son menos indispensables. Dícenle, que pocos Obispos lo hacen; y él responde, que es necesario, que de quando en quando haya alguno, que lo haga.

¡Que no pueda yo representarosle, yendo à todas las partes, y lugares infestados del contagio, para asistir à sus pobres ovejas enfermas, y desvalidas; atravesando las calles, à quienes una triste soledad hacia espantosas; entrando en unas casas mas lugubres, que los sepulcros; pasando por medio de aquellos mortales alientos, que de todas partes exhalaba un monton de muertos, y de moribundos; llevando en sus manos sagradas, y caritativas los remedios del alma, y del cuerpo; oyendo las confesiones, administrando la Santa Uncion; distribuyendo el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo, rezelandose de los menores accidentes en sus pobres, y no temiendo nada para si mismo; impelido de ternura, y de compasion por sus ovejas, duro, è insensible para si mismo, y para la conservacion de su propia vida! ¡Que no pueda yo representarosle recurriendo à la oracion, y à la penitencia, caminando los pies descalzos, una soga al cuello, sobre sus espaldas una Cruz pesada, pidiendo à gritos misericordia para su Pueblo, mas humillado en lo interior, que en lo exterior; ofreciendose à si mismo

como una hostia viva, y como una víctima publica por los pecados de los Milanese, cuyo castigo queria padecer él solo!

Pero basta deciros, que Dios, que ha suscitado este Pastor á su Diocesi, para exercer en ella su caridad, le ha suscitado tambien á toda la Iglesia, para avivar la caridad de los Christianos de estos ultimos tiempos, tan relajada, y tan tibia. ¡Pero ay de mí! Jamás hubo tantas ocasiones de ser caritativos; las necesidades son muy urgentes en la Ciudad; la pobreza es casi universal en el campo; las enfermedades han llegado á ser mas largas, y mas frecuentes; las estaciones toman el rumbo de ser mas asperas; y los años mas esteriles; los Hospitales están llenos; las Parroquias están abrumadas con el numero de los pobres vergonzantes, que tienen en sí: ¿Y qué esfuerzos haceis vosotros, para remediar tantos males?

¿Donde está la caridad, donde está el zelo de San Carlos? Todavia nos resta alguno en esas Congregaciones, o Compañias, que tan santamente ha instituido para el alivio de todas las miserias humanas. A vosotros os toca, almas christianas, devotas de San Carlos, por obligacion, y caritativas como él por profesion, el hacer revivir el espíritu de vuestro Santo Protector, derramar el buen olor de sus virtudes, y dár en esta Parroquia grandes exemplos á todas las otras. A vosotros, digo, os toca consolar á los afligidos, socorrer á los necesitados, visitar, y mantener á los pobres, y asistir á la viuda, y al huérfano. Renovad en este día ese fervor, de que haveis dado tantas señales. Proseguid amontonando thesoros para el Cielo por el buen uso, que haceis de vuestros bienes sobre la tierra. Mostrad al resto de los demás fieles las diferentes especies de misericordia, que vosotros exercitais. Conducid á las almas tibias por los caminos de la caridad á aquellos oscuros lugares, adonde la pobreza se retira, y sufre sin ser sabida, ni conocida. Exigid,

y sacad de las almas, aun las mas codiciosas, y avarientas con vuestras santas importunidades, un tributo saludable á la afficcion, al hambre, y á la desnudez. Comunicad, en fin, ese espíritu de compasion, que haveis recibido de Dios, para que conspirando todos á exercer la misericordia, la recibamos nosotros de Dios en la tierra, y en el Cielo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

PREDICADO EN LA IGLESIA

(que fue de Padres de la Casa)

Profess de Paris en el año

de 1683.

Al Dominio de...

por...

domin...

Dixo el Señor á su siervo: Sal á los Cami-

nos, y á los Vallados, y obligalos á ex-

tra para que mi Casa se llene de...

cas capitulo 1.º v. 2.º

Acome...

grandes...

los para...

facilitar la...

valida de...

que...

formase un...

PANEGYRICO  
DE SAN FRANCISCO

XAVIER,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
(que fue) de Padres Jesuitas, de la Casa  
Profesa de París en el año  
de 1683.

*Ait Dominus Servo: Exi in vias, & se-  
pes, & compelle intrare, ut impleatur  
domus mea.*

Dixo el Señor á su Siervo: Sal á los Cami-  
nos, y á los Vallados, y obligales á en-  
trar, para que mi Casa sellene. *En San Lu-  
cas capitulo 14. v. 23.*



Arece me, Señores, que Dios en las  
grandes empresas, y establecimien-  
tos, para repartir sus favores, ó para  
facilitar la execucion de sus designios  
eternos, ha empleado siempre, y se ha  
valido de dos hombres diferentes, para  
que fuesen los Ministros de su mise-  
ricordia, ó de su poder. Quando quiso establecer su Ley,  
y formarse un Pueblo, que le perteneciese por un titulo,

y un derecho particular, (como habla la Escritura (a))  
eligió á Moysés, para que fuese el Legislador, y á Aaron  
para que fuese como el Orador de su Pueblo. Al prime-  
ro encargó la conducta de Israel; al segundo sus exorta-  
ciones, y avisos á Pharaon, dice San Agustín; (b) y dispuso,  
que en el uno estuviese el Principado; y en el otro el  
ministerio de la palabra. Quando quiso fundar su Igles-  
ia eligió á Pedro, para que fuese su Cabeza, y á Pablo  
para su Predicador, como dice San Chrysostomo; al uno  
para que le ganase á los que eran, segun la Circuncision;  
y al otro para que atraxese los Gentiles. El primero es  
la piedra, que sostiene el edificio, y que congrega los  
hijos en la casa; y el segundo es el vaso de eleccion  
para llevar el nombre de Jesu-Christo á los Pueblos,  
y á los Reyes hasta las extremidades de la tierra.

De este modo, quando Dios quiso en estos ultimos  
tiempos enderezar las costumbres de los christianos en  
la Europa, y crearse un nuevo Pueblo en el Asia, eli-  
gió á Ignacio, y á Xavier, para repartirles sus ministe-  
rios. Dale al uno el espíritu; y la sabiduria de un Pa-  
triarca, y al otro el corazon, y el zelo de un Apostol:  
Al uno le dice: Quedate aqui, para formar este cuer-  
po, que ha de estenderse despues por todas las partes  
del Mundo, para asegurar tu recién fundada Orden por  
las reglas de tu disciplina, para oponerte á los errores,  
y las relaxaciones, que se levantan en mi Iglesia, y para  
trabajar en la edificacion de tus hijos, y en la conversion  
de tus hermanos. Dicele al otro: Vé á esas Regiones  
idolatrás, donde es ignorado mi nombre; (c) Vé por

(a) *Populum peculiarem.* Deut. 1. v. 2.

(b) *In Moyse principatus, in Aaron ministerium.*  
D. August.

(c) *Exi in vias, & sepes.*

caminos, que todavía no se han abierto á mis Obreros Evangelicos; pasa estos límites, y salta esos vallados, que yo puse entre el antiguo, y nuevo mundo: Vè, y lleva mi palabra, y mi verdad á los que yo he predestinado, y coge las mieses, que te ha preparado mi providencia. De esta manera toda la tierra era la herencia, y particion de estos dos grandes hombres. Su caridad yá no podia estar mas tiempo limitada; y para dar toda la extension á su zelo, era necesario un Mundo para cada uno. Pero limitemos el dia de oy á Xavier todas nuestras ideas; penetremos hasta llegar á este corazon Apostolico; sigamos (si podemos) sus movimientos, y pidamos al Señor, que nos ilumine, y nos inflame por la intercesion de la Purisima Virgen.

## AVE MARIA.

Ninguna cosa hay tan contraria al Espiritu de Dios; como ingerirse, y entremeterse sin vocacion en los ministerios de la Iglesia. Nada hay tan peligroso, como ceder á ellos, y ser abatido del trabajo, que les acompaña; y ninguna cosa hay tan sensible, como experimentar las fatigas de su administracion, y no sacar de ellas fruto alguno. Pero tampoco hay ninguna cosa tan noble, y tan gloriosa, como ser conducido, estar sostenido, y ser coronado de la mano de Dios, en los servicios, que se le hacen. Esta es, Señores, la gloria del Santo, de que os he de hablar en este dia. Vosotros vereis en mi discurso, y en su vocacion: Lo

Division.  $\left\{ \begin{array}{l} \text{I. Un valor, que Dios gobierna,} \\ \text{II. Un valor, que Dios sostiene,} \\ \text{III. Una empresa, que Dios bendice.} \end{array} \right.$

sal á los Caminos, (a) ved ahí su Mision. Obliga-  
los

(a) Exi in vias.

los á entrar; (a) Ved ahí su trabajo. Para que se lle-  
ne mi casa; (b) Ved ahí su buen exito. Este será todo  
el asunto del presente discurso.

## PRIMERA PARTE.

Quando Dios, á quien solo pertenece la obra de la sal-  
vacion de los hombres, quiere revelar su justi-  
cia, y su verdad sobre la tierra, y conducir el  
Mundo para sus fines secretos por los medios, que tie-  
ne determinados, hace una *eleccion de misericordia*, es-  
cogiendo aquellos sujetos, y siervos suyos, á quienes quiere  
ilustrar con las luces de su Evangelio; y una *eleccion de  
ministerio*, formando obreros capaces de llevar su nom-  
bre, y de fundar su Religion entre los mas barbaros  
pueblos. Como es la palabra de Dios, quien obra en  
los que creen (como dice el Apostol (c)) y como la fé  
no se introduce sino por el oido; la vocacion de los  
unos, supone la mision de los otros; y es tal el orden  
de la sabiduría, y de la providencia de Dios, que aun-  
que pueda inspirar inmediatamente sus virtudes, y sus  
verdades, quiere, que sean anunciadas por via de instruc-  
cion, y de doctrina á fin (dice San Agustin) de mostrar su  
poder, sirviendose de la debil voz de un hombre mortal,  
para ganar las Naciones de la tierra, haciendo su bondad  
exercer á sus siervos los talentos, que les ha dado para la  
conversion de sus hermanos, y salvando al hombre por el  
hombre mismo.

Y así, luego, que llegó el tiempo, que la providen-  
cia

(a) Compelle intrare.

(b) Ut impleatur domus mea.

(c) Fides ex auditu. Roman. 10. v. 17.

cia de Dios havia señalado para hacer, que su palabra pasase hasta las extremidades del Oriente, y abrir un nuevo mundo à su Evangelio; suscitò á Xavier, para que fuese el Gefe, y Conductor de una tan santa, pero tan difícil empresa. Diòle todas las prendas, y qualidades convenientes à su empleo; la nobleza, para elevar sus sentimientos; la fuerza, para sufrir el trabajo; el agrado, para insinuarse en los animos; la vivacidad, para mantenerse en las acciones, y en las obras; la sabiduría, y la prudencia, para buscar el bien; el valor, para resistir el mal; la generosidad, para emprender grandes desig- nios; y la paciencia, para sostenerlos. Hizole capaz de executar sus voluntades: por su ciencia, en vencer la razon humana, que se opone à las verdades del Evan- gelio: Por su caridad, en superar las dificultades, y glo- riarse de los martyrios: Por su zelo, en sufrir las perse- cuciones, con tal, que Jesu Christo fuese anunciado: Por su poder, en sostener la fé, y defender su doctrina con los milagros. En una palabra; el Señor le dió el cuerpo, el corazon, y el espiritu de un Apostol, y enteramente le formó para su ministerio.

Tres disposiciones son necesarias (segun San Grego- rio) para entrar en una administracion Apostolica: *Es necesario ser elegido; es necesario haverse probado; y es necesario amar el trabajo, y temer la gloria de su empleo.* (a) Ser elegido, para que sea la necesidad de la obediencia, y no la codicia, la que nos incline à ella; haverse antes probado; porque es exponerse à caer en un precipicio el caminar por estrechas sendas, à que no se ha cogido el tino: amar el trabajo, y temer la glo- ria; porque es un desorden, y un abuso del poder, el re- tenerla por amor, y complacencia de las ventajas, que se

(a) D. Gregor.

hallan en ella, y suavizarla por la relajacion, ó por el temor.

Con estas santas disposiciones entró Francisco en su estado. Fue elegido por Ignacio, en quien el espiritu de Dios arreglaba todas las elecciones, y todos los desig- nios: Embiado por el Sumo Pontifice, que es el centro de la Comunion Ecclesiastica. No fue un deseo curioso el que le hizo recorrer tantas Provincias, para anunciar en ellas con esa ocasion el nombre de Jesu-Christo. En su vida tuvo mas, que una curiosidad, y esta fue, ir à visitar aquellos santos Lugares, que el Redentor de los hombres consagró con sus obras, y con sus tormen- tos. ¡Qué alegría huviera sido para él, si huviese po- dido caminar sobre las huellas, todavia sangrien- tas de su Divino Maestro, y tomar lecciones de zelo, de paciencia, y caridad, con la memoria de sus dolores, y de sus trabajos! ¡Qué dicha, si huviese podido recoger las reliquias de tantas virtudes divinas, que fueron como sembradas en aquella dichosa tierra; y si dando alma por alma, y vida por vida, huviese hallado ocasion de derramar su sangre sobre aquel Monte, en que Jesu- Christo havia derramado la suya! Pero se le frustrò todo este piadoso deseo, y la providencia de Dios le prepara- ba otras regiones, y otras tierras, en que havia de hallar mas cruz, que en la Palestina.

Ni fue tampoco un humor inquieto, el que le hizo emprender tan largos, y tan penosos viages. Sucede algunas veces, que el espiritu del Mundo se mezcle aun en la obra misma de Dios. Suele querer hacerse uno visible por algun proyecto extraordinario: Y enfadado de las obligaciones, y de la sujecion de una comunidad, quizá demasiado austera, y bastante regular, con el pre- texto de ir à exercer la caridad, se suele sacudir el yugo de la obediencia. Dejase sin trabajo, ni dificultad el pais, los parientes, y los amigos, por adquirir un poco mas de libertad; y para hacer descansadamente, aun en medio de los trabajos, y de las fatigas de la predicacion, su pro-

pria voluntad. No reusan el trabajar en la Viña del Señor, ni el hacer el oficio de Apostol; pero quieren ser los dueños, y señores de su zelo, formarse un Apostolado aparte, y vivir en independenciam. Francisco Xavier no tuvo ninguno de estos pensamientos. A qualquier ministerio, que se le aplica, á qualquiera Lugar del Mundo, que se le embia, todo quanto se le encarga, le parece grande. El no es apasionado de ninguna Nacion; ó por mejor decir, lo es de todas; su obediencia es ciega, y su caridad es universal. ¿Y os le representaré ya, Señores, atravesando la Italia, y la España; pasando por junto á las Murallas de su Patria, con una piadosa indiferencia, sin detenerse en ella, ni aun á mirarla, no teniendo por su pais, sino aquel adonde la voluntad de Dios le llamaba, y donde podia hacer á Jesu-Christo mayores servicios? ¿Os le mostraré insensible á las suplicas, y á las lagrimas de sus parientes, que le miraban como una víctima destinada á la muerte, y que llevaba arrastrando sus cadenas hasta las extremidades del Mundo, para consumir en él su sacrificio? ¿Os le haré ver en un Navio, con la Carta, ó Mapa de las Indias Orientales delante de los ojos, para dirigir por ella el Plan de sus conquistas espirituales, y para animar su zelo á vista de aquel objeto, que debia costarle tantos trabajos? ¿Y qué es lo que producía en él tanto ardor, y movimiento? Una palabra de Ignacio. Porque figuraos á este hombre en medio de una recién nacida Iglesia, de quien era Fundador, y Padre, entre tantos Pueblos, y Reyes, como havia engendrado en Jesu-Christo, aguardado de unos, llamado de otros; oído de todos; tocado de aquella multitud de conversiones, y lleno el corazon de las esperanzas de tantas obras: Estrechado por tantos vinculos, y aligado á su ministerio; y que no obstante, está pronto á detener su curso, á interrumpir su zelo, y á bolverse á Europa á practicar la obediencia, y la humildad, en la menor Casa del Orden,

den, con sola una palabra del grande Ignacio.

Porque ¿qué motivo podia él tener sino el de la obediencia en una empresa, que todo era difícil, y en donde nada parecia honroso? Con tantas perfecciones, adquiridas unas, é infusas otras, vá á predicar á los Pueblos groseros, y rusticos. Haviale visto la Universidad mas célebre del Mundo enseñar con aplauso las ciencias mas difíciles; y le havia juzgado digno de los empleos, y de las Prelacias de la Iglesia. Las Ciudades mas célebres de Italia, havian sido movidas, y tocadas de su eloquencia, y de su doctrina. El Papa le havia oído con admiracion disputar de los principales mysterios de la fé en su presencia, y no obstante él vá á buscar los ignorantes, y los salvages, y abatirse hasta los menores officios de la instruccion, y de la disciplina christiana.

¡O, y quan pocos desprendimientos de sí mismo se ven oy dia semejantes á este! Reyna en la mayor parte de los que sirven á la Iglesia una vana delicadeza: Todos sus estudios los refieren, ó los emplean en su establecimiento, ó en su reputacion: En nada estiman los talentos, quando no ayudan á su fortuna; y no quieren saber hablar de Dios, si no con el fin de hacer, que se hable de ellos. Disgustanse de su ministerio quando no corresponde á la buena opinion, que se tiene de su merito. Se quejan de que están desterrados, y metidos entre barbaros (que así llaman á los Christianos del Campo, por dociles que sean) tienen compasion de sus talentos, que consideran como escondidos en la tierra, y de la Iglesia, á quien no hallan bastante bien servida. A este zelo, que se cree, que se tendria en las Ciudades, le resfria el ayre del Lugar, y de la Aldea; la residencia se viene á hacer pesada: Buscase otro mayor teatro á su reputacion, y á su gloria: Procurase establecer en Lugares, donde pueda ser estimado, lo que se cree tener valor, y merito; y se contenta á su ambicion, y á su avaricia, con el pretexto de estas capacidades, y de estas utilidades, que las mas veces no son sino imaginarias.

Pero Xavier conoce mejor la importancia de la salvacion de las almas; tiene à la eloquencia, à la Philosophia, y al conocimiento de las Letras Divinas, y humanas por muy bien empleadas, con tal que sirvan para la conversion de algun pobre Pagano en qualquier retirado rincón de las Indias. Aunque él haya pasmado, y embelesado al pasar por allí, à toda la Corte de Portugal con sus eficaces predicaciones, no por eso se cree formado para los auditorios de los Cortesanos, y no desprecia los oídos de los Provinciales. Pronto está à hacer que se oyga su voz en las Aldéas, y en los Lugares, con tanta satisfaccion como en Lisboa, y en la misma Roma; tan dispuesto para catequizar un Soldado, ò un Marinero, como à los ricos, y à los Grandes del Mundo. ¿Y nos admiraremos despues, de que la palabra de Dios fructificase por su ministerio? Havia él recibido su Mision, y juntamente havia probado sus fuerzas.

Dos son los defectos ordinarios, que se hallan en los que han entrado en el Sacerdocio de Jesu-Christo; y que impiden la gloria, y el progreso de su Iglesia. Unos por una falsa circunspeccion, y respeto, temen aplicarse al gobierno, y cuidado de las almas; y escusandose con la obligacion de tener que cuidar de su propia salvacion, y con la desgraciada carga que hay de ser responsable de la de los otros, faltan à la caridad, y se mantienen en su pereza. Otros por una indiscreta facilidad, las mas veces ambiciosa, ó interesada, se introducen, y empeñan temerariamente en los empleos, y cargas de la Iglesia, y no teniendo, ni la prudencia, ni el fondo de virtud que es necesario, pierden su alma, trabajando en ganar las de los otros; Francisco evitó igualmente estos dos defectos. No se echò à dormir en una ociosa contemplacion, ni se arrojó à la accion sin discrecion, y sin conocimiento.

Exerció en Europa como una especie de Noviciado universal de todo quanto debia hacer, ó sufrir en estas Misiones orientales. Y así, si en el fervor de su penitencia

cia ayunaba hasta el ultimo extremo, y si para castigarse de una ligera complacencia, ciñendo desapiadadamente su cuerpo, le reducía, no solamente à la servidumbre, sino à la muerte; no juzgueis con la prudencia humana estos piadosos, y nobles excesos; hay en las acciones de los Santos ciertas indiscreciones aparentes, que el zelo produce, que la caridad purifica, y que son superiores à vuestros principios, y à vuestras reglas. Era necesario, que Xavier se acostumbrase à llevar sobre sí la mortificacion de Jesu-Christo, y que siempre estuviese pronto à dar la vida por la suya. Si renuncia todos los bienes, y todas las comodidades, si no vive sino de limosnas mendigadas de puerta en puerta; si no tiene otras casas, que los hospitales; tambien quiere poder decir como el Apostol: *Yo bien sé sufrir el hambre, y pasarme con qualquiera cosa.* (a) Si en el curso de una fiebre maligna, y porfiada, recogiendo las pocas fuerzas que le restan, y yendo como arrastrando à las plazas publicas, exorta à los pasajeros à mudar de vida, y en defecto de la voz, predica penitencia con sus suspiros, con la palidéz, y abatimienro de su rostro, ¿no es este un ensayo, y prueba de lo que debe hacer en aquellos Reynos distantes, y apartados, cuyas costumbres, y language ignoraba absolutamente?

Si se le ve en la Corte de Portugal introducir las virtudes Christianas, donde reynaba el libertiaage, apri-  
sionar las pasiones en medio de los objetos que las excitan; obligar à los Cortesanos à comulgar cada ocho dias, y à pensar mas en la pureza de su conciencia, que en el adelantamiento de su fortuna; en hacer reconciliaciones sinceras en aquellos lugares en que se disimulan los odios, donde nunca se pierden, y donde lejos de per-

(a) *Scio, & esurire... & abundare, & penuriam pati.* Philip. 4. v. 12.

donar à los que los han ofendido, ni aun se perdona à aquellos, à quienes han ofendido ellos: Si persuadiò al Rey à que él mismo sirviese de exemplo, y si se vió su casa tan reformada como un Monasterio, y su Corte mas parecida à una Comunidad Religiosa, que à una Corte de seculares, ¿qué era esto sino una especie de Noviciado de lo que havia de hacer en la conversion del Rey de las Maldivas, ó en la Corte del Rey de Ternato?

Por aqui podreis reconocer, Señores, quanto se engañan aquellos, que ninguna diferencia hacen entre una vida mundana, y una vida Eclesiastica; que no se disponen à sus empleos, ni por la oracion, ni por el retiro; que se precipitan à los grandes ministerios, sin haver pasado antes por los pequeños; y que no teniendo, ni fervor, ni experiencia, para cumplir con sus funciones, se ven brumados de un peso, que no han acostumbrado à llevar, y que no tienen fuerza para sostener. De aqui proviene el poco respeto, que se tiene al Sacerdocio de Jesu-Christo, el poco fruto de su palabra, el poco conocimiento de sus Mysterios, el poco uso de sus Sacramentos, el poco progreso de la Religion, las relaxaciones de su disciplina, los gemidos de la Iglesia, y la ruina de tantas almas.

Francisco havia pasado por todas las pruebas, y por todos los oficios de las administraciones Evangelicas; havia llegado al Apostolado por los servicios que havia hecho à la Iglesia. Entra en las Indias con una plenitud de autoridad, y de poder: Lleva à estos infieles el Nombre, y el Reyno de Jesu-Christo, vá por orden de Dios à fundar una nueva Iglesia: El lo arregla, y dispone todo, él todo lo provee, él piensa en todo, y solo de una cosa se olvida, que es de su dignidad. ¿Es preciso asistir à los enfermos en el curso de una molesta, y larga navegacion? ¿Pues à qué usos de caridad tan viles, y tan despreciables no aplica aquellas sagradas manos, que iban à hacer à tantos hombres Christianos, y à echar la bendicion à tantas, y tan diferentes naciones? ¿Quieren hacer algun honor à

su virtud, ó à su calidad? Pues deja al punto los Palacios que le preparan, y vá à esconderse en un Hospital para confundirse en él con los pobres. ¿Le asignan algunos oficiales, ó coadjutores, para descargarle à lo menos de los cuidados mas bajos, y mas serviles? Pues declara al instante, que él ha venido como Jesu-Christo, para servir, no para ser servido. Quanto mas honrado se ve, se hace mas humilde.

Entró, pues, en el País de sus conquistas, sin presuncion, y sin fausto. Fueron todos los aparatos de su dignidad, la fé, la caridad, el zelo, el exemplo, la gracia de curacion, y de sanidades, y la gloria de los milagros. Su autoridad le viene de sus virtudes, y de sus meritos; no de sus qualidades, ni de sus titulos. Mas impresion hizo sobre el espiritu de los Pueblos la paciencia de Francisco, que el nombre de Legado Apostolico; y los que no veian cosa de grandeza en su comitiva, ó en su persona, descubrian no se qué de divino en su humildad, en su pobreza, y en su constancia. Quanto me temo, que esta modestia no sea bastante estimada en este siglo, donde no se habla sino de sostener su condicion, y calidad, de conservar su honor, y de hacer valer su caracter; donde se mira el fausto, no solo como permitido, sino tambien como necesario; donde ya uno se hace mas respetar por las rentas, que por los talentos Eclesiasticos; y donde el Ministro se eleva muchas veces abatiendo su ministerio.

Pero Xavier no buscó estos socorros exteriores, para hacer honorífico su empleo, y su Mision. Dejó al Virrey mantener la dignidad de su Monarcha, por la grandeza, y por la magnificencia: Softuvo la gloria de su estado, y de su vocacion, por su zelo, y por sus sufrimientos. El uno trabajaba en hacer terribles à estos Pueblos las Armas de su Nacion; el otro se ensayaba en hacer amable el Evangelio de Jesu-Christo. El uno era Ministro de una dominacion secular; el otro exercia la caridad, y las mi-

sericordias del Señor, sabiendo bien, que la veneracion de los Pueblos, y de los hombres para con sus Pastores debe sacarse de la pureza de su vida, y no de la pompa de su tren, y de darse à la inocencia de sus costumbres, y no à la pompa de su equipaje. Los prudentes del siglo huvieran querido representarle, que era necesario mantener su calidad, y condicion; que la virtud tenia necesidad de estas razones de estado; que era preciso deslumbrar aquellas almas groseras con algunas apariencias de gloria; pero él les hizo ver, que estas delicadezas de honor, y estos cuidados escrupulosos, de softener la dignidad de Prelado, eran el origen de los desordenes, que asolaban la Iglesia.

¡Qué gusto no siento yo, al representarmelo en su llegada con el Breve Apostolico en la mano para el Obispo de Goa, no para hacerle saber sus derechos, y sus pretensiones, y para establecer en la extension de su Mision una jurisdiccion independiente; sino para poner à sus pies su comision, y sacrificarle todo su poder! ¡Qué compasion, si hubiese ido à buscar un nuevo Mundo, para llevar à él sus inquietudes, y sus zelos de autoridad; para escandalizar por sus disputas à los que era necesario edificar por la dulzura, y por la paciencia, y envilecer el Misterio de la Cruz en el mismo acto de predicarlo à los infieles! Pero tiene Xavier lleno el corazon de aquella caridad, que no tiene falsa emulacion, y que no busca sus intereses; que mande, ó que obedezca, igualmente es de Jesu-Christo. ¿Quien puede dudar viendole de esta manera humillado, que Dios no eche la bendiccion à sus designios; que no corone sus trabajos, y que no gane tantas almas para Jesu-Christo, quantas palabras hablare de él. (a)

Mas si Xavier teme su dignidad, tambien ama el tra-

(a) *Vir obediens loquetur victoriam. Prov. 21. v. 28.*

bajo que la acompaña. Ya no hay mas reposo para él, que al instante no se embarque; nada le espanta, ni aquellos grandes espacios de tierra, y de mar, que es necesario atravesar, ni las incomodidades, y los peligros de una dificil navegacion: Su imaginacion está ocupada, y llena de sus obligaciones: Sus mismos sueños le representan vastos, y dilatados mares, Islas desiertas, y tierras incultas, y barbaras; y por todas partes, el hambre, la sed, la desnudéz, las persecuciones, y la muerte. Llega à divisar por enmedio de tantos nublados, las mieses, y cosechas, que tiene que recoger, y oye la voz de Dios, que le manda que trabaje, y haga entrar à aquellos Idolatras en el seno de su Iglesia. (a) Y esta es la segunda parte de este discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Verdad es, Señores, lo que nos enseña San Gregorio: Es à saber, que el arte mas dificil, y el gobierno que pide mas ciencia, y mas trabajo, es el cuidado, y conducta de las almas. Necesitase en los que le emprenden, un temperamento de virtud, que no se suele hallar en hombres extraordinarios; un zelo moderado por la prudencia, y una prudencia animada por el zelo: Es necesario, que la austeridad no produzca melancolia; que la dulzura, y la condescendencia no causen la relajacion: Que la superioridad no le haga orgulloso: Que la humildad no le haga despreciable: Que el retiro no le incline à la ociosidad: Y que el comercio del Mundo no le arroje en la disipacion. Ni es menos verdad, lo que San Crysofomo nos enseña; esto es, que ninguna cosa hay tan

(a) *Compelle intrare.*

tan divina como ganar almas para Dios, y atraerlas à la fé de su Evangelio. ¡ Oh, y qué empresa tan ardua, quando es necesario desimpresionar todas las preocupaciones del espíritu, y toda la disciplina del corazon humano; hacerle dejar lo que ama, persuadirle lo que no puede, ni quiere creer; quitarle los bienes que goza por esperanzas remotas, y hacerle que halle alegría en la Cruz de Jesu-Christo, y cruz en las alegrías del Mundo! Es preciso acomodarse à la necesidad, y al humor de cada uno, tartamudear con los niños, y discurrir con los Sabios, y con los prudentes; alegrarse con los que se alegran, llorar con los que lloran, estar enfermo con los enfermos, multiplicar en alguna manera por la caridad, y tener tantos espíritus, y tantos corazones, como sujetos se quieren adquirir para la Iglesia; y lo que hace aun mas difícil este ministerio, que es preciso exponerse al odio de los mismos que se quieren salvar; que no se puede predicar la Cruz de Jesu-Christo, sin llevarla primero; y que su Reyno no se establece, sino por los mismos caminos, por los quales lo ha formado él, quiero decir, por los trabajos, y por los sufrimientos.

Os tengo hecha, Señores, la pintura, y retrato de San Francisco Xavier, representandoos sus obligaciones. Havia él previsto, así sus peligros, como sus fatigas. Aquel Indio, que con tanto trabajo llevaba durmiendo, y bajo cuya pesada carga iba gimiendo, era para él un presagio, y un simbolo de la grandeza de su empresa. Las penas con que cargó, y la caridad que exerció por todo el curso de su viage, fueron los preparativos de su zelo, y de su paciencia. Me parece que le estoy viendo en aquel Navio, en que bogan juntas à un tiempo los hombres, y las pasiones humanas: Los unos van à saciar su ambicion, los otros à satisfacer su avaricia; y los mas à exercer sus violencias en aquel nuevo Mundo, agitados mas de sus deseos, que de las tempestades del Océano.

Alli es, donde nuestro Santo en medio de tantos peca-

dores, se pone como en posesion de su Apostolado, y donde él afila, digamoslo así, contra los malos Christianos, el zelo que vá à desembaynar sobre los Idolatras. Tan presto hace conocer à los Magistrados, que van à exercer la Justicia del mismo Dios sobre los Pueblos Barbaros, que es necesario disponerlos à la Religion por el exemplo de su piedad, y por la equidad de sus juicios. Tan presto exorta à los Mercaderes à buscar los thesoros eternos del Cielo, y no las riquezas perecederas de aquellas regiones nuevamente descubiertas. Tan presto contiene la licencia de los Soldados enseñando à alabar à Dios à aquellas desenfrenadas lenguas que le blasfeman, é inspirandoles la dulzura, y la penitencia. Este es el modo de que se vale, para hacer por anticipacion como una especie de compendio de sus funciones Apostolicas; como él reduce à los compañeros de su viage à ser los imitadores de su fé; y como de un Navio de guerra, hace como una Iglesia de paz, y una sociedad Christiana.

Pero no reduzcamos, ni encerremos en un espacio tan pequeño una estension tan grande de zelo, y de caridad. Demonos priesa à verle en la carrera que Dios le havia abierto, y juzguemos de su solicitud, y de sus trabajos por el lastimoso estado de la Religion en las Indias. Ya no havia quedado vestigio alguno de la Religion que plantó Santo Thomás. Una Cruz, cuya virtud no era conocida, y algunas reliquias de tradicion, que el tiempo yá casi havia borrado de la memoria de los hombres, eran solamente las señales del Christianismo; y la fé de Jesu-Christo havia quedado como enterrada en el Sepulcro de su Apostol, que la havia predicado, y como anegada en su Sangre. Los que havian descubierto aquellos vastos Países, hicieron que reviviese en algunos Lugares; pero habiendo ahogado su zelo desde su nacimiento la ambicion, y la avaricia, pensaron solamente en adelantar sus conquistas, y no en estender el Reyno de Jesu-Christo; y no siendo aquellos recién convertidos, ni cultivados por la instruccion, ni

sostenidos por los exemplos, havian buuelto á abrazar sus antiguas supersticiones. Reynaba entre aquellas barbaras naciones un culto cruel, y supersticioso: Era necesario atraerlas á la razon, antes de acostumarlas á la ley, y hacerlas comprehender que eran hombres, antes de persuadirlos que fuesen Christianos. Los Portugueses con la licencia de las armas, con la distancia, y la falta de socorros espirituales, havian perdido casi enteramente el uso de los Sacramentos, y de las buenas costumbres. Parecian haver olvidado su Religion, luego que se apartaron de su País, y en lugar de haver llevado las virtudes de los Christianos, havian tomado ellos los vicios de los infieles.

¿Y qué hará Xavier en tan diversas, y tan urgentes necesidades? O por mejor decir, ¿qué no hará él para remediarlas? Ora, exorta, reprehende, catequiza, se encamina á todas partes, y él solo hace todos los ministerios de la Iglesia. Valse de la autoridad de los que gobiernan, para contener los desordenes: Estimula al Obispo á restablecer la disciplina: Asiste á los pobres, para ganarles por su caridad: Instruye á los niños, para convertir á los Padres: Mueve, y convence á los Christianos, para que edifiquen á los Idolatras. De este modo, sirviendose de los unos para la conversion de los otros, y comunicando por todas partes alguna porcion de su zelo, buelve á introducir el orden en las Ciudades principales, y vá de Pueblo en Pueblo, hasta los Reynos mas remotos, á llevar las luces de la fé, adonde el Sol apenas havia podido llevar las suyas.

No esperéis, Señores, que haga yo aquí una coleccion de todas sus acciones, de las quales una parte es casi increíble; ó que cite todos los Países que ha recorrido, y que moleste vuestra atencion con una larga serie, ó lista de palabras barbaras: Ni mi memoria sería capaz de ello, ni es razon cargar de ellas á vuestra imaginacion. Desembolved la carta Geografica de las Indias; pues los pasos de este Gigante han medido esas grandes Provincias: Ved

esas

esas Islas del Japón, que componen tantos Reynos, pues no es mas que una parte de sus conquistas Apostolicas, y ese País, que sacia la ambicion de mas de cinquenta Reyes, no llenaron el zelo de este Apostol. Echad la vista sobre Trabancor, y sobre las Molucas; pues seiscentas leguas de camino andadas á pie en las fatigas de su Mision, no hacen mas que animar su valor. Y si vuestra vista se estiende, y distrae entre tantos, y tan diferentes objetos, bien podeis decir sin miedo de adulacion: ¿Pues por qual de estos estrechos no ha pasado Xavier, para llevar á ellos nuestros Mysterios? ¿En qual de estas tierras no ha echado él la semilla de la palabra Evangelica? ¿A qual de estas Islas no ha incluído en los limites de la jurisdiccion de la Iglesia? ¿Qual de estos desiertos no ha penetrado? ¿En qual de estos peñascos no ha hecho resonar el Nombre de Jesu-Christo? ¿Y qué lugar vemos alli, en que no haya dejado algun monumento de su piedad, de su caridad, de su zelo, ó de sus milagros?

Pero, ¿y qué dificultades, y qué obstaculos no halla, los quales huvieran sido insuperables para otros animos? ¿Quantas veces expuesto en una barquilla, sirviendo como de juguete á las olas, y á los vientos, corrió mil peligros sobre la mar, por acudir á mayores peligros sobre la tierra, á fin de ir á hacer para Jesu-Christo la conquista de algunas almas abandonadas? ¿Quantas veces elevandose sobre los temores, y las imposibilidades de la naturaleza, emprendió contener los esfuerzos de los Ministros de la impiedad, y las brutalidades de un Pueblo barbaro, con solas las armas del Evangelio, que son la dulzura, la paciencia, y la caridad? ¿Quantas, tocado del deseo, ó atraído de alguna esperanza de la salvacion de las almas, y resuelto á llevar las riquezas de Jesu-Christo á algun País Idolatra, se atrevió á exponerse á la rabia de los Asesinos, ó á la infidelidad de los pyratas? ¿Quantas veces desproveydo de todo, y á pique de desfallecer, alimentandose del pan de la palabra de Dios, que iba á distribuir, y

rea-

reanimandose con la memoria del Sacrificio que iba á hacer; sacó fuerzas de su misma flaqueza?

¡Qué distante, Señores, está nuestro zelo del de este corazon Apostolico! No digo yo el zelo de los Christianos en general, que nada quieren sufrir por Dios; y que no obstante eso, sufren tanto por el Mundo. Yo hablo de aquellos, que por la necesidad de su condicion, y de su estado estan obligados á dedicarse á los ministerios Evangelicos. Se quiere muy bien predicar la pobreza de Jesu-Christo, pero tambien se quiere vivir en las comodidades, y en la abundancia: Saben muy bien, que son deudores de algunos servicios á la Iglesia, pero tambien saben, que tiene ella algunas veces dignidades, y recompensas para los que la sirven. Gustase de trabajar, pero se gusta de hacer un trabajo moderado, que trayga honor, y que no cueste mucha fatiga. Aun aquellos mismos buenos obreros, que andan de Ciudad en Ciudad, y aun por los Lugares, y Aldeas á repastar aquellos pobres rebaños, que estan languidos, y flacos por el descuido de sus Pastores; por dignos que sean de alguna alabanza, estan libres, y defendidos de grandes contradicciones, y de grandes obstaculos. Recibense sus Misiones con los brazos abiertos; las personas de distincion los favorecen; no tienen que temer, ni la hambre, ni la sed, ni la persecucion, ni la espada; no tienen mas que hacer, que defenderse del favor, y de los aplausos del Mundo. Si predicán, hallan almas dociles, que los escuchan con respeto: Si disputan, la heregia brama en secreto, pero tiembla en publico delante de ellos; si plantan la Cruz de Christo, cada uno la lleva á porfia, y aun las manos mas delicadas se honran de cabar la tierra, y hacer el hoyo que ha de sostenerla. No permita Dios, que yo disminuya aqui la gloria, ó el merito de estos siervos Evangelicos. Ojalá que Dios corone sus trabajos, que les aumente sus talentos, y que ponga en sus corazones el ardor de su Espiritu, y en su boca la eficacia de su palabra.

Pe-

Pero el Apostol de estos ultimos tiempos, puede decir con confianza como San Pablo: *Yo he trabajado mas que todos ellos.* (a) Porque ¿quien podrá disputarle aquella preeminencia de zelo que tenia? El sufre todas las incomodidades, y todas las injurias; él se acomoda á las inclinaciones; él estudia la lengua de aquellos Barbaros, á quienes quiere convertir, bolviendose como á la niñez, y tragando este trabajo tan improbo, insipido, y penoso. No teme, como Moysés, el tartamudear delante de Pharaón: No se escusa, como Jeremias, de no saber hablar; exponese á las burlas de los niños, y hacíase tan ridiculo como ellos querian, con tal que pudiese serles de alguna utilidad; usando aunque imperfectamente su language, é idioma, con tal que los conduzca á las buenas costumbres; y no reusando el pasar por las ignominias de la Cruz, con tal que él se la haga adorar por sus instrucciones, y por sus exemplos. Viosele, quando le faltaban las palabras, hacerse entender por señales, levantar las manos al Cielo, y enseñarles á orar, á llorar, y arrepentirse; y no pudiendo hablar, ni hacerse entender de sus oídos, mover sus corazones con sus acciones, con señales, y con su silencio.

El unico temor que tiene, es de que su zelo no se resquebraje: Havialo él encendido sobre el sepulcro de San Dionysio: Havia este como nacido de las cenizas de los primeros Christianos. Al punto de comenzar su carrera, havia bebido alli aquel espiritu de Apostol, que lleva á estender la fé; aquel espiritu de Martyr, que hace derramar su sangre por Jesu-Christo, y en medio de su carrera Apostolica, le renueva sobre el sepulcro de Santo Thomás. Alli es, donde él recoge los residuos de su Apostolado, y don-

(a) *Abundantius illis omnibus laboravi.* 1. Corint. 15. v. 10.

donde á vista de aquellas preciosas reliquias , impaciente por morir , y confuso de haver vivido tanto , exclama de esta manera : *Vamos , y muramos con él.* (a) Allí es , donde viendo tantos peligros , de que estaba rodeado , se detiene , no porque desmayase su valor con humanas preocupaciones , y conjeturas , sino por inflamarle con aquel exemplo de constancia. Allí es , donde repasando en la amargura de su alma sus años de ambicion , y de vanagloria , tocado hasta en lo interior de su corazon de los estímulos mas penetrantes de la penitencia , bolviendose amorosamente hacia Jesu Christo , hacia resonar en las concavidades vecinas los ecos de estas tiernas palabras : *Señor mio , y Dios mio.* (b) Allí es , donde pasando siete dias enteros sin tomar ningun alimento , solamente sostenido por el amor , y por la gracia de Jesu-Christo , le parecia que bolvia á tomar nuevas fuerzas á pesar de su debilidad , y flaqueza.

En efecto , Señores , sale de aquella gruta sagrada , para ir á enseñar , y confesar á Jesu-Christo delante de los Reyes , y delante de los Pueblos. No mira á lo que ha hecho , sino á lo que le resta que hacer. Por qualquier mal que padezca , por qualquier trabajo que descubra : *Aun todavía mas* , exclama en alta voz. (c) Las consolaciones solas , y las alegrías , que llega á sentir , como que le sirven , digamoslo así , de carga , y de molestia ; y así , *basta , Señor* , dice él , *basta.* (d) Aunque los Demonios alboroten las olas , y levanten los vientos , y las tempestades , él se rie de los naufragios , y se salva sobre las reliquias de su Navio ; su zelo le sirve de timon , y la

(a) *Eamus , & moriamur cum illo.* Joann. 11. v. 16.

(b) *Dominus meus , & Deus meus.* Joann. 20.

(c) *Amplius.*

(d) *Satis est Domine.*

Providencia Divina de Piloto : Aunque formen cadenas invisibles , para cerrarle todos los pasos , fuerza , y rompe todas las trincheras , que han hecho contra el Evangelio. Ha destruido ya su imperio en el Japon , y en las Indias , y quiere ir á arruinarle hasta en la China. Estos Pueblos , que poseen quanto puede dar la naturaleza , que hallan quanto puede inventar el arte , y que saben quanto puede aprender el espíritu humano ; estos no saben á Jesu-Christo Crucificado ; quiere , pues , ir á llevar la fé á aquellos Países de letras , y de razon humana , y cautivar este Pueblo sobervio , é ingenioso , bajo el yugo del Evangelio de Jesu Christo. Las leyes prohíben la entrada ; pero ninguna cosa impide en él el martyrio ; y espera , que lo que los asesinos de Malabar , lo que la crueldad de los Salvajes , lo que las emboscadas de los Bonzos , no havian podido hacer , lo harian aquellos Pueblos cultos , y racionales. Mas Dios contento con sus buenos deseos , detuvo las victorias , que iba á alcanzar en aquella parte de el Mundo , para dar materia de triunfo á sus sucesores : Y quiso que en el Cielo fuese participante de una empresa , que no havia podido exercer sobre la tierra. ¡ Qué fervor , Señores , y qué inmenso deseo de la gloria de Dios ! Pero quiere llenar su casa ; (a) y este es el fin de su Mission , y la tercera parte de este discurso.

### TERCERA PARTE.

EL orden de la providencia de Dios es , que su Iglesia se establezca por grados , y progresos sucesivos ; y que el velo que cubre sus santas verdades , sea corrido , y tirado como por partes. Si la luz de la fé se huviese da-

(a) *Ut impleatur domus mea.*

do al Mundo como la del Sol, una gracia tan comun huviera perdido mucho de su estimacion, y de su precio. Las misericordias, y las justicias de Dios huvieran sido menos evidentes; y la fé en este consentimiento universal huviera perdido de su dificultad, y de su merito. Este fue el motivo, y segun esta conducta sucedió, que las Naciones del nuevo Mundo, sepultadas tantos siglos havia por un secreto juicio de Dios, en la ceguedad, y en las tinieblas, fuesen, en fin, descubiertas, y comenzasen à ver la luz.

Porque nosotros, Señores, no atribuimos este suceso al acaso, ni à la industria de los hombres. Ni se le debe tampoco à la feliz temeridad de un Piloto, que à pesar de los escollos, y de las tempestades, se atrevió el primero à abordar à aquellas tierras; ni à la ambicion, ni à la fortuna de los Principes, que por llevar su nombre mas allà de los mares, y hacer à estos Pueblos tributarios suyos, embiaron Armadas, y Exercitos, para sujetarlos. Dios es quien se servia de la curiosidad de los unos, y de la vanidad de los otros, para cumplir sus designios. El es, quien abria caminos, y rumbos desconocidos à los Navios, quien sacaba de sus tesoros los vientos favorables, que impelian, y llevaban aquellas dichas armadas, y quien mostrando à la avaricia de los mortales, las riquezas temporales en las extremidades del Mundo, havia resuelto hacer pasar à él las espirituales; es à saber, su fé, su gracia, y su Evangelio.

Como el Hijo de Dios conoce à los que son suyos; como no pierde à ninguno de los escogidos, que su Padre le ha dado; y como èl se sirve de los tiempos, que han sido señalados para su gloria, embió à Xavier, para recoger aquellas almas predestinadas; y quiso, que esta nueva herencia fuese cultivada por las manos de este Hombre Apostolico. ¿Pues què bendiciones no derramò él sobre sus trabajos? La Iglesia estendida seis mil leguas mas de lo que estava; el Evangelio predicado en cien Islas, ó Reynos diferentes; mas de setecientas mil almas con-

vertidas à Jesu-Christo, son el fruto del zelo de este Apostol. Viósele tan presto administrando el Bautismo à tantos Infieles, que sus manos se rendian à la fatiga de este ministerio: Tan presto derribando los Idolos, y poniendo à Jesu-Christo, y à su sacrificio en lugar de aquellas costumbres barbaras, y sacrilegas de derramar la sangre humana sobre los Altares levantados al Demonio: Tan presto atrayendo Pueblos enteros por la eficacia de su fé, y por la fuerza de sus virtudes. La Cruz de Jesu-Christo estava ya plantada sobre los caminos, y sobre las riberas: El simbolo de la Fé era el Cantico, que se oia en las Casas, y en el Campo; y las instrucciones de Xavier volaban à todos los países, y à toda lengua. Allí formaba Cathedristas, y Sacerdotes, para explicar los mysterios, ó para conferir los Sacramentos. Aquí exortaba à sus Neophitos, ò recién convertidos, à despojarse de sus bienes, y à seguir la pobreza Evangelica. En este Lugar persuadia à la paciencia, y en aquel formaba corazones de Martyres. Veíase esta nueva Iglesia ir naciendo casi como la antigua, y envejecido el Christianismo en la Europa, reflorcer, y renovarse en medio de la barbarie.

De este modo, Dios, (segun los terminos del Rey Propheta) *fuzgaba à las Naciones, reparaba las ruinas de su casa;* (a) y como al mismo tiempo, que un Heresiarca combatia entre nosotros la Doctrina, y las tradiciones Apostolicas; un Apostol las predicaba, y las establecia en lo interior de las Indias. Su providencia, que vela siempre en el bien de su Iglesia, la consolaba de las perdidas tan sensibles, que padecia en Europa, por las adquisiciones, que hacia en estas tierras estrangeras; y de esta manera reparaba con ventajas en el nuevo mundo

(a) Psalm. 109. v. 6.

las brechas, que la heregia hacia á sus verdades en el antiguo. El mismo Xavier era por sí mismo una viva prueba de la Religion de nuestros Padres: No solamente convertia á los infieles, sino que tambien convenia á los hereges. Embiado por la Iglesia Romana, haciendo todos los dias á Pueblos, y á Reyes tributarios al poder espiritual del Vicario de Jesu-Christo, aguardando los Oraculos, ò executando las ordenes de la Santa Silla, y haciendo reconocer la autoridad de Roma la Santa en aquellos Reynos remotos, en que casi no conocian mas, que por Roma á la Conquistadora; confundia aun á aquellos hijos rebeldes, que perdian á la Iglesia el respeto, y la obediencia.

Este hombre, pues, que merecia el nombre de Apostol de las Indias, que poseia con eminencia todas las qualidades de los primeros fundadores de las Iglesias, por los viages, que havia emprendido, por los peligros, que havia corrido, por los trabajos, y por los suplicios, que havia sufrido como ellos por la gloria de Jesu-Christo, y por la propagacion de su Evangelio: Este zelo de los primeros tiempos, y esta renovacion, y segundo nacimiento del Apostolado, no condenaban á aquellos Doctores, sin union, ni movimiento de la gracia, que sembraban nuevas, y acomodadas doctrinas? Este hombre, que con solo su contacto sanaba de las enfermedades incurables, que hacia, como otro Elias, bajar fuego del Cielo sobre las Ciudades malditas, y corrompidas; que derrotaba Exercitos, levantando las manos al Cielo, como Moysès, que resucitaba los muertos á vista de sus envidiosos, y que sellaba, y confirmaba su doctrina todos los dias con milagros, no les mostraba señales, y caracteres de una Mision sólida, y verdadera? Este hombre, en fin, á quien faltò el Martyrio, pero jamás faltó él al Martyrio; que no tenia, ni una gota de sangre, que su caridad no huviese destinado á derramar por una herida; que muere en una Ribera desierta, abandonado de todo el Mundo

do, por falta de sacrificadores, y tiranos, víctima de su caridad, y martyr de su proprio zelo, no nos acusa, y reprehende nuestra floxedad, nuestra cobardia, nuestra tibieza, y nuestra malicia?

Hablo, Señores, de los Predicadores, y de los oyentes juntamente; y si nosotros debemos avergonzarnos á vista de un ministerio tan puro, y tan Apostolico; vosotros os debeis avergonzar á vista de tantos Pueblos, que tan facilmente se rindieron á la verdad. Porque, ¿qual es el fruto, que hace oy dia la palabra de Dios entre los Christianos? El Evangelio todos los dias se predica, enseñanse las verdades, se declama contra los vicios; y se halla con todo eso en esos grandes concursos alguno, que salga, y buelva á su casa mas persuadido de su fé, ò mejor dispuesto, para vivir bien? Reflexionemos, Señores, sobre ello: Acaso será, porque nos buscamos á nosotros mismos, porque nos proponemos el aplauso, ò la vanidad, antes que la salvacion de las almas; y porque destruimos nosotros con nuestras costumbres la santidad de nuestras palabras.

Como quiera, que sea, es mucha verdad, que hay muy poco fervor, y muy poco zelo, y que esta palabra de Dios, que como un penetrante cuchillo traspasa, y llega hasta la medula de los huesos, en las partes mas secretas del corazon, quando está en la boca de los Hombrs Apostolicos; no es mas, que un sonido inutil, que nada produce, en la boca de un Obrero indigno. Pero no echemos toda la culpa, á los que la predicán; los que la oyen sin aprovecharse de ella, no son menos culpables. La poca sumision, y docilidad, el poco recogimiento, y reflexion, las diversiones, que se toman, el espiritu del Mundo, de que están poseidos, las pasiones, que se mantienen en el fondo del alma, son las fuentes, de donde viene este desorden. Jesu-Christo no falta á los Ministros fieles.

Temamos, pues, Señores, que Dios castigue nuestra  
du-

dureza, que transporte su fé de nuestro emisferio al otro, y que cansado de la esterilidad de su antigua viña, no embie sus Obreros à cultivar otra nueva. Gran Santo, que reynais en el Cielo con Jesu-Christo, haced, que oyga oy los votos, y suplicas, que le dirigimos, por vuestra intercesion. Vos echais vuestra bendicion à estos Pueblos, que haveis ilustrado con las luces de la fé, à estas Provincias, que haveis recorrido tantas veces, y à los hijos de estos Padres, que haveis reengendrado en Jesu-Christo: Es muy justo, y en fin son obras vuestras; *Pero, Padre mio, no teneis más, que una bendicion!* (a) Nosotros sabemos lo que haveis hecho por ellos, y sabemos tambien, lo que podeis hacer por nosotros. Es verdad, que ese nuevo mundo ha sido la herencia de vuestro zelo, pero no ha sido menos el antiguo el objeto de vuestra caridad, y de vuestras oraciones; el uno os ha visto Apostol, y el otro os ha hecho Christiano; si vuestro espiritu se ha derramado por esas Regiones tan remotas, haced, que se derrame sobre las nuestras. Vos haveis formado Discipulos, que han recogido vuestras virtudes: Alcanzadnos Obreros, que alienten nuestra fé, que enciendan nuestra tibia caridad, y que nos ayuden à recibir la gracia, y la gloria: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PA-

(a) Num unam tantum benedictionem habes Pater? Nobis quoque obsecro, ut benedicas. Genes. 27. v. 38.

## PANEGYRICO DE SAN PHELIPE

NERI,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de los Padres del Oratorio en París año  
de 1685.

*Suscitabo mihi Sacerdotem fidelem, qui juxta  
cor meum, & animam meam faciet, & ædi-  
ficabo ei domum fidelem, & ambulabit coram  
Christo meo cunctis diebus.*

Yo suscitaré para mí un Sacerdote fiel, que  
obrará, segun mi corazon, y segun mi al-  
ma; yo le edificaré una casa firme, y ca-  
minará siempre delante de mi Christo. En  
el libro 1. de los Reyes, cap. 2. vers. 35.



Esta es la esperanza, que Dios daba á su Pueblo, de reformar los Ministros de sus Altares, y de reparar el honor de su Sacerdocio, en un tiempo, en que los Sacerdotes ingratos, infieles, é interesados invertian el orden de los Sacrificios, repartian á su antojo las Hostias, y las victimas, y en que violando la Ley de Dios, que ellos debian hacer observar á todos, y deshon-  
ran.

dureza, que transporte su fé de nuestro emisferio al otro, y que cansado de la esterilidad de su antigua viña, no embie sus Obreros à cultivar otra nueva. Gran Santo, que reynais en el Cielo con Jesu-Christo, haced, que oyga oy los votos, y suplicas, que le dirigimos, por vuestra intercesion. Vos echais vuestra bendicion à estos Pueblos, que haveis ilustrado con las luces de la fé, à estas Provincias, que haveis recorrido tantas veces, y à los hijos de estos Padres, que haveis reengendrado en Jesu-Christo: Es muy justo, y en fin son obras vuestras; *Pero, Padre mio, no teneis más, que una bendicion!* (a) Nosotros sabemos lo que haveis hecho por ellos, y sabemos tambien, lo que podeis hacer por nosotros. Es verdad, que ese nuevo mundo ha sido la herencia de vuestro zelo, pero no ha sido menos el antiguo el objeto de vuestra caridad, y de vuestras oraciones; el uno os ha visto Apostol, y el otro os ha hecho Christiano; si vuestro espiritu se ha derramado por esas Regiones tan remotas, haced, que se derrame sobre las nuestras. Vos haveis formado Discipulos, que han recogido vuestras virtudes: Alcanzadnos Obreros, que alienten nuestra fé, que enciendan nuestra tibia caridad, y que nos ayuden á recibir la gracia, y la gloria: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PA-

(a) Num unam tantum benedictionem habes Pater? Nobis quoque obsecro, ut benedicas. Genes. 27. v. 38.

## PANEGYRICO DE SAN PHELIPE NERI,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de los Padres del Oratorio en París año  
de 1685.

*Suscitabo mihi Sacerdotem fidelem, qui juxta  
cor meum, & animam meam faciet, & ædi-  
ficabo ei domum fidelem, & ambulabit coram  
Christo meo cunctis diebus.*

Yo suscitaré para mí un Sacerdote fiel, que  
obrará, segun mi corazon, y segun mi al-  
ma; yo le edificaré una casa firme, y ca-  
minará siempre delante de mi Christo. En  
el libro 1. de los Reyes, cap. 2. vers. 35.



Esta es la esperanza, que Dios daba á su Pueblo, de reformar los Ministros de sus Altares, y de reparar el honor de su Sacerdocio, en un tiempo, en que los Sacerdotes ingratos, infieles, é interesados invertian el orden de los Sacrificios, repartian á su antojo las Hostias, y las victimas, y en que violando la Ley de Dios, que ellos debian hacer observar á todos, y deshon-  
ran.

rando la eminencia de su Dignidad por la bajeza, y por la indignidad de su vida, exponian el culto divino al menosprecio, y á los insultos de los hombres, y llegaban á ser los profanadores de las cosas santas, de las quales eran dispensadores. Date priesa, Samuel, date priesa á crecer; cumple los designios de la providencia de Dios, y buelve á sus Altares el honor, que se les quita.

A este modo en estos últimos siglos, quando el error, la ignorancia, la avaricia, y la ociosidad desolaban la Casa de Dios, nació para el bien, y para la gloria de su Iglesia San Phelipe Neri, que encendió el fuego casi apagado del Santuario por el fervor de su piedad, y por el ardor de su zelo; que bolvió á poner el espíritu de Disciplina, y de Religion en el centro de la Religion misma; y quien por sola la autoridad, que le daba su virtud, y la fuerza de su exemplo, sin dignidad, y sin preeminencia alguna Eclesiastica, restableció el orden, y la penitencia, y reformó el Clero de Roma.

Dios, que hizo, que por entonces naciese para sí, (a) como que le hace renacer oy dia para nosotros por medio de estos primeros honores, que le damos. El mismo inspira á los imitadores de su Instituto, el sacar de las tinieblas del olvido la memoria de un Ministro fiel de Jesu Christo. Que muriendo desde su infancia á todas las pasiones de la carne, menospreció las prosperidades, y no temió las desgracias; que bien lejos de recibir, ó de tomar lo ageno, dió lo suyo propio; que se elevó sobre los hombres por la altura de su contemplacion, y bolvió á bajar á ellos por la compasion, y la humildad: Puro, y casto en sus pensamientos: Venerable en sus acciones; regular, y uniforme en su conducta; dis-

(a) Fue este el primer año, que los Padres del Oratorio de Francia solemnizaron su Fiesta.

discreto en su silencio, util en sus discursos, siempre ocupado en sus obligaciones, y lleno del mismo Dios.

Virgen Santa, á quien tantas veces recurrió, derramando en vuestra presencia su corazon, que le consolabais en sus disgustos, y afficciones, que le asistiais en sus necesidades, que le instruias en sus dudas, y que le animabais en sus empresas: Escuchad nuestras súplicas. El era casto, y virgen, y la concupiscencia, que jamás se atrevió á acercarse á Vos, estaba en él, como ligada. Era Sacerdote, y producía sobre los Altares al mismo Dios, que en otro tiempo recibisteis vos en vuestras castas entrañas; y en su persona, como que veis alguna sombra de la pureza, y de la fecundidad de la vuestra: Alcanzados, pues, del Espíritu Santo las gracias necesarias, para alabar sus virtudes, y para transplantar las en nuestros corazones; para este fin os diremos con el Angel:

AVE MARIA.

DOS cosas, Señores, son necesarias á los que quieren estar adornados de la dignidad, y gozar de las ventajas del Sacerdocio de la Ley nueva. La primera entrar en él por Jesu-Christo, por su inspiracion, por su voluntad, por su espíritu, por la practica de sus virtudes, y por el deseo de su salvacion. (a) De este modo se explica en su Evangelio. La segunda es, trabajar por Jesu-Christo; su Padre está obrando en él, él está obrando en su Padre; (b) y asi es necesario, que aquellos, que están como unidos á él para la consumacion de la obra de la Redempcion, y de la reconciliacion de los hombres, obren

(a) *Per me si quis introierit, salvabitur.* Joan. 10. v. 9.

(b) *Pater meus usque modo operatur, & ego operor.* Joan. 5. v. 17.

Tom. 2.

Ee

obren sin cesar con él. Estas son las dos qualidades esenciales, é inseparables: La vocacion, y el ministerio. La ociosidad, y el disgusto siguen ordinariamente à la precipitacion, y à la imprudencia, dice San Bernardo. El que es usurpador de su Sacerdocio, à lo menos será inutil poseedor. No habiendo consultado à Dios, no se hará la obra de Dios; y habiendo cerrado la puerta à sus gracias desde el principio, no cumplirá las funciones, que sola la gracia de Dios le puede hacer cumplir dignamente. Además: Que la pureza de la vocacion ordinariamente produce el fervor de la accion; y es muy difícil, que aquel, que ha puesto todos sus cuidados, y toda su alegría en ser admitido en el servicio de Dios, no ponga su merito, y su aplicacion, en honrarle, y servirle.

Pues esto es, Señores, lo que ha hecho San Phelipe. El uso, ó la administracion de los Sacramentos, el zelo de su perfeccion, el de la conversion de sus hermanos; la investigacion de los Dones de Dios, y la distribucion de estos mismos dones, constituyeron la herencia de su vida: En una palabra,

Division. { *I. Sus disposiciones al sacerdocio, y*  
 { *II. Las ocupaciones de su Sacerdocio,*  
 Serán el asunto de este Discurso, y el objeto de vuestra atencion.

### PRIMERA PARTE.

**N**O hay estado mas noble, ni mas elevado, que el de los Sacerdotes de Jesu-Christo. Pero tampoco hay otro, que pida mas preparacion. Ellos pertenecen à Dios por una consagracion particular; y asi le deben estar mas adictos, y apasionados. Acercanse à Dios por el privilegio de su caracter, y por lo mismo deben ser mas puros. Oran, y aplacan à Dios para con los fieles, y deben

ben tenerle propicio, y favorable para sí mismos. Representan à Jesu-Christo, y asi deben entrar en sus mismos sentimientos, y en su espiritu. Ofrecen, y dispensan los Santos Mysterios, y es necesario, que sean los que recojan los primeros frutos. Son los Maestros de la vida espiritual; y asi es muy justo, que la establezcan en su corazon, y que la hagan amar en sus acciones. Corrigen à los otros, y deben ser irreprehensibles. Han recibido mas gracias, y asi debe ser mayor su reconocimiento; son sus pecados mas reparados, y asi deben tener mayor precaucion. Les es mas difícil el levantarse de su caída; y asi deben conservarse en la inocencia con mas cuidado, y temor.

Estas consideraciones movieron, y dejaron convencido à San Phelipe desde su juventud; y Dios por progresos asombrosos de virtudes dispuso su corazon para los empleos, y fines, que le destinaba. Por capaz, que fuese su espiritu de todas suertes de conocimientos, aplicóse à los que podian alimentar su piedad. Corrigió por la santa sencillez de las Escrituras el orgullo, que dan las ciencias humanas, y sacó del fondo de sus estudios la materia, y asunto de sus oraciones, y el exercicio de sus virtudes. Viósele en el intervalo de sus lecciones, unas veces en lo interior de una Capilla, bañado de lagrimas, poniendo secretamente à los pies de Jesu-Christo Crucificado las primeras ternuras de su amor, y los ensayos, y primeras pruebas de su penitencia: Otras veces bajo el Portico de San Pedro, en medio de una tropa de pobres, enseñandoles los principios de la Fé, y los elementos de la Religion, á expensas de algunos ahorrillos, que hacia de sus propias necesidades; empleando en la caridad los residuos de su pobreza, y los frutos de sus abstinencias; y en fin, otras en los Hospitales consolando à los enfermos con sus cuidados, y con sus discursos; y asistiendoles con aquellas pocas fuerzas, que le havian dejado sus mortificaciones, y sus ayunos.

Cansado de las estériles especulaciones de la ciencia, resolvió no saber mas, que á Jesu-Christo Crucificado; y no pudo sufrir otras luces, que las que recibia en su oracion. En este piadoso exercicio era, donde él sentia à su espíritu elevarse como de sí mismo; y el fuego del amor divino encenderse con tanto ardor, que no pudiendo sostenerse, caía brumado bajo el peso, y la violencia de su caridad.

Entonces fue, quando renunciando à todo comercio con los vivos, se formó una especie de habito, ó costumbre de vivir, ó por mejor decir de morir con los muertos; pasando por espacio de diez años, una parte de los días, y todas las noches en el Cementerio de Calixto, y en las Grutas, ó Cuevas de las Catacumbas. Aquel espantoso, y triste silencio, aquel confuso monton de cenizas, de sepuleros, y de huesos, aquellas profundas obscuridades de esta noche subterránea (digámoslo así) aquellas palidas sombras de los Martyres, que todavía llevan consigo las señales de sus suplicios, y aquellas venerables, pero terribles reliquias de las tribulaciones de la Iglesia antigua, favorecian su recogimiento, y respetaban su penitencia. Allí consultando aquellos cuerpos, que aunque reducidos á cenizas, y à corrupcion, no dejan de haver sido templos del Espíritu Santo, aprehendía á desprenderse de sí mismo por un generoso desprecio de esta vida caduca, y perecedera. Allí, haciendose tyrano de sí mismo, mortificado con sus penitencias en lugar de las persecuciones, se acostumbra à sufrir un Martyrio largo, y voluntario. Allí al rededor de tantos Sacrificios, inmolvaba unas veces su razon por una entera sumision á las ordenes de Dios; otras sacrificaba su corazon por la privacion de las dulzuras, y de las consolaciones de la vida; y tomaba aquel espíritu de Sacrificio, que era una preparacion à su Sacerdocio; y no obstante esto, allí fue, donde à pesar de las tentaciones, y de los obstaculos del Demonio, recibió de Dios gracias tan vivas, y tan sensibles, que

se vió muchas veces obligado à exclamar: *Basta, Señor, basta, basta.*

Pero una de las mejores disposiciones para el Sacerdocio es el amor de Dios. Justo es, dice San Basilio, que los que están destinados à los ministerios de Jesu-Christo, aprendan à amarle, y se examinen à sí mismos, si son dignos, y merecen ser amados; porque siendo todas sus funciones señales de la caridad, que nos ha tenido, y prendas, ó testimonios, de la que nosotros debemos tener à su Magestad; es muy justo, que el interprete, y el medianero la llegue à sentir con abundancia. Pues en esto consiste la mayor gloria de San Phelipe. Porque, ¿hizo jamás sobre ninguno esfuerzos mas violentos, que los que hizo sobre él, el amor divino? ¿La grande contienda de su corazon no desordenó en él los movimientos naturales, y su pecho no se estendió por dilatar los espacios de la caridad? ¿No se le oyó muchas veces, recogiendo todos sus deseos en uno solo, exclamar, diciendo, *yo deseo?* (a) No dixo ordinariamente en sus extasis, ó arrobos, qual otro Apostol San Pablo: *Lleno estoy de consuelo, yo rebose de alegría.* (b)

Yo bien sé, que esta devocion sensible es algunas veces la herencia de los debiles, y de los principiantes, à que Dios los previene con sus bendiciones de dulzura, para atraerlos á su servicio; que les dà la leche de los niños, hasta que puedan aguantar un alimento mas solido, que su providencia se complace en allanarles los caminos de la virtud, no sea, que se vuelvan atrás; que segun se nota en la Escritura, quando retiró à los hijos de

---

(a) *Cupio.*

(b) *Repletus sum consolatione, superabundo gaudio.* 3. Cor. 7. v.4.

de Israél de la tierra de Egipto, (a) no los llevó por el pais de Philisteos, aunque era el camino mas corto, temiendo, no se detuviesen en medio de su curso; y que las guerras, que les huviera sido preciso sostener, les hiciesen bolver à tomar el camino de Egipto, y que en fin las almas tiernas en la virtud están sujetas à estas especies de raptos, y transportamientos, (b) porque la novedad de la luz, y del sentimiento de las cosas divinas, causa en ellas mas alteracion.

Pero tambien sè, que hay favores extraordinarios, que propriamente están reservados para los perfectos; que se dan al merito, y no à la necesidad; y que son las recompensas, y no los socorros de la virtud. Tales fueron aquellos sentimientos, aquellas alegrías, y aquellos fervores, de que està llena la vida de San Phelipe. Pero del fondo mismo de aquellas dulzuras, nacia una amargura saludable, y un temor, que provenia de su amor mismo. Entonces fue, quando escudriñando hasta los menores escondrijos de su corazon, buscaba, si havia en èl algun imperceptible interés, si amaba las consolaciones de Dios, ó al Dios de las consolaciones. Entonces era, quando él deseaba ser conducido por esterilidades, y sequedades espirituales, y llevar cruz sobre cruz, para mostrar la pureza de sus deseos, y la fidelidad de su paciencia.

Hallandose en esta agitation, temió, no huviese algun genero de ociosidad en su retiro, ò alguna delicadeza en aquella devocion, acompañada de tantos gustos, y por inspiracion, que tuvo del Cielo, de que sería bien presto llamado à las funciones Sacerdotales, se dió à la instruccion del proximo, y à la conversion de las almas. Con este

(a) Exod. 13.

(b) *Adolescentula dilexerunt te.* Cant. 1. v. 2.

este fin vos le representaré yo marchando à las plazas, y à los concursos, insinuandose con industria, y acierto, à favor de aquella dulzura natural, con que ganaba los corazones, para advertirle à cada uno sus obligaciones, y la necesidad de su salvacion? Os diré, como juntando compañeros de su piedad, tratando, aunque lego, en conversaciones publicas, sobre todas las materias de Religion; conduxo muchos pecadores à la penitencia, y pobló los Monasterios de los penitentes que embiaba à ellos?

Pero por mucha aplicacion que tuviese por la salvacion de los otros, huvierase podido decir al parecer, que no pensaba mas, que en la suya propria: No se contentó con ser virtuoso, quiso tambien ser perfecto. Digamoslo, Señores, para nuestra verguenza, y confusion: Nosotros no tenemos sino bajas ideas del Christianismo. Creemos regularmente, que para ser hombre de bien, basta no tener vicio alguno, y no hacer sino poco malo: Tienese yá uno por casto, como no cayga en los mayores desordenes: Perdonase cada uno facilmente sus pensamientos, sus palabras libres, sus peligrosas conversaciones, y todas sus libertades, que se miran como inocentes, y que (segun Tertuliano) son señales de una castidad, ó perdida, ó vacilante. (a) Ya no se usa mas llorar sus pecados, ni expiarlos con asperas, y dificiles austeridades. El decirlos à su Confesor con un arrepentimiento, ó dolor superficial, que no impide las recaídas, es à lo que ahora se llama penitencia. Imaginan que la caridad puede subsistir con la maledicencia, y murmuracion, con tal que se tenga à la verdad de su parte, que uno no sea el autor de la calumnia, que se la sepa dar un colorido natural, ingenioso, y agradable, y que se inciense con una mano, lo que

(a) *Peritura castitatis argumenta.* Tertul.

que se vá á herir con la otra; *creese* (segun las palabras del Sabio) *que esta es una especie de juego, y no una muerte alevosa.* (a) Aunque el luxo, y los adornos demasiado estudiados, estên condenados en la Escritura; con tal que se tenga algun rastro de pudor, y moderacion, y que no se llegue á los ultimos excesos de indecencia, se cree uno haverse quedado solamente en los limites de la limpieza, y en las reglas de la modestia. Hase formado cada uno, como un merito, y una especie de piedad, de no ser enteramente malo, ó de serlo menos que los otros.

Al contrario: San Phelipe llevó todas las virtudes hasta su perfeccion: Para él no bastó tener una devocion comun, quiere adquirirla perfecta; y así, ¿ qual fue su desprendimiento del Mundo! ¿ Se vió jamás un corazon menos capaz de ambicion? Ponen los ojos sobre él, para elevarle á las Prelacias. Dos Soberanos Pontifices le ofrecen la Purpura, y quieren acercarle al trono de Jesu Christo, y de su Iglesia; y él pide encarecidamente, no que atiendan á su humildad, sino que tengan compasion de su flaqueza. No quiere que sepa el Mundo, que se le ha tenido por digno de los honores, ni que él sea reputado por indigno de ellos; porque suele suceder en estas renunciaciones tan ruidosas, que despues de haverse formado como una especie de virtud delante de Dios, se viene á formar como una especie de merito para sí mismo; se tiene alguna complacencia de haverse puesto, y elevado sobre su propria gloria; y despues de haver vencido su orgullo, se llega á ser vencido por su modestia. Phelipe se elevó sobre las dignidades sin cuidar de ello, no quiso tener, ni la vanidad de aceptarlas, ni la gloria de haverlas renunciado; y por un nuevo genero de humildad, él mismo oculta su humildad misma.

Pe-

(a) *Qui mittit sagittas, & lanceas in mortem, & dicit: Laudens feci.* Prov. 26. v. 18.

Pero, ¿ y qual fue su continencia, y su castidad? ¿ No cercenó, y cortó con la gracia de Jesu-Christo, con su mortificacion continua, hasta los menores deseos? Pudierase haver dicho, que, ó no tenia cuerpo, ó que havia mudado de condicion, y de naturaleza. ¿ Y qual fue su zelo por la fé? Al oír solo la relacion de las Misiones de las Indias, considerando la abundancia de la mies, y la escasez de obreros, abrasado del deseo de derramar su sangre en la predicacion del Evangelio, ¿ pudo acaso ser detenido, sino por un orden visible de Dios, que le destinaba para otros combates, que havia de sufrir por su gloria? ¿ Qual fue su ardor por atraer á los Hereges á las conferencias, y á las exortaciones? Por su orden el celebre Baronio compuso los Anales de la Iglesia, para convencer las nuevas sectas por medio de esta divina tradicion, que corre desde Jesu-Christo; que une, y estrecha todas las Iglesias, y todos los siglos, por la unidad de una misma fé, y por la pureza de una misma Doctrina Evangelica, y Apostolica?

Por todas estas virtudes, como por otros tantos grados, ascendió al Sacerdocio de Jesu-Christo: y aun con todo, fue necesario un precepto expreso de su Confesor, para resolverle á ello, siguiendo aquella regla de los Padres, que los indignos no deben jamás entrar en los ministerios de los Altares; y que aun los que son dignos, no deben entrar en él sino es por fuerza. ¿ Con estas disposiciones, podia él menos de cumplir dignamente con las ocupaciones de su Sacerdocio? (Que es la segunda parte.)

## SEGUNDA PARTE.

EL Sacerdocio de Jesu-Christo, no es un titulo sin funciones, ni empleo; sino un ministerio de ocupacion, y de trabajo, que comprehende una multitud de obligaciones esenciales, y dificiles de cumplir: *Pero tú, vela*  
 Tom. 2. ff con,

continuamente, (a) decia el Apostol á Timotheo, exortandole á fortificarse por la gracia de Jesu-Christo en su santa, pero laboriosa vocacion; (b) y á trabajar tan presto como un soldado alistado en la sagrada Milicia del Hijo de Dios, que debe resistir á las fuerzas de la carne, y de la sangre, y del poder de las tinieblas, tan presto como un Evangelista, para anunciar al Pueblo la Ley de Dios, despues de haverla escrito él mismo en su proprio corazon, y haverla hecho viva en sus acciones: Haz el oficio de un Evangelista; (c) tan presto como depositario de la doctrina de la fé, que es necesario conservar pura, y sana; de los Mysterios del Salvador, que es necesario dispensar con discernimiento, y con temor; y de los secretos de las conciencias, que es necesario guardar con Religion, para remedarlas con eficacia: Guarda el deposito que te se ha confiado, (d) tan presto como un vaso de honor consagrado al Señor, que le debe ser util en todo, (e) y pronto para servir en todos los oficios, en que su providencia quisiere emplearle: Y en fin, como el hombre de Dios, (f) que debe ser bueno para instruir, para reprehender, para edificar, para reconciliar en toda justicia, perfecto, y preparado á toda suerte de funciones, y exercicios, que la verdad, la justicia, la sabiduría, y la caridad le impusieren.

Ved aquí, Señores, qual era un obrero Apostolico en

(a) Tu vero vigila, in omnibus labora. 2. Tim. 4. v. 5.

(b) Sicut bonus miles Christi Jesu. Ibid. 2. v. 3.

(c) Opus fac Evangelista. Ibid. 4. v. 5.

(d) Depositum custodi. Ibid. 1. v. 14.

(e) Vas in honorem sanctificatum, & utile. Ibid. 2. v. 21.

(f) Ut perfectus sit homo Dei ad omne opus bonum instructus. Ibid. 3. v. 17.

en el nacimiento de la Iglesia. Apartense de aquí de verguenza aquellos hombres profanos, á quienes la codicia ha llevado á los pies de los Altares, para buscar en ellos como una especie de paso, ó pretexto á su ambicion, ó un refugio á su necesidad, é indigencia; que no han tenido otro principio de su vocacion, que el deseo de vivir á su antojo en una dulce, y honrosa ociosidad; que han entrado en la viña del Señor, no para cultivarla, sino para coger su fruto; y que se han propuesto, entrando en la Iglesia de Jesu-Christo, no el trabajo Eclesiastico, sino la molicie de la vida, y el establecimiento de una fortuna apacible, ó en el esplendor de las Dignidades, ó en la opulencia de los Beneficios. Fuera de aquí aquellos Sacerdotes ociosos, que han recibido en vano la gracia del Sacramento del Orden; que viviendo del Altar, y no sirviendo al Altar, llevan arrastrando tras de sí sin honor, y sin exercicio un esteril, é infructuoso Sacerdocio; que retienen con injusticia la palabra de Dios, que están obligados á distribuir, y el poder que tienen de atar, y desatar, que bien lejos de instruir á los otros, tienen necesidad de ser instruidos; que no son conocidos por Sacerdotes, digamoslo asi, sino por el habito, y el nombre que llevan; y que no tienen otra ocupacion, mas que la de gozar á un tiempo de los placeres del Mundo, y de el Patrimonio de Jesu-Christo.

Yo hablo, sí, muy al contrario, de un Sacerdote enteramente ocupado en su vocacion, que se consagró sin reserva al trabajo de su ministerio, y cuya vida toda fue una serie de obras de misericordia, y de exercicios de caridad, y una continuacion del Sacerdocio: De un Sacerdote, que toleró el peso del día, y del calor, sin quejarse; que se fatigó en los caminos de la justicia sin cansarse de ella; que reconoció, como el Apostol, que era deudor á todos, y que nada le pertenecía menos que él mismo, que quiso que su puerta estuviese abierta por las noches, como por los días, para todos aquellos, que tenian

necesidad de sus consuelos, ó de sus consejos; que se cercenó hasta en lo necesario para la vida, y no creyó que le fuese permitido emplear en su comida, y en su descanso, un tiempo que podía emplear en la instruccion, ó en el alivio de un pobre, en la correccion, ó en la reconciliacion de un pecador; y que á pesar de las representaciones de la carne, y de la sangre, que le imponian hasta una especie de obligacion, y un punto de conciencia, el no tratarse con mas benignidad, dejando todas las cosas, y dejandose á sí mismo por la gloria de Dios, y por la salud eterna de sus hermanos, respondia poco mas, ó menos, como aquel Cortesano de quien habla la Escritura: *Es necesario que se cumplan, y pongan por obra los negocios de Dios.* (a)

Pero entremos á referir por menor las acciones de su Religion, y de su vida Sacerdotal: La primera, y la mas divina accion, de los que son llamados al ministerio de los Altares, es ofrecer el Cuerpo, y Sangre del Hijo de Dios, y presentar al Padre Eterno este adorable sacrificio, immolandose, y ofreciendose á sí mismo en esta oblacion, donde es Jesu-Christo visible sobre la tierra, asi como Jesu-Christo es el Pontífice, y el Sacrificador invisible en el Cielo. De aqui proviene el respeto, que se debe tener á los Sacerdotes. La persona es humana, y acaso podrá estar corrompida; pero la dignidad es Divina, incorruptible, é inviolable. Como quiera que sean delante de Dios, ó delante de los hombres, ellos forman sobre el Altar por la eficacia de su palabra al mismo Dios que vosotros adorais; y aunque sus manos sagradas lleguen alguna vez á hacerse profanas, con todo eso, la Hostia que ellas consagran, y ofrecen, os las debe hacer venerables. Pero tambien es de aqui, de donde

(a) *Impero negotia Regis impleri.* 2. Mach. 15, v. 5.

debe venir su Santidad. Porque si *los que llevan los vasos del Señor deben estar purificados*, segun la regla del Propheta. (a) ¿Quanto lo deben estar, los que consagran, los que tocan, los que llevan, los que distribuyen, y los que reciben al mismo Señor?

Pero, Señores, ¿qué Santo tampoco ha cumplido jamás con las obligaciones del ministerio de la Eucaristia, con mas atencion, con mas humildad, con mas fé, ni con mas fervor que este, cuya memoria celebramos oy? No vivia sino para unirse á Jesu-Christo: Su alma huviera perecido de flaqueza, y debilidad, si huviese carecido solo el espacio de un dia de este alimento celestial: La Misa que decia oy, era una disposicion, para la que havia de celebrar mañana; la familiaridad, aumentaba el respeto, y la costumbre no entibiaba la devocion: El deseo consumaba el goze, y la posesion, y la misma posesion encendia el deseo: Llevabase á Jesu-Christo consigo, ó él se quedaba con Jesu-Christo, y en esta reciproca caridad, se cumplia lo que está dicho en el Evangelio: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, habita en mí, y yo en él.* (b)

¿Pues qué cosa le huviera podido separar, y desunir de su Salvador? ¿Por ventura alguna inclinacion, ó apego secreto á las cosas del Mundo? No por cierto: Havia renunciado sus usos, y sus costumbres, y decia ordinariamente, que no sentia en sí, sino una cosa que le pudiese agradar, y era que el Mundo le desagradaba. ¿Sería algun deseo de riquezas? Havia él antes renunciado la herencia de su casa; y el unico bien que pedia, era el me-

(a) *Mundamini, qui fortis vasa Domini.* Isaías 52, v. 11.

(b) *Joann. 6. v. 57.*

rito de una pobreza pura, y Evangelica; de tener necesidad de todo, de no hallar nada, de vivir de limosnas, y de morir en un Hospital. ¿Seria acaso alguna disipacion, ò distraccion de espiritu? ¿Pues no se havia formado como un habito de continua oracion, y una soledad interior, que hacia tener á Dios siempre presente, y al Mundo casi invisible? ¿Seria quizá alguna pasion poco mortificada? La penitencia, no solamente havia reprimido, sino que enteramente havia destruido en él todos los deseos del siglo, y todas las inclinaciones de la naturaleza. ¿Y hay que admirarse, de que la participacion de Jesu-Christo, y de sus Mysterios, hiciese sobre él impresiones tan vivas, tan penetrantes, y tan sensibles?

Viósele poner palido, temblar, encenderse á vista de los Santos Mysterios, y producir, sin querer, sobre su rostro, todos los efectos, y sentimientos sucesivos de su corazon. En la mitad de el Santo Sacrificio de la Misa, quando se recoge su atencion; yá se le vió hacerse violencia, para interrumpir un poco la suya, temiendo caer en publico en aquellos raptos, y extasis, y por una inquietud de humildad moderar los transportamientos, y los excesos de su amor. Viósele despues de la comunión bajar del Altar, como Moysés de la montaña, rodeado de luz, echar un velo sobre su rostro resplandeciente, por ocultar su gloria á los ojos de los hombres, á quienes Jesu-Christo en este Sacramento ha ocultado la suya. Viósele en lo mas grave de una enfermedad, al acercarse la Hostia, que se le llevaba de Viatico, bolver á tomar de repente sus fuerzas, levantarse sobre su cama, sostenido de su corazon, y de sus deseos; insensible á todo otro dolor, que al de la tardanza; y bolviendo á caer, no por desfallecimiento de la naturaleza, sino por la impaciencia de su amor, exclamar diciendo: *Daos prisa, Padre mio, daos prisa.*

¿Y os diré yo, como en el tiempo de sus Sacrificios

se

se llenaba toda la Iglesia como de una especie de olor de su piedad, que su espiritu se comunicaba al rededor de sí; que se derramaba, y esparcía sobre todos los asistentes una virtud secreta por la eficacia de su oracion; que sentian á sus corazones salirse de ellos, y unirse al suyo, á pesar de sus distracciones, para elevarse todos juntos por una oblacion comun; que los unos concebían deseos eficaces de conversion; que los otros se derramaban en lagrimas; y que asombrados todos de una mudanza tan imprevista, y casi involuntaria de sus conciencias, se decían los unos á los otros, como aquellos Discipulos del Evangelio: *¿Por ventura nuestro corazon no se iba inflamando, quando ofrecia á Jesu-Christo por nosotros, y quando nos ofrecia á nosotros mismos á Jesu-Christo? (a)*

Pues juzgad de los movimientos interiores, por los que inspiraba en lo exterior. Una fé viva, y Religiosa, que le llenaba de respeto, y del amor de nuestros Mysterios, le hacia constituir toda su alegría, y todo su honor en ocuparse en ellos; y así, jamás quiso otro titulo, ni qualidad, que la de Sacerdote. Oy dia casi se ofenden los hombres de ello: Juzgase que no es licito llamar así, sino á aquellos, á quienes una corta educacion, ó una triste necesidad ha reducido al servicio de las Parroquias del Campo, y de la Aldea. Aunque el Sacerdocio de Jesu-Christo sea Real, por poca fortuna que se tenga, ó por poca distincion que haya en su nacimiento, se gusta de tomar los titulos mas honoríficos. En lugar de hacerse respetar por su orden, ó por su virtud, se dan á conocer al Mundo por la calidad, y condicion que obtienen en él, ò por la renta que poseen en su Iglesia; y para lisongear su vanidad, ó para despertar su ambicion á fal-

ta

(a) *Nonne cor nostrum ardens erat? Luc. 24. v. 32.*

ta de los beneficios, y de las dignidades que no tienen; toman el nombre de las dignidades, ó de los beneficios que se desean.

Pero Phelipe en medio de la Corte, y de las grandezas Eclesiasticas, á nada tiene por superior, ni de mas estimacion, que su Sacerdocio, que le une con Jesu-Christo, y que le alimenta todos los dias de Jesu-Christo. ¡Con qué indignacion no miraba él á aquellos Sacerdotes, que despues de haver sido sacados por la misericordia de Dios de las aguas amargas de este Mundo, para ser la sal de la tierra, buelven á arrojarse á ellas, y á hundirse en ellas, (como habla San Crisostomo) á renunciar sus derechos, y sus funciones; á celebrar apenas una vez al año los Sagrados Mysterios; y á degradarse ellos mismos, privandose de su participacion, no por un espíritu de justicia, y de penitencia, sino por una tibieza, y una indiferencia voluntaria! ¡Con qué dolor, y con qué pena no veía él á los Christianos acercarse tan raras veces, ó por un injusto tedio, ó por una negligencia afectada, ó por una maligna humildad, ó por una efectiva indevotion, y un temor, ó miedo de enmendarse, y de romper las inclinaciones, y los afectos del siglo!

Emprendió, pues, atraerlos á Jesu-Christo, y excitar en ellos el deseo, y el uso de los Sacramentos. No obstante, no creais que los hiciese llegar sin discernimiento, y sin precaucion, y que en lugar de darles el Pan de vida, que alimenta las almas bien dispuestas para recibirle, les diese el veneno de una comunion precipitada. Causóles una devocion, no de comulgar, sino de comulgar santamente; enseñóles á orar, á llorar, y á probarse, antes de acercarse al Altar: Erigióse un tribunal justo, y equitativo, para juzgar las conciencias de los pecadores por sus propias Confesiones, segun las reglas de la penitencia; y esta fue la segunda funcion de su Sacerdocio.

Qui-

Quiso Dios en la Ley antigua, como lo leemos en el Levitico, (a) que el oído, y la mano de los hijos de Aarron fuesen solamente consagrados, para representar este officio, y este Sacramento de la Ley Nueva, ó de Gracia, por el qual se obra la justificacion del pecador por la mediacion del Sacerdote, que oye sus acusaciones, y su arrepentimiento, y que le bendice, y absuelve por la gracia de la reconciliacion, que Jesu-Christo ha puesto en sus manos, y en su poder. Pero como entre las obras de la penitencia no hay cosa, que mas satisfaga á Dios, que la sincera confesion de los pecados, que se han cometido contra él, y aquella sumision interior, que se hace al juicio de un hombre mortal, como si fuera al Juicio del mismo Dios; tampoco hay ocupacion mas propria de un Sacerdote, que la de reconciliar los pecadores, y exercer sobre ellos las Misericordias, y las justicias del Señor, perdonandoles los pecados, é imponiendoles las satisfacciones, y las penas, que han merecido por ellos.

A este ministerio es al que San Phelipe se dedica; sien- tese de repente abrasado del zelo de la Casa de Dios, y del deseo de la salvacion de las almas. Vienen á él, atra- hidos en fuerza de no sè que gracia, y caridad, todos aquellos, que quieren entrar en los caminos de Dios. Es- peralos con bondad, instruyelos con afecto, oyelos con paciencia, continuo, é infatigable en este triste, y peno- so exercicio de las confesiones. Llamole triste, Señores, porque entrar en la enfadosa, y molesta relacion muy por menor de las pasiones, y de las flaquezas humanas: Ver á las claras, y manifestamente los mysterios de iniquidad, y las *ocultas desverguenzas del siglo*, segun el lengua- ge del Apostol: (b) Penetrar la muralla, como el Pro-

(a) Levit. 3.

(b) *Occulta dedecoris.* 2. Cor. 4. v. 2.

feta, y ver las abominaciones, que pasan en el templo, quiero decir en el corazon de los hombres; está como sitiado de la malicia del mundo; llegar à ser el confidente de todo lo que se piensa, ó de quanto malo se dice, y el testigo de la fecundidad del pecado, y de la corrupcion de la naturaleza; exercer sobre las conciencias de los otros una inspeccion, que puede ser fatal á la suya propia; si el Confesor es justo, verse precisado à cargar con el deposito de la iniquidad; y si se ama á Dios, ver de quantas maneras se le desprecia, y se le ofende: ¿Hay por ventura empleos importuno, si la caridad no le endulza, y no le alivia?

Llamole tambien penoso, y difícil por sus obligaciones, y por sus peligros: Porque ¿qué es en suma un Confesor, Señores? Es un hombre revestido de la autoridad de Jesu-Christo, pero cargado, como él, de los pecados del mundo; establecido, y puesto, para salvar à las almas, pero especialmente para guardar la suya; que debe exercer los juicios del Señor, no los suyos propios, y temer todas las veces, que dice: *To te absuelva*, que no le diga Dios: *To te condono*. Es necesario, que esté atento, para conocer, así el pecado, como las disposiciones del pecador; ilustrado, para penetrar la obscuridad del corazon humano, y para desenmarañar el caos de las conciencias libertinas, ó escrupulosas: Compasivo á la enfermedad, pero inflexible á la injusticia; paciente, y sufriendo, para no desanimar á los debiles; prudente, para compensar los bienes, y los males; y para proporcionar á las enfermedades los remedios: Fiel, para gobernarse por el espíritu, y la Ley de Dios, que debe ser la regla del penitente, y la direccion del mismo Director.

Por medio de este espíritu, que no es sino amor, y caridad atraxo él á los mas rebeldes á la penitencia. A sus pies el yugo de la confesion se hacia ligero, desaparecianse el miedo, y la verguenza: Un secreto sentimiento de la misericordia de Dios producía en el corazon una confianza respetuosa. Era este Tribunal un asylo abierto para

de sus lbs.

los que huian del mundo. Como se hallaba en él un amigo, y un padre para sus juicios, se respetaban sus consejos, se oían sus instrucciones, y se le estimaban, y amaban hasta sus avisos, y sus reprehensiones.

Porque tenia este Santo aquel caracter de prudencia, y de sobriedad, que el Apostol recomendaba mucho à su Discipulo. (a) Juntaba à la ternura, y á la compasion el deseo del orden, y el amor de la disciplina. Sabia, que un Ministro de la Penitencia Evangelica debe tener tanto de dulzura, como de fortaleza. Una dulzura, que consuele, sin hacer daño à la justicia: Una fortaleza, que corrija, sin ofender la caridad: Una indulgencia, que no incline à la relaxacion; una severidad, que no arroje al penitente en la desesperacion de conseguir la virtud: Una bondad, que no perdone mas, de lo que pida la razon, y la equidad; y un zelo, que no salga de los limites de la ciencia, y de la caridad. Aplicabase á la conversion del corazon de los pecadores; haciales sentir, y conocer el peso de su esclavitud, y servidumbre; desataba insensiblemente sus cadenas, sufrialos, para corregirlos despues, y los corregia, haciendoles saber la justicia de Dios, y no sus reprehensiones, y asperezas. Despues de haverles descargado del peso del pecado, les iba cargando insensiblemente de la Cruz de Jesu-Christo, y por aquella parte de consuelos, que se les daba, los elevaba á las prácticas de la mortificacion, y de la penitencia.

Pero ¿y qual fue su integridad en esta parte de su Sacerdocio? ¿Con qué humildad decia él, como Moyses: *Quien soy yo para hacer, que salgan de Egipto los hijos de Israel?* (b) ¿Para sacar, no ya los cuerpos de una

opre-

(a) *Spiritum sobrietatis.* 2. ad Tim. 1. v. 7.  
 (b) *Quis sum ego, ut educam filios Israel de Egipto?*  
 Exod. 3. v. 11.

opresion extrangera, sino à las almas de una servidumbre interior, é invisible? Considerase como culpado de todos los pecados, que oye, y reconociendo, en lo que los otros han hecho, lo que él huviera podido hacer, saca de aqui otros tantos motivos de confusion, y de accion de gracias. ¿Exerce él un imperio absoluto sobre las almas, que le están sujetas? ¿Quiere hacer, que corra à su voluntad la Sangre de Jesu-Christo, que tiene en sus manos? ¿Se eleva él sobre la cabeza de los pecadores, que vé postrados à sus pies? ¿Insulta acaso en su corazon á su flaqueza? ¿Se justifica por ventura delante de ellos, creyendo, que no es como los demás hombres, y mantiene, en fin, su vanidad con las humillaciones de sus penitentes?

¿Y qué precauciones no tomó, para hacer su administracion pura, é irreprehensible? ¿Se observó jamás en él afecto, ó complacencia alguna para con un sexo, que se hace temible hasta los pies de los Altares, y en el exercicio mismo de su penitencia? ¿Se formó él, acaso, alguna satisfaccion, ó gusto en la direccion de estas? ¿Gustó por ventura de adular, ó de ser adulado, y de llegar à ser, ni el tyrano, ni el esclavo de las mugeres devotas? ¿Hizo estudio particular en atraerlas, ó aficionarlas à sí por medio de obsequios, y de visitas de cumplimento? ¿Pudo sufrir las instancias repetidas de aquellas semi-espirituales, y semi-mundanas, que hacen alarde de su devocion, y la constituyen en el afecto, é inclinacion, que tienen à su Director? ¿Tuvo jamás con ellas aquellas conversaciones, que la Religion no cohonestá, y que la caridad no huviera tenido jamás por necesarias? ¿Abstuvo siempre de todos los comercios, que manchan, si no la conciencia, à lo menos la reputacion de un Ministro de Jesu Christo. Hizo un pacto con su corazon, y con sus ojos, y no miró, ni aun una sola vez à una Dama, à quien admiraba Roma por su belleza, y por su virtud, aun habiéndola estado confesando por espacio de treinta, y seis años.

Pero ¿y qual fue su desinterès? ¿Pidió, acaso, otra recompensa de los trabajos, y de los cuidados, que se tomó por la salvacion de las almas, sino el que se aprovechasen de ellos? ¿Abusó jamás de la debilidad, é inconstancia de los moribundos, á quienes asistiò, para provecho de su Comunidad recién fundada, y mal establecida, à expensas de una dudosa absolucion? ¿Se introduxo, acaso, en ningun embarazo de negocios, ó de intereses temporales por utilidad, y ventaja, que hallase en ellos, ó bien para su Casa, ó bien para sí mismo? ¿No mandò siempre con terminos muy expresivos à sus Discipulos, que no se entrometiesen en los testamentos; que dejasen à los muertos enterrar sus muertos, y que contasen las almas, que huviesen ganado, y no el dinero, que huviesen adquirido? Viósele bolver los Legados, que havian hecho á su favor, y alcanzar por sus ardientes oraciones la salud de un buen hombre, que le havia dejado por su heredero.

Y en fin ¿qual fue su perseverancia en este trabajo? ¿Se negò jamás á ninguno? ¿Tuvo acaso horas, y tiempo señalado para sí, como para los otros? ¿En lo mas fuerte de sus enfermedades, no suspendió sus dolores por oír las confesiones? ¿Y hasta el mismo dia de su muerte, no administró el Santo Sacramento de la Penitencia, queriendo dár fin à su vida por la caridad, y hacerse una especie de preparacion, para bien morir, de las mismas reglas, y medios, que daba para bien vivir?

Pero como ninguna cosa mantiene tanto à los Pueblos en las prácticas de la Penitencia, y en el uso de los Sacramentos, como la palabra de Dios, que predicán *los Sacerdotes, que son como los Guardas, y los Depositarios de la ciencia, y de la doctrina*, (a) (segun la expresion del Propheta) Estableció Exortaciones, Platicas, y Conferencias,

(a) *Labia sacerdotis custodient scientiam.* Malach. 2. v. 7.

cias, y cumplió santamente con este empleo, llenando-le Dios de su verdad, y poniendo en él la palabra de la reconciliacion, (a) como habla el Apostol. ¿Quantas veces avió él la fé medio muerta de los asistentes por la fuerza de sus discursos, animado del espíritu de Dios, è hizo, que bolviesen con sentimientos de compuncion, y de penitencia, los que por una simple curiosidad, y por la novedad del Instituto havian asistido à aquellas juntas, y asambleas? ¿Quantas veces penetrado él mismo de las verdades Evangelicas, que anunciaba, se vió obligado à interrumpirlas, à causa de las commociones de su corazon, y del torrente de lagrimas, que derramaba? ¿Quantas veces encargò mucho à sus hijos, que edificasen al Pueblo con sus instrucciones, y que antes usasen en sus discursos de una santa simplicidad, que de una elocuencia presuntuosa? De este modo llenó todas las obligaciones de su Sacerdocio. Tales fueron las funciones, y exercicios; pero ¿y qual fue su fin, y consumacion?

Como no hay en la Religion cosa mas venerable, que la dignidad de los Sacerdotes, ni mas santa, que su ministerio, ni mas edificantè, que sus exemplos; tampoco hay ninguna cosa, que Dios recompense mas, que su fidelidad, y la aplicacion à su culto, y à su servicio. Yo tengo hecha (dice en sus Escrituras) con Aaron una alianza, ò pacto de vida, y de paz. Yo le he dado mi temor, para que no se acerque à mis Altares, sino con un pavor lleno de respeto. La ley de la verdad estuvo en su boca, no se halló iniquidad en sus labios; (b) caminó

(a) Posuit, in nobis verbum reconciliationis. 2. ad Cor. 5. v. 19.

(b) Pactum meum fuit cum eo vitæ, & pacis, & dedi timorem, & à facie nominis mei pavebat. Lex veritatis fuit in ore ejus, &c. Malach. 2. v. 5. & 6.

nó conmigo en la equidad, y en la justicia, y apartò las almas de la corrupcion, y del camino de la maldad. Y de este modo le promete una posteridad gloriosa, una paz durable, y segura, y una vida sin fin.

Pues ved ahí, Señores, la imagen de San Phelipe Neri; de lo que hace por Dios, y de lo que Dios hace por él. Mereció por sus trabajos tan gloriosos, y tan utiles à la Iglesia, dejar herederos de sus virtudes, y sucesores de su espíritu; morir en las funciones, y empleos del Sacerdocio, que tan dignamente havia exercitado; entrar en el sepulcro casi bajando del Altar, ser la víctima despues de haver sido el Sacerdote, y de presentarse al Soberano Juez, teñidos todavia los labios de la Sangre de Jesu-Christo, que fue el objeto de su amor, y la prenda de su bienaventuranza eterna.

Ved aqui, como muere con la muerte de los Justos, y en el osculo santo del Señor; pero tambien es despues de haver vivido una santa vida. Vosotros no dispensais los Santos Mysterios, es verdad; ¿pero no participais de ellos? ¿Y esto lo haceis con un corazon puro, y libre de todo afecto del siglo? ¿No habita en él alguna secreta inclinacion à la vanidad, à la ambicion, à la avaricia, y à la murmuracion? ¿No teneis alguna porcion de vuestro corazon puesto en las criaturas? ¿Conservais vosotros todas vuestras adoraciones para el Arca? ¿El Idolo de los Philisteos no halla en él alguna parte? Puede ser, que vosotros no seais llamados al ministerio de la Predicacion de la palabra de Dios; pero à lo menos ¿no estais destinados à oirla? ¿Es acaso con una sumision, y una docilidad christiana, el modo con que la oís? ¿Es, para que sirva de diversion à vuestro espíritu, ó de alimento à vuestra alma? ¿Es por ventura, como si fuera la palabra de un hombre, ó como palabra de Dios, el respeto con que la recibís? ¿La haceis pasar desde vuestro espíritu al fondo de vuestro corazon, de vuestro corazon à vuestras acciones, y à toda la conducta, y gobierno de vuestra vida?

Vosotros acudis frecuentemente al Tribunal de la Penitencia; es así: ¿Y esto lo haceis por descargaros á los pies de un Sacerdote, de la pesada carga de vuestros pecados, y bolverla à tomar despues de una comunión inuutil, y acaso sacrilega? ¿Es por dár algun vado à los remordimientos de vuestra conciencia; y quizá para hallar por este medio mas facilidad para vuestras recaídas? ¿Es en fin por un verdadero deseo de satisfacer à la justicia de Dios; ó por una vana, é injusta confianza en su misericordia, à la qual vosotros tantas veces habeis ofendido?

Imitemos á lo menos à San Phelipe en su dulzura, en su caridad, y en su paciencia. Amemos á Dios, à quien él tanto amó, y à quien nosotros tenemos las mismas obligaciones; si yà no es, que Dios nos ha hecho à nosotros unas misericordias, de que este Santo no tuvo necesidad; porque su vida fue tan inocente, como la nuestra es delincuente, y criminal. Acostumbremonos à dirigirle nuestros votos, y nuestras suplicas, para que nos alcance de Dios aquel desapego del Mundo, y aquella union con Dios, que le hizo Santo, y que ahora le hace ser bienaventurado en la gloria, que yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. *Amen.*

## PANEGYRICO DE SANTO THOMAS,

ARZOBISPO DE CANTOBERI,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de Santo Thomás de Loubre en Paris  
el año de 1675.

*Usque ad mortem certa pro justitia, & Deus expugnabit pro te inimicos tuos.*

Combate hasta la muerte por la justicia, y Dios vencerá por tí á tus enemigos. *Estas palabras son tomadas del Libro del Eclesiastico cap. 4. v. 33.*



QUE difícil es, Señores, alabar à los Santos, que se han elevado por la gracia de Jesu-Christo, no solamente sobre las fuerzas de la naturaleza, sino tambien sobre el uso de las virtudes comunes! El siglo no puede sufrir la condenacion de sus flaquezas, y debilidades; y juzgando del Espiritu de Dios por la prudencia de la carne, halla, yo no se qué exceso en todo lo que le sobrepuja, y aventaja, y no gusta, de que otros hayan hecho lo que él no se siente capaz de hacer por sí mismo. Ora sea esto ceguedad, ora sea orgullo, es manifest-

Vosotros acudis frecuentemente al Tribunal de la Penitencia; es así: ¿Y esto lo haceis por descargaros á los pies de un Sacerdote, de la pesada carga de vuestros pecados, y bolverla à tomar despues de una comunión inuutil, y acaso sacrilega? ¿Es por dár algun vado à los remordimientos de vuestra conciencia; y quizá para hallar por este medio mas facilidad para vuestras recaídas? ¿Es en fin por un verdadero deseo de satisfacer à la justicia de Dios; ó por una vana, é injusta confianza en su misericordia, à la qual vosotros tantas veces habeis ofendido?

Imitemos á lo menos à San Phelipe en su dulzura, en su caridad, y en su paciencia. Amemos á Dios, à quien él tanto amó, y à quien nosotros tenemos las mismas obligaciones; si yà no es, que Dios nos ha hecho à nosotros unas misericordias, de que este Santo no tuvo necesidad; porque su vida fue tan inocente, como la nuestra es delincuente, y criminal. Acostumbremonos à dirigirle nuestros votos, y nuestras suplicas, para que nos alcance de Dios aquel desapego del Mundo, y aquella union con Dios, que le hizo Santo, y que ahora le hace ser bienaventurado en la gloria, que yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. *Amen.*

## PANEGYRICO DE SANTO THOMAS,

ARZOBISPO DE CANTOBERI,

PREDICADO EN LA IGLESIA  
de Santo Thomás de Loubre en Paris  
el año de 1675.

*Usque ad mortem certa pro justitia, & Deus expugnabit pro te inimicos tuos.*

Combate hasta la muerte por la justicia, y Dios vencerá por tí á tus enemigos. *Estas palabras son tomadas del Libro del Eclesiastico cap. 4. v. 33.*



QUE difícil es, Señores, alabar à los Santos, que se han elevado por la gracia de Jesu-Christo, no solamente sobre las fuerzas de la naturaleza, sino tambien sobre el uso de las virtudes comunes! El siglo no puede sufrir la condenacion de sus flaquezas, y debilidades; y juzgando del Espiritu de Dios por la prudencia de la carne, halla, yo no se qué exceso en todo lo que le sobrepuja, y aventaja, y no gusta, de que otros hayan hecho lo que él no se siente capaz de hacer por sí mismo. Ora sea esto ceguedad, ora sea orgullo, es manifest-

fiesta verdad, que cada uno en lugar de ponerse en el estado del Santo, quiere poner al Santo en el suyo; y encargado un Predicador de hacer un Panegyrico, se vé muchas veces reducido à hacer una apologia.

Esto es, lo que me hace temer en este dia al haver de hacer el elogio de Santo Thomàs, cuyo intrepido valor, y cuya inviolable fidelidad por los intereses de Jesu-Christo, y de su Iglesia tan altamente condenan nuestras relaciones, nuestras infidelidades, y nuestras flaquezas; quanto motivo tengo, para sospechar, que un zelo tan ardiente os parezca, ó increíble, ó demasiado duro, é inflexible. Por una parte vereis las iras de un Rey colerico, el rigor del destierro, la violencia de las persecuciones; y el abandono de todo el Mundo; por otra parte una constancia sin aspereza, un valor sin orgullo, una paciencia sin vileza, y una sumision sin cobardia en un Obispo oprimido. No obstante, no creis, Señores, que yo quiera elevar al Santo á costa del Rey; y que para aumentar la gloria del Martyr, ofenda la dignidad del perseguidor. Serà preciso gobernarme por un justo medio, para tratar los respetos, que debo tener por la Magestad Real, y la justicia, que se le debe à la santidad. Al Santo le llamaré Martyr, sin llamar tyrano al Rey; y dando el respeto, y veneracion, que son debidos à las potestades, darè el testimonio, que debo, à la verdad, haciendoos ver sobre las palabras de mi Thema:

*I. A santo Thomàs, que combate por la justicia.*

Division. *II. A Santo Thomàs, que muere por la justicia, y que triunfa de sus enemigos despues de su muerte.*

Estas seràn las dos partes del elogio del Santo: Quiera el Cielo, que nosotros saquemos de ellas importantes instrucciones para nuestra salvacion, asistidos de los auxilios del Espiritu de Dios, por la intercesion de la Santisima Virgen, à quien diremos con el Angel:

*AVE MARIA.*

PRI-

### PRIMERA PARTE.

**P**ARA haceros conocer el caracter de Santo Thomàs, os diré acaso, Señores, en primer lugar, que nació en un Pais, donde las frequentes revoluciones han hecho ver grandes vicios, y grandes virtudes? ¿Donde oprimida continuamente la Religion, ha tenido necesidad de grandes defensores? ¿Y donde los Reyes, aun en medio de la misma paz de la Iglesia han hecho algunas veces sus Martyres? ¿Os diré despues, que habiendo nacido de padres sabios, y piadosos; fue formado en la virtud por los consejos, y con los exemplos de un Arzobispo de Cantorberi, cuya sabiduria, y piedad tanto ha alabado San Bernardo? ¿Y que una santa educacion sostuvo en él un feliz, y noble nacimiento? Haviale dado Dios sobre todo un espiritu recto, equitativo, justo, enemigo de la simulacion, y del engaño, y lleno de fortaleza, de verdad, y zelo de la justicia.

Y así, es preciso llevar á los pies del Soberano Pontifice las quejas de la Iglesia de Inglaterra contra el Obispo de Vinchester, hermano del Rey, quien por su calidad de Principe de la Sangre, y por la de Legado de la Santa Sede, vano, y altivo con la gloria, que le daba su nacimiento, y con el poder, que havia recibido del Sumo Pontifice, impuso à las Iglesias de aquel Reyno nuevas, é inusitadas servidumbres; y formando de aquella mezcla de poder espiritual, y secular, una dominacion tyranica, oprimia los Prelados, é insultaba á su Arzobispo: Pues Thomàs reprehende su arrogancia, y hace, que se revoque su legacia. ¿Es necesario contener los desordenes de una Corte ambiciosa, y cruel? Pues Thomàs viene á ser el protector de la inocencia perseguida, y se levanta contra la opresion, y la violencia; mas zeloso de la observancia de las Leyes, no siendo mas que un

Hh 2

par-

particular, que los mismos Magistrados, que las forman, y que las mantienen; y mas zeloso por la disciplina de la Iglesia, aunque lego, que los mismos Eclesiasticos, que la profesan. ¿Conviene softener los derechos de la Dignidad Real, y oponerse á la injusta pretension de Estevan, que contra todas las Leyes del estado, y de la razon, quiere privar de la sucesion al legitimo heredero de la corona de Inglaterra? Pues Thomàs conduce á su Principe por la mano hasta ponerle sobre su trono, y permite Dios, que trabaje en adquirirse por dueño, y Señor, á aquel mismo, que algun dia havia de ser su perseguidor.

Ya lo sabeis vosotros, Señores, que es de Enrique II. de quien hablo. Era este un Principe bien formado, habil, valeroso, politico, pero (¿lo diré yo?) injusto en sus empresas, impaciente en sus deseos, furioso en sus iras, reduciendolo todo á su interes, ó á su grandeza; juntando el artificio al atrevimiento, y osadia, y encubriendo el mal, que hacia, con buenas apariencias; caminando á sus fines por medios tan injustos, como sus fines mismos; introduciendo, asi en el estado, como en la Iglesia un nuevo gobierno, y no conociendo las leyes, ni del uno, ni del otro, sino en quanto podian servir á su avaricia, ó á su venganza; sujetandolo todo á sus gustos, y haciendo ver en toda su conducta, de quantos desvarios es capaz una alma fiera, y violenta, á quien agitan las pasiones, á quien engañan los malos consejos, y á quien los mismos bienes irritan.

La reputacion de la bondad de Thomàs, y el deseo de ganarle con sus favores obligaron al principio á este Rey á darle señales de su confianza, y de su estimacion. Para autorizar por medio de una eleccion universalmente aprobada los principios de su Reynado; para obligar por el reconocimiento de sus beneficios, un espiritu naturalmente indignado contra la injusticia, y para contener, ó para atraer por este exemplo de sumision, á los que se podían atrever á oponerse á sus designios, le colmó de ho-

honores, y de bienes; y creyendo poder hacerle injusto, emprendió hacerle grande. ¡O, y lo que son las astucias, y los rodeos de una politica mundana, y hasta donde llega la prudencia de los hijos del siglo!

Elevado Thomàs, casi á pesar suyo, á la dignidad de Chancillér de Inglaterra, sirve al Rey con sus consejos, y con sus bienes. Pone todo su esfuerzo en esparcir por todo el Reyno un espiritu de justicia, y de verdad; su casa es un asylo siempre abierto á la inocencia; los pobres hallan en ella la asistencia en sus necesidades; los debiles la proteccion contra los poderosos. Una piedad formada á prueba de todas las tentaciones del siglo, una prudencia capaz de manejar los mayores negocios, una firmeza ilustrada, é inflexible, le adquieren credito, y reputacion en la Corte, le hacen admirar en los consejos, y le atraen las bendiciones del Pueblo. Encargado por el Rey de la educacion de su hijo, instruye á este Principe joven, como quien debia servir de ley, y de modelo á sus Vasallos. Inspirale sentimientos dignos de su clase: Imprimele en su espiritu la idea de una santa gloria, y le hace concebir, que su verdadera grandeza consiste en servir á Dios, y en temerle; proponele el exemplo de sus predecesores, y le enseña á respetar la autoridad de la Iglesia, á administrar justicia á sus Pueblos, y á no olvidar jamás, que si es el Señor de sus vasallos, tambien es Vasallo de un Rey mas grande, y criado de otro mas grande Señor.

¿Pues qué restaba, que hacer para gloria de este Santo hombre, sino elevarle á las dignidades de la Iglesia, á fin de que softuviese en ella sus intereses? El Rey, ó por mejor decir, Dios es, quien le llama á ellas. Ninguna cosa hay tan santa, ni tan grande en el orden del Christianismo como el oficio de los Obispos, y de los pastores Evangelicos, que el Espiritu Santo ha establecido, para gobernar su Iglesia; para ser los Ministros del Nuevo Testamento, y de la reconciliacion de los hombres; los dis-

dispensadores de los Sagrados Mysterios, y las luces, que deben iluminar, è inflamar al Mundo. Son llamados á ser perfectos, y à perfeccionar à los otros. No solamente los separa Dios de los pecadores, sino que tambien los saca del orden comun de los fieles, para que sean Santos, y para que trabajen en la santificacion de los Pueblos para que sean de Dios, y le ofrezcan las almas, que su Providencia les ha encomendado.

VERI Pero aunque la gracia del Obispado sea siempre igual, no obstante, se puede decir, que obra con mas abundancia en el alma de aquellos, á quienes Dios destina, para defender la verdad, ó para mantener la disciplina de las costumbres en las mas dificiles, y peligrosas ocasiones: Entonces es menester, que el espiritu esté tan ilustrado de la luz Divina, el corazon tan desprendido de los afectos humanos, el animo tan firme, para resistir à la iniquidad, el zelo tan ardiente, para oponerse à las relajaciones, la caridad tan viva, y tan eficaz, la templanza tan austera, la dulzura tan vigorosa, la severidad tan prudente, y justa, y toda la vida tan pura, y tan irreprehensible, que parezca, que Jesu-Christo los ha elegido, para que sean las imagenes de su vida, y los imitadores de su Sacerdocio.

Y ved aqui, Señores, que sin pensar en ello, tengo hecha la pintura del Santo, à quien debo exponeros, y presentaros delante de vuestros ojos; como un espejo de paciencia en las persecuciones; como un exemplo de dulzura para con sus enemigos; como un modelo de virtudes Episcopales, y como un glorioso Martir de la Iglesia. ¿Pero, y qual fue el fundamento de esta perfeccion? La pureza de su vocacion en los empleos Ecclesiasticos. Porque no fue él, quien eligió su Ministerio, fue Dios quien le eligió para su Ministro. Sus Padres no le destinaron desde la cuna para las primeras Dignidades de la Iglesia, por una ambicion del todo profana: Su eleccion no fue un efecto de su ambicion, ni una recompensa de sus ser;

servicios, sino una señal manifiesta de su virtud reconocida, y una disposicion de la providencia de Dios, que quiso formar un defensor de su Iglesia, por la mano de un Rey, que no pensaba, sino en oprimirla. ¿Y nos admiraremos nosotros, si habiendo entrado por este camino en los Ministerios de Jesu-Christo, y sin alguna de aquellas ideas, y fines humanos, que se mezclan ordinariamente, aun en las cosas mas sagradas, ha recibido del Cielo las gracias necesarias, para santificarse en él?

Veamos, pues, las circunstancias de su eleccion. Apenas havia vacado la Silla de Cantorberi, quando por una especie de milagro, y por una inspiracion divina, todo el Mundo pone los ojos en Thomàs, Chanciller, y Ministro del Rey de Inglaterra; todos le dan à porfia sus votos, y su sufragio. ¡Qué honorifica es, Señores, esta publica aprobacion de todas las gentes! ¡Y qué rara vez sucede, que los Pueblos quieran confiar sus almas, y sus conciencias, à aquellos hombres menos dedicados à la Religion, que à la politica; y que deseen, à los que gobiernan el Estado por sus Obispos!

Declaróse el Rey casi al mismo tiempo, que el Rey; no. Juntanse los Obispos, y están prontos à seguir sus intenciones; todo conspira unánimemente à la elevacion de un hombre de Dios, y él solo se tiene por indigno del Orden, y Dignidad, à que todos los demás le destinan. El reflexiona sobre sí mismo, y desconfia de sus fuerzas: El abraza las rodillas al Rey, para pedirle la gracia de que le dispense: El le demuestra con una santa osadia, que un Obispo es un defensor intrepido de las libertades Ecclesiasticas; que exige, y buelve à pedir los bienes usurpados; que separa los derechos del Santuario de los de la Corona; y que haciendo valer la verdad, y la justicia que Dios le ha puesto entre las manos, dá al Cesar, lo que es del Cesar, pero que tambien hace dàr à Dios, lo que es de Dios. Recompensad, almas interesadas, recom-

compensadas, y adulaciones estudiadas, los testimonios de estimacion, y de benevolencia del Principe: Que Thomás le corresponde con una santa, y generosa libertad, que es el carácter de una alma fiel, y sincera.

Pero lagrimas, suplicas, demostraciones, todo es inutil; el orden del Rey (¿qué digo yo?) el orden de la providencia de Dios se pone en execucion. Veese elevado contra su voluntad á la primera Silla del Reyno, y pasa desde la Magistratura del siglo á los mas Santos ministerios de Jesu-Christo. No atiende á la Dignidad, solo mira á las obligaciones. No le mueve el esplendor, no le asombra el peligro. Penetrado de un Santo terror, se dice sin cesar á sí mismo: ¿Tengo yo por ventura bastante conocimiento de las cosas santas, para instruir á los Pueblos, que Dios pone á mi cuidado? ¿Tengo yo bastante prudencia para los espíritus inquietos, interesados, é infieles? ¿Tengo yo bastante fortaleza, para resistir á las tempestades, que se preparan, sin abandonar el timon? ¿Estoy yo dispuesto á sufrir las calumnias, las injurias, y la misma muerte? Contemplandose de esta manera, no como un hombre, á quien elevaban sobre los otros, sino como un hombre, á quien exponian á la obstinacion de las pasiones humanas; y que no estaba puesto á la cabeza del Clero, sino para ser la primera víctima de los Grandes, y del Rey mismo, cuyas usurpaciones, é injusticias no debía sufrir.

No fueron en vano sus conjeturas. Apenas entró en la Iglesia, quando le fue preciso defenderla. No es su consagracion solo una ceremonia exterior, hecha con pompa, y magnificencia; es una uncion interior, que le dispone á romper animosa, y valerosamente contra la iniquidad, y á rescatar á la esposa de Jesu-Christo de la esclavitud, y servidumbre, que se la impone: Le avrá de costar su quietud, y su sangre, si quiere cumplir con su ministerio.

La

La gracia del Christianismo (segun San Pablo) inclina el corazon de todos los fieles á un espíritu de mortificacion, quanto á los afectos, y los intereses del Mundo. *Quedaron (a) estos sepultados con el hombre viejo en las saludables aguas del Bautismo. Murieron por él, (b) y su vida debe estar oculta en Dios con Jesu-Christo.* Pero la gracia de la Dignidad Episcopal imprime esta muerte con mas eficacia, en quanto al uso, aun el mas licito de las criaturas. Es necesario que mueran, aun á los mas permitidos placeres, por medio de la continencia; á las riquezas, por la distribucion de sus rentas en los pobres, á quienes pertenecen; á la vanidad, para conformarse con Jesu-Christo, que no ha buscado su propria gloria, sino la de su Padre: Estas son las disposiciones de los Obispos, en el tiempo de la quietud, y de la paz de la Iglesia; pero en el tiempo de la tribulacion, y bajo los Reynados violentos, el Sacerdocio es una disposicion proxima para el Martyrio. El es una participacion de la Mision de Jesu-Christo, que está fundada sobre la execucion de las voluntades de su Padre, y sobre la efusion de su propria sangre.

A mí me parece, que quando Santo Thomás recibe esta gracia, el espíritu de Dios le dá estas instrucciones: Ve ahí oprimida mi Iglesia; rompe sus cadenas, y ponla en libertad: Restablece con tu valor el orden de la disciplina, que un Principe ambicioso, y colerico tiene casi destruida. Renuncia tus pasiones, pero resiste á las de los otros, y acuerdate, que se pierde la gracia de Dios, usando cobardemente del favor de los hombres.

No estuvo muy distante la ocasion: Fundado el Rey sobre costumbres, ó pretendidas, ó mal introducidas,

(a) Rom. 6. v. 4. Colos. 2. v. 12.

(b) Colos. 3. v. 3.

emprende con escandalo hacerse dueño absoluto de la Iglesia de su Reyno; elige Prelados poco hábiles, para aprovecharse de su ignorancia, ó de su cobardía: Deja vacantes los Obispos, para aumentar su Erario con las rentas caídas de estas Iglesias abandonadas, y para convertir en el uso de sus placeres, y de sus pasiones la sustancia de los pobres, y el Patrimonio de Jesu-Christo: Impide á los Sacerdotes, y á los Obispos, que cumplan, y exerzan libremente sus funciones: Quiere abolir los Tribunales Eclesiásticos; y reduciendolo todo á sus derechos, ó á sus intereses particulares, llevarselo todo por autoridad, por usurpacion, por artificio, y por violencia. Pretende que Thomás, Ministro de Estado, y de la Iglesia á un mismo tiempo hallaria medios, y ajustes, para sujetar el Clero; que será mas Canciller, que Obispo; que por su autoridad Eclesiástica fortificará, y defenderá la Secular, y que en lugar de hacer servir su credito, y reputacion á la piedad, se servirá de su piedad, para autorizar su reputacion.

Pero engañase á sí mismo, Señores: El Arzobispo luego hace dimision de su empleo, y se declara contra la usurpacion; cree muy bien, que no puede servir á dos Señores: Yá no es tiempo de llevar mas á los Pueblos la voz, y palabra del Rey; llevála sí al mismo Rey de parte de Jesu-Christo, y niega á los negocios del Mundo un corazon, que yá no se podia dividir mas. De aqui provienen, la tibieza, las quejas, el odio del Rey contra el Santo, y la ambicion de establecer sus leyes, á pesar suyo, y contra su misma voluntad. Juntase el odio de los Grandes al del Principe, ó por el amor, y empeño á los mismos intereses, ó por una falsa complacencia. Ved aqui el origen de los destierros, de las persecuciones, y de los ultrajes: Ved aqui lo que abrasa el Reyno, y ved aqui lo que forma un Martyr.

El respeto, la discrecion, y el reconocimiento, contienen por algun tiempo el zelo del Santo: Tiene que de-

fen-

fender la Justicia; pero teme afligir á un Principe, á quien estima; si abandona la Iglesia, es cobarde; si resiste á su bienhechor, se reprehende de ingrato: No puede olvidar sus beneficios, ni disimular sus obligaciones: Sabe el reconocimiento que debe al Rey, pero conoce la fidelidad que debe á Dios: Quisiera poder salvar su virtud de las sospechas de la ingratitud; y le pesa de no haver dicho á este Principe, lo que en otro tiempo decia Abrahám al Rey de Sodóma: *Yo nada recibiré de vuestros presentes, no sea que digais: Yo soy quien enriqueció á Abrahám;* (a) por no verse obligado por consideraciones de honor, á condescender con sus gustos. Pero pone firme su corazon contra todas estas suertes de respetos, y razones de estado. Honra la Grandeza del Principe; pero se opone á su injusticia: Considera las gracias, que ha recibido de él, como señales de bondad en su principio; pero como lazos armados á su conciencia en los fines; y el respeto no debilita, ni acobarda en él el valor. Hay una magnanimidad Christiana, que elevandose sobre los temores, y las complacencias humanas, despues de haver dado á las potestades de la tierra lo que les es debido (segun las reglas de la Escritura) reconoce al mismo tiempo, que no hay otro Señor, como Dios, ni mayor gloria, que servirle, y agradarle.

Este es el modo de gobernarse Santo Thomás. Los favores, que el Rey le havia hecho, ablandaron su corazon, pero no doblaron su constancia: La piedad no dió lugar á la ambicion; renunció aquellos empleos, que podian aficionarle al siglo; y no reservandose mas, que el honor de Ministro de Jesu-Christo; consideró el Obispado, como un titulo verdadero, que le obligaba á la defensa de la

(a) *Non accipiam ex omnibus, quæ tua sunt, ne dicas: Ego ditavi Abraham.* Genes. 14. v. 23.

la Justicia: Las instancias, y sollicitaciones de sus amigos, las lagrimas de sus Parientes, los consejos de los prudentes del siglo, y aun de los buenos, las consideraciones de la paz, el temor de suscitar turbaciones, que sería difícil apaciguar, le inclinan algunas veces á ablandarse, pero luego condena su flaqueza, y cobardía; y sin tener respeto á lo que la carne, y la sangre le sugieren, sigue lo que le inspira el espíritu de Dios.

Arrojase á los pies de su Principe, y le hace presentes con mucho respeto sus obligaciones de Religion. Los Reyes (le dice unas veces) son los hijos de la Iglesia, y tienen un derecho de proteccion para con ella, no un derecho de Dominio, y Señorío sobre ella. No permita Dios, que ellos toquen á los privilegios, y á la independencía de los Altares; que se atribuyan sobre los Mysterios de Jesu-Christo, y sobre los derechos espirituales de su Esposa, una autoridad sacrilega, que cometan algun atentado sobre las Leyes del Reyno del Hijo de Dios, y que preocupados de su propia Grandeza, se olviden, y desconozcan á aquel que los ha hecho grandes. El Espíritu Santo les advirtió, que *havian de caminar al resplandor de esta Aurora*; (a) que su Imperio florecería por todas aquellas partes, que el Sol registra en su Oriente, ó en su Ocaso; y que los sucesores de los que los persiguieron, se humillarían bajo sus leyes, bien lejos de imponerles nuevas servidumbres, de anular su autoridad con la suya, y de hacer servir á su propia gloria los despojos del Santuario.

Sus bienes sagrados (añadía) no pueden destinarse á usos inútiles, y profanos. Los que los han dado, ó para consumir su virtud, ó para redimir sus pecados, han

(a) *Ambulabunt Reges in splendore ortus tui.*  
Isai. 60. v. 3.

esperado ganar el Cielo por la eficacia de nuestras oraciones, ó por el merito de sus limosnas. Los que los poseen, no deben considerarlos como motivos, y materia de su fausto, y de su orgullo, sino como medios de socorros, y de caridad para con los pobres. Son ellos el Patrimonio de Jesu-Christo, no el thesoro de los Reyes de la tierra. Hay no se qué de espiritual, y de sagrado en estas riquezas Eclesiásticas, que las distingue de las del siglo, y así como tienen su origen en la Justicia, y en la caridad, deben tener á la Justicia, y á la caridad por fin, y por regla, en la distribucion que se debe hacer de ellas.

Persuadido de estas santas maximas, y tocado del deseo de la salvacion del Rey, le ofrece sus servicios, sus propios bienes, y su vida. Acompaña una justa, y prudente libertad, con todas las suavidades, y lenitivos, que inspiran el respeto, y la modestia. ¿Pero qué se puede esperar de un espíritu exasperado, y duro, que todo lo reduce á sus gustos, que se justifica á si mismo de todo el mal que hace; y que no escuchando, ni los consejos de los prudentes, y de los sabios, ni la voz de su conciencia, se permite á si propio el ser injusto, y no puede sufrir, que se lo contradigan, y reprehendan? Mantienen sus pasiones mil aduladores que le rodean; y para desacreditar á un hombre de bien, y hacer sospechosa su fidelidad, se valen de todo quanto la envidia, la ambicion, ó la avaricia pueden inspirar á las almas criadas en el arte de la mentira, y de los disfraces de la Corte.

No os admiréis ya, si Thomás llega á ser el objeto del odio, y de las persecuciones del Principe. ¿Y qué mas os diré yo? Arrojado de su Patria, y lo que es mas, de su misma Iglesia; errante, y fugitivo, yá sobre las riberas del Tiber, yá sobre las del Sena, hallando por todas partes lazos tendidos, y emboscadas armadas contra él; teniendo por desfierra á la Francia, asilo ordinario de los Prelados errantes; bendiciendo no obstante por todas partes á sus perseguidores, y ofreciendo por ellos á Dios

todos sus trabajos en sacrificio, se disponia á morir por Jesu-Christo, y por su Iglesia, y á triunfar de sus enemigos con su paciencia, y con su dulzura.

## SEGUNDA PARTE.

**A**SI como el principal motivo del hijo de Dios en el Mysterio de la Redencion, ha sido *mostrar el amor, que tenia á su Iglesia, y su principal fin, darse á sí mismo, y derramar hasta la ultima gota de su sangre, para santificarla* (segun las palabras de San Pablo en su carta á los de Epheso.) (a) Asi fundó la Mision de sus Apóstoles sobre la misma caridad; puesto que no pregunta á San Pedro, si tiene firmeza, constancia, prudencia, sabiduría, ó discrecion; sino si le tiene amor: *¿Pedro, me amas?* le dice. Pues este fue el caracter de Santo Thomás en la serie de su ministerio; indiferente para sus intereses, y delicado sobre los de la Iglesia, no puede sufrir, que se la ofenda ni un apice en su santidad, é independencia.

Restablecido, pues, en su Silla, por las solicitudes del Papa, y del Rey de Francia, despues de haver experimentado muchos años de persecucion; parece que se podia decir, que havia de gozar en reposo del fruto de sus pasados trabajos, ó por mejor decir, emplear lo que le restaba de fuerzas, y de vida, en trabajos más utiles, y menos molestos. En efecto reformaba los abusos, que se havian introducido en su Diócesis por todo el tiempo de su ausencia: Reparaba las ruínas de la disciplina, é instruía las almas, que Jesu-Christo havia puesto á su cuidado, con

(a) *Christus dilexit Ecclesiam, & tradidit semetipsum pro ea, ut illam sanctificaret. Ephes. 5. v. 25. & 26.*

con su doctrina, con sus limosnas, con su caridad, y con sus exemplos; quando viendose precisado de improviso, á oponerse á las estravagantes empresas, y á los envenenados movimientos de odio, de ira, y de furor de algunos de sus miembros, y compañeros, buelve á caer en la agitacion, y confusion. Renuevanse las questiones antes apaciguadas: Buscanse pretextos para pedirle; siembranse algunas discordias, y esparcense algunas semillas de odio, que no podian acabar sino con su muerte.

Acusasele de conjuracion, y renuevanse en el corazon del Rey las llagas, que el tiempo, y el arrepentimiento parecian haver cerrado; buelven á despertar sus antiguas preocupaciones con nuevas calumnias. No pudiendo, ni queriendo conocer la verdad este Principe ligero, y credulo, creyendo culpado al Arzobispo, y deseando que lo fuese, para poder justificar sobre un delito imaginario la violencia de su conducta, y procedimiento pasado; se propasaba á quejas, y á reprehensiones llenas de exceso; y enmedio de los rabiosos impetus de su ciego furor, se quejaba algunas veces, de que no tenia un vasallo bastantemente reconocido, y fiel, que le vengase de un Sacerdote obstinado, y tereco, que turbaba la paz de su vida.

Detente, Principe, detente, y buelve á recoger, si puedes, ese discurso indiscreto. Acuerdate, que *la palabra de un Rey colerico, y enojado, viene á ser como una ley de parricida; y que una reprehension cruel en su boca, es una sentencia de muerte contra un inocente.* (a) Piensa que tus deseos, por injustos que sean, valen por preceptos en las almas interesadas, y que por satisfacer á las pasiones de un Señor enojado, y furioso, todo adulator es capaz de llegar á ser homicida.

En

(a) *Indignatio Regis nuntij mortis. Prov. 16. v. 14.*

En efecto, no fue menester mas para los Cortesanos aduladores, y venales; conciben en su imaginacion, y meditan en su animo el deseo de derramar la sangre del justo; piensan en las recompensas que esperan, y no en el delito que cometen. Thomás es el Ungido del Señor; pero tambien es el enemigo del Principe: Está inocente, es verdad, pero quiere el Rey que sea culpado. Salen de la Corte, pasan el mar, llegan, entran en la Iglesia, donde el Santo está celebrando el oficio, y adelantandose acia él, con la ira en el corazon, con el fuego en los ojos, con el acero en la mano, sin respeto á los Altares, ni al Santuario de Jesu-Christo, ni á sus Ministros.....

Vosotros, Señores, creo entendeis lo restante, y yo quisiera poderme dispensar de representaros un espectáculo tan lastimoso. Pero por escusar vuestra compasion, y piedad, ofenderia vuestra Religion, y os ocultaría la gloria de un Martyr, disimulando la crueldad de sus verdugos? Acercanse, pues, llevando en su rostro las señales de su barbara resolucion. Tremulo el Clero, yá se espante, yá se vuelve á juntar confusamente. Los Sacerdotes temen el peligro en que se hallan: Los asesinos mismos tienen horror al delito que van á cometer, y apoderados de un respetuoso asombro, y terror á vista de el Arzobispo que se les presenta, quedan turbados por algun tiempo: Pero en fin, haviendo ahogado el furor todos los sentimientos de respeto, y de humanidad á un mismo tiempo, cada uno le hiere como á porfia, y quiere tener la mayor parte en el delito, esperando tenerla tambien en la recompensa; y el Santo, que espira á fuerza de sus repetidos golpes, se ofrece como una victima pura á Jesu-Christo, que desde los Altares era el admirador de su fidelidad, y de su constancia.

Vosotros, Señores, haveis quedado asombrados; pero recobrad vuestras fuerzas, porque esta no es una muerte, es un martyrio; no es el triunfo de los impios; es si, el sacrificio de un Santo, á quien ellos oprimen. Su sangre der-

derramada, bien lejos de profanar el Templo de Dios lo santifica; y salpicando hasta el Altar, parece que quiere ir á unirse con la Sangre de Jesu-Christo, para alcanzar la gracia, y el perdon de sus homicidas, y consumar en la union del Sumo Sacerdote las funciones de su Sacerdocio. En efecto, no pide ella venganza: Havia empleado su zelo contra los enemigos de la Iglesia por toda su vida, y reúne muriendo su caridad, y su amor por la conversion de los suyos.

Mas no creais que esto fue sin fruto. Olvidad los excesos de la ira, y las violencias del Rey. A la primera noticia de esta muerte, reconoce por su Martyr, al que antes havia tenido por su enemigo. Disipase todo su odio, renuevanse sus afectos, y sus ternuras. Ya no es este aquel Principe lleno de orgullo; es un penitente, que depuesto el ornato, y magnificencia Real, gime, y llora en ceniza, y en cilicio. Unas veces la fuerza de su dolor le ahoga las palabras en la boca; otras veces dá gritos en demonstracion de su dolor, y señal de su arrepentimiento. Encierrase solo, y se cree indigno, no solamente de perdon, sino de consuelo; y trayendo siempre en su imaginacion impresa la palida, y triste imagen de un Arzobispo asesinado: *¡Ay de mí! (decia) ¡Ay de mí! que he venido á ser el perseguidor de la Iglesia, siendo Christiano. Yo soy un perfecto tyrano; yo de mí mismo he hecho yá Martyres.* Pero no se contenta con suspiros, y con palabras: Embia tambien embajadores á el Papa; protesta, que no es el autor de aquel execrable delito, y sacrilegio; reconoce, y confiesa, que hay en él alguna causa indirecta, y se sujeta á todos los rigores de una saludable penitencia. Arroja á los pies de los Legados; restituye todos los bienes, de que havia despojado á la Iglesia; anula todas las costumbres introducidas, y deroga todas sus Ordenanzas, ó constituciones contrarias á las libertades, y á la disciplina Ecclesiastica; mantiene Tropas, para que sirvan en la Guerra Santa; ayuna,

Tom. 2. Kk ora,

ora, y nada omite de todo quanto puede conducir à manifestar la sinceridad de su dolor, y de su penitencia.

Mas aun no basta esta humillacion voluntaria; es necesario, que expie, y purgue sus pecados por una afliccion mas sensible. Notad, Señores, (aunque de paso) que hay en los pecados de los Reyes, como una duplicada malicia: una de corrupcion, que ofende su propria conciencia, y los hace objetos del odio, y de la Justicia de Dios, aunque ellos sean las imagenes visibles de su soberania, y de su poder invisible: Otra malicia de comunicacion, que arrastra, y lleva tras de sí à muchos por el peso de la autoridad, por la dependencia de los intereses, y por la fecundidad del exemplo; ó el escandalo, ó el castigo de sus delitos. A este modo tambien Dios, cuya sabiduria, y prudencia proporciona las penas à los pecados, exerce sobre ellos como dos especies, ó suertes de Justicia. La primera es una Justicia de satisfaccion, por la qual quiere que hieran sus corazones; y que en el dolor interior de su alma, castiguen en sí mismos su proprio desorden. La segunda es una Justicia de reparacion, por la qual destruyan todas las resultas, y efectos de sus pecados, y quebrantando altamente su orgullo, se hace dar por ellos mismos, como una especie de omnage publico, à vista de los demás hombres. Y así, aunque David se castigó él mismo su pecado, quiso Dios afligirle aun todavia por la rebelion de su hijo, y por las calamidades publicas de su Reyno, porque havia dado ocasion de blasfemar el Nombre del Señor. (a)

Tal fue el estado, à que se vió reducido Enrique segundo Rey de Inglaterra, por la coligacion de los Principes vecinos, por la revolucion de sus Pueblos, y por la rebelion

(a) *Quoniam blasphemare fecisti inimicos Domini.*

lion de su proprio hijo. Ved ahora, Señores, quan justos son los juicios de Dios. Havia perseguido al que era su Padre, segun el espiritu, y él se vé perseguido por un hijo suyo, segun la carne. Aquel, que tan ambiciosamente buscaba poder estender sus derechos, y autoridad Real, se vé ahora à pique de perder el Reyno; y este codicioso usurpador de los bienes de la Iglesia, apenas puede salvar una parte de su Corona. Atacado de la parte de acá, y de allá de los mares, despreciado de sus vasallos rebeldes, echado de sus principales Ciudades, errante, y fugitivo en sus mismos estados, buscando un asilo seguro, sobre el sepulcro de un Santo, à quien él tan cruelmente ha perseguido, va à humillarse delante de sus cenizas, y à pedir perdon à un muerto; pasa un dia, y una noche sobre su sepulcro, edificando à toda la Iglesia en aquel mismo lugar, en que tan indignamente le havia ultrajado.

Pero no abandona Dios à este Principe humillado: halla socorros, donde exerce su penitencia: Su Martyr llega à ser su intercesor: Los Reyes sus enemigos quedan, ó vencidos, ó prisioneros: Los Pueblos buelven por sí mismos à la obediencia; y su hijo buelve à entrar en su deber, y obligacion.

Y ved aqui, Señores, à la Iglesia, que triunfa por la paciencia de un Santo, y por la penitencia de su perseguidor. Acaso me direis, que su firmeza, y su constancia fueron bien inflexibles; que hubo tambien algo de dureza en su zelo; que tenia (al parecer) demasiada ambicion de ser Martyr; que hay ciertas atenciones, y una especie de condescendencia tambien en los negocios de la Religion, como en los del Mundo; y que en fin, aunque el principio de su martyrio sea glorioso, la causa no puede dejar de parecer un poco ligera. Pero sabia él muy bien, que un Obispo debe temer mas, consentir en la opresion de la Iglesia de Jesu Christo, que atraerse la persecucion de los hombres. Animaba-

se à sí mismo, por la gloria de aquellos ilustres Christianos de los primeros siglos, que buscaban ellos mismos las ocasiones de derramar su sangre por la piedad, y por la verdad de la Religion.

Porque si el objeto es un poco menos importante, el valor siempre es el mismo; él es Martyr de la disciplina, como los otros lo fueron de la fé; si ha dado su vida bajo la dominacion de un Principe Catholico, por conservar los derechos, y los privilegios de la Iglesia; ¿qué no huiera hecho bajo los tyranos, é infieles, por conservar la pureza de su creencia, y de su doctrina? ¿Con qué zelo no se huiera opuesto à los que profanasen los Sagrados Mysterios? ¿Con qué fervor no huiera trastornado, y derribado los Idolos?

Yo no puedo menos de hacer aqui una reflexion sobre nosotros, y sobre nuestra floxedad, y cobardía. Todos los días oímos impiedades, y blasfemias, y nos quedamos tranquilos. Nosotros sufrimos à sangre fria las bellas palabras, que se dicen contra la Religion, quando toda ella se convierte en burlas, y chocarrerías. Nosotros abandonamos la verdad à la indiscrecion de los necios, y de los impíos, à la censura de los espiritus fuertes, al error de los hereges, à la irreligion de los mundanos, y à las ilusiones de los hypocritas. ¿Y qué zelo tendremos nosotros por las libertades, y por el honor de la Iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales articulos, ó creencias? La mayor parte de los Christianos no conocen, ni entienden bajo el nombre de Iglesia, otra cosa, que estos Templos materiales, à los quales van los Pueblos à unir sus votos, ó à este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion, y sus sentidos; pero no saben, que hay tambien una Iglesia, à la qual ha dado Jesu-Christo su verdad, y la pureza de su disciplina, para la qual reserva su gloria, y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad aspera, y escabrosa à su con-

des-

descendencia cobarde, y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus maximas. No obstante, ella es la que nos ha cenebido en su seno; la que nos ha criado por sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre, y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva à las gloriosas esperanzas de la eternidad, que yo os deseo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PA-

se à sí mismo, por la gloria de aquellos ilustres Christianos de los primeros siglos, que buscaban ellos mismos las ocasiones de derramar su sangre por la piedad, y por la verdad de la Religion.

Porque si el objeto es un poco menos importante, el valor siempre es el mismo; él es Martyr de la disciplina, como los otros lo fueron de la fé; si ha dado su vida bajo la dominacion de un Principe Catholico, por conservar los derechos, y los privilegios de la Iglesia; ¿qué no huiera hecho bajo los tyranos, é infieles, por conservar la pureza de su creencia, y de su doctrina? ¿Con qué zelo no se huiera opuesto à los que profanasen los Sagrados Mysterios? ¿Con qué fervor no huiera trastornado, y derribado los Idolos?

Yo no puedo menos de hacer aqui una reflexion sobre nosotros, y sobre nuestra floxedad, y cobardía. Todos los días oímos impiedades, y blasfemias, y nos quedamos tranquilos. Nosotros sufrimos à sangre fria las bellas palabras, que se dicen contra la Religion, quando toda ella se convierte en burlas, y chocarrerías. Nosotros abandonamos la verdad à la indiscrecion de los necios, y de los impíos, à la censura de los espíritus fuertes, al error de los hereges, à la irreligion de los mundanos, y à las ilusiones de los hypocritas. ¿Y qué zelo tendremos nosotros por las libertades, y por el honor de la Iglesia, puesto que tenemos tan poco por sus esenciales articulos, ó creencias? La mayor parte de los Christianos no conocen, ni entienden bajo el nombre de Iglesia, otra cosa, que estos Templos materiales, à los quales van los Pueblos à unir sus votos, ó à este conjunto de ceremonias santas, pero exteriores, que hieren su imaginacion, y sus sentidos; pero no saben, que hay tambien una Iglesia, à la qual ha dado Jesu-Christo su verdad, y la pureza de su disciplina, para la qual reserva su gloria, y su felicidad; ó si la conocen lo bastante, hallan su verdad aspera, y escabrosa à su con-

des-

descendencia cobarde, y floja, escandalosa su prosperidad, y muchas veces insufribles sus maximas. No obstante, ella es la que nos ha cenebido en su seno; la que nos ha criado por sus cuidados; la que nos alimenta con la sangre, y con la sustancia de su Esposo; y la que nos eleva à las gloriosas esperanzas de la eternidad, que yo os deseo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

PA-

PANEGYRICO  
DE SAN FRANCISCO  
DE SALES,

PREDICADO EN PARIS  
en la Iglesia de la Visitacion de la calle  
del Barco año de 1684.

*In fide, & lenitate ipsius sanctum fecit illum.*

Por su fé, y por su dulzura fue por lo que  
el Señor le hizo Santo. *Estas palabras se  
han sacado del libro del Eclesiastico cap.  
45. v. 4.*



El Espiritu de Dios, que nos ha trazado  
en sus Escrituras los caracteres, y los  
retratos, aunque en compendio, de  
aquellos hombres de los primeros tiem-  
pos, ricos en virtud, y poderosos en  
obras, que han formado la Iglesia de  
los Santos, y que han establecido la  
piedad, y el culto del Señor sobre la tierra, hace en es-  
tos terminos el de Moyses Conductor, y Legislador de  
su Pueblo: „ Moyses querido de Dios, amado de los  
„ hombres, cuya memoria permanece en la bendicion  
„ eterna; hizole Dios semejante á los Patriarcas, que  
„ le

„ le precedieron, y quiso reunir en él toda su sabiduría.  
„ Revistióle de su propia gloria, y le hizo respetable  
„ á todos los Reyes de la tierra. Hizo, que sus enemigos  
„ le temiesen, y dióle el poder de amansar los monstruos  
„ mas feroces por la fuerza de su palabra, pusole en la  
„ mano sus Mandamientos, y le confió la ley de vida, y  
„ de disciplina, para que enseñase á Jacob su Testamen-  
„ to, y para que anunciase sus juicios á Israel. En fin,  
„ eligióle entre los hombres, y lo santificò por su fé, y  
„ por su dulzura.“

Virgenes de Jesu-Christo, que sabeis juzgar de las  
virtudes de los Santos, porque las practicais; ¿hariais vo-  
sotras de otro modo el elogio de vuestro Bienaventura-  
do Fundador, bendito por Dios, honrado de los Reyes,  
amado de los Pueblos, y alabado aun de los mismos pe-  
cadores? Su memoria todavia vive enteramente en nues-  
tros animos. La reputacion de su piedad todavia exhala  
su buen olor en toda la Iglesia. Reunió Dios en su per-  
sona las virtudes de los siglos pasados; y parece haver  
criado para él otras nuevas. Hizo á los vicios humildes,  
y sumisos, y hasta á la misma heregia, la hizo docil á sus  
consejos, á sus exortaciones, y á sus discursos. Dióle su  
Ley de gracia, y de dulzura, para que la publicase en  
estos ultimos tiempos, y le abrasò de su amor, para que  
enseñase á su Pueblo la ciencia de la caridad, y el arte (di-  
gamoslo asi) de la devocion Christiana.

Señores, hagamos justicia á esta ultima edad del Chris-  
tianismo; no escusemos sus defectos; pero tampoco di-  
simulemos sus ventajas. Si es fecundo en vicios, tam-  
poco es estéril en virtudes; y si el exceso, y la multitud  
de los pecadores excita á la indignacion, la excelencia, y  
la diversidad de virtudes de un solo hombre, como él las  
ha practicado, puede atraer la admiracion de las al-  
mas fieles. Ya comprehendéis vosotros, que es de  
San Francisco de Sales, de quien yo hablo. Aquella bon-  
dad de alma, que es el fruto de un dichoso, y feliz na-  
ci-

cimiento; aquellas bendiciones de dulzura, con que el Señor previene á sus escogidos; aquellos acrecentamientos de caridad, que la gracia produce en los corazones dociles; sus trabajos padecidos por la Iglesia; su fidelidad en sus ministerios, su valor en sus empresas, la eficacia de su palabra en sus instrucciones, su paciencia en las injurias, su pureza en la comunicacion publica, y su entero desasimiento, y desapego del Mundo, en medio del Mundo mismo, formaron en él una santidad, no solamente sólida, sino de mucho esplendor.

Viósele andar desde su niñez por los caminos de Dios, sin bolverse atrás, y envejezer en los ejercicios de una vida Christiana, Santa, y Apostolica. Viósele entre los desordenes de los malos Christianos, y la ceguedad de los Hereges, avivando en los unos una fé muerta, encendiendo en los otros una caridad tibia, por la persuasion de sus discursos, y por la fuerza de sus exemplos. Viósele en la corrupcion, y en la licencia de estos ultimos siglos, conservar una inocencia, comparable á la de los primeros fieles, honrar, defender, restablecer la Religion por sus virtudes extraordinarias, y servir como de espectáculo á toda la Iglesia, por mucho cuidado, que tuviese de encubrir bajo el velo de una piedad comun, quanto hubo de mas puro, y de mas elevado en el antiguo Christianismo. Viósele usar de diversas maneras; pero siempre fielmente de las gracias, que havia recibido, practicar en cada estado de su vida comun una especie particular de santidad, que le correspondia. Tuvo tambien con que edificar á todo el Mundo en su conducta, y con que formar muchos Santos en un hombre solo. ¿Pero por qué me precipito Yo de esta manera en su elogio? Ya me detengo, y conozco, que tengo necesidad para hablar de él, de aquel espíritu, que le hizo obrar, y de las intercesiones de la Virgen, á quien él mismo miró como á su Protectora. Dígamosla, pues, con el Angel:

AVE MARIA.

Aun

Aunque la antigüedad esté expuesta, y sujeta á la relaxacion, y aunque la novedad sea sospechosa de error en materia de Religion; no obstante, tambien es verdad, que hay en todos los Santos, que Dios suscita de siglo en siglo en su Iglesia, algunas cosas de lo antiguo, y algunas de lo moderno. Un espíritu eterno, inmutable, que los santifica, y un carácter particular, que los distingue de los otros Santos. Veese en ellos á la Religion en la pureza de su origen, y en la fuerza de sus progresos; y para formar á estas almas escogidas, el Padre de familias, que trabaja en la perfeccion de sus hijos, y en la gloria de su casa, saca de sus tesoros las riquezas antiguas, y modernas: (a) Las antiguas para denotar, que es la fuente, y origen de todos los bienes, y que él es el Dios de nuestros Padres; las nuevas, para hacer ver, que sus misericordias son inagotables, y que así como no hay en él aceptación de personas, tampoco hay diferencia de tiempos.

Esto es, lo que la providencia Divina ha querido descubrir en nuestros días en la persona de San Francisco de Sales. Vivió como los antiguos Christianos en la práctica de las virtudes; y ha enseñado á los presentes á vivir en la práctica de las virtudes comunes. Comparable á los unos, é imitable á los otros, supo elevarse á la perfeccion de los primeros, y acomodarse á la debilidad de los segundos, y con los socorros, y auxilios de aquel espíritu, que obraba al principio, y que aun obra oy día, nos ha dejado una Imagen de vida antigua, y nueva; lo que me dá motivo para mostraros.

Lo

(a) Qui profert de Thesauris suis nova, & vetera.  
Matth. 13. v. 52.

Division. } I. Lo que ha obrado en él la fé, que sea común á los primeros Santos.  
 II. Lo que ha obrado en él la dulzura de nuevo, y de singular.

Esto será todo el objeto, y materia de este Discurso.

## PRIMERA PARTE.

**E**S la fé el fundamento de las cosas, que se esperan, y una prueba cierta de las cosas, que no se ven. Por esta fé (dice San Pablo (a)) los antiguos Padres recibieron de Dios un testimonio ventajoso. Ella es, la que ha producido en los Patriarcas el amor de Dios, la confianza en sus bondades, el zelo de su Religion, y la esperanza de sus promesas. Ella es, la que ha elevado sobre los temores, y las corrupciones del siglo, á aquellos hombres errantes en los Desiertos, y en las cabernas de la tierra, de quienes el Mundo no era digno; por ella es, en fin, por la que los Santos de la Ley antigua cumplieron con todos los deberes, y obligaciones de la piedad, y de la justicia.

En el nacimiento de la Religion, y en la primera edad del Christianismo, eligió Dios (dice San Agustín) para Ministros de su Iglesia, á unos hombres llenos de fé, y capaces de instruir, y de edificar á los Pueblos. Comunicóles no solamente su poder, para invertir el orden de la naturaleza; comunicóles tambien su santidad, para establecer el imperio de Jesu Christo por sus milagros; quiso, que una de las pruebas visibles del Evangelio fuese la fé de aquellos, que havia destinado, para anunciarla;

(a) Hebr. 11.

la; y que se convidase á los Infieles á creerla, haciéndoles ver por medio de virtudes extraordinarias el merito, que havia en practicarlas. No menor cuidado ha tenido su Providencia en la serie de los tiempos de suscitar en su Iglesia, hombres semejantes á estos, que pudiesen ser testigos, y defensores de la verdad, quando ella se viesse, ó combatida en su fé por la malicia de los hereges, ó herida en su disciplina por la relajacion, y por la corrupcion de las costumbres de los Catholicos.

Con este mismo designio fue, con el que la misma providencia hizo nacer á San Francisco de Sales, en un tiempo, en que la heregia, estando en su auge, y progresos, gozaba en reposo de sus errores, y del fruto de sus delitos en aquellos desgraciados Países, en que havia levantado sus Templos soberbios sobre las ruinas de nuestros Altares, y donde por medio de sus usurpaciones, y por su rebelion, no solamente havia establecido su impiedad, sino tambien su tiranía. Aun aquellos mismos, que en una vecindad tan contagiosa havian podido conservar su fé, havian perdido mucho de sus buenas costumbres. La licencia se havia introducido, donde la infidelidad no havia podido penetrar; el mismo aliento de la Serpiente debilitaba á los que su veneno no havia podido corromper; y en la ignorancia, y la confusion, en que todo se hallaba, cada uno se creía poder ser malo impunemente, con tal que fuese fiel; y ser muy benemerito en la Iglesia, con solo haver quedado en su comunión.

Nació Francisco en medio de tantas turbaciones, y desde su infancia pudiera decirse havia llegado yá á la plenitud de la edad de Jesu-Christo. La primera palabra, que pronunció, fue un acto de amor de Dios, una confesion, y un reconocimiento de sus bondades. El primer cuidado, que se tomó, fue conservar la gracia de su Bautismo. Las primeras pretensiones, que tuvo, fueron el

el Cielo, y su salvacion. Las primeras acciones, que executó, fueron ensayos, y preludios de su Sacerdocio. El espíritu de Dios en la Escritura alaba los primeros fieles por la estimacion, que hacian de su vocacion, por su perseverancia en la oracion, por la distribucion, que hacian de sus bienes á los pobres, por su pureza de espíritu, y de cuerpo, y por una santa simplicidad en su devocion, y en la conducta de su vida: Virtudes todas, que fueron, como naturales á nuestro Santo. Aunque pudo muy bien gloriarse de su nacimiento, toda su gloria la reduxo, y constituyó en ser Hijo de Jesu-Christo. Puso toda su nobleza en imitarle, y en servirle. No contó grandeza ninguna en su origen, sino la que adquirió en el día de su generacion espiritual; y este nombre de Christiano, que nosotros llevamos sin reflexion, y que tantas veces deshonoramos con nuestras obras, fue solamente el titulo, con que se quiso honrar.

Pero, ¡y qual fue el fervor de sus oraciones, quando postrado á los pies de los Altares, recogido, é inmovil, derramaba delante de Dios los primeros afectos de su corazon, y le fortificaba contra los alhagos, é ilusiones del Mundo! ¡Qual era su caridad, y su ternura para con los pobres, quando compadecido de todas sus necesidades en una edad, en que la poca reflexion, y la corta experiencia le hacen á uno ordinariamente insensible á las miserias humanas, empleaba en limosnas, lo que se le daba para sus necesidades, ó para sus diversiones; y cercenándose su propio alimento, partía el pan, que le tocaba, y sacrificaba á Jesu-Christo las diversiones de su juventud, y hasta una buena porcion de su vida! ¡Qual fue su constancia, quando el Demonio sentido, y envidioso de su pudor, exponiendole á duros, y asperos combates, llegó á ser por su resistencia á las mas fuertes tentaciones, el exemplo de la continencia, y por las austeridades, que redobló en su persona, el Martyr de la castidad! Y

en

en fin, ¡qual fue aquella dichosa simplicidad, que le hizo atento á las ordenes de Dios; docil á los consejos de sus Directores, enemigo del disfraz, y de la mentira, y siempre zeloso por la verdad!

¿No os parece ya un Christiano perfecto? Y con todo eso aun no es mas, que la imagen de un Christiano recién-nacido, la que os he representado. Estas primeras virtudes no fueron mas, que disposiciones para otras mayores, y como los fundamentos de su principal vocacion, y de la santidad de su Sacerdocio. Quando yo hablo aqui de vocacion, y de Sacerdocio, no os figureis un joven destinado á la Iglesia por la ambicion de sus Padres, ó determinado á ella por la suya propia. Los temores, ni las esperanzas del Mundo no tuvieron parte alguna en la resolucion, que tomó de consagrarse al Señor. Propusose, no solamente ser bueno, sino tambien ser util, y nunca creyó, que fuese permitido tener un talento sin provecho alguno, ó un ocioso ministerio en la Iglesia de Jesu-Christo. Fueron sus primeros cuidados aprender todas las obligaciones de su estado, y dirigiendo todos sus estudios á la ciencia de la salvacion, fue á poner á los pies de su Obispo, cansado ya por su edad, y por las fatigas de sus trabajos Apostolicos, un espíritu ilustrado, y una voluntad sumisa; y decir á este anciano Helí, como el joven Samuél: *Aquí estoy yo, Señor.* (a)

Pero figuraos primero un Sacerdote de la Iglesia antigua, criado en la meditacion, y en la practica de las virtudes evangelicas, preparado para el retiro, y para la oracion, producido por Dios para los ministerios Eclesiasticos; que mira su estado, como una obligacion de emplearse en el trabajo; que camina, segun las ocurrentes ne-

ce-

(a) 1. Reg. 3. v. 4.

cesidades, bajo las ordenes de su Obispo, adonde le llama el interés de la Religion; resuelto à predicar, y llevar la Cruz de Jesu-Christo, y à salvar su alma trabajando en la salvacion de las de los otros. Tal fue en estos ultimos tiempos San Francisco de Sales. Considerase como un hombre escogido, y separado del Mundo, para conducir por medio de sus exemplos, y de sus palabras los pueblos à su Señor, y la caridad de un Sacerdote de Jesu-Christo, no debe jamás estar ociosa. Se ofreció con alegría para el empleo mas aspero, el mas difícil, y el mas peligroso, que acaso hubo por entonces en la Iglesia de Dios. Este fue, el bolver à plantar la Cruz en los Valles, y llanuras vecinas à Ginebra, è ir à quebrantar en la piedra (que es Jesu-Christo) los hijos de aquellas miserables hijas de Babilonia, que recibiendo de mas cerca los socorros, y las influencias de su Madre, no sufrían, ni aun que se les hablase impunemente de la Religion, que havian abandonado.

¿Y os bolveré à poner delante, la imagen horrosa de las ruínas, y desolaciones, que la heregía havia hecho en toda aquella infeliz comarca? ¿Las Iglesias caídas, ó profanadas, arruinados los Altares, en que residia Jesu-Christo, su Sacrificio abolido, y sus Sacerdotes havian llegado à ser las víctimas; las reliquias de sus Martyres hechas pedazos bajo las ruínas de sus Templos; su fé tan santa, y tan venerable, toda convertida en risa; su palabra sofocada bajo un monton de Doctrinas nuevas, y de tradiciones humanas; y su cuerpo mismo tan adorable, y sagrado, atropellado, y puesto sin respeto à los pies de los sacrilegos pecadores? Estos eran los males recientes, que por entonces lloraba la Iglesia, para los quales ella no preveía remedio.

¿Y qual fue el dolor de Francisco de Sales, quando habiendo entrado en el territorio de Chables, *vió en él la abominacion*, de que habla la Escritura en el Evan-

ge-

gelio, *establecida* (a) en aquellas tierras, en otro tiempo Catholicas? ¿Pero, y qual fue su dolor tambien, quando halló estos Pueblos deslumbrados, y ciegos por la novedad, seducidos por la mentira, que juntaban la malicia al error, y la obstinación à la ignorancia? Las dificultades casi invencibles, que halló en su Mision, no hicieron mas, que animar su valor. Amenazasele, y se le prepara un fondo, y materia inagotable de paciencia, cierranle todos los pasos, y él se le abre à favor del Evangelio, por enmedio de nieves, y montañas inaccesibles. Nieganle la entrada, no le dan hospicio, y se acoge entre las ruínas de los Templos, para recoger lo poco, que ha quedado del Christianismo. Niegasele el preciso sustento, y su comida es hacer la voluntad del Señor, que le ha embiado, y anunciar su santa palabra. Apenas halla quien quiera ir à oírle, y con todo no deja de arrojar la semilla Evangelica en este campo desierto, y abandonado, creyendose bastante recompensado, y satisfecho con la conquista de una alma sola.

Pero ¿qué no se puede esperar de un hombre animado del Espiritu de Dios? Atrae primero insensiblemente à aquellos Pueblos con su dulzura, y con su constancia, y les hace luego, como una especie de controversia apacible, y muda de obra, y de exemplo. Muestrales en su persona un Sacerdote caritativo, sabio, humilde, y desinteresado, y justifica à los Ministros de Jesu-Christo, que tantas veces havian desacreditado, por la pureza con que exerce su ministerio. El planta, è riega, y Dios dá el incremento, vienen à él, y quedan instruidos; oyenle, y quedan tocados, y movidos; disputa, y convence; exhorta, y luego convierte. A los que no puede atraer por

sus

(a) Marc. 13.

sus discursos, los edifica con su paciencia; prueba su Religión tanto con sus virtudes, como por sus razones; y persuade con su humildad, á los que havia ilustrado con su doctrina. El servicio de Dios se restablece, buelvense á levantar los Altares, la antigua Religión reflorece; buelven á hallar los buenos Pastores ovejas fieles, que los sigan, y treinta mil conversiones son los frutos de la caridad, y de los trabajos de nuestro Apostol. Estos son los caminos, por donde Dios le conduxo al Obispado. Jamás se le vió fiar en la fortuna de algun poderoso, ni mendigar su credito, y reputacion por medio de afectadas complacencias; y por engrandecerse, llegar á ser el adulador de los Grandes. No se le oyó jamás alegar los servicios, que su familia havia hecho, ni pedir las Dignidades de la Iglesia á titulo de recompensa, como premio de la gloria, y de la nobleza de sus Padres. No formó su merito de una ociosa, y esteril piedad, y de un ayre exterior de reforma; no se abanzó á las dignidades, y á los empleos, aparentando el retirarse de ellos. Ni se introduxo en ellos sin preparacion, ni sin experiencia; ni quiso aprovecharse de los bienes de la Iglesia, antes de servirla. Entró en el Obispado, como los antiguos entraron en él, despues de haverlo merecido, y despues de haverlo renunciado. No le consideró como un honor, sino como una carga, y oficio; y la unica alegría, que tuvo en su eleccion, fue el ponerse en estado de trabajar, y de sufrir por Jesu-Christo en una Diocesi assolada, y como envestida por la heregia; donde havia poca renta, y mucho trabajo, y donde todos los dias se veía reducido á buscar alguna oveja descarriada á costa de su misma vida.

Yo quiero creer, que los que son llamados á una dignidad tan eminente, conozcan la importancia, lleguen á sentir el peso, y cumplan con las obligaciones. Pero despues de todo esto, gozan en estos dichosos tiempos, de todas las

las dulzuras de la Iglesia en paz: Ya no hay sino esplendor, magnificencia, y riquezas: Yá no se les ve, sino en los Palacios, ó en Sillas elevadas. Todo el Mundo les dobla las rodillas, por donde quiera, que pasan; y en lugar de exortarlos á la paciencia (como hacia en otro tiempo San Pablo) es necesario advertirles, que conserven la humildad en esta elevacion, y la moderacion en esta abundancia. No era así en los primeros tiempos. Era necesario sostener la Iglesia á costa de su sangre, así como Jesu-Christo la havia adquirido á costa de la suya. Ser elegido Obispo, y ser destinado para el suplicio, era casi una misma cosa. No eran hombres, á quienes se les elevaba sobre los otros, para dominar, y mandar; eran hombres, á quienes se les exponia al furor de los enemigos de Jesu-Christo, para ser las primeras víctimas de los Infieles. Su ejercicio ordinario era ganar las almas, y dar las suyas por la salvacion de sus Pueblos. Casi con estas condiciones fue con las que llegó San Francisco de Sales, á ser Obispo de Ginebra, Ciudad rica con los despojos, que havia usurpado á los Sacerdotes, y á las Iglesias, zelosa de una independenciam, que su rebelion la havia adquirido; poderosa por las alianzas, que una conformidad de pasiones havia formado. Ciudad, donde el vicio no se castigaba; donde nada havia prohibido sino la verdadera Religión; y donde se forjaban las conspiraciones, y las empresas contra los Soberanos Pontifices. Ciudad, que por su situacion, y por su odio irreconciliable parecia apostarselas, y amenazar al Reyno de Jesu-Christo, y al primer trono de su Iglesia; Ciudad en fin, cuyos principales Ciudadanos eran, ó los ministros del error, ó los desertores de la verdad; que no queria tener comercio con los Catholicos, sino para hacerlos, ó Apostatas, ó Martyres; y que havia llegado á ser el refugio de la piedad, y el asiento de la Heregia. Esta Ciudad, pues, fue el objeto de los deseos, y la materia de los trabajos de este Santo Obispo. ¡Quantas

Las veces considerando las ruínas espirituales de esta profana Jerusalem, movido de compasion, y de zelo, lloró sobre ella, à exemplo de Jesu-Christo! ¡Quantas veces fue corriendo por toda la extension de su territorio, à sacar de las garras de aquellos lobos rapaces las ovejas, que havian apartado del redil, y que ya estaban à pique de devorar! ¡Quantas veces llegó hasta las puertas de aquella infeliz Ciudad à adorar las cruces, que él mismo havia plantado solemnemente en ella, y reparar por su piedad los ultrages, que se havian hecho à Jesu-Christo en el recinto de sus murallas! ¡Quantas veces fue solicitado por el ardor de su caridad, y por la delicadeza de su conciencia, para ir otra vez à pedir, no las rentas, que le havian usurpado, sino las almas de su pueblo, que le retenian, y como que se las havian robado! ¡Huviera podido contenerse su zelo, si se hubiese creido necesario, y aun útil à la salvacion, ò à la conversion de una alma? ¡Con qué resolucion no fue à instar, y convencer à Theodoro Beza, cuyo espiritu, sabiduria, y eloquencia huvieran merecido alabanzas inmortales, si à estas prendas huviera juntado las buenas costumbres, y si se hubiese servido de ellas, para defender el partido, y causa de los buenos! Asombróle desde luego, y sin duda alguna le huviera convertido, y atrahido à la fé; si el interes, el orgullo, y la flaqueza de la edad no le huviesen detenido; ó por mejor decir, si Dios, cuyos juicios son terribles, pero siempre adorables, no hubiese permitido, que muriese en el abysmo, en que havia caido ya mucho tiempo havia.

¿Con qué valor no quiso administrar à un Catholico moribundo el Sacramento de la Penitencia contra todas las leyes, y todos los consejos de la prudencia de la carne? Pero con qué zelo Evangelico, llamado por necesidades de Religion, y atravesando, sin disimular su nombre, ni su dignidad, por medio de aquella Ciudad, que mataba

los

los Prophetas, se entregò por Jesu-Christo à sus enemigos? ¿No huvieran hecho en él ¡ay de mí! un sacrificio agradable à todo el partido? ¿Una sangre tan noble, y tan pura no iba à ser derramada por aquellas manos impuras, y la mas santa cabeza del Christianismo iba à servir de blanco à los tiros de sus parricidas, si Jesu-Christo, que tantas veces ha prometido su proteccion à su Iglesia, no le hubiese conducido, como por la mano, y no le hubiese hecho invisible à los Hereges, como él mismo se hizo à los Judios, (a) quando quiso ocultarse à su crueldad, y à su envidia, hasta que fue llegada su hora?

¡Que no pueda yo representarosle ya visitando à pie Parroquias casi incognitas, é ignoradas en los lugares mas desiertos, y en los mas salvajes, que hay en los Alpes! ¡Ya instruyendo à los hombres rusticos, y groseros del campo, y socorriendolos con su caridad, despues de haverlos ganado con su paciencia! Ya sacrificandose por su rebaño en las enfermedades mas contagiosas, ya encerrandose en Annesy, à quien Ginebra amenazaba sitiar, para ser el defensor de su Pueblo, y el primer Martyr de Jesu-Christo! Viósele en las funciones laboriosas del Obispado, en las agitaciones de su Diocesis, siempre aplicado, vigilante, intrepido, é infatigable. Pero por mas dificultades, y por mas peligros, que hallase en el gobierno; y direccion de su Iglesia, jamás se le pudo persuadir, à que la dejase por otra mas rica, y sosegada. Ofrecenle inutilmente las primeras Sillas del Reyno; él responde, como los Padres antiguos, que los hombres no pueden romper lo que Dios ha ligado; que el enfadarse de su esposa, era una inquietud; el abandonarla una infidelidad; el tomar otra una incontinencia; que el primer em-

(a) Joan. 10. v. 39.

empeño, y enlace venia de la Providencia Divina, y que el segundo casi siempre era efecto de codicias humanas; y que por buen fin, è intencion, que se tuviese en estas mudanzas, casi siempre eran llevados mas de los bienes, y de las rentas, que se recibian, que del bien, que en ellas se podia hacer. ¿No reconocéis vosotros en estos nobles, y piadosos sentimientos la pureza del antiguo Christianismo? Restame haceros ver, lo que la dulzura obró en San Francisco de Sales de nuevo, y de singular.

## SEGUNDA PARTE.

**D**IOS, que es el Soberano Bien, y la fuente de todos los bienes, se comunica de diversas maneras à sus Santos, para hacer ver las riquezas de su gracia en la variedad de sus dones; para proporcionar la santificacion de cada uno al espiritu, y à los talentos, que les ha dado, ó à los fines, que se ha propuesto; y para edificar los diferentes estados de su Iglesia, por medio de esta multiplicidad de exemplos, ó de gobiernos. Y asi, aunque el camino del Cielo para todos los escogidos sea el mismo, no obstante el Señor les traza, y abre nuevas sendas, como dice la Escritura; y como hay un punto de santidad comun, en el qual todos necesariamente son parecidos, hay tambien un punto de singularidad, en el qual se diferencian los unos de los otros, y puede decir cada uno, como el Rey Propheta: (a) *Yo soy unico, y particular en mi estado.*

Esta variedad, y esta antigüedad siempre nueva (digamoslo asi) es, la que hace la hermosura, y belleza de la

(a) *singularitèr sum ego.* Psalm. 14. v. 10.

la Iglesia, y la plenitud de los Santos. Los unos apartados del tumulto, y de la corrupcion del Mundo, como que se han enterrado vivos en los desiertos: Los otros han llevado la mortificacion de Jesu-Christo visiblemente en sus cuerpos, y se han distinguido por los rigores de la penitencia; muchos por la santidad de los votos, por la severidad de una regla, y por la austeridad de los ayunos, han llegado al mas alto grado de la perfeccion Evangelica: Pero nuestro Santo se estableció en la piedad por su dulzura, virtud, que Jesu-Christo tantas veces nos ha recomendado, y à la qual reduxo la doctrina de sus exemplos, y prometió las recompensas del Cielo, y la misma herencia de la tierra. Esta dulzura es la que le hizo Santo en una vida comun, igual, tranquila, y caritativa. No le dixo el Señor como à Abraham: *Sal de tu País, apartate de tus parientes, y de tus amigos.* (a) Ni oye tampoco, como Arsenio, una voz celestial, que le dice: *Vete al Desierto, habita en la soledad, y en el silencio.* Una inspiracion secreta le retiene en la vida ordinaria del Mundo, y Dios por un privilegio particular, le libra de sus corrupciones.

En la Casa de su Padre, en los Estudios, en las Universidades, en el ordinario comercio de los hombres, halló medios de santificarse, como un Religioso, como un Penitente, y como un Anacoreta; extraordinario en el orden comun de los Christianos; particularmente perfecto, en lo que no afectó jamás perfeccion particular; singular, en lo que jamás tuvo ninguna singularidad; y en una condicion comun, y conforme à las costumbres de nuestro siglo se elevò à las virtudes mas nobles de los siglos pasados. Muchos le han igualado en la bondad de costumbres,

(a) *Gencs. 12. v. 1.*

bres, aunque conservase hasta la muerte su inocencia Baptismal; en el ardor de su zelo, aunque se diga, que ganó sesenta mil almas para Dios; en su paciencia, aunque en él fuesen todas sus delicias las persecuciones, y las injurias; en su humildad, aunque huviese juntado la docilidad de un niño con la capacidad de un hombre perfecto; en el desapego de todas las cosas, aunque haya visto sin alterarse frustrados muchas veces sus buenos designios, y su misma Congregacion, que fue el fruto, y la obra de su espíritu, la esperanza de la santa posteridad, y la alegría de su corazón, à pique de ser arruinada por accidentes repentinos, é imprevistos.

Pero ¿quién es, el que supo conciliar como él las obligaciones de la vida civil, con las de la conciencia? El ha santificado el comercio, y las comodidades del Mundo por el buen uso, que hizo de ellas, acomodandose al tiempo, y à las costumbres, siempre con razon, y con prudencia; sensible, y correspondido à las razonables amistades, y reduciendolas siempre à la caridad, que era su principio, y à la utilidad espiritual de aquellos, à quienes amaba, que era su fin. Si atraía los corazones, no creais, que fuese para detenerlos; sabia muy bien conducirlos à Jesu-Christo, como un bien, que no havia adquirido sino por él. Si se insinuaba en los animos, era para establecer en ellos la Fé, y la Religion: Pronosticaban, que estaban bien con Dios, los que estaban bien con él; en una palabra: Amar à San Francisco de Sales, y amar la piedad era casi una misma cosa.

Jamás se le vió dár en ningun exceso, ni aun siquiera de devocion. Tributo á Dios un *culto interior*, y perfecto, pero *prudente*, y *razonable*, (a) segun el con-

(a) *Rationabile obsequium vestrum. Roman. 12.V.1.*

consejo del Apostol. Por humildemente, que sintiese de sí mismo, no reusò à su dignidad ciertas exterioridades, que parece exigir la costumbre, quando en ellas nada hay contrario al buen orden. Mostrò en las conversaciones, y trato de las gentes una virtud alegre, y modesta, que enamoraba à los buenos, y edificaba à los pecadores; y en toda su conducta se admirò una simplicidad sin afectacion, una prudencia sin disfraz, un interior sin escrupulo, un exterior sin artificio, una ciencia sin vanidad, una devocion sin fausto, y una conversacion, en que se dejaba ver la dulzura de su espíritu, la fuerza de su razon, y la pureza de su vida.

¿Pero quién le igualó jamás en la práctica arreglada, y uniforme de la piedad, aunque se viese en continuas ocasiones de estar, ó distraído, ò disipado? ¿No usó de este Mundo, como si no le huviese usado, con aquella sobriedad, que el Apostol recomienda à todos los fieles? No se ocultó, ni escondió, pero se mantuvo recogido. Hallóse en las conversaciones, y en los concursos; pero supo formarse en medio del ruido del siglo, un silencio interior, y una soledad espiritual dentro de sí mismo: Hacia las mismas cosas, que los otros; pero las hacia de otra manera, que ellos: La corteza, ó el exterior era semejante, pero la raíz era diferente; y dirigiendo la caridad hasta las menores obras de su vida, no hacia cosas extraordinarias, pero esto era lo mas extraordinario en él.

De esta manera jamás buscó en nada el distinguirse. Tuvo siempre un afecto tierno, y particular à ciertas virtudes pequeñas, que se suelen despreciar, porque no se dejan ver desde lejos, que crecen al pie, y à la sombra de la cruz, y que aunque no dejan de costar algun trabajo, no hacen casi honor alguno à los que las practican. Esta es la ilusion ordinaria de los que creen tener grandes talentos, y que miran la devocion como un arte,

en que quisieran aventajarse. A poca buena opinion, que uno tenga de sí en la piedad, quisiera ya exercer las virtudes de valor, de constancia, de magnanimidad, y de magnificencia. Pero como son gloriosas, y se hacen admirar de todos, es muy peligroso, que sean hijas de la vanidad, ó que la produzcan. Por otra parte las ocasiones de practicarlas son muy raras; y muchas veces con la esperanza incierta, é imaginaria de señalarse en alguna accion grande se pierde el fruto de una infinidad de pequeñas, que se exercen á todas horas.

Ademàs: Es presumir de su virtud el contar con su fidelidad en las ocasiones mas importantes, quando no se tiene acostumbrado el corazon á estas pequeñas regularidades, á que nos obligan el respeto, y el amor, que le debemos á Dios. Pero las virtudes sencillas, y humildes, sin arte, sin estudio, y sin ostentacion, fueron el amor de San Francisco de Sales. Buscò este Santo el merito, y no la reputacion de la santidad. Aunque él huviese amontonado tesoros infinitos de gracias, no despreció jamás estas pequeñas ganancias de devocion, que sobrevienen á cada momento, y que siendo bien dirigidas, y gobernadas hacen con el tiempo un gran cumulo de riquezas espirituales en un alma. Sufrir, y aguantar ciertas pequeñas impertinencias del proximo; disimular sin resentirse, ciertas pequeñas injusticias; padecer algunas ligeras molestias, sin quejarse; recibir ciertas pequeñas reprehensiones con docilidad; ó buscar la ocasion de hacerselas uno à sí mismo con dulzura, y aprovechamiento; sufrir una pequeña repulsa, y un pequeño desprecio con paciencia; tratar á sus domesticos con humanidad; humillarse, quando es necesario aun mas abajo de su mismo estado, y condicion, estos eran sus ordinarios exercicios. Estas virtudes pequeñas por su materia llegaban à ser grandes por su principio; en las mas brillantes ocasiones el alma enteramente se recoge; la razon se mez-

cla

cla con la fé, es uno observado, y él observa; sofiensese uno por su virtud, y juntamente por su reputacion; y se halla muchas veces en el mismo bien, que se hace, la recompensa de haverlo hecho. Pero arreglarse en estas ocasiones, en que uno no sirve de espectáculo, sino á sí mismo, quando no hay mas testigo, ni mas juez, de lo que se hace, que Dios, y su conciencia, esta es señal de un buen corazon, y de una fidelidad confirmada.

Por estas continuas prácticas era por donde San Francisco de Sales se elevaba à Dios, casi sin obstaculo. Tal es la corrupcion de la naturaleza, que no puede avenirse con la virtud, ni someterse à la razon, sino con trabajo. No digo yo en las agitaciones del alma, ó en el furor de nuestras pasiones, sino aun en medio de la tranquilidad misma de nuestros corazones, y en la calma de nuestros deseos. Es necesario, que Dios con su poder, sujete, y ligue (digamoslo asi) esta codicia, y concupiscencia, para detener sus contrariedades, y sus repugnancias. Pero Francisco estaba en paz consigo mismo, nada havia en él, que se amotinase contra la gracia de Jesu-Christo; su alma estaba puesta en sus manos; ninguna repugnancia sentia en seguir la Ley; su piedad crecia todos los dias por la docilidad de su condicion, y por los progresos de la gracia, y sus tranquilas pasiones, bajo la guarda de su virtud, le servian de socorro, y, no de obstaculo, para obrar el bien.

De alli provino aquella igualdad de vida en todas sus acciones. Hay en nuestros espiritus, y en nuestros corazones, yo no se que instabilidad, que muda el orden de nuestras costumbres, y de nuestra vida. Somos tan presto firmes, tan presto irresolutos; unas veces fervorosos, y otras veces relaxados. Muchas veces tanta parte tiene el capricho, como la razon en nuestras re-

Tom. 2.

Nn

so-

soluciones, y en nuestras empresas. Pero la conducta de Francisco fue toda regular, y uniforme. Era este un hombre sin capricho. Jamás experimentó aquellos intervalos de vicios, y de virtudes, aquellas interrupciones de una buena vida, y en fin aquellas desigualdades, que son tan naturales en nosotros. Su vida no estuvo sujeta, ni à las irregularidades, ni à las mudanzas; sus días no fueron sino un tejido de sabiduría, y de caridad. Por todo el curso de su vida no representó mas, que una persona, y esta fue la de un Santo.

Porque ¿quien es, el que alguna vez no se ve turbado por los diversos acasos, que suceden? Es necesario formarse un corazon capaz de resistir à las adversidades; y para sufrirlas, es preciso preveerlas. Francisco prevenia los ordenes de Dios con una resignacion general. No queria penetrar los secretos de su providencia: Bastabale conocerlos por los sucesos, ó por las inspiraciones. Su voluntad estaba como perdida en la de Dios, y respetando el orden del Cielo, que adoraba, en todas las revoluciones humanas, estaba tocado, y movido; pero no estaba sorprendido, y recibia las aficciones, sin tener necesidad de prepararse à ellas. La calumnia se atreve à acometer à su piedad, pero no puede vencer su paciencia: Siembran, y arrojan desconfianzas de su fidelidad en el animo de su Principe, envuelvense en su virtud; y contento con el testimonio de su conciencia deja à Dios el cuidado de justificarle delante de los hombres.

Por este medio se despojó de todo afecto humano, y se halló dueño, y señor de aquellas pasiones, que nos dominan. Unos las han hecho guerra con las penitencias, otros las han vencido con la razon: Muchos las han retirado de sí por la huida, y por la mudan-

danza; pero Francisco las calmó por la caridad. Ya no estaba sujeta su alma à las tempestades de la ira: Su zelo mismo tampoco tuvo hiel. Sufría sin impaciencia, y corregía con misericordia. Cedia él, y hacia que todo cediese al amor divino, de que estaba inflamado. *Si supiera yo*, decia él mismo, *que havia en mí la menor chispa de amor, que no estuviese en Dios, y segun Dios, quisiera, que mi corazon se me partiese, y abriese para hacer salir de él à este amor profano.* Havia hecho en él el amor divino, lo que acostumbra hacer las mortificaciones del cuerpo en otros. Yo bien sé, que estos trabajos exteriores fueron santamente instituidos, para perfeccionar las obras de la penitencia, para detener los movimientos de la concupiscencia, y para impedir los progresos del amor proprio: Pero si la prudencia no los arregla, y si la caridad no los suaviza, se sabe de muy buena gana, y se conoce con gusto, lo que se sufre: Fomentase su voluntad con sus ayunos, y sus abstinencias: Desprecianse los que no practican las mismas austeridades, y se toma cierto ayre, y tono de critica, y de severidad insufrible. ¿No se está experimentando todos los días el humor melancólico de aquellos devotos, que no tienen, ni para sí, ni para otros alguna justa condescendencia, que con capa de justicia, abandonan la caridad, y por medio de sus censuras, y sus continuas quejas se descargan de una gran parte de su Cruz sobre aquellas personas, que se les acercan, y hacen llevar à los otros la pena de la penitencia, que se han impuesto à sí mismos?

En nuestro Santo Obispo jamás se vieron semejantes melancolias. Su devocion à ninguno fue gravosa: Tuvo el secreto de hacerse amar de aquellos, à quienes se vió obligado à reprehender; su cruz toda estuvo en su corazon, y toda fue para sí. No ponía por

precepto la virtud, solo la persuadia; y sin exasperar á los pecadores con sus reprehensiones, los atraia con su bondad. Si predica, no se vá allí á hacer inútiles invectivas; vá al fondo de la Religion, sin detenerse en vanas reformas, ó defectos exteriores; ataca á la concupiscencia en su raiz, y pone en su lugar á la caridad. Si trata con los Hereges no es por medio de disputas, y tumultuosas controversias, en las quales menos se trabaja por la verdad, que por la victoria; donde se pone mayor cuidado en justificar su discurso, que en persuadir su creencia; donde el uno se obstina, y persiste en el mal, que executa, y el otro destruye el bien, que podria; hacer donde el uno quiere sostener su error por obstinacion, y el otro sostiene su vanidad á expensas de la humildad, y de la caridad Christiana. Francisco muestra la justicia de su causa por su instruccion, y la persuade por su dulzura. En sus conversaciones, llenas de suavidad, y de eficacia mas quiere ganar el corazon á Dios, que convencer el entendimiento.

Si confiesa, es juez, y padre á un mismo tiempo: Castiga el pecado, y consuela al pecador: ¡Qué exortaciones no hace á aquellos Confesores, que hacen su Tribunal formidable por sus asperezas indiscretas, que retiran á los fieles del uso de los Sacramentos, y que por un humor austero, haciendolos sentir mas el rigor de sus reprehensiones, que el dolor de sus culpas, deben hacer penitencia de la pena, que han causado á sus penitentes! Si escribe, trabaja en inspirar la devocion, que ha practicado, ó el amor de Dios, de que está penetrado, semejante en lo uno á aquel Angel, que conduce los pequeños Tobias en los caminos de esta vida; y en lo otro al que lleva en los ayres á los Prophetas por caminos luminosos.

Pero ¿con qué Sabiduria, no allanó los caminos de

de Dios sin alargarlos, con aquel metodo de su piedad, que dejó á los hombres? Ninguna cosa ha estado tan sujeta á las ilusiones, como la devocion. Cada uno se la figuraba conforme á su humor, ó á sus deseos. Unos la reducian á las soledades, y á los Claustros; la encubrian, y como que la enredaban en vanas imaginaciones, y en expresiones mysticas; la cargaban de obligaciones supersticiosas, y poco practicables; y por querer hacerla sublime, la hacian imposible, y por consiguiendo inútil. Otros al contrario la representaban con perniciosos lenitivos, y reduciendola á ceremonias, y á cumplimientos, hacian de ella una mezcla del Mundo, y del Evangelio, y la hacian mundana, por quererla hacer familiar. Nuestro Santo hizo ver, que ni estaba tan expuesta á las relaxaciones del siglo, ni era incompatible con los oficios de la vida civil. Enseñó á vivir en el Mundo sin participar del espiritu del Mundo; á elevarse sobre la naturaleza sin destruirla; á volar poco á poco acia el Cielo, como Palomas, quando no pueden remontarse como las Aguilas; y á seguir las leyes de una condicion comun, quando uno no se siente llamado á una caridad mas perfecta.

Si funda una Orden de Virgenes Christianas, no quiere, que giman bajo la excesiva austeridad de una regla penosa, y laboriosa, sino que vivan en una obediencia fiel, y en una humilde virginidad; que hagan un sacrificio libre, y voluntario de sí mismas; que lleven en su interior las cruces, de que están libres en lo exterior; y que recompensen por la caridad en sus corazones las condescendencias, que han tenido con la delicadeza de sus cuerpos. ¿Huvo jamás un caracter de espiritu mas proprio, para ganar los hombres, que el de este Santo Obispo?

De este modo le colmó Dios de bendiciones casi inauditas en la Iglesia. Los hombres de bien en el Mundo

están expuestos à ser corrompidos, ó despreciados de los malos. San Francisco de Sales estuvo expuesto à prueba de su corrupcion, y à cubierto de su malicia. Sus propios enemigos no han podido librarse de ser sus admiradores, y hasta los mismos Hereges quisieron depone-  
 ner para su Canonizacion, y dár à la santidad de su vida un testimonio, tanto mas seguro, y menos sospechoso, quanto el error, que los cegaba, les obligaba à condenarle. Pero lo mas singular, que hay en este Santo es, que sus virtudes son admirables, y no obstante pueden ser imitadas, lo que parecia casi incompatible delante de él.

Si, Señores; nosotros podemos decir, que Dios le hizo nacer, para darnos un exemplo, que pudiesemos seguir, y para quitarnos todo pretexto de excusarnos; este no es un Santo sacado de los fastos de la Iglesia antigua, ó del seno de las persecuciones; cuya acciones sean, ó poco conocidas, ó desproporcionadas à nuestra vida. Es un Santo, que lo han conocido nuestros Padres; que ha nacido en nuestros tiempos, y casi à nuestra vista, y cuya memoria es reciente entre nosotros. Este no es un Anacoreta criado en las soledades de Egipto, que haya tenido una vida triste, y solitaria; es un Santo casi de nuestros climas, que ha traído una vida comun, pero santa. Ha vivido, como nosotros, pero ¡ay de mí! Nosotros no vivimos como él. El ha estado rodeado de malos exemplos como nosotros, pero los ha condenado con su piedad. ¿Por qué no aprenderemos nosotros como él, à alabar à Dios en nuestras prosperidades, à buscarle en nuestras adversidades, y à glorificarle en todas nuestras obras? ¿Por qué no tendremos nosotros, como él, dulzura para con el proximo, amor para con Dios, y vigilancia para con nosotros mismos? ¿Por qué no estudiaremos nosotros como él, en honrar à Dios en los Actos de Religion, aun en aquellas obras faciles, e in-

di-

diferentes? ¿Por qué no sufrirémos à su exemplo con paciencia los trabajos, que otros nos causan, los que Dios nos embia, los que hallamos en el Mundo, ó los que nosotros nos causamos à nosotros mismos? Sigamos, pues, unos exemplos tan santos, tan faciles, tan razonables, para que alcanzemos de Dios su gracia en este Mundo, y la gloria en el otro, como yo os deseo. En el nombre del Padre, y del Hijo, del Espiritu Santo. *Amen.*

FIN DEL SEGUNDO  
 Tomo.





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA